

DE JOYAS Y GUERREROS

Andrea V. Luna



ANDREA V. LUNA

DE JOYAS Y GUERREROS



AVE LUNA Buenos Aires

Luna, Andrea Verónica
De joyas y guerreros / Andrea Verónica Luna. - 2a ed
mejorada. - Florencio
Varela: Andrea Verónica Luna, 2018.

ISBN 978-987-42-7735-0

1. Narrativa Fantástica. 2. Literatura Fantástica. 3.
Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A863

Título original: DE JOYAS Y GUERREROS © Andrea V. Luna, 2011
Segunda Edición: 2018

Diseño de Portada: *Andrea V. Luna*

ISBN: 978-987-42-7735-0

Impreso en la Argentina

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno a la

autora y AVE LUNA; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

Índice

Nota preliminar	
.....	
9	
I. TRES SIGLOS DE SEPARACIÓN	
.....	11
Prólogo	
.....	
13	
1. El encuentro	
.....	
14	
2. El deslumbramiento	
.....	24
3. El letrado	
.....	
33	
4. La traición	
.....	
43	
5. Mi viaje hacia mí	
.....	
55	
6. Nocturno	
.....	

66	
7. Celtas y mapuches	67
8. Viaje de ensueño	
78	
9. El informe	
83	
10. El falso machitun	91
11. Epifanía	
101	
Epílogo	
109	
II. EL RELOJ DE PÉNDULO SE DETUVO A MEDIANOCHE ...	111
Prólogo	
113	
0. Antes, la Renü	
114	
1. En el Principio...	

123	
2. El reloj	
.....	
133	
3. Despertar	
.....	
135	
4. Primero un pie, luego el otro	
.....	144
5. Sueños y más sueños	
.....	155
6. Paisaje kitsch	
.....	
164	7. Luces...
.....	
173	8. ... y sombras
.....	
184	9. Revelaciones
.....	
194	10. Perverso Destino
.....	204
11. La excepción	
.....	
205	III. CÓMO MEJORAR TU VIDA DESPUÉS DE MUERTO
213	Prólogo
.....	
215	1. Contractus sanguinis

.....	217	2.
Locus Amoenus		
.....		
227	3.	Desplazamiento
.....		
238	4.	
Mollfüñ.....		
250	5.	Lejano y te busco
.....		262
6.		
Herido.....		
263	7.	Doppelgänger
.....		
274	8.	Profecías que no creo
.....		284
9.		
Coraje		
.....		
285	10.	Ágora
.....		
297	11.	Reyerta
.....		
308		Epílogo
.....		
322		Póslogo: «Ad astra per aspera».....
		326
Vocabulario		
.....		

328

Nota preliminar

Andrea V. Luna:

Una escritora de dimensiones imprevisibles

Penetrar en la ficción novelística de Andrea Luna es emprender una arriesgada experiencia, es sumergirse en un mundo de sueños y de conexiones atrapantes e insospechadas en el que hasta algunos objetos tienen poderes mágicos que pueden condicionar o incluso dominar al hombre. Desde lo más insignificante de la realidad cotidiana hasta lo más remoto en el tiempo y en las constelaciones, todo entra en el misterioso engranaje de sus novelas.

Andrea no se detiene en describir: capta pacientemente lo cotidiano y esas manifestaciones, quizás intrascendentes para otros, cobran valor y sentido en lo más profundo de su obra y se proyectan como expresión de lo misterioso, de lo mágico y de lo cósmico.

Se puede afirmar que tanto la forma de la estructura como el contenido de sus novelas, destierran el modelo tradicional del género: ahora el narrador cede su lugar a los personajes, e incluso aparece como un personaje más. Se podría agregar que, a veces, hay que estar bastante atento para saber quién habla.

La noción de tiempo cronológico se manifiesta fraccionada y da lugar a que lo distante y atemporal pueda

irrumper para integrarse en un todo en el desarrollo mágico del relato.

A medida que se avanza en la lectura se percibe cierto ritmo musical: este ritmo está dado por dos factores significativos: a) la dinámica de la narración y b) por los valiosos textos poéticos que tienen como función acompañar al lector en la transfiguración de la realidad.

De joyas y guerreros | 9 Andrea V. Luna

Además en sus novelas no hay hilos sueltos e incluso, a través de la lectura, se manifiesta la gran dedicación investigativa que da seriedad a sus obras.

María Luisa Punte Dra. en Letras – U.N.L.P. 10

Libro I

TRES SIGLOS DE SEPARACIÓN Prólogo

*Soy la mágica cordillera,
Los Andes altivos y legendarios, Generadora de mitos y de
hombres Tan eternos como el sol.*

*Soy la aurora teñida de gris
Que trae las sombras largas,
Los días blancos y las noches eternas; Tan poderosa como
un guerrero.*

*Soy la luna amada y temida, La de plata y marfil de los
poetas, La mágica de las leyendas
Tan sola, tan única.*

*Soy el viento acompasado y violento, Contradictorio
como el hombre. Llevo en mí la historia y la palabra Tan
necesaria, tan frágil.*

*Soy la mágica esencia
De todo hombre en todos los tiempos. Nain*

1 El encuentro

—¿Estás bien?

—No. ¿Cómo podría?

—Dijiste que esta profesión era la esencia de tu vida.

—No así. Por eso llevo esto... para recordar cómo debe ser: con honor, por la gloria.

—Todavía no te pregunté por qué... ¿Cómo debe ser?

—Como te digo, no así. No de lejos, sino mirando a tu enemigo a los ojos. Es la única forma de entender por qué los guerreros hacemos lo que hacemos. De no perder la visión de conjunto.

—Pero no somos guerreros. Somos mercenarios: nos pagan por pelear, recuperar cosas y cumplir órdenes. Punto. Y acá estoy. Esta no es mi guerra: ni mi nación ni mi lengua tienen algo que ver. Si fuera por mí, que se maten entre ellos. Si fuera por mí... pero no lo es.

—¿Y el verdadero motivo? ¿Y el honor? ¿Y el corazón? —Quedaron en la Edad Media...

—Llevo esta espada para recordar. Dijo, el que me la legó, que no la desenvainara sin motivo... yo se lo prometí y eso precisamente es lo que haré, aunque mi vida se vaya en ese propósito.

—Seguro era uno que se creía mosquetero.

—Lo era...

—No te hagás el pelotudo. No es el momento. Ya deben estar cerca. ¿Estás listo?

—Siempre estoy preparado pero nunca estoy listo. —No entiendo. ¿En qué pensás?

—En lo que fui. En lo que no soy. En lo que quiero volver a ser. En lo que vine a buscar... en nada.

Por primera vez ese día había recordado la joya que llevaba al cuello, desde hacía una eternidad; entonces, sin pensarlo y con un movimiento instintivo, metió la mano como pudo entre las capas de su uniforme y la acarició. Era una piedra ovalada y verde, aunque no como el de una esmeralda, no igual pero casi: en el centro tenía un «algo» que brillaba translúcido, tan etéreo y sutil como un anillo de humo. Estaba engarzada en oro pálido muy trabajado parecido a las joyas barrocas, aunque sí a la vez sobrio y vertiginoso, pálido y diáfano. Daba la sensación de no existir, como si quien la mirara estuviera siendo objeto de una alucinación: hasta la cinta de la que pendía parecía hecha de nada... una mezcla de tatuaje, de rayo de luna, de sombra y de realidad prensil, y nada de eso a la vez. Acariciarla era su único consuelo y escape de esa realidad onírica que le había tocado en suerte vivir. No sabía cómo, pero su presencia también le recordaba que no estaba ni soñando ni alucinando sino que por más extraña que resultara la situación, era más real que el suelo que pisaba.

Se hacía de noche. Los sonidos iban mutando paulatinamente con el cambio de intensidad de la luz solar. Cada nuevo matiz en el cielo traía una melodía penetrante y mágica, exótica y cierta, recordando una conexión implícita tan antigua como el tiempo mismo de la existencia. Por un momento quiso que ese paisaje fuera el de su niñez, por un momento y nada más, como un destello repentino, y con un suspiro inconsciente e imperceptible pensó que eso tal vez ya no se diera en lo que le quedara de vida. El egoísmo de esa desesperación lo sumió en una tristeza infinitamente lánguida. Procuró que el otro no se diera cuenta. Sus dedos rozaron nuevamente la joya buscando algún consuelo. Se estremeció pensando en su extraña suerte.

—Charles, no te entiendo.

—Si te consuela, solo pienso en la nada.

Tocó la espada como si le coqueteara. Sus únicas posesiones eran también el ayer y el hoy de su vida. Un hoy extraño que definitivamente no le pertenecía. Y sin embargo, lo único posible por hacer era aceptarlo y seguir esperando tiempos mejores.

—¿Cómo llegué a esto? —Se agarró la cabeza—. Todo está mal. ¿Qué debo hacer para volver?

Pero ni el cielo violáceo ni la selva insondable para él parecían tener una respuesta que lograra reconfortar su espíritu por el momento. Aunque la verdad es que ambos lo

engañaban: eran cómplices de haberle dado un destino torcido, loco y sombrío.

—Prepará tu fusil: ya escucho los motores y tenemos que cumplir una misión. Vas a cubrirme.

—No puedo. No sé cómo.

Y sintió el frío cañón en su cuello. No podía creer que todo resultara tanto más extraño de lo esperado. Le habían advertido de aquel lugar y no había querido creer. Estaba listo para las cosas más extrañas, parajes salvajes y seres desconocidos, raras culturas y nuevas formas de relacionarse. En poco tiempo supo que se encontraba en un punto sin retorno, aunque intentara darle vueltas al asunto.

—¿Quién sos?

—Charles Miller. Tu compañero.

—No. Charles Miller es un militar bien entrenado: obviamente puede manejar un fusil. ¿Quién sos?

—gritó, mientras presionaba el arma contra el otro.

—No lo creerías. Sé que te será difícil pero debes confiar en mí. No hay tiempo para otra cosa. Ya vienen. No puedo cubrirte a la distancia. Yo me acerco y tú vigilas.

¿Qué debo traerte?

—Si no sos Miller no vas a darte cuenta.

—Acabaré con ellos de cerca y tú recuperarás lo que quieres. Lo haremos sin que sepan qué les pasó. Confía. La

selva nos esconderá. No tienes opción: si no lo haces nos matarán. ¿No es así? Haz lo que esté a tu alcance, pues, para no hacer ruido alguno.

—Sí. No van a dudar. No es buena gente.

—¿Nosotros somos los buenos?

—Tampoco.

Con sigilo y con una seguridad pasmosa comenzó a desenfundar la espada...

*

Es el mismo viento quien dicta majestuoso y lastimero su propio tayül. La machi sabe de ausencias y angustias. Las mujeres cantan con ella su dolor. El kultrun truena en el silencio, acompasado, mítico, señorial, mágico.

*

Al tiempo que la saya quedaba vacía del filo helado que guardaba, se oyó un grito desgarrador, aunque algo amortiguado por el rugido de un motor no tan distante y por la selva ora cómplice ora entregadora. Charles cayó al suelo tomándose el pecho como si quisiera arrancarse el corazón.

—¡Quítamelo! ¡Me quemo!

El otro arrojó su fusil y comenzó frenéticamente a arrancar la ropa de su compañero, que ahora había caído en tierra y arrojado lejos de sí su casco y su mascarilla. Aún no entendía qué era lo que estaba ocurriendo. Ese era un

hombre de cabellos largos: evidentemente no era un militar ni parecía siquiera haberlo sido, tampoco un mercenario. La desesperación de Charles lo había invadido y ya no sabía qué esperar. Su destino, su vida o su muerte, estaba ligado a ese sujeto tan extraño y no tenía opción, al menos no en lo inmediato. Una exótica medalla estaba quemándole la piel: lo pudo oler y eso bastó para que tomara su cuchillo y la arrancara con un movimiento violento e impulsivo. Charles se retorció de dolor con el torso desnudo en el suelo lodoso y estaba a punto de desfallecer. Aún gemía. La joya voló por el aire emitiendo un brillo hipnótico y provocador, refulgiendo, cautivando... El motor trepidaba ahora más próximo, palpitando en sus corazones, congelando la desazón y aclarando las mentes. La selva impedía racionalizar o presentir siquiera las distancias.

En un esfuerzo supremo, vencién dose a sí mismo, Charles se puso en pie apoyado en la espada que había quedado junto a sí. Temblaba. El dolor lo consumía. Se encomendó al Cielo y salió a cumplir con su misión, escudado en la nunca quebrada vegetación altanera.

*

Corre por la estepa y llega desde los Andes altísimos hasta el mar infinito el clamor del viento por reunir a sus hijos dispersos. Se sirve de la machi y le dicta ocultas palabras. Clama por una paz que no llega. Clama por sus héroes muertos, por sus héroes vivos. La angustia del

*viento es la angustia de un pueblo. Kallfükura¹,
Kallfülikan², Leftrarü³, Colo Colo⁴...*

*

Amparados por la oscuridad de una noche sin luna, dos figuras se refugiaban furtivas por entre los restos añosos de lo que tal vez haya sido una fábrica rudimentaria vaya uno a saber de qué. Más allá de sus murallas, el frío nocturno ganaba la batalla como nunca antes.

—Tengo la placa.

De pronto eso ya no tenía importancia. Había revisado su vida y, verdaderamente, no tenía razones para estar allí. Si su padre lo viera se avergonzaría de su suerte pero, en los últimos años, ni siquiera le había escrito unas líneas. Toda esa vida parecía ahora demasiado lejana, y no por la distancia solamente, sino porque había decidido cambiar de costumbres, cortar de cuajo con sus raíces solo porque creía que eran antiguas, ya muertas para un mundo siempre en cambio. Se dejó ganar por la grandeza del mundo y el mundo lo traicionó.

Charles estaba recostado contra una pared derruida, la espada desenvainada a un lado y la joya disimulada junto a ella. Afuera y adentro, se oía el silbido del viento colándose irrespetuoso por entre el ramaje primero y por las ruinas maltrechas después.

¹ El Grande: héroe mapuche del siglo XIX. Último señor de las pampas.

Pactó alianza con Juan M. de Rosas, quien lo nombró coronel del ejército de la Confederación Argentina; pero fue traicionado. Formó la Confederación Pampa y tomó venganza. Fue derrotado por tropas del presidente Domingo F. Sarmiento. En español, Calfucurá. ²Caudillo mapuche durante la guerra del Arauco (siglo XVI), sucesor de Lautaro. En español, Calpolicán.

³El mayor de los estrategas mapuches. Luchó en la guerra del Arauco (siglo XVI). Habiendo sido apresado de chico por Pedro de Valdivia, aprendió de él táctica y estrategia militar española y también a montar. Una vez fugado, entrena a los suyos y los conduce a la victoria capturando al gobernador Valdivia quien, después de haber sido juzgado ante los caciques, fue ajusticiado. En español, Lautaro.

⁴Anciano y sabio mapuche durante la guerra del Arauco (siglo XVI). Fue derrotado por los españoles y firma con ellos el primer tratado de paz escrito entre ambos pueblos.

—Nunca pensé que alguien pudiera hacer una cosa así. No en la vida real.

—Yo sí.

La respiración entrecortada, una quemadura levemente oval en el pecho y sangre, ahora seca, entre sus dedos. Se miró las manos y reconoció en ellas las manos de otro, uno que había sido hacía tan solo un corto tiempo atrás, tal vez algunas horas, nada más.

—Te dije que era un guerrero.

—¿Quién sos y dónde está Charles Miller?

—Lo maté hace unos días, cuando llegué, para tomar sus ropas. Solo me defendí cuando se acercó para atacarme sin motivo alguno. Me pareció que llevaba bastante rato resguardando este lugar solitario... creí entender que te

esperaba como refuerzo.

La fiebre parecía llegarle a borbotones bañándolo con un sudor frío. Gimió. Temía alucinar y ya no estar en condiciones de decidir qué era realidad, qué era sueño... si es que había sueño o si es que había una realidad a la cual aferrarse.

En su mente se agolparon recuerdos confusos. Todavía no entendía muy bien que estaba allí como consecuencia de sus acciones previas, pero una luz en su alma le decía que debió haberlo previsto cuando decidió meterse con quien no debía... ¿Cómo saber? De todas formas, si la historia se repitiera elegiría hacer exactamente lo mismo que una vez hiciera.

—Tampoco esta es mi guerra... Miller tan solo me dijo lo que debía hacer.

—¿Qué es esa cosa?

—El recuerdo de un amor prohibido pero inevitable. Mi destino. No lo entenderías: creo que no son cosas de este mundo. — Comenzó por intentar recobrar la joya lenta y ceremoniosamente, como si fuera la más preciada de las reliquias, con la intención de colocársela nuevamente, pero Pedro se lo impidió con un gesto, mientras miraba de soslayo la espada ensangrentada.

—Creo que sí entiendo o tal vez antes lo hubiera hecho más fácilmente, si hablás de magia o de algo parecido...

¿Quién sos, de verdad? —No sabía qué impulso irracional lo había llevado a decir eso... tal vez un instinto ancestral palpitándole en las venas.

—Sir William Anthony James, señor de Stonestep, y no sé exactamente dónde estoy.

—Hola. Soy Pedro Nampëlkan, mi padre es cacique y, después de tanto tiempo, ahora sé por fin por qué estoy aquí.

*

Recuerda: el río trae memorias de cosas pasadas pero cuya influencia todavía persiste; el agua de tu ahora te envuelve y se nutre de las rocas que están allí desde eras remotas. La paradoja es que las rocas no son eternas, el agua que fluye las cambia, aunque su cambio es tan lento que ni el mismo sol se da cuenta hasta que ya es demasiado tarde. Sin embargo, en la pequeñez de tu vida nunca lo verás.

*

De pronto quedaron en silencio. Hasta la selva altanera y primitiva parecía respetar el hilo de pensamiento que cada uno llevaba y por un rato, solo por un rato; calló no por respeto sino como tratando de espiar a los dos hombres que se debatían tanto entre ellos como consigo mismos. Ni lejos ni cerca se podían oír los sonidos del peligro

escondido entre la espesa vegetación, pero eso era algo normal en lugares salvajes y ese era uno de los más temidos.

—¿Comés algo? —preguntó Pedro, por fin.

Pero William ya no podía escucharlo: el dolor, el esfuerzo, el cansancio, la desazón, habían hecho mella en él y ahora dormía un sueño inquieto mancillado por el delirio. Ya más tranquilo, Pedro pudo observar detenidamente al hombre que estaba tendido frente a él: todavía con el torso desnudo pese al frío, todavía bañado en el abundante sudor de la fiebre, todavía teñido con la sangre seca de quienes, le dijeron, eran sus enemigos y... había actuado desinteresadamente para ayudarlo a él, un total desconocido. Era un hombre que había matado en segundos a seis mercenarios armados hasta los dientes solo con una espada (como si de por sí eso no fuera ya algo raro) y soportando una quemadura de cinco centímetros de diámetro en medio del pecho.

Comenzó, sin saber por qué, a enjuagar la herida de William con algo del agua que todavía le quedaba en la cantimplora y una gasa que siempre llevaba consigo. Le refrescó las sienes y las muñecas esperando normalizarle la temperatura mientras se estremecía con cada contacto. Hasta ese momento lo había visto sin prestarle demasiada atención, pero algo hizo que se detuviera a observarlo: tenía el abdomen y el pecho lleno de cicatrices que incluso se

proyectaban hacia la espalda. Indudablemente eran signos de haber sido torturado hacía poco, muy poco. Algo más parecía extraño debajo de la sangre seca. La retiró como pudo para no despertarlo y vio cómo iban apareciendo algo como letras... las marcas decían *GO AWAY*... Pensó que era un sádico y perenne recordatorio. Ya habría de preguntarle.

*

*Tienes al mundo en tus manos, machi, en el kultrún.
Canta tus rogativas, kuruf tayül. Conoces al dios que todo
conoce. Dime dónde están los hijos ausentes de esta tierra
ancestral. Mientras el pueblo, cante no estarán solos.*

*

Vio también los objetos que estaban descuidadamente junto a él. Los había pateado hasta allí: después de lo ocurrido, no se había atrevido a tocarlos. William le había dicho que no desenfundaría la espada sin motivos, y cuando lo hizo pasó lo que pasó con la joya verde y, pese a todo, había seguido adelante por él y le había salvado la vida. Hacía mucho que había dejado de creer en la magia. De hecho, volvió a pensar que no sabía por qué se la había mencionado. Eso sí, que entre las dos cosas había alguna conexión, seguro. Los movió con la punta de su fusil, de lejos, buscando algún tipo de inscripción o algo que hubiera provocado todo aquello y lo encontró en el dorso de la joya: era un texto extraño del que solo creyó entender que

alguien tenía algo roto. Ambos eran raros, muy raros. Tanto como la situación que se generara y las cosas que se habían dicho. Analizarlas le tomó un momento simplemente porque sentía que cuantas más vueltas le daba al asunto, más se alejaba de la posibilidad de entender.

Definitivamente, sin ayuda no iba a poder... si tan solo hubiera podido aprender más.

—No entiendo nada —murmuró, aunque no lo suficientemente quedo. William se sobresaltó y abrió los ojos, la respiración todavía entrecortada.

Lenta y algo torpemente comenzó a vestirse. Pudo darse cuenta de que dormir le había hecho bien; a no ser por lo soñado. Sabía de pesadillas y sueños vigilantes, no podía negarlo, desde hacía algún tiempo, demasiado. Ya no importaba si soñaba con su lejana patria o si cada vez volvía a tomar la decisión de embarcarse en un viaje incierto buscando una quimera. Ahora acababa de luchar con un enorme dragón verde de seis cabezas que despedía fuego sólido por cada una de sus fauces porque había amenazado a un hombre que no conocía pero que le parecía honorable, lo había acabado y sentía que eso era lo que el destino le había deparado. Se tocó el pecho y sintió el dolor aún ardiéndole; eso le indicó que por fin había podido dar un paso hacia adelante.

—Llegué al Nuevo Mundo buscando una paz imposible, pero algo pasó y todo resultó peor de lo que hubiera

esperado, hasta ahora. —¿Nuevo Mundo? ¿De qué hablás?

—¿No es este el Nuevo Mundo al que le llaman «Las Américas»? De todas formas no sé cómo seguir con lo que vine a hacer. Me dijeron que este era un mundo muy diferente, pero no creí que tanto. Veo cosas que no sé qué son, los idiomas no son iguales... no sé.

Pedro lo miró con los ojos desorbitados. O tenía frente a sí a un loco o realmente no era él el apropiado para enderezar las cosas. —William, ¿qué fecha creés que es hoy?

—No estoy muy seguro, creo que principios de septiembre de 1688. ¿Por qué?

—Porque hoy es 2 de septiembre... pero de 2017.

Todo comenzó a dar vueltas en la mente de William. Algunas imágenes vividas no hacía tanto comenzaron a aparecérselos ante sus ojos aunque no como sueño o imaginación loca.

—Vas a tener que hacerte pasar un poco más por Miller. Todavía no sé cómo, pero vos te venís conmigo.

—Creí que nunca lo dirías.

*

*En la profunda oscuridad de la noche los susurros
anhelantes de las ondas marinas se agolpan y tornan en
ensordecedor estrépito acumulando en los oídos del viento
los gritos y palabras desgarradoras
de los que todavía penan sobre las aguas encadenados a su*

eterno sufrimiento.

2 El deslumbramiento

Amaneció sin vestigios de la pavorosa tormenta que había azotado despiadadamente toda la región desde hacía dos días. Aunque los nubarrones no se habían disipado del todo, por lo menos parecían haber aceptado una tregua por algunas horas. Ahora llegaba un frío descomunal que amenazaba con asolarlo todo por varias jornadas más; estaba acompañado por un tono negruzco en el cielo que dotaba a la atmósfera de algo así como un poder oscuro traedor de una sensación de opresión malsana. Y las consecuencias de tan colosal diluvio no se hicieron esperar: los ríos quedaron al límite de la capacidad de sus cauces, se formaron efímeras lagunas y los caminos se anegaron, haciendo que se tornara imposible que la caravana siguiera avanzando: por lo visto, allí estarían por lo menos por dos o tres días más retrasando, nuevamente, el calendario que se habían propuesto.

Con infinita y resignada paciencia cada uno de los hombres abordó la tarea de revisar y reforzar las ligaduras de los bultos de la delicada mercadería, corrigiendo lo que pudiera terminar en un desastre, en pérdidas irreparables y cuantiosas. No era la primera vez que debían pasar por una experiencia semejante y, seguramente (de eso estaban bien seguros) no sería esa la última: la mayor parte de ellos podía considerarse ya como expertos en la materia. En

realidad eran los únicos que tenían el coraje suficiente como para asomarse a esa atmósfera gélida que recordaba los más terribles días de invierno sin serlo y, aun sin ánimo, hacer lo correcto poniendo en riesgo salud y bienestar personal en pro del negocio.

Esa mañana descubrieron que la provisión de leña seca se estaba acabando y lo poco que quedaba sería reservado para el almuerzo. Las mujeres se quejaron por no poder encender el fuego para preparar lo que fuera que les sirviera a todos para entrar en calor, de modo que tuvieron que conformarse con comer algo de carne seca y el poco pan que quedaba, ya algo duro y un tanto mohoso, y acurrucarse muy juntas bajo algunas mantas y pieles. Desgraciadamente, el desayuno había sido apenas afortunado. Sabiendo que el aburrimiento y la quietud son los mejores aliados del frío, comenzaron a canturrear como para pasar el rato y olvidarse también del hambre; sus voces sonaron entrecortadas por risitas incontrolables a causa de las letras pícaras que instintivamente coincidieron en entonar. Tiritaban, pero pronto el rubor tiñó sus mejillas. Intentaban recordar un madrigal que alguna vez habían escuchado, pero como no lo consiguieran empezaron a inventar la letra y a imitar burlonamente cada voz que lo armonizaba y le daba vida y forma. Cada una potenciaba la perversa imaginación de la otra, deformando el complejo juego barroco y afianzando la característica de ‘profanos’ que ostentaban algunos de aquellos madrigales. Pronto se

convirtió en un juego y terminaron riendo en medio de un alboroto creciente que hizo que los hombres las miraran con curiosidad y esbozaran algunas sonrisas pese al trajín que todavía los mantenía ocupados. Con todo eso, el frío se les fue sin que se dieran cuenta y ellas también iniciaron sus labores.

Pese a todo, la mañana estaba tranquila y no había mucho para hacer. Las familias que viajaban juntas se agruparon en torno a la poca y húmeda leña nueva que los más pequeños habían podido conseguir y que ahora se entretenían viendo los intentos por encender un fuego tan torpe como precario. Uno de ellos había capturado un pobre insecto, lo había colocado en la punta de una ramita y estaba ahora concentrado en observar qué ocurría cuando lo acercaba a la llama tímida e incipiente, a la vez que observaba con el rabillo del ojo a sus compañeros esperando la reacción de cada uno... La caravana de comerciantes se había unido a un grupo de actores itinerantes para ayudarse mutuamente a protegerse de las inclemencias del tiempo, por lo que la algarabía era permanente y, por si fuera poco, creciente ahora que el clima se dignaba a les daba un respiro.

Durante incontables años los caminos a Santiago de Compostela no solo sirvieron para que los devotos peregrinos cumplieran sus promesas de peregrinaje, oración y penitencia, sino que también fueron motivadores de riquísimos intercambios culturales y comerciales, y ésta no

era una excepción. La redención parecía más real, más cierta y, por qué no, más efectiva con el santo como intermediario. Y eso hacían ambas caravanas, incluso bajo la lluvia, incluso sin proponérselo. Los comerciantes solo querían llegar lo antes posible, realizar su entrega y volver prestos con sus familias; los actores, sobrevivir un día más. Conscientemente, ninguno de ellos pensaba en el apóstol.

Leonor aún seguía ruborizada, podía sentir cómo el corazón palpitaba desenfrenado en su pecho: era demasiado joven aún, y soltera. Sintió la imperiosa necesidad de apartarse, de que no la vieran, como si alguien pudiera observar a simple vista sus pensamientos, ahora pecaminosos, y quiso esconderlos. La vergüenza de que la descubrieran los demás se estaba tornando no menos que insoportable y, en secreto, temió algún castigo como cuando era algo más chica y la habían encontrado mirando fijamente a un muchacho de la ciudad.

—Voy por agua —dijo sin tan siquiera detenerse a pensar si alguien le había prestado atención—. Lavaré algo de ropa. —Tomó algunos trapos de por allí y salió lo más rápido que pudo.

Y se aventuró hacia la ría del Eo, no tan lejana del campamento. Habitualmente elegían pasar la noche bastante más cerca de los ríos y lagunas, pero esta vez la tormenta repentina los hizo alejarse por precaución: temían inundaciones o deslizamientos de tierra. Claro que Leonor

podía haber tomado el agua de los toneles que habían dejado a la intemperie bajo la lluvia con el propósito de abastecerse de agua limpia, así que necesitó inventar esa excusa rápida, antes de que alguien le dijera algo. A medida que se adentraba en el bosque iba notando que podía oler un perfume salvaje, mezcla de los laureles cercanos con la tierra húmeda de después de la lluvia. Siempre le había agradado pensar que el laurel era algo más que un simple condimento: cuando quisiera podía convertirlo en un escudo mágico, una protección infalible contra el mal que pudieran desearle... al menos eso le había enseñado su madre desde niña y, desde ese entonces, era su arma secreta. De todas maneras no sabía si podía confiar en esas creencias místicas.

No había contado con la espesa niebla que ocultaba la orilla y se estremeció. Vista desde lejos, la bruma parecía estar suspendida por sobre el agua y solo sobre el agua, fundiéndose con el gris del cielo encapotado que comenzaba a presentarse nuevamente amenazador. Esa visión le dio la impresión de ser algo único e irreplicable: parecía como si una densa humareda serpenteara sobre el cauce del río, cubriéndolo todo de modo tal que parecía no haber nada por debajo. O, peor aún, como si el mundo concreto hubiera desaparecido dando lugar a un mundo espectral, fantasmagórico, nacido de las profundidades de la tierra; también como si del cielo se hubiera precipitado una nube blanca para contaminarse de lodo. Lógicamente,

Leonor era supersticiosa y ese paisaje de ensueño mezclado con pesadilla no le hacía ninguna gracia.

El contacto con las pequeñas gotas de la humedad ambiente no hacía otra cosa que complicarlo todo: comenzaba a sentir que sus ropas pesaban más a cada paso y sus movimientos se volvían lentos y torpes al avanzar entre el césped sucio de un pegajoso barro licuado. Todo tenía un aspecto irreal, hasta los olores y los sonidos parecían salidos de algún sacrílego libro de encantamientos medievales. Era otoño y el colchón de hojas secas de los robles y castaños, ahora mojadas por la lluvia, esparcía un perfume agradable y misterioso con cada metro que la adentraba en su territorio. En su mundo recientemente itinerante había puesto en práctica lo aprendido en su hogar castellano: identificar el aroma de cada planta, de cada árbol. Asociarlo con algún tipo de prodigio milagroso o mágico ahora le resultaba más certero y eso le daba seguridad y la sensación de madurez que tanto anhelaba. Sabía que debía mantener todos sus conocimientos ocultos temiendo se entere alguien y la denunciase al Santo Oficio. Sabía también que en aquella región la Inquisición no estaba presente con su mayor rigor. Aun así, había aprendido a ser cauta. El aroma del laurel y la visión de un seto de malvas le recordaron que podía sentirse protegida. Todavía nadie le había podido explicar por qué la Iglesia reprobaba la magia y luego tenía un santo protector de magos y hechiceros como san Cipriano o qué había llevado

a un pontífice a escribir un grimorio con tanto detalle. Tampoco sabía muy bien si había o hubo alguna vez algún tipo de conexión entre la magia y los milagros. Se sentía demasiado joven como para comprender determinadas cuestiones, sin embargo lo suficientemente adulta como para reflexionar sobre ellas. Pero no quería, todo eso le daba miedo como miedo le daban los gitanos. Por eso había permanecido oculta durante un tiempo interminable cuando aquellas familias se acercaron buscando unir fuerzas contra la inclemente tormenta que los amenazaba hasta tanto hubiera podido comprobar que no lo fueran. ¿Y si lo hubieran sido?

Consiguió abrirse paso hasta la orilla y se sentó. Mientras por su mente pasaban mil ideas diferentes pudo comprobar que mezclaba lujuria con magia y que todavía la tonada del madrigal resonaba como un eco en sus oídos. De pronto algo así como un demonio o fauno o sátiro o, mejor aún, un trasgu, se acercó sigilosamente y su repentina y traviesa presencia le provocó un lógico temor pánico... se sobresaltó y comprobó con esperado alivio que había sido un sueño de esos que a veces la atacaban despierta. Pensó que era mejor dejar de lado toda esa ensoñación y bajar el galope de la imaginación a un simple trote.

Como para justificar su pequeña aventura mojó la ropa que llevaba en las manos con las aguas que lentamente comenzaban a vislumbrarse por entre la niebla que ya no parecía un amenazante dragón blanco sino que se

presentaba ahora menos densa y más traslúcida. Seguro el sol no saldría por la mañana, y vaya uno a saber si lo haría por la tarde... habría de preguntarle a su padre, él entendía de esas cosas más que ella.

Aspiró, con profundo y creciente placer, los aromas cautivantes del bosque que ahora le parecía eterno. Y esos perfumes la colmaron de un placer también infinito que la transportó a otro bosque tan permanentemente recordado como amado y, en apariencia, tan lejano y vago: el de su hogar en Castilla, el de su infancia tan querida. Allí su madre le había Enseñado los rudimentos de la herboristería entendida como arte curatorio al servicio del prójimo y siempre acompañado de una fe y de un amor a Dios infinitos para que sea Él quien curara por su boca y conjuros. Pero también allí aprendió que hay gente mala que usa sus conocimientos para hacer daño y blasfemar, para pactar con el Maligno y que son ellos los que opacan el fulgor y el antiguo misticismo de sus antepasados celtas llegados a estas tierras hacía innumerables años y cuya sangre corría altiva y poderosa en sus tiernas venas. Recordaba sus torpes primeros pasos, inclusive para medir un puño y una pizca, y las palabras amorosas que la hicieron progresar e intentar una y otra vez... hasta que creyó que todo era posible. Tantas dudas la acompañaron, que comenzaron a atormentarla por lo que acordó con su madre que acompañaría a su padre en su próximo viaje y así, a la vuelta, antes de regresar, podría visitar al Santo de

Compostela para encaminar su vida a la luz de una nueva y pía visión del mundo.

Algo hizo ruido a sus espaldas, esta vez de verdad. Sintió que de pronto todo su cuerpo se tensaba. Temió por algún animal salvaje, por lo que anudó fuertemente la ropa mojada y la sujetó con todas sus fuerzas como para azotarla sobre él si fuera necesario, a modo de garrote. Había sido tonta e ingenua al adentrarse sola en los peligros de un bosque desconocido y ahora debía hacer frente a esa situación.

El robledal parecía tan ancestral que cada uno de los árboles daba la impresión de ser sumamente sabio y de ocultar innumerables secretos. Leonor quedó un momento en el mayor silencio que el bosque podía brindarle, intentando adivinar qué era lo que se aproximaba. Pero solo consiguió distinguir el canturreo de algunas aves y el viento agitando las hojas mustias. Tan fuertemente sujetaba su improvisada arma que las puntas de sus dedos se habían vuelto blancas; dentro de su pecho el corazón le decía que no estaba sola. Luego de un rato comenzó a pensar que también eso era producto de su imaginación y aflojó los músculos y su atención pero, ni bien lo hubo hecho volvió a escuchar el ruido que antes la alarmara, mas ya era tarde para reaccionar. Comprendió de inmediato que el peligro que la acechaba era ineludible.

Cuatro hombres aparecieron, no de la nada, sino de ese

todo que son los bosques otoñales cuando la niebla se ha elevado a la altura de los ojos. Leonor los vio aparecer como si se hubieran materializado frente a ella. Pensándolo bien, solo podía verles nítidamente de la cintura para abajo, el resto lo adivinó desdibujado hasta que ya fue demasiado tarde. Fue entonces cuando le preguntaron qué hacía sola a aquellas horas y en lugar tan solitario. Aterrada dio un grito y echó a correr hacia donde fuera, pero lejos de ellos. La desorientación terminó por cegar sus sentidos y, mareada y con el corazón saliéndose de su pecho, terminó por caer al suelo lodoso y perfumado. Quiso gritar nuevamente, pero la voz se le ahogó en un sollozo lastimero e imperceptible. En su loca carrera había perdido la ropa que antes había pensado como arma y como escudo.

— *Pater Noster, alfa, omega.* —Comenzó a repetir mientras con ímpetu se erguía ya sin vacilación, como deseando entrar en trance primero, luego como una orden mientras con su mano derecha se tomaba el pecho y con la izquierda buscaba detrás de ella poder alcanzar alguna hoja de laurel protector, su antiguo y mágico aliado. Su actitud era ahora la de enfrentar sus propios temores para, así, poder enfrentar los riesgos exteriores. Y no lo consiguió: sus dedos no pudieron tocar la hoja preciada, pero se percató de que había una pequeña planta de malva a su alcance: entonces supo que estaría a salvo.

Los hombres salieron, nuevamente, de entre la poca niebla que aún quedaba y se acercaron a ella entre vítores y

carcajadas. Esgrimió frente a ellos la rama de malva como si fuera una espada, tan vehementemente que si hubiera sido tal, los hubiera matado a todos sin piedad.

— *Alfa (retro) Pater Noster, omega; Pater Noster alfa (retro), omega* —dijo, mientras imaginaba las letras en el aire y las «tocaba» con la mano que le quedaba libre, como si buscara con ese movimiento darle fuerza y materia a sus palabras mágicas.

No podía haber hecho mucho más para escapar de la arremetida de sus atacantes, que intentar salir corriendo nuevamente pero, ante el primer amague, ya estaba siendo sujeta fuertemente por dos de los agresores.

—*¡Bruja! Meyor ...*
—*Non, non.*

Se retorció, forcejeó, empujó, y pateó... y en cada ocasión recibió a cambio un golpe que, en otro caso, hubiera sido fulminante: pero Leonor estaba decidida a no cejar... sin embargo, también los cuatro hombres estaban dispuestos a todo porque, por supuesto, una simple doncella no era rival para ellos. Su arma y escudo protector cayó a sus pies.

— *Pater Noster, alfa, omega* —balbuceó insistentemente, aun sintiendo que ya todo estaba perdido —. *Pater Noster, alfa, omega.* — insistió. ¿Por qué no perdía la fe? Cerró los ojos tan fuerte y decididamente que

las órbitas no tardaron en dolerle; los cerró como, por lo menos, para no ver lo que le estaban haciendo y lo que le harían después. Entró, entonces, en una suerte de trance que le inmovilizó el cuerpo y el alma... pero nunca su mente estuvo tan despejada aunque se encontrara aislada del mundo entero. Debido a esto no supo lo que sucedió a continuación hasta que muy luego alguien se lo contara.

Cuando el terror dio paso a un simple miedo pudo abrir apenas los ojos y, en un hilo de visión, lo que viera no parecía ser más real que el Nuberu creando una nueva tormenta. Tal vez se engañaba como consecuencia de haber apretado tanto los párpados, tal vez quería engañarse. Alguien estaba frente a ella, tan cerca como la propia imagen del espejo al peinarse por la mañana, y estaba tomándola suavemente por los hombros como para despertarla de un mal sueño y evitar que cayera desmayada. Oyó un extraño acento que le preguntaba si se sentía bien y cómo se llamaba. No hablaba asturiano, sino un castellano gutural y tosco, de frases un tanto desarticuladas aunque con una voz tan suave y cantarina que le resultó sumamente agradable. Muy lentamente, como temiendo asumir la realidad, terminó de abrir los ojos, parpadeó rápidamente, enfocó como pudo y respondió que se encontraba bien y que pronto estaría mejor. También, sin saber muy bien por qué, dio su nombre completo: Leonor de Vargas y Calderón.

—*My Lady*, soy sir William Anthony James, señor de

Stonestep... vuestro servidor.

Y quedó obnubilada por un momento, algo así como cuando intentaba ver la cara del sol aunque, lógicamente, él no lo era. Esa sensación tan cierta, tan inesperada la hizo sonrojar de una manera tal que la vergüenza fue incontenible y tuvo que apartarse para alejarlo de su campo de visión, pero lo que vio a cambio fue verdaderamente aterrador: sus atacantes habían sido ultimados y sus cuerpos estaban esparcidos a su alrededor, con descuido, en posiciones totalmente antinaturales y la sangre teñía los tréboles y helechos ora aplastados ora revueltos por la violencia y el desenfreno vividos sobre ellos. Ninguno había quedado vivo y tal vez ninguno supo qué estaba pasando allí. Miró perpleja a su acompañante y entendió sin muchas explicaciones que él solo había bastado para acabar con los cuatro hombres que la habían acosado y golpeado. Tenía frente a sí a un joven muy alto pero no demasiado muy fornido y que no parecía tan decidido ni tan encarnizado como para ser capaz de cometer esos asesinatos de manera tan rápida. Entendió, pero sin pensarlo, que de alguna manera había vivido un acontecimiento asombroso: ¿sería realmente posible que eso de la magia fuera cierta? Había pronunciado las sílabas de un encantamiento protector, había esgrimido una rama de malva para alejar de sí misma las fuerzas oscuras, había entrado en una suerte de trance y, por si fuera poco, había aparecido frente a sí un campeón venido de la nada para

defender su honor y su vida. ¿Sería realmente posible?

Ya no estaban asustados los ojos verdes de Leonor cuando la mirada celeste y límpida del hombre que la abrazaba se cruzó con ellos. Él sonreía cuando la tomó por la barbilla para preguntarle por enésima vez si estaba bien.

Una pequeña nube negra pasó sobre sus cabezas trayendo una nueva lluvia furtiva. Leonor se estremeció involuntariamente debido a una especie de frío inesperado que le recorrió la columna vertebral, pero no era frío, ni miedo, era algo totalmente nuevo para ella pero agradable, amablemente confuso. Sir William le colocó sobre los hombros su capa al sentir el temblor casi convulsivo que se había adueñado de su cuerpo. Ella volvió a estremecerse, y aún no era de frío. El agua caída hizo renacer los aromas del bosque y nuevamente el laurel dominó la atmósfera y se mezcló con los robles ancestrales y majestuosos, y con los castaños, los castaños... sintió el relincho de un caballo y pareció ser ése el único sonido real del bosque. La tierra giró más lentamente bajo sus pies y aunque todo alrededor daba vueltas frenéticamente sin tiempo, sin espacio, cómplice, no sintió más que una sola presencia en el mundo diferente a ella misma.

Leonor señaló la dirección en la que se encontraba el campamento; sentía que no podía emitir palabra y, por más esfuerzo que hacía, sentía también cómo sus piernas le fallaban y perdió el equilibrio. El joven la sostuvo y la

acompañó delicadamente hasta el suelo para que pudiera acomodarse sintiendo su abrazo protector entre temblores y sollozos. La incomodaba sobremanera que él la mirara pero no hubiera soportado que no lo hiciera.

El ruido de una pequeña multitud quebró el lento paso del tiempo que hacía rato se había comenzado a generar en ese sector especial de la añosa arboleda. El murmullo del río dejó de percibirse para dar paso al gentío que la llamaba por su nombre de pila. Indudablemente alguien más había podido escuchar su grito desesperado y había dado la voz de alarma. Aún no se veían... extraña sensación esa en los bosques, cuando se pierde la noción de la distancia y el origen de los sonidos.

—¡Leonor!

—Padre, me han atacado y este... caballero defendió mi honor... yo...

—Un traidor inglés... no es de fiar.

—La guerra ha terminado hace mucho. Por favor...

Algunos truenos comenzaron a hacerse notar a lo lejos, primero tímidamente; luego como si jugaran una alocada carrera cuyo premio mayor fuera desatar un furibundo vendaval. Todos se dieron cuenta de lo que se aproximaba, pero nadie se movió: la realidad presentaba una situación tensa, extraña, llena de decisiones por tomar. Finalmente, el padre de Leonor habló pronunciando cuidadosamente cada palabra con sumo cuidado, como para que todos tuvieran

bien en claro lo que se debía hacer y cómo serían las cosas. Ya habrían de contarle, y con todo detalle, qué era lo que había ocurrido y por qué Leonor estaba sola en aquellos parajes extraños y peligrosos para una doncella. Como consecuencia, fueron hacia donde acampaban y cada uno se refugió con los suyos luego de pedir a gritos que todos se guarecieran con prontitud y verificar que todos los menores se encontraran a salvo.

La lluvia regresó con ahínco con la intención de demorar aún más el avance de la caravana: parecía que tenía conciencia propia, o que alguien la manipulaba siguiendo un plan todavía desconocido.

El inglés tuvo un sitio junto a Gonzalo Vargas Suárez y su única hija.

3 El letrado

La mañana anunciaba un día lluvioso. Menos mal.

Literatura, Geografía, Filosofía, Epistemología, idiomas... y hasta Matemática, Arqueología, Sociología y... ¿Y? Todo eso pudo aprender estudiando Historia.

Se había perdido otra vez en algún mundo maravilloso. Amaba la Historia... y quería seguir amándola por sobre las teorías y los exámenes... Había logrado convertirse en un experto aunque con ideas y teorías eclécticas y, a veces, poco académicas. Era octubre, estaba cansado y odiaba tomar examen. Por lo menos la lluvia venía a aliviar un poco el calor húmedo y agobiante tan extraño para esa época del año y en esas latitudes.

Miró por la ventana: si lo hubieran dejado, hasta hubiera podido ver a uno de los Nueve volando entre las nubes, pero no. Estévez le estaba entregando la prueba... cuánto a que no había estudiado de nuevo... «¡Ah, bueno! Parece que esta vez sí, bueno, algo... a ver los demás».

Otro día tedioso. Empezaba a creer que de verdad se había equivocado de carrera... Todos se lo habían dicho, y había discutido con ellos esgrimiendo nobles y filantrópicas razones y ahora... bueno, mientras no supieran que ya se había convertido en una tortura china... para él era suficiente.

Estaba real y soberanamente aburrido.

Años atrás, durante su etapa de formación, se imaginaba a sí mismo como un expedicionario viviendo extrañas aventuras mientras exploraba las ancestrales civilizaciones de la precordillera, todas ellas llenas de magia y poderes místicos. Ahora, ya maduro y realista, se veía, revisaba su vida y veía tristemente cómo se le pasaban los años inmerso en una rutina que le atrofiaba la vida, y con ideas casi opuestas. De alguna manera, sentía lástima de la vida tediosa y rutinaria que le había tocado en suerte. Aunque sabía que cada cual tiene la vida que de alguna manera ha permitido, no podía dejar de pensar en cuál decisión tomada estuvo su error. Se sentó, abrió el libro de temas como para disimular y recorrió varias páginas con una mirada perdida... automáticamente, haciendo que buscaba algo. Lo cerró. Levantó los ojos y se encontró con veintiséis alumnos que se retorcían en sus asientos tratando de recordar, inútilmente, lo que no habían estudiado para completar la evaluación. De vez en cuando alguno intentaba copiarse, aun sabiendo que no podría. Miró el reloj y no lo pudo creer: todavía faltaba más de una hora para terminar la clase. Y se fue. No es que realmente se fuera, sino que su mente se ausentó entre un parpadeo y otro.

Pronto se vio a sí mismo con catorce años, llevando el uniforme de la escuela (la misma en la que ahora daba clases tres veces por semana por las mañanas y dos más por

la tarde... el resto, en una escuela estatal en el turno vespertino) y tenía frío, como siempre. Y como siempre el frío lo hacía tiritar y eso lo ponía nervioso porque no lo dejaba pensar con claridad. Y los nervios conducen al mal humor y eso, bueno... hace lo que hace. Y en su caso, podía ser bastante molesto si se consideraba su tendencia a ponerse un tanto irascible.

Había entrado a la escuela sin ganas, se acordaba bien de eso, y para peor tenía prueba de Historia... un fastidio para él en esa época. Todo indicaba un tedio insoportable. Si bien había estudiado, como siempre, como para un 9 como mínimo, eso no le aseguraba una buena mañana. Así que se puso a esperar que alguno diera la nota primero para ser él quien se llevara el premio por continuar el rollo. Eso sí, tuvo que esperar bastante: hasta algunos momentos después que su compañero de banco entregara su única hoja y el profesor leyera algo que había hecho que se pusiera totalmente colorado, hiciera todo lo posible por reprimir una risotada y esto le provocara un lagrimeo un tanto incómodo y sumamente extraño. Sabía que nunca hubiera imaginado tal actitud suya... no era un tipo de broma fácil, pero algo lo había superado.

—Vení —había dicho—. ¿De dónde sacaste esto? —
¿Qué cosa, Profe?

—¿Cómo va a ser negro Colón? ¿Cómo se te ocurre? —El libro dice...

—¿Cómo va a decir el libro? A ver, mostrame... ¿Lo tenés acá?

—Sí. Mire: acá.

—A ver... «Cristóbal Colón, ese oscuro navegante»... ¡No podés!

Y había seguido una sarta de cosas que ya no se acordaba, pero ese diálogo... Ojalá hubiera tenido él mismo alguna situación parecida, pero ni eso.

Se dormía. Hacía varias noches que el insomnio no lo dejaba en paz... otra vez. Eso lo ponía de mal humor pese a saber que era una consecuencia lógica del estrés. Y sí, ¿qué más podía esperar? Se le cerraban los ojos al punto de no poder disimularlo por mucho tiempo más.

Había estado charlando con algunos colegas en el recreo: todos parecían estar a las puertas mismas del manicomio aunque sabía que nunca nadie llegaba a dar ese mal paso... Por un momento se apiadó de ellos ya que, pese a todo, creía que él tenía algo que los demás no podrían alcanzar: su capacidad para volar. Creía firmemente que la imaginación era la mejor ruta para alcanzar la salvación no solo del alma sino también de la mente. Podía irse y volver cuando quisiera como en ese preciso momento, antes de que lo interrumpieran.

—Profesor. ¿Podría venir un momento, por favor? —
Estoy en prueba.

—Acá está el preceptor conmigo. Le pedí que cuidara a los alumnos.

No podía negarse. Nunca había visto al director tan serio, y eso que lo conocía desde hacía bastantes años... muchos, en realidad: ya era director cuando él era estudiante. Y eso era algo que lo ponía en desventaja a veces y en clara ventaja, otras. Evidentemente algo pasaba. Instintivamente, se puso nervioso ante su presencia; el porqué, no lo sabía, pero de pronto se sintió abrumado por un peso insoportable que doblaba sus hombros. Sí, sabía que no había hecho nada, pero no podía evitarlo. Como aquella vez que alguien hizo la broma de tirar bombitas de mal olor dentro del aula: él no había sido, pero se sentía culpable por no haber hecho nada por evitarlo y tonto por sentirse culpable. Las rarezas de su carácter...

Entró el preceptor con aires de importancia y él salió. Caminó en silencio junto al director hasta que entraron en la Sala de Profesores, ahora vacía puesto que todos estaban en hora de clase.

—La dirección es un loquero —dijo—. Martínez está entrevistando al padre de Pintos, que vino bastante sacado. Sentate.

Y se sentó nomás, con el mismo silencio con el que había llegado hasta allí. Y en silencio escudriñó con la mirada al otro. El otro era Sebastián Castro, profesor de Filosofía desde hacía veintiocho años y director de escuela

desde hacía veintidós. Tenía fama de ser un tipo reposado, cordial y diplomático. No era su amigo, pero en cierta forma, se tenían una suerte de complicidad implícita y respeto mutuo a causa de haber estudiado en la misma Facultad, aunque las épocas difirieran. A veces solían cruzar algunas palabras en clave, acompañadas por un guiño, que dejaban mal parados a todos menos a ellos dos y a «la de Lengua»; los únicos con el mismo estilo de formación en Humanidades. Aunque pareciera raro, Castro era algo así como su mentor.

—Acaba de pasar algo raro: llegó por correo un sobre para vos.

—¿Para mí?

—Eso no es lo raro. Seguramente el remitente no conoce tu dirección actual; aunque nunca te mudaste. Supongo que no tiene noticias tuyas desde hace rato... En realidad el problema es el remitente.

Le extendió un sobre de papel madera que tenía escrito con tinta negra y una letra muy prolija y redonda su nombre y la dirección de la escuela. Lo dio vuelta y la sorpresa de ver ese nombre se mezcló con desconcierto y alguna extraña emoción que no pudo identificar. Tomó coraje... bastante coraje antes de volver a emitir sonido; aunque hacía un arte de disimular no estaba seguro de que esta vez le fuera a resultar bien.

—¿Pedro Nampëlkan? Pero... ¿no está muerto?

—Yo también creía lo mismo... La última vez que vi a su padre había borrado ese nombre de su vocabulario: siempre pensé que era por duelo. Su familia habla de su partida como un hecho más que doloroso. Siempre supuse que estaba muerto. Pero si vos que fuiste su mejor amigo no lo sabés... ¿Qué otra cosa podría aportar yo?

No podía dejar de mirar ese nombre, esa letra tan conocida y tan querida. Guardó la carta en el bolsillo interior de su abrigo, a cobijo, a salvo.

—Voy a terminar de tomar la prueba a tercero —anunció—. No tengo más horas por hoy. Después charlamos.

Se levantó y se fue sin saludar. Volvió al aula como un zombi, de esa manera terminó la clase y así se metió en el auto. Arrojó, sin pensarlo demasiado, el maletín sobre el asiento del acompañante, dio arranque y se sacó la misiva misteriosa del bolsillo. Tan anonadado como antes, siguió mirándola y dándola vueltas entre sus manos como quien observa una reliquia impensada. La colocó cuidadosamente en la guantera, puso primera y condujo mecánica e instintivamente rumbo al lago. Buscaba un lugar específico más allá del Punto Panorámico que había sido un antiguo refugio de rateadas. Sin saber muy bien por qué, terminó cruzando el centro de la ciudad pudiendo haberlo evitado, así que terminó en el lío de tránsito del Centro Cívico tratando de encontrar la salida para la Avenida Bustillo como si fuera un turista. Bariloche hacía años que había

dejado de ser lo que era: la cantidad de habitantes se multiplicaba y ya no todos se conocían. De todas formas, eso también tenía su encanto, siempre pensándola como una ciudad pujante, cosmopolita, en constante crecimiento y con incesantes oleadas de turismo. Igual iba a seguir añorando lo de antes.

Pedro había sido el cerebro detrás de muchas travesuras en el secundario, incluidas las bombitas de mal olor y los cincuenta centímetros de nieve sobre la silla del director y la torta de barro en medio de la biblioteca y lo del auto del vice y... siempre tuvo muchos cómplices, lo que lo convertía, sin dudas, en un líder nato. Justo lo que quería su padre.

Y ahí se dio cuenta. Frenó, dio la vuelta, volvió unos cientos de metros sobre lo andado, hasta Playa Bonita, tomó por Libra para encontrarse con la avenida de los Pioneros, seguir la ruta del faldeo, y poder salir desde el pasaje Gutiérrez hasta la ruta nacional 258, que va a El Bolsón. Definitivamente no iba a poder soportar los contingentes de egresados que pululaban por el Circuito Chico en medio de un griterío despiadado. ¿Más adolescentes? No, gracias. Antes de Villa Mascardi, apenas comenzado el lago que le da nombre, conocía una bajada poco usada por turistas en esa época del año y hacia allí se dirigió, mientras en su mente reinaban las más disímiles imágenes.

Tomó el sobre y bajó del auto, todavía sin decidirse a abrirlo. No había posibilidad alguna de cometer un error: esa letra era suya. Lo sabía muy bien. Años atrás (varios años atrás), unos diecinueve o veinte, solía recibir una carta de Pedro cada quince días. Estando lejos de casa, resultaba una experiencia maravillosa encontrarse con algo tan familiar. Sus años de estudiante en la Universidad Nacional de La Plata resultaron bastante más amenos así, aliviando el trajín de estudiar a deshoras y trabajar, también a deshoras, por supuesto. Pedro le contaba desde su vida cotidiana y el fastidio que le producía hasta atrapantes y hermosas historias de su pueblo, según su estado de ánimo. Así se había enterado de detalles ocultos del *machitún* y del *nguillatun*, de la cosmovisión mapuche, de héroes pasados como el gran Lautaro, de Ngnechen, de la importancia mística del *kultrun*... Después supo que todo era mentira: no estaba en El Perimol... debió saberlo: desde allá no pueden mandarse cartas. Aquellas, al igual que esta, no llevaba sello de origen sino solo estampillas.

Entonces tomó coraje nuevamente y se dispuso a leer la misiva. Antes, como para recordar tiempos pasados, buscó una roca en la orilla y se sentó en ella sin fijarse demasiado cuán mojada podía estar. La temperatura parecía haber bajado varios grados en menos tiempo del previsto como consecuencia de la tormenta de hacía algunas horas. Se descalzó y metió los pies sin más en las aguas frías del Mascardi. Muchos años antes ese era un ritual compartido

con Pedro... no sabía muy bien si tenía algún sustento en su cultura mapuche, pero sí era algo que los sumergía en una complicidad extraña, en una suerte de éxtasis inexplicable. Se conocieron de niños, cuando el padre de Pedro, el *lonko* Elicura Nampëlkan, lo dejó pupilo en la misma escuela a la que él asistía para darle una formación adecuada y convertirlo en el líder que la comunidad necesitaba. Habían sido grandes amigos y les gustaba pensar que eran algo así como la reencarnación de John Evans⁵ y el hijo del cacique Wisel: la vieja tradición que decía que tehuelches y galeses habían entablado excelentes relaciones desde la llegada de los europeos. Por algún motivo que desconocía, Pedro había dejado la escuela dos meses antes de recibirse.

Miró nuevamente el remitente: Pedro Nampëlkan, y la dirección pertenecía a su colonia de origen. Dio vuelta el sobre y descubrió nuevamente su nombre escrito con la letra impecable que tan bien conocía: *Julián Sinclair*, seguido de su título de Licenciado en Historia y la dirección de la escuela. Esto le provocó un escalofrío a lo largo de la columna vertebral: Pedro nunca se había enterado de que, al final de su carrera, había dado un vuelco impensado en su especialidad. Cuando comenzó a estudiar, lo hizo con la intención de especializarse en Historia Precolombina del territorio argentino para, luego, encauzarse hacia la cultura tehuelche... pero algo ocurrió y, sin saber bien por qué, terminó licenciándose en Historia

Antigua justo cuando le comunicaban lo de Pedro y le decían que no hacía falta que volviera a Río Negro.

⁵⁵ Trevelin 1947).

Leyó: *Querido Julián:*

Mari mari pu peñi, mi amigo. Seguro ahora estás pensando que te encontrás leyendo una carta escrita por un fantasma. Nada más lejos de la realidad.

Si no te conozco mal, y creo que es así, puedo adivinar, sin temor a equivocarme, que ahora estarás con los pies metidos en agua para tratar de relajarte y así poder abrir mejor tu mente. Tampoco dudo de que estás sentado, digo, por la época del año, a orillas del Mascardi. Realmente espero que sea así, porque estás a punto de entender por qué todos creían que yo estaba muerto y cuál es el motivo por el cual ahora puedo decirte que me he estado convirtiendo en un sabio para mi pueblo y para mí mismo. Creo que la vida nos presenta situaciones que de tan insondables nos parecen disparatadas, inconexas; y creo también que solo alcanzamos la verdadera sabiduría cuando somos capaces de reconocer lo realmente trascendente y de transmutar el plano de la vida común en un mundo en que lo divino participe de la naturaleza viviente.

Estoy convencido de que para lo que sigue vas a necesitar algo más poderoso, y pienso que si buscás el deshielo del Amun-kar te va a ser algo más fácil entender lo que tengo que contarte.

Hacía mucho tiempo que no le mencionaban al Tronador por su nombre en mapudungun. Y fue suficiente. Recogió todo y salió como perseguido por los *weküfe* rumbo a la entrada del Parque Nacional.

Saludó al guardaparques a la distancia con la cordialidad de toda la vida: había sido su alumno siete años atrás. Lo recordaba bien: buen chico. Solo le bastaba tocar la bocina del auto de una determinada manera... habían llegado a ese acuerdo luego de un día de lluvia. Julián no quería que se mojara por su culpa, puesto que tenía la costumbre, cuando su tiempo se lo permitía, de caminar montaña arriba incluso con el clima destemplado.

Condujo cauto por el serpenteante camino de ripio hasta el pie del viejo volcán donde en tiempos ancestrales habitó el gran Pillán, dios de la Ira, el castigador de reyes, el de las nubes. Conocía bastante bien la leyenda, tanto como cualquiera de la región, aunque nunca entendió por qué debían ser enanos los enemigos de Linko Nahuel. Aunque sí supo apreciar la idea de no desafiar a la deidad en la que se cree, cualquiera sea... y ahora... hacía tiempo que las religiones habían pasado a ser un objeto de estudio para él, y no un bálsamo para su alma herida.

Sabía que no sería interrumpido: los turistas no solían quedarse hasta tarde por temor a que los agarrara la noche andando por caminos peligrosos. En cambio Sinclair podía recorrer todo el sendero en la más completa oscuridad como, efectivamente lo había hecho siendo adolescente para poderle ganar una de tantas apuestas a Pedro. Confiaba poder leer la carta con la poca luz del sol que quedaba flotando en la atmósfera sin tener que recurrir a la pequeña linterna que llevaba como llavero. No quería luz artificial. Pronto recordó, bien porque sí, bien porque había vislumbrado un redondel pálido reflejado en el arroyito, que esa noche habría luna llena. Cuando chico había creído que eso anunciaba la presencia de algo mágico, pero hacía rato que se había vuelto tozudamente racionalista, y los clichés de la literatura y de las religiones no dejaban de ser eso; nada real, tan solo una forma de no aceptar lo desesperanzador que puede ser el mundo.

Julián Sinclair se consideraba un hombre serio, académico, disciplinado y racional. Nunca lo fue de chico, por supuesto. Quienes lo conocían desde esa época no hubieran podido prever semejante cambio. Pero era lógico. Cuando decidió que no se adaptaría a la vida en Gales que su familia había elegido para subsistir, regresó con la excusa de terminar el secundario y se encontró lejos de los suyos demasiado a temprana edad: desde los quince años se había criado con su abuela galesa (recién de grande pudo entender y valorar su sacrificio: durante la semana, vivían en Bariloche para que él no se distanciara de sus amistades pero los fines de semana iban hasta Trevelin) tan creyente como practicante, tan supersticiosa como temerosa de Dios, tan dedicada a conservar las tradiciones de sus ancestros como del buen cuidado de su único nieto ahora pseudohuérfano devenido en rebelde... muy rebelde. Pero ella era perseverante y terca como los antiguos colonos: ante cada travesura primero lo miraba con infinito amor y luego comenzaba una breve

explicación de por qué eso no debía hacerse. Él la quería mucho y se limitaba a mirar hacia abajo con cabeza y todo. Todavía lo hacía. Lástima que ella estaba tan a tras mano. Trevelin no era opción para ir todos los días, ya no más, ni siquiera una vez por semana; no desde Bariloche. Pero se dedicaba a llamarla cada tanto, siempre buscando consejo y calma. ¡Qué bien le había venido escuchar su voz reposada y sabia en sus días de La Plata! Y ahora ella estaba de viaje y él con un problemón.

Se rascó la cabeza, pensativo; se acomodó instintivamente el pelo rubio que antes había sido una larga cabellera y ahora estaba cuidadosamente recortado. Pensó un poco, no mucho, lo que debía hacer. Desdobló con emoción creciente los pliegos de papel y continuó con la lectura interrumpida en Mascardi. Se enteró, entonces, de cómo Pedro se había ido primero de la Colonia y luego del país furiosamente enojado con su padre porque, según él, no permitía el progreso de su comunidad condenándola a vivir en un pasado que él consideraba nocivo e inapropiado, en lugar de pelear por sus derechos activamente y denunciar discriminaciones y abusos. Julián sabía que no era tan así, ya que el viejo cacique siempre había pugnado por el bienestar de su pueblo, aunque sin caer en la desculturización que permanentemente promueve el criollo, lo que lo había colocado en una posición de franca desventaja... Siempre había creído que hubo algo más, un motivo secreto; ya vería. También supo cómo el destino lo había convertido en mercenario en Centroamérica y cómo eso había derivado en lo que Pedro llamó «un encuentro robado al corazón de los espíritus ancestrales». De inmediato comprendió que su amigo no podía estar en sus cabales. No era posible si creía que ese tal Sir William Anthony James, señor de Stonestep venía efectivamente del pasado, de finales del siglo XVII, cuando lo lógico era pensar que se trataba de un simple demente. Sin embargo había algo en su historia, algo que su amigo no se atrevía a contar por carta, tal vez pensando que Julián Sinclair se había convertido en otro, cosa que era cierto. Seguro algo se guardaba. Podía verlo. Podía olerlo. Podía sentirlo en el corazón. Pronto las aguas heladas que bañaban sus pies hicieron lo suyo: lo ayudaron a recordar quién había sido, en qué creía y, lejos de helar su alma, apagaron la llama de su ira recóndita. La lluvia volvió como para quedarse varias horas más, borboteando en la corriente cristalina, haciéndose una con ella como uno fuera con su amigo de siempre. Comenzó a pensar como antes, a sentir, a

dejar que su instinto anduviera en primer lugar. Después de todo, ninguno de los dos había cambiado tanto en el fondo de su alma. Se quedó un buen rato bajo la lluvia helada esperando que lo bañara con sus magias, sin temor a ninguna enfermedad: había vuelto a creer (y tenía un excelente remedio casero, receta de su Nain). El Tronador tronó una vez más y esa fue la señal definitiva: su amigo lo necesitaba y esta vez estaría allí. Antes algo no había calzado en sus correctos engranajes, y ahora era tiempo de reparaciones.

Se levantó de un salto. Estaba mojado y mareado. Observó por un momento la puesta del desdibujado sol tras las cumbres nevadas y nebulosas, y salió como quien huye de Salamanca escondida con la intención de iniciar un nuevo viaje hacia ese punto perdido, empotrado en medio de la desolada estepa patagónica, hacia el corazón de la comunidad mapuche que tan bien conocía y la que tanto había querido olvidar.

4 La traición

— *Síguese la siguiente relación que el caballero Sir William Anthony James, señor de Stonestep, realiza a la muy amada señora doña Leonor de Vargas y Calderón, única dueña de su atribulado corazón, en la que cuenta las peripecias que ha acaecido en las Américas durante su busca.*

—No voy a escribir eso.

—¿Por qué no?

—Porque es horrible... Vas a tener que modernizarte un poco: estamos en el siglo XXI, no te olvides.

—Yo no pertenezco a este siglo. Y a mí me gusta de esta manera.

—Acá tenés... Escribí vos.

—¿En castellano? No sabría cómo.

—Entonces, aguantate.

El rostro de William se ensombreció en un instante, como si el peso del mundo y de siglos de historia se hubiera agolpado, inmisericorde, sobre sus ya cansados hombros. Se sintió como si realmente hubiera vivido todos esos años, lleno de dolor y desventura, como un anciano sin tiempo, un anciano de tan solo 'treintitantos' años. Aún no era capaz de comprender qué designio misterioso y extraordinario lo había llevado a aquella tierra que, le decían, estaba en su futuro lejano.

—Tengo una idea mejor: grabo lo que conversamos y después transcribo todo. No tenemos mucho tiempo.

—No entendí nada... ¿Cuándo viene tu amigo?

—Mañana a la noche, si calculé bien y si no cambió tanto. Quedate tranquilo. En este aparato queda registrado lo que hablamos y después lo podemos escuchar.

—¿Como lo que escuchamos cuando viajamos para acá? —Algo así (espero no tener que hacerte volar de nuevo). ¿Listo?

—Sí.

—Bien, contame... ¿se casaron?

—¿Leonor y yo? Eso fue en Andalucía, en un lugar cerca de Sevilla; después del juicio.

—¿Qué juicio?

Y lo miró frunciendo en entrecejo. De pronto comprendió que no sabía nada del hombre que tenía sentado frente a sí. Que ni siquiera se había dejado llevar por la primera impresión y que, para peor, lo había llevado al corazón de su familia y de su pueblo sabiendo que era un hombre violento, capaz de cometer asesinatos así, sin más. Y, sin embargo, algo le decía que estaba haciendo lo correcto y que debía confiar. ¿O no era él el hijo del *lonko*, el que debía estar preparado racional y espiritualmente para ocupar ese lugar? Y, entonces, ¿no debía ser capaz de ver en los demás más allá de ellos mismos, hasta penetrar en lo más profundo de su espíritu? Ese mismo instinto, trabajado una y mil veces cuando chico, ahora daba su fruto y le imponía un sentimiento contrario a su razón. Su gran lucha interna era, pues, decidir qué era lo que debía tener prioridad: si su corazón o su mente. Mientras discurría en estas cosas, trajo carbones para renovar los que se habían consumido en el brasero hecho con una vieja llanta de auto, colocó una parrilla en él y, sobre ella, la pava con agua. Hacía demasiado frío para aquella época del año, pero pudo comprobar que su compañero no se inmutaba... parecía estar más curtido que él, y eso era raro... pensó.

—Parece ser que los que la atacaron en el bosque del Eo no fueron cuatro sino cinco hombres. El quinto se escondió y logró escapar. Creo que tenía miedo de enfrentarme...

—No sé por qué...

—...y, en lugar de incriminarme por las muertes de sus compañeros, se presentó ante el Inquisidor de Santiago y acusó a mi Leonor de practicar brujería: no la pudieron encontrar enseguida que ocurrió ese horrible hecho, porque para entonces ya estábamos saliendo de Galicia; la acusaron también de haber huido de la justicia divina y de profanar tierra bendita.

—¿Santiago de Compostela?

—Sí.

—¿Mate?

—¿Qué cosa? ¿Ajedrez, ahora?

—No. No. Mate...

Dijo, mientras se lo mostraba. Ante la cara de desconcierto del otro, comprendió lo disparatado de su pregunta. Entonces le explicó que se trataba de una infusión caliente estimulante a base de yerba, dulce o, preferentemente, amarga que se bebía, justamente, en un mate y con bombilla. Le explicó, también que se usaba, muchas veces para acompañar reuniones o conversaciones largas y hacerlas más amenas porque la idea era tener un gesto visible para compartir.

—Bueno —aceptó, encogiéndose de hombros.

—Preparo.

—Te decía: de alguna manera se enteraron de que era hija de un comerciante castellano bien conocido por llevar una ruta más o menos fija este-oeste dentro del territorio español, siguiendo parte de la ruta del Apóstol. Así que no les resultó muy difícil seguir el rastro de la caravana. Igualmente lo del juicio me fue muy extraño, porque en aquella zona nunca hubo grandes persecuciones por parte del Santo Oficio. La cuestión es que logramos salir de Santiago e íbamos rumbo a Oviedo nuevamente y...

—¿Logramos?

—Me invitaron a unirme a ellos, siempre y cuando les sirviera como protección contra ladrones y demás forajidos. Yo no estaba muy convencido, porque mi promesa implicaba viajar solo y debía volver a mi país; pero no podía apartar los ojos de Leonor. Aunque intenté disimular todo lo posible... en fin, creo que no pude mucho.

»Tardamos en llegar más tiempo del que había planeado, ya que la lluvia reapareció un par de días después, y ellos decían que había cierto tipo de mercadería que no podía mojarse. Lo innegable es que de viajar solo hubiera llegado bastante antes, y nada hubiera resultado igual. De todos modos, no cambiaría ninguna de mis acciones: mis decisiones serían las mismas, aun conociendo las consecuencias.

—Estabas totalmente enamorado. —Sorbió el primer mate—. ¿Vos también viajabas a Santiago cuando te encontraste con ella?

—Sí. Como te decía, necesitaba aclarar mi mente y mi espíritu. Pedí permiso a mi padre para emprender el viaje dejando de lado mis obligaciones. Somos del sur y hemos tenido, en mi familia, numerosos y frecuentes contactos comerciales con España, por eso conozco tan bien el idioma y las costumbres del norte español. Además, mi padre siempre me dijo que tenemos incontables ancestros comunes y que eso debería ser suficiente para entablar un respeto mutuo perdurable... solo que no todos piensan igual que él y siempre tuvo problemas por ello.

—Creeme: tu padre era un hombre sabio. Incluso hoy en día la gente no aprende a comprender y tolerar lo distinto, al Otro como un ser respetable. Nosotros los mapuches sabemos de sobra qué es la discriminación y la intolerancia... pero esto es tema para otro día... Seguime contando de vos y de tu viaje a Santiago.

—Bien. Allí la encontraron y allí la juzgaron. No en Asturias, lo que hubiera sido mejor; aunque, ahora que lo pienso, no sé si allí hay Tribunal; todavía estábamos en Galicia. También allí la condenaron, y la convertí en fugitiva.

—¿La rescataste del rigor del Tribunal Inquisitorial gallego?

—Sí. Me había dado cuenta de algo: no estaba allí solo por el hecho de que era lo correcto ni porque veía en ella a una persona indefensa, desamparada, sino que de pronto sentí que su belleza y su ser todo me habían cautivado hasta el punto tal que el solo hecho de la condena me dolía en lo más hondo del alma y calaba en mis huesos como el frío que viene desde el norte. Sentí cómo me invadía un sentimiento que va más allá de un simple deslumbramiento o enamoramiento pasajero. Así, con la anuencia de su padre, claro, y con su ayuda y la de sus contactos, la llevé conmigo rumbo al sur, a Sevilla, con la intención de iniciar los trámites necesarios y embarcarnos a las Américas Españolas donde la Inquisición no era tan poderosa si sabías dónde ir. Supe que en la América Inglesa había caza de brujas.

Recibió el mate de manos de Pedro. Confuso y bastante desconcertado vio cómo la yerba estaba mojada solo en parte, donde se insertaba la bombilla. Sintió su tibieza entre sus dedos y vio el vapor endeble que

emanaba y lo olfateó, frunciendo el entrecejo. En ese efímero instante comprendió que estaba inmerso en una cultura demasiado diferente a la suya propia o de alguna otra que hubiera podido conocer en sus años de vida. Y decidió que no había otra cosa por hacer que aceptarla y unirse alegremente a ella, porque su corazón, al igual que el de Pedro, le dictaba que iba por el camino correcto. Tomó un pequeño coraje y procedió a dar el primer tímido sorbo. El fuerte gusto amargo lo impresionó lo suficiente como para realizar una mueca que a Pedro le resultó chistosa, pero en sus fauces había quedado un dejo de sabor tan peculiar que, aún sin proponérselo, hizo que fuera por más.

—¿Lo era?

—¿Qué? ¿Bruja? No mucho más que quien administra hierbas medicinales y dice una plegaria por algún enfermo, creo. De todos modos, no importa ¿no?

—No, por supuesto. Algo pasó, porque no llegaron juntos a América, ¿verdad?

—Sí, llegamos juntos. Viajamos rumbo al sur, hacia Andalucía, como estaba diciéndote. Nos casamos en un pequeño pueblo en el camino llamado Alcaclá del Río, para que el embarque no resultara tan complicado. Y una vez en Sevilla los conocidos de su padre hicieron por nosotros los trámites de abordaje y nos mantuvieron escondidos hasta el momento de la partida. La verdad es que yo creía que ya no nos seguirían, pero no era verdad.

—¿No te parece que esos tipos eran demasiado persistentes?

—Así me pareció y por bastante tiempo no pude entender qué era lo que los movía. Pues bien, luego supimos que uno de ellos era el hijo de un noble portugués.

—Esperame un momento.

Pedro se levantó, mate en mano, con la intención de buscar un viejo libro. Recordó de pronto dónde se encontraba y regresó junto a William. Lo colocó con sumo cuidado sobre la mesa y lo abrió buscando un mapa de España y un planisferio. Definitivamente necesitaba orientarse. Pronto se encontraron ambos, *tête à tête* siguiendo con el dedo la ruta norte-sur entre Santiago de Compostela y Sevilla.

—¿Así que eran nobles, entonces?

—Eso parece, y el que quedó buscaba venganza... no sé bien qué cuestión política se habrá movilizado con la muerte de esos cuatro como para que iniciaran semejante persecución y con tal odio y oficio. Creo que a pesar de todo nunca lo sabré. Los demás tampoco entendían a qué venía todo eso y supongo que ese fue el motivo por el cual nos ayudaron sin importarles si habría o no algún tipo de consecuencias negativas para ellos.

Meneando todavía la cabeza, sorbió otro mate y ya no consideró que fuese tan desagradable ni tan extraño. Lenta y sorpresivamente comenzó a entender por qué era necesario para acompañar una buena charla. Comprendió, sin mucho asombro, que ya se estaba convirtiendo en parte de sí mismo y que ya no se estaba dando cuenta de si él lo sostenía en sus manos o el mate lo poseía a él. Entendió, también, que podía darle un carácter místico.

—Por lo que decís, parece que embarcaron sin demasiados problemas.

—Sí. Y aunque Leonor me dijera muchas veces que se sentía observada, yo no le di crédito y no hacía más que tranquilizarla diciéndole que no eran otra cosa que sus temores jugándole una mala pasada. Me equivoqué, y me equivoqué mucho.

—¿Con qué destino viajaban?

—La embarcación zarpaba con rumbo a las Antillas. Una vez allí, saldríamos hacia Valparaíso, con intención de llegar lo más lejos posible hacia el sur e iniciar una vida totalmente nueva para los dos. Yo esperaba no tener que empuñar un arma de nuevo pero...

Y lo que antes había ocurrido como en una entreverada pesadilla, sucedió otra vez como para que ambos recordaran que los malos sueños pueden adquirir materia y que la realidad es algo más que aquello que involucra la razón.

Instintivamente Pedro detuvo la grabación. En realidad no supo si esa fue su intención o si hubiera hecho lo mismo de haberlo pensado. Lo cierto es que no se dio mucha cuenta de lo que estaba haciendo y tampoco tenía demasiadas intenciones de pensar en algo diferente de lo que se le estaba presentando delante de sí.

El etéreo medallón pareció cobrar vida nuevamente y se manifestó de la misma manera que en la ocasión anterior. Solo que esta vez, y gracias al consejo de Pedro, William no lo llevaba puesto. Había sido muy dura la experiencia anterior y, pese a las protestas del inglés, hubo entre ellos un acuerdo claro e inamovible: la joya podía ser portada pero no llevada al cuello. También pensaron que lo mejor sería tenerla a la vista el mayor tiempo posible y estar atentos, así, a cualquier acontecimiento extraordinario que pudiera surgir de ella; aunque por mucho tiempo callara sus secretos.

Pudieron observar, entonces, cómo del corazón de la piedra comenzaba a fluir una pálida luz fluorescente, como si emanara solo una sensación, una percepción, la idea de una incertidumbre... como si el aire se rasgara y su herida sangrante quemara los ojos con un verde nunca antes visto.

Inmediatamente, en instante imperceptible para humano alguno, comenzó a vibrar a una velocidad indescriptible, tal que la tabla de la mesa sobre la que se apoyaba empezó a despedir un fuerte olor a leña recién encendida y un humo blanquecino, primero tenue y, luego, copioso y amenazador. Vieron asombrados cómo quedaba grabada en la mesa la forma intensa del medallón.

El primero en reaccionar fue Pedro. Tomó la varilla que servía de atizador y que se encontraba junto al brasero, y con ella levantó la joya dejándola pender de su cinta de seda negra en descuido vaivén. Pesaba tan poco... parecía que eso la hacía más peligrosa... Tan delicada y dejar semejante rastro... Ambos observaron perplejos el pequeño objeto que hacía que tambaleara toda idea de racionalidad y realidad que pudieran haber tenido, cada uno desde su mirada particular, con el bagaje de cultura, instrucción y religión que la vida les había regalado según la suerte de su propio destino. Sin saber si estaba muy seguro o no de lo que veía, a Pedro le pareció notar un dejo de sonrisa amarga en los labios finos de su nuevo amigo. De esta manera, su corazón albergaba la idea de que las armas o su sola mención eran el disparador de algún maleficio. De pronto entendió que las diferencias culturales entre ambos no debían ser los parámetros para juzgar las actitudes del otro. William vivía en una sociedad en la que todavía había duelos a muerte y las luchas por honor eran aún moneda bastante corriente. Y entonces... no supo qué más pensar. No tenía otra salida que esperar al experto.

De pronto, tan abruptamente como se iniciara todo, el medallón regresó a la calma.

La perplejidad les ganó la partida. Ambos observaban estupefactos el pausado y elegante vaivén de la joya. Todavía pendiente del atizador, solo que el movimiento ya no estaba siendo producido por su extraña vibración sino que provenía del temblor de la mano de Pedro, vestigio de la excitación de la cual había estado cautivo. Lentamente, con cierto resquemor, lo bajó hasta acomodar con delicadeza y un dejo de expectación *eso* que de pronto ya no pudo nombrar. Como sea, sintió que estaba en un terreno que no solo le era desconocido sino que también, creyó, le sería inaprehensible. No pudiendo hacer otra cosa, se limitó a observar su propio movimiento hasta notar que le resultaba increíble que sus dedos tan rústicos fueran capaces de tal suavidad, aunque pronto reflexionó y supo que era una reacción natural al temor. Tardó en terminar el movimiento abundantes segundos, o al menos eso le pareció a él. La cuestión es que, una vez que se hubo calmado fue quien más delicadamente tratara el medallón en toda su historia. ¿Cuál historia?

—Parece que reaccionara a la violencia, o a un estado violento, o a la sola idea de matar...

Creó que había estado pensando, pero lo cierto es que había hablado muy quedo aunque en esas circunstancias hasta una pluma tocando el suelo hubiera parecido un ruido ensordecedor.

—Pero no es así. La realidad es otra.

—Esa cosa tiene un *gualicho*.

—¿Perdón?

—Una maldición... es la perdición de quien la posea. —Y dio con las palmas abiertas de ambas manos sobre la mesa, en un gesto nervioso como de quien tiene miedo pero no está dispuesto a permitirselo. Por otra parte, y para peor, el otro seguía impávido.

De pronto, como para romper totalmente la atmósfera, llegó desde fuera un ruido tan sordo como para hacer que ambos se sobresaltaran y salieran del trance creado por la epifanía de la joya. Y se estremecieron. Y dudaron. Y despertaron. Acostumbrado como estaba a que la soledad patagónica fuera

inquebrantable y a que sus sonidos tuvieran un origen predeterminado, Pedro fue el primero en reaccionar: sintió que semejante estrépito no encajaba. No era un trueno, pero parecía; no era una explosión, pero no. Salió de inmediato y, luego de observar detenidamente todo lo que pudo desde donde se encontraba, no vio nada extraño, ni siquiera algo que se encontrara fuera de lugar, a excepción de la inquietud en los animales que habían quedado en el corral. Y eso hizo que todo le pareciera aún peor. Los adjetivos que usó en su mente para describirlo su extraña sensación no salían de la gama de «tétrico», «espeluznante» o «endemoniado». Mientras trataba de enfocarse, sintió como si estuviera dentro de un campo de electricidad estática, y al observarse los brazos desnudos pudo notar sus vellos erizados y no era porque estaba sintiendo frío a causa del cambio de clima entre el adentro de la casa, templada por el calor que manaba del brasero, y el frío de afuera, que presagiaba la inclemencia de un invierno a deshoras. Pero al punto, en lo que dura un suspiro, todo volvió a su calma habitual. Allá por el horizonte se comenzaban a vislumbrar esas nubes negras que para los de afuera siempre significa preludio de tormenta, aunque ya les haya tocado la experiencia de saber que es tan solo la aurora austral manifestándose como desde hace milenios. Y sin embargo todo seguía torcido. ¿Por qué no podía interpretar los signos que se le presentaban? Temió que su prolongada ausencia hubiera hecho mella en él y su habilidad ancestral de ser uno con la tierra.

Entró. Ya estaba bastante más calmo aunque los sentimientos desconstruidos que tenía no se le habían esfumado del todo. Sintió hasta en el alma el suave calor de adentro que, de alguna manera, le producía un efecto de sedación. Sin decir ni una sola palabra y sin mirar al otro, puso más agua a calentar y renovó la yerba del mate de guampa que había quedado caído sobre la mesa. El otro estaba inmóvil, sentado donde antes, con la cabeza a gachas y las manos en la nuca con los dedos entrelazados. Supuso que tenía los ojos cerrados. Consideró que se encontraba en un estado de meditación. Supo que no era el momento de hacer preguntas, porque tal vez todas sonaran inadecuadas... pero debía hacerlo, tenía dudas y las dudas le carcomían la confianza. Y sus pensamientos estaban comenzando a discurrir por terrenos que no le parecieron adecuados. Instintivamente cebó el mate igual que como le había enseñado su abuelo cuando era chico: la yerba mojada solo alrededor de la bombilla, con el agua sin hervir echada con

cuidado; espumoso y agradable. Tomó el primero meditando con cuidado los pasos a seguir a continuación. Cebó otro y se lo ofreció a William, mientras se sentaba nuevamente al tiempo que colocaba una tortilla a calentar en el brasero que acababa de acercar a su lado.

—No debí hablar en ese tono —dijo.

—Yo tampoco entiendo muy bien. Y tampoco creía del todo en estas cosas hasta que se hicieron demasiado evidentes. —¿Cuáles son «estas cosas»? Dejate de dar vueltas y explicame de una vez por todas, por ejemplo, lo de las marcas en tu cuerpo. —Cuando por fin echamos pie en tierra...

—Esperá. Ya empiezo a grabar de nuevo... ya... ¿Decías que habían bajado? ¿Dónde?

—Ya en América. En una zona de islas.

—Si no me equivoco, deben haber llegado a las Antillas, en el Caribe; como me habías dicho. Esa era zona de piratas.

—Así es. Pero ellos no fueron nuestro problema. No el mayor, por lo menos. Lo cierto es que seis días antes de llegar descubrimos que nos habían seguido y tomé los recaudos que creí necesarios para quedar al resguardo de cualquier mal que quisieran ocasionarnos.— Hizo una pausa durante la cual miró al vacío con el entrecejo arrugado y los ojos semicerrados en evidente signo de concentración, como recordando algo que resultaba perdido en lo recóndito de su memoria a causa de lo lejano o de la imposibilidad de retener los incontables detalles que necesitaba para darse a entender. O, tal vez, fuera un signo de temor reprimido. Imposible dar a ciencia cierta con los sentimientos del inglés con solo observar su rostro casi impasible.

Afuera, había llegado la noche con su frío cielo nublado de espesura fluorescente.

—Pero no salió según lo previsto.

—No. Parece que don Luis de Rodrigues, que así llamaba el hidalgo emparentado con la corona portuguesa, ya había tejido sus redes entre los tripulantes. Al desembarcar en Cartagena de Indias me apresaron como si fuera un criminal.

—Seguro eran muchos porque si no...

—Lo eran. Pero no me llevaron al calabozo sino que me llevaron a bordo

nuevamente y me encerraron amarrado con grilletes en la bodega. Podía sentir los gritos de mi Leonor clamando por mí y pidiendo que la dejaran acercarse al barco para estar conmigo. Eso hizo que se me enardeciera el pecho aún más, si eso hubiera sido posible. Acallaron mi desesperación con golpes y latigazos.

—Y te escribieron eso en el torso...

—No. Cuando me desperté el hombrejo ese estaba observándome de cerca. —Suspiró, no como para crear suspense sino para cerciorarse de que sus palabras fueran capaces de describir acertadamente lo que su mente pensaba sin que interfiriera el dictado de su corazón. Sorbió el mate, que había recibido hacía unos segundos, con obstinada paciencia. Al terminar se lo tendió a Pedro quien, por primera vez en todo ese tiempo notó un pequeño temblor en su mano acompañado de un dejo de duda o confusión—. Y luego pronunció las sílabas propias de un hechizo hereje mientras me marcaba.

—Un, ¿qué?

—Un conjuro réprobo acompañado con movimientos de manos en el aire, y en mí, como juntando partículas invisibles, como si quisiera aunar en despiadados sortilegios todo el rencor y la maldad acumulados por el mundo en sus milenios de vida y atacarme con todo ese poder saturado de la sabiduría acopiada por magos oscuros y temibles. No sé qué pasó con mi amada; solo espero en el Dios que nos une que haya podido escapar y abordar el otro buque que nos llevaría con rumbo sur.

—¿De qué clase de magia hablás? ¿Cómo que un hechizo? —No me es lícito pronunciarlo, no sin acarrear sobre mí la sombra del Infierno.

—Es necesario.

—No me obligues.

—La única forma en que pueda ayudarte es sabiendo lo que ocurrió con precisión. El conocimiento es liberador. Por favor —agregó susurrando.

La noche había sumido en profundo silencio las pocas vidas y los pocos objetos que mellaban la inquebrantable soledad del inminente desierto. Por pedido del hijo del *lonko*, estarían solos hasta la mañana. Un resplandor a lo lejos presagiaba un trueno que llegaría a los pocos instantes. El vendaval se

había atrevido a perforar la calma tan necesaria esa vez como indeseable casi siempre. Luego, solo pudo oírse el latido de ambos corazones como una melodía discordante, tratando de seguir el compás marcado por el tenue crepitar de las brasas y el vapor manado de alguna gota de agua que caía de la pava de vez en cuando. Un sudor primero invisible y, luego, copioso bañó la frente de forastero evidenciando una lucha interior tan intensa que llevaba al extremo las pruebas más arduas que pueda pasar un cristiano que se enfrenta a las penurias de la Gehenna por toda la eternidad, alejado por siempre jamás de la esperanza de verse reflejado, una vez más, en los ojos verdes de su señora. Si moría condenado antes de encontrarla, la pena de no saber de ella sería la peor de sus condenas, abocado como estaba en su búsqueda. El riesgo de la confianza en el otro era grande: ¿y si no tenía lo necesario como para contrarrestar semejante embrujo, obra del mismísimo Maligno? El desastre sería inminente, pero si no confiaba... nunca se perdonaría por la oportunidad desperdiciada. Tomó coraje, tanto como para ir a la guerra contra las más encarnizadas de las huestes de infieles, como las que escuchaba en los antiguos relatos de su lejana patria. Pensó con cuidado y dijo lo que por dentro se negaba a pronunciar; tal vez por eso su voz no parecía la suya sino más bien hija de un trueno, de esos largos y prolongados, traedor de desdichas, como el que acababan de oír, cuando articuló cuidadosamente cada una de las sílabas ilícitas compuestas en un latín rudimentario que conformaban el embrujo tan temido.

Como para no desentonar con el entorno que los había llevado hasta ahí, William pareció estar en trance cuando por fin se atrevió a hablar.

— *Satan oro te, pro arte a te spero. Satán ter oro te opera praesto. Satan ter oro te, reparato opes...*⁶ —dijo, y todo en torno calló.

⁶ Yo te invoco, Satanás, de ti espero tu arte. Te conjuro. Satanás, por tres veces, a que cumplas con tus obras. Te invoco, Satanás, por tres veces, a que renueves las riquezas (traducción aproximada).

5 Mi viaje hacia mí

Bitácora de viaje:
Kilometraje: 167895
Tanque: lleno, obvio.
Mapa: sí, no sé para qué, pero sí.
Equipo de acampe: lo indispensable.
Documentos: Ok.
Notebook: no vivo sin ella.

Eh... ¡Ni ahí que voy a seguir la planilla y el diario de viajes como siempre! Ni siquiera fui capaz de llegar a El Bolsón y ya paré para escribir. Me parece que voy a tardar años en llegar. Si pudiera grabar lo que pienso en el mp3 estaría más que bien, pero no es para nada lo mismo. Siento como que el repiquetear de las teclas me insta a escribir más y más, como si el teclado fuera una extensión de mi mente o una continuación de mis manos... hay quien escribe mejor con lápiz y papel, yo no; de alguna manera, mis dedos se mueven al mismo ritmo que mi pensamiento. Por eso terminé comprando otra batería... prefiero este teclado ya viejo, gastado y un tanto lento hoy (algún «bichito» debe tener, pero no es este el momento para ponerme a buscar con el antivirus) a cualquier otra cosa. Funciono mejor así, ¡qué le voy a hacer! ¿Maniático? Seguro.

La verdad es que ni sé por qué estoy acá... hace tanto que no veo a Pedro... ¡Y ahora, esto! Acabo de dejar la Escuela con una licencia que no sé cómo cuernos voy a justificar... espero que Castro sepa hacer algo por mí y si no... mejor ni pienso lo que puede quedar de mi sueldo... al menos no corro el riesgo de que me endilguen abandono de tareas: avisar, avisé que iba a faltar. Por lo pronto más vale que vuelva a la ruta.

Me acuerdo que cuando era chico y viajé por primera vez a la colonia me había resultado una gran aventura. No era para menos. Entre las primeras cosas que me sorprendieron fue el cambio súbito en el paisaje: El Bolsón y Esquel tal vez tengan un aire similar, pero definitivamente no son lo mismo... y más allá de Trevelin, no hay más que nada, con estepa patagónica

rodeando esa nada; aunque siempre pensé que tiene más de desierto que de otra cosa. En ese viaje llegamos en micro hasta donde se podía; después, me acuerdo, unos parientes de Pedro nos esperaban en una camioneta desvencijada. Era enero y se había levantado una de esas tormentas de viento tan típicas de esa época del año que no te permiten ver más allá de tu nariz porque, entre otras cosas, se levanta una polvareda infernal y se te llenan los ojos de piedras⁷. El camino de ripio no ayudaba y la tierra hacía como remolinos que arrastraban los espinillos como en las películas del lejano oeste, pero acá nomás. Sí que me asusté ese día. Pero tampoco podía dejar de mirar con los ojos bien abiertos, y bien irritados, cada cosa a mi alrededor... Iba a tener con qué presumir, sin dudas. Y lo hice. La colonia está bastante más allá de Esquel, justo en medio de nada y a muchos kilómetros de todo. Eso sí, tienen una escuela con maestros criollos que hablan en «castilla» y tratan de enseñarles a los chicos una cultura bilingüe como pueden... y, la verdad, a veces no pueden mucho. La última vez que supe algo de ellos estaban por conectar un generador a diesel como para tener, de vez en cuando, un poco de energía eléctrica, tan útil, en especial en invierno. Me acuerdo que me acongojé mucho ver un pueblito tan chiquito, de ocho casas no más, solo una calle de dos cuadras de largo y una Escuela con un único salón de clases como para treinta chicos que en realidad albergaba como cuarenta y pico de almas. Supe, con una súbita perplejidad, que muchos allí no tenían la mínima idea de qué podía ser un teléfono, o un televisor, o un camino pavimentado. Radio sí que había; la usaban para enterarse de las cosas que pasaban por allí cerca, y me sorprendió escuchar que mi llegada era noticia bienvenida en medio de tanta rutina y tanta soledad.

«¡Oh, oh!», pensé y casi me bajo de la camioneta para volverme a mi casa caminando, cuando supe que Pedro no vivía en el pueblo sino a unas dos leguas más allá y más hacia el desolado mundo patagónico.

Y dale con la lluvia. Seguro que esta noche me muero de frío... el día que me acostumbre... no, si yo tendría que vivir en un clima más tropical, con calorcito... y... bancarme los cuarenta y dos grados húmedos de Buenos Aires en verano... ni loco. Loco me tiene lo de ese amigo nuevo de Pedro. Ni en broma entendí algo. Tampoco la carta decía mucho salvo que me necesitaba con urgencia, y pedir ayuda no es lo habitual en él. Por eso estoy

acá; y porque los pibes en la escuela me tienen podrido este año. ¡Qué bueno que Castro recibiera en persona la carta! Creo que entendió bastante bien que si no me venía y con el nivel de estrés que estaba teniendo, mataba a alguno con el filo de un examen.

⁷Definitivamente no es un grano de arena si tiene unos tres milímetros de diámetro. (Nota de J. Sinclair)

¡Ups! Espero no haberme perdido... sería una vergüenza. ¿Cómo era? De la encrucijada para... allá. En realidad... la lluvia es una bendición por estos lugares tan resecos. Si pasan meses y meses, que el cielo no larga ni una gota, especialmente en verano. Me acuerdo que cuando llegué a la casa de Pedro tenía el pelo tan duro de ese polvillo del camino que parecía estopa... si me hubiera hecho unas rastas estaba a la moda. Siempre estuve acostumbrado a andar en el ripio, viviendo en Bariloche es suficiente con querer conocer un poco del mundo para terminar en esos caminos complicados; pero nunca había visto tanto polvo todo junto. Cuando llegamos, no pude evitar mirarme de arriba a abajo y de adelante a atrás: estaba real y definitivamente confundido con el paisaje. Me acuerdo que pasé mi dedo índice sobre mi antebrazo y pude dibujar en él. Una locura. En poco tiempo descubrí que eso y la incesante sequía del verano hacen mella en cualquier humano que ande por ahí: en diez días mis manos estuvieron cuarteadas y mis piernas parecían llenas de escamas. También entendí por qué los niños tienen las caritas casi en carne viva y los adultos jóvenes parecen ancianos.

Con un poco de suerte voy a llegar antes de que anochezca. Menos mal que no se me dio por salir de noche y me aguanté las ganas hasta la madrugada: nos son estos caminos para ser andados con poca luz, incluso de día hay que andar lento porque la falta de mantenimiento en el ripio puede convertir el viaje en fatal sin que haga falta mucho esfuerzo.

Cuando el terreno fértil va pasando, todo se transforma lenta e inexorablemente (siempre quise escribir esto) en una desolación tan pasmosa como abrumadoramente viva. Todo eso que parece muerto en realidad tiene un «algo» increíble, oculto, mágico. Claro que no se puede hablar de una naturaleza exuberante, pero sí inteligente... de otro modo le sería imposible sobrevivir.

El hogar de Pedro estaba junto a un pequeñísimo arroyuelo, casi tan angosto que parecía una hilacha en el mapa local (por supuesto, la Colonia El Perimol no figura en ningún mapa cartográfico ni rutero del que tenga noticias, mucho menos las casas aledañas. Por satélite, incluso hoy, es solo una sucesión de píxeles)... Creo que eso le daba la categoría de oasis; eso y los pocos árboles que habían logrado crecer a ambos lados de la orilla como así también un afortunado sector con pasto tierno y sabroso para las cabras y caballos. Más adelante descubrí que al lado de otras viviendas, esta era algo así como una mansión... sitio ideal para el *lonko* Elicura Nampëlkan. De todas formas, la vida seguía siendo muy sacrificada, aunque no tanto como en el resto de la región: ellos no necesitaban, como la gran mayoría de las familias locales, juntar nieve en un pozo en invierno para, luego, en verano ya tapado con algunas pobres chapas, ser usado como única fuente de agua posible y no siempre potable, para toda la temporada.

Creo que esta es la primera vez que voy a llegar limpio. Me remuerde la conciencia no haber pasado por la casa de Nain... y si voy... prometo que será a la vuelta. No puedo permitirme no verla.

Bajando la meseta está el pueblo. ¿Coincidirá mi recuerdo con lo que vea? Ahí está... seguro sigo escribiendo mañana. Ahora más me vale prestar mucha atención, porque el camino para llegar hasta lo de los Nampëlkan parece más bien una huella y si no me fijo bien, corro el riesgo de perderme. Como si pudiera permitirme eso justamente hoy.

*

¡Al fin un rato libre! ¿Por dónde empiezo? No, si esto va a ser más difícil de explicar de lo que pensaba. Ni siquiera haciendo un plan como el de una novela... el cual no sé hacer (tenía que haber escuchado a Berenice en la escuela: no sé para qué le pregunto cosas si después no le presto atención y me pongo a volar como un nenito).

Bien. Llegué anoche como a las ocho y cuarto. Me recibieron unos jinetes que no sabía quiénes eran y resultaron ser los hermanos más chicos de Pedro. Casi no los conocí, pero pude ver la mirada de los Nampëlkan en sus ojos negros. Nunca entendí bien de qué se trataba pero siempre supe que era algo especial, algo que les venía de herencia y que nadie más podía tener ni

comprándolo ni ganándolo en una justa. Me trataron de entrada como si hiciera solo un par de días que habíamos dejado de vernos y no cinco años. Contamos algunas historias con José, ahora sentado a mi lado mientras Carlos llevaba andando, junto al auto, los dos caballos. De la casa salía un humito extrañamente vertical y tembloroso que me indicaba que iba a dormir sin sentir frío y que, tal vez, me esperaba alguna comida caliente. Era raro, pero el viento había cesado de golpe.

—Pedro te espera desde hace algunos días. No sé cómo, pero nos dijo que vendrías hoy y nos mandó a esperarte. No hace ni una hora que salimos —me dijo.

—A esta altura, no me sorprende nada —respondí con cierta lacónica sequedad.

Me acuerdo que le contesté casi mecánicamente. Necesitaba estar en silencio y no podía. Quería pensar sin que me dijeran algo, como en la escuela, y no podía. Antes de terminar de ponerme de mal humor, llegamos.

Nada había cambiado demasiado. En realidad, lo que me sorprendió fue que nada había mejorado ni un poco... más bien, todo había envejecido: los árboles un tanto más altos, la casa un tanto más vieja y ¡bien! Energía eléctrica de un generador diesel: eso sí que era progreso.

Bajé del auto solo lo inmediato, lo de mano, lo urgente. Me acerqué a la puerta y respiré profundo: inspiré lenta y a conciencia hasta sentir el aire puro y frío en el interior de mis pulmones. No sentía temor, sino una ansiedad casi descontrolada. Era una locura, pero de pronto un escalofrío recorrió mi columna vertebral y me erizó los vellos de los brazos dejándome una sensación de desazón y a las puertas del enojo. Me sentí estúpido.

No necesité entrar: Pedro salió por mí.

Hacía mucho tiempo que no me abrigaba el calor de un abrazo sincero y no pude evitar estremecerme. Pero de un momento a otro, mi cuerpo tomó una rigidez impensada cuando, mi inconsciente pensó que abrazaba a un muerto. Por un momento, me envenenó el alma sentirme usado por quien, deliberadamente, me había dejado solo y con un dolor que me había llevado mucho tiempo superar... ¿Que muera tu mejor amigo? No es fácil. ¿Y que, encima, eso sea un engaño tramado por él mismo? Una locura. Y sin

embargo, algo hacía que sintiera que mis pies habían echado raíces al punto tal de evitar que girara sobre mí mismo y saliera corriendo de allí y del mundo.

La verdad, no pude escuchar muy bien lo que dijo. En realidad, no recuerdo si realmente quise prestar atención. Lo siguiente que recuerdo es a José y a Carlos bajando mis cosas del auto y a mí mismo sentándome en la mesa listo para cenar.

—¿Tu papá? ¿Tu mamá? —le pregunté. Me extrañaba no verlos.

—De viaje... fueron hasta el pueblo grande para ver unas mercaderías... se quedan hasta mañana. Los chicos llegaron temprano: querían verte llegar.

En ese momento apareció el inglés. Su acento era inconfundible, pero su castellano casi perfecto.

—Este es mi amigo, el licenciado Julián Sinclair. Julián, este es Sir William Anthony James, señor de Stonestep.

Cuando me tendió la mano, algo me pasó. Sentí en su apretón rudeza, sinceridad, temor, decisión e incertidumbre. También, tristeza, mucha tristeza. Era bastante más joven de lo que me había imaginado, pero parecía tener la experiencia de un anciano chamán. No sé muy bien por qué, pero fue como si le hubiera leído el alma; como si me hubiera transmitido por una suerte de ósmosis mística todo aquello que inquietaba su espíritu. Lo mismo cuando pude verlo directo a los ojos. Y ahí me di cuenta de todo, de qué era lo que había llevado a Pedro a hacer locuras por ayudarlo. Y, también de la nada, entendí las perturbadoras relaciones de causa-efecto que me marcaba en su carta...

No había salido aún de mi asombro cuando me estaban tendiendo una libreta. Luego de mi gesto de no entender, Pedro me explicó que se trataba de la transcripción de una conversación que habían tenido el día anterior.

—¿Comés? —me preguntó. Y, la verdad, me sentí aliviado: ya empezaba a sentir hambre, aunque ahora creo que mi molestia estomacal no era más que el resultado de la ansiedad y los nervios reprimidos mezclados con las náuseas y el cansancio del viaje. Los cinco nos sentamos a la mesa y saboreamos una comida frugal pero llena de calorías. Era algo extraño, pero comimos casi en silencio.

Afuera el viento había regresado y hacia silbar vaya uno a saber qué en peligrosa complicidad con la luna que inundaba con su luz mortecina los espinillos que se aventuraban a acercarse a la vivienda, lo que producía una sensación de fantasmas o espectros en pena, errabundos en un mundo que les había pertenecido y que ahora les resultaba intangible. La noche era extraña por demás y yo me sentía sugestionado. No sé muy bien. La cuestión es que hablando de bueyes perdidos retiramos todo de la mesa, y de la misma manera preparamos lo necesario y nos fuimos a dormir. Aunque «nos» es un decir. No sé los demás, pero que yo no pegué un ojo hasta que casi fue la hora de levantarse, seguro. Me puse a leer, por supuesto, lo que había escrito en las muchas hojas de la libreta que ahora tenía en mi poder.

Como no quería molestar a nadie, me fui al auto, lo encendí, puse la calefacción, me arrellané en el asiento del acompañante y me metí en lo mío.

Dejo como prueba, una copia de la libreta transcrita, digitalizada, por supuesto, porque inmediatamente me di cuenta de que no podría con mi genio de evitar andar con papeles sueltos. Así que intenté pasar en limpio todo lo posible mientras iba leyendo. Pero no me duró mucho el primer entusiasmo y sigo con el original a cuestas, y con algunas fotos que le saqué así nomás.

La verdad es que leí el manuscrito como si fuera una novela. Y una Fantástica, por cierto... digo, no por lo buena sino por su género. Es justo decir que el clima era propicio para muchas cosas, pero no para estar adentro del auto, aunque pronto comencé a sentir calor. Pronto apagué el motor (más para ahorrar combustible que para otra cosa) y, previniendo cualquier filtración de frío, me tapé lo mejor que pude con un cobertor, lo que en realidad resultó desastroso porque tanto calor todo junto comenzó a darme modorra aunque seguía leyendo empecinadamente. Y ahí ocurrió. No sé cómo ni cuándo pero me quedé dormido, eso es evidente, y terminé soñando con el Infierno de Homero... bueno, con el Hades o lo que fuere.

Me acuerdo que me vi pronunciado una plegaria en otro idioma (¿Griego? ¿Yo? Si apenas lo aprobé en la Facultad), mientras libaba sobre un hoyo en el suelo hecho en la confluencia de dos arroyos de deshielo, una mezcla de sangre de ñandú con vodka. Pero no conseguía dar con el alma de ningún muerto, por lo que me sentía frustrado. Cuando comenzaba a pensar que todo sería inútil, alguien tocó mi hombro y me dijo que me faltaban hacer las

súplicas y los votos creyendo en ellos con fe verdadera; a lo que yo le contesté que hacía rato que había dejado de creer. No conocía el rostro de mi interlocutor, pero supe en el interior mismo de mis entrañas que estaba hablando con el mismísimo Homero (¿No era que no existía?).

Lo cierto es que me miró con un tinte de lástima en sus ojos más viejos que cansados (¿Habría sido ciego en vida? Ahora no lo era) y me explicó que sería inútil luchar para siempre contra la naturaleza humana cuando nos manda buscar explicaciones divinas para las preguntas sin respuestas que a diario nos conmueven. Me dijo también, que el hombre debe creer que, de manera necesaria, existe alguien superior que está «allá afuera o acá adentro» ayudándonos a contener nuestro instinto brutal para que, simplemente podamos seguir siendo humanos.

Entendí que podía no hacer esas plegarias y esos votos a voz en cuello, por lo que me dediqué, por un momento, a mirar mi propio interior buscando los restos que habían quedado ocultos de mi fe. Cuando estuve satisfecho de lo que había encontrado, supe que nunca había perdido la esperanza de que el Dios de mis ancestros se manifestara en mí, y de que yo me acordaría de su existencia cuando fuera necesario. Nuevamente, Nain tenía razón. Pero, ¿cómo quedaba eso después de lo que Pedro me había contado del inglés?

—Esa es una pregunta muy interesante pero, ¿es la que realmente quieres hacer? —Escuché de Homero—. Deberías formularla apropiadamente a quien corresponda.

—¿El divino Tiresias?

Pero no respondió nada. Juntos, cada uno en su propia lengua, rehicimos el ritual que antes me había quedado inconcluso. No sé a quién o a quiénes esperaba ver... o sí; lo cierto es que no fue. Me explico mejor: cuando comenzaron a salir las sombras de los difuntos por entre el hoyo en la tierra, no reconocí a nadie. Con tristeza infinita, y con mucho de alivio al fin, supe que allí no estaban los míos: ese era un mundo de almas paganas.

Súbitamente, luego de que mi mentor elevara los ojos al cielo, se despertó en mí el conocimiento de los que me rodeaban, y supe quién era cada uno. Por algún secreto designio, no sentí el temor que sintiera Odiseo y eso fue un alivio, porque no solo no tendría su destreza, sino que no tenía más armas

conmigo que mi destartalada elocuencia y una sed de conocimiento que años atrás fuera desmedida y hoy... no tanto, tal vez por falta de ejercicio (consecuencia previsible al no salir del ámbito de la enseñanza en la escuela secundaria, supuse).

El primero que vi fue el *lonko* Colocolo, pero no se acercó a hablar sino que me hizo una seña, y yo entendí que ese no era su momento. Quien sí bebió la negra sangre del ñandú fue Kallfülikan e, inmediatamente, invitó a sumársele a la valerosa Jenequeo⁸. Juntos y de forma alternada, comenzaron a cantar un hermoso poema épico en mapudungun que contaba todos y cada uno de los actos heroicos del pueblo mapuche de este y del otro lado de la Cordillera. Ante los ojos de mi alma pasaban las imágenes más vibrantes que alguien hubiera podido pensar, como la expulsión de los incas en 1460 o la derrota de Pedro de Valdivia en Chile o la del General Hornos en Argentina. No me extrañó caer en la cuenta de que podía comprender todo lo que decían y, aún más, apreciar la delicada belleza de los versos y su cadencia mística. Mi mente se había abierto también a otros cánones literarios y culturales hasta tal punto que sentí que ya no poseía o no era dueño de una visión netamente «occidental» y veía cada una de las diferencias entre los pueblos como el engranaje de una inmensa maquinaria cósmica.

⁸Estratega, militar y lonko. Luego de la muerte de su esposo tomó el mando de las tropas mapuche-puelches. Derrotó a las tropas invasoras en 1587.

Creo que fue como tomar conciencia de una identidad universal palpitando en mí, corriendo por mis venas. Entendí que lo imposible es parte de la existencia misma del ser humano como tal. Prueba contundente de ello me la estaban contando Kallfülikan y Janequeo. Perdí la noción del tiempo e, íntimamente, no quería que terminaran. Me entristecí hasta en la piel cuando por fin le cedieron la palabra a otro.

Con cierta altanería se acercaron Hesíodo y Heródoto, pero Homero no les permitió tomar la palabra; lo que en realidad fue un alivio: ya me veía enfrascado en una discusión sin fin sobre la Historia y sus teorías y tendencias... la verdad, no tenía ganas.

Virgilio sí fue bien recibido por Homero, pero cuando comenzó a recitar

loas a la grandeza de Roma, supe que no llegaría a nada con él. Me pareció que lo hacía con arrogancia y, ciertamente, no me cayó bien. Había belleza y elegancia en sus palabras, no cabe duda, pero no sentí que estuvieran en sintonía con la humanidad... ni siquiera exhalaba una profunda convicción, como si su mente y su espíritu no convinieran con la circunstancia.

Le pregunté de sopetón por el divino Tiresias, pero se ofendió y no dijo ya más nada.

Con sublime arrogancia y profunda majestad apareció el indómito Leftrarü, hijo insigne de la nación Mapuche. Tan grande héroe y estratega fue que en algunas academias militares se estudian aún su genio militar y sus métodos de infiltración y espionaje. Sus victorias contra el enemigo español se cuentan en cantidad y magnificencia.

Parco al hablar, solo me dijo algo que cambiaría para siempre mi modo de encarar el mundo y la vida misma... pero me pidió que guardara el secreto hasta el momento adecuado, pero no me dijo cuál sería ni cómo reconocerlo.

A mis espaldas escuché la voz cantarina de un sabio que tuvo la ilustre labor de llevar a su pueblo a lo más alto de la historia de la humanidad en una Edad de Oro sin par: el excelente Pericles. Sus palabras fueron breves y alentadoras.

—El hombre está destinado a ser mejor de lo que es, pero se empeña en convertirse en lo que no debe. ¿De qué lado estarás cuando debas elegir? Si yo no hubiera confiado en que lo imposible estaba al alcance de mis manos, ahora no estarías hablando conmigo. Solo: confía. Sé a quién buscas; él está aquí.

Y se hizo a un lado para dejar pasar a un hombre ciego que llevaba en la diestra un báculo de peregrino mientras que su mano izquierda reposaba en el hombro de Janequeo, quien ahora le servía como lazarillo o al menos así me pareció. Lo cierto es que podía ver perfectamente aunque conservaba en su rostro los signos de la ceguera del cuerpo (no del alma) que lo aquejara en vida y que, de alguna manera, fue lo que potenciara su don de adivino. No me sorprendió comprobar que no era solo parte de los más bellos mitos, sino que había existido en verdad.

Me acerqué a él como quien se acerca a una deidad, con el ánimo de

dialogar pausada y profundamente, pero sucumbí a la tentación y terminé fulminándolo con una pregunta.

—Leonor, ¿está aquí?

—No. Y no es esa la pregunta adecuada.

El corazón comenzó, de nuevo, a latir en mi pecho con un palpitar tan alocado que creí que los demás podían escucharlo. Por mi cabeza rondaban miles de palabras enredadas, confundidas... Por un momento no supe qué decir, qué preguntar. A nuestro alrededor se sucedían sombras de cuantos pueblos podía reconocer y otras me enseñaban sobre los que hasta entonces me fueran desconocidos.

—¿Qué debo hacer?

Con señorial aunque difuso tono en su voz me respondió: —Esperaba esa pregunta. Φίλε⁹, ῥηϊδίον τοι ἔπος ἐρέω καί ἐπί φρεσὶθήσω¹⁰...

Y no entendí nada más. Así, de súbito como había sentido en mí la capacidad de descifrar interiormente idiomas que me eran completamente ajenos y comunicarme con gentes de diversos orígenes, como si todos habláramos una sola lengua común, ahora me sentía con una sensación de vacío intelectual casi insoportable. Inmediatamente se esfumó desdibujándose en una nebulosa blanca, súbita y palpitante todo ese mundo de espíritus sabios que me habían enseñado tanto. Quise evocar al divino Tiresias pero no pude articular palabra alguna que no sonara ininteligible; quise jalar a mi guía por el hombro, pero cuando logré invocar su nombre, se dio vuelta y solo pude escuchar de sus labios un toc-toc. Y toc-toc volví a sentir más allá de la difusa atmósfera que me rodeaba. Toc-toc, y vi los nudillos de una mano apareciendo de la nada. Me asusté tanto que al moverme bruscamente me di la cabeza contra el techo del auto. Ahí fue cuando me despecé y entendí, aunque algo lentamente, que me había quedado dormido, que afuera había caído una nevisca y que la mamá de Pedro me saludaba con la diestra limpiando el parabrisas mientras que con la izquierda me ofrecía un mate que despedía un vaporcito tentador.

⁹ Transliteración del griego φίλε: vocativo de φίλος, amigo.

¹⁰ Te diré una simple frase y la colocaré en tu ánimo. Homero. «Canto XI», *Odisea* (Traducción del griego de la Autora).

6 Nocturno

*La noche acalla las certezas vanas, Dueña como es del corazón humano;
Tan lejos como está del sol lozano Mueve sus voluntades más arcanas.*

*Tiemblan las almas ya sin las lejanas Luces que donaba el sol ahora
anciano; Mas, Augusto y prepotente romano, Es puntal en las batallas
humanas.*

*La noche gobierna airosa el destino Oscuro del hombre que en su camino
Se siente de las sombras el prisionero.*

*Pero irreverente goza en el sueño Que de la realidad lo yerga en dueño...
Siempre así, tan indómito el guerrero.*

7 Celtas y mapuches

Adentro lo esperaban unas tortas fritas recién hechas y el abrazo poderoso del *lonko* Elicura Nampëlkan. Afuera, el tiempo se había vuelto más inclemente que el día anterior y caía algo que aún no llegaba a ser nieve pero incomodaba bastante. Ver por la ventana tratando de descubrir sin éxito la silueta lejana de los Andes y pensar en la posibilidad de un tiempo sin tiempo invadiéndolos se convirtió en una misma cosa. Tres almas tan distintas y, sin embargo, tan prolijamente engarzadas como en una mágica pieza de joyería, habían coincidido en un lugar impensado para llevar a cabo una tarea imposible ante los ojos enmudecidos de los testigos involuntarios. Los Andes eran poco probables en ese lugar perdido entre Gan Gan y Las Plumas.

Sinclair se sintió ahogado, mareado, asqueado, tembloroso... síntomas todos que conocía demasiado bien y que había previsto no volver a sentir, porque repetían los que lo solían invadir cuando cursaba en la Facultad, justamente veinticuatro horas antes de rendir un final, y consideraba que no podría estar a la altura de lo que de él se esperaba, por lo que percibía un sinnúmero de ojos puestos en él observándolo y evaluándolo con ilusoria malicia.

En ese momento estaba igual. Cada célula de su cuerpo y cada partícula de su espíritu evocaron ese viejo sentimiento tan odiado, tan añorado. Inconscientemente, un oxidado mecanismo de defensa se puso en marcha sin presentar problemas de arranque: con simpleza, tomó el toro por las astas.

—Nos vamos a las diez, a más tardar a las once. Necesito un locutorio o un *cíber*.

—Como quieras. Preparo unos bolsos y nos vamos cuanto antes. Con suerte estaríamos llegando a Esquel de día... me parece que la nevisca no nos va a ayudar.

—No vamos a Esquel. Vamos a Trevelin. Nain llegaba anoche desde Rawson... fue para hacer no sé qué trámites. Antes que cualquier otra cosa voy a ir, por lo menos, a tomar el té con ella.

William y Pedro esbozaron una protesta que en otro momento hubiera resultado más que aceptable, pero un extraño brillo en los ojos de Sinclair les indicó la conveniencia de mantener la boca lo más cerrada posible; aunque no fuera esa ni su intención ni su visión de las cosas. No fue de ninguna manera una respuesta a una sensación de amenaza... eso no los hubiera amedrentado, sino exactamente lo contrario: no hubo el menor vestigio de duda que pusiera en jaque la ayuda que estaba dispuesto a brindar, pero también entendieron que algo sucedía en su mente que no debía ser interrumpido.

La madre de Pedro se acercó con un mate en la mano y se enfrentó con la mirada del galés en medio del profundo silencio que las siete personas que coincidían allí habían acordado en forma implícita. Ella respetó eso, pero sus ojos le dijeron cosas que su corazón iba dictando. Inmediatamente, Julián asintió, agradeciendo el gesto, se comió una tortafrita y comenzó a ordenar serenamente sus cosas, como para compensar la celeridad de sus pensamientos.

—Voy a hacer lo que pueda —dijo.

—¿Ya nos vamos?

William se mostró con tanto aplomo como durante los días anteriores y como la mayor parte de su vida adulta, sin embargo, sus ojos, vistos con mucha atención, indicaban otra cosa muy distinta: ansiedad, desconcierto. Ese nuevo extraño era aún más extraño para él que todos los demás y le provocaba una impresión de desconfianza que no podía explicar, ya que le resultaba totalmente nueva. Aunque, en realidad se parecía mucho a... pero no quiso seguir pensando. Entre tantas tribulaciones, había sola una que no se veía en condiciones de aceptar y que todavía le dolía en lo más profundo. ¿Cuánto tiempo había pasado para ella? ¿Lo mismo que para él? ¿Más? Como estaban las cosas, el mero intento de pensar en un cálculo posible le causaba un mareo insoportable.

—No, todavía no. «Ver para creer», dijo santo Tomás, y yo estoy totalmente de acuerdo. Antes de ponerme las pilas para hacer algo que me haga estar en infracción total con mi trabajo, quiero estar seguro de que todo lo que decís es cierto.

—No comprendo... ¿Cómo?

—Mostrame lo que tengas para mostrar.

Y ahí sí. El tono enérgico e impertinente hizo que el inglés exhibiera, por fin, sus sentimientos: no había esperado semejante osadía y se sintió tan ofendido que su rostro palideció de estupor durante unos breves instantes. Aún marcadamente turbado, giró sobre sí mismo y desapareció en el interior de una de las dos únicas habitaciones de la vivienda de los Nampëlkan. Pedro miró a Julián como quien le echa la culpa a alguien porque algo ha salido mal, incluso sin estar muy seguro de su falta. Se produjo un silencio incómodo durante el cual los más chicos salieron a hacer sus quehaceres a desgano, por supuesto, a una señal del *lonko*, mientras él y su compañera se sentaban muy cerca de su hijo mayor y de su amigo. Ella retiró rápidamente todo lo que había quedado del desayuno junto con los demás objetos que estaban esparcidos sobre la mesa, como para dejar en claro que se necesitaba un lugar apropiado para que se llevara a cabo un acontecimiento único en la historia.

Cuando regresó el inglés portando su pequeño tesoro, Sinclair observó algo que nunca antes había siquiera previsto poder ver en su vida. Ese no era un tipo cualquiera, ni un loco, ni un buen actor: ese era sir William Anthony James, señor de Stonestep, altivo, prepotente, majestuoso... imponente. No pudo más que imaginarlo enmarcado en el viejo *chliché*: montando un brioso corcel, capa al viento, en defensa de la doncella en peligro. Su porte gallardo se veía notablemente acentuado por el hecho de que llevaba su espada enfundada pendiendo de la cintura con una naturalidad prodigiosa.

Por lo que su amigo le había dicho, sabía que era capaz de matar con decisión espeluznante y que, al menor atisbo de violencia en su alma, se activaba una extraña maldición contenida en una pequeña joya que todavía no había visto.

Cual si fuera un relicario, las manos de William formaban el cobijo apropiado para un tesoro sacrosanto. Con gesto solemne realizó el ritual de dejarlo sobre la mesa, a escasos centímetros de la marca que dejara un par de días atrás y comenzó a observar a Sinclair de un modo tremendamente atento, aunque era imposible dilucidar su gesto y sus pensamientos.

*

A simple vista no noté nada demasiado extraordinario, pero cuando tomé la joya entre mis dedos, luego de haber solicitado el apropiado permiso, entendí por qué creaba tal misticismo a su alrededor. Raramente, no pesaba casi nada en relación con su aspecto. No sé cómo, pero voy a procurar describirla lo mejor que pueda:

Se trata de un pequeño medallón ovalado de unos tres centímetros de ancho y cuatro o cinco de alto que parece adecuarse a lo que conozco sobre los cánones de la orfebrería en boga de principios del siglo XVII. La pieza es de oro, de un color muy tenue, que evidencia necesitar un buen pulido puesto que no brilla demasiado, tal vez por el excesivo uso o por los restos de sangre seca (lo que sería lógico, por lo que me contó Pedro que habían vivido unos meses atrás en Colombia). Tiene labrado un raro diseño de fondo que no llego a distinguir muy bien del todo pero que parece estar formado por letras superpuestas y entrelazadas delicadamente. Alrededor, la filigrana está formada por dos series de alfas y omegas minúsculas intercaladas, a izquierda y derecha, separadas por una omega mayúscula en la parte superior (del que está enganchado el eslabón por el que pasa la delicada cinta de seda negra que lo sostiene) y una alfa mayúscula que equilibra el conjunto en el sector inferior. Desplazada hacia arriba, siempre en el frente, se encuentra engarzada una piedra de talla ovalada de color verde pálido (según las notas que tengo, William dice que es amatista, pero no estoy muy seguro de ello) que, sin embargo, emite un destello peculiar que llama mucho la atención y refleja, o da la sensación de que emite, miles de lucecitas que inundan todo lo que esté a su alcance. En el centro tiene como una sombra en el tinte que dibuja una silueta que me resulta extrañamente familiar aunque, al menos por el momento, inidentificable.

Por el anverso (*V oici le quoi!*), su secreto máspreciado, el motivo por el cual tan nimio tesoro se transforma en algo capaz de concentrar todas los pensamientos y las miradas. No hay sino una inscripción, que no me es del todo ajena, y sobre la cual tendré que investigar algo más de lo que sé: «Sator arepo tenet opera rotas». Inexplicablemente, o no tanto, las manos comenzaron a temblarme con el solo hecho de imaginar los posibles alcances de esa frase milenaria, si era que mis conjeturas no me fallaban del todo. Tuve que dejar la joya sobre la mesa por temor a que se me cayera y los demás advirtieran mi turbación. Luego de mi pequeño examen, hice un

comentario del que casi me arrepentí ni bien lo hube pronunciado:

—No es gran cosa... No prueba nada.

Mi intención fue clara, precisa y, sobre todo, calculada al detalle. Lo que definitivamente no calculé fue el alcance de la reacción de William. Pasó de una serenidad solemne a un arranque de ira descomunal que lo llevó a desenvainar la espada y colocar el filo de frío metal en mí, mientras me sostenía, con la mano abierta en mi pecho, espalda contra la pared. La verdad, no lo vi venir. Sus ojos destilaban fuego y su rostro se había encendido por encima de lo humanamente posible. Me miraba fijamente y entendí que estaba convencido de que yo era un estúpido, un irreverente y que solamente le había hecho perder el tiempo.

—No pasó nada —dije, al tiempo que instintivamente ahuecaba mis manos para sacudirlas con un golpe seco en los oídos de mi agresor para aturdirlo. Mi escaso entrenamiento en defensa personal cuando era adolescente me marcó a tal punto de que era capaz de actuar de la mejor manera posible sin tener que pensar no más de una pequeña fracción de segundo. Cuando sentí que mi cuello estaba a punto de sangrar, separé mis brazos del cuerpo y calculé trayectoria y destino para que mi golpe fuera certero. Pero no fue necesario. Pedro colocó su mano derecha en el hombro izquierdo del inglés y éste se relajó al instante, como si entre ellos se comunicaran por medio de una especie de ósmosis psíquica. Retiró la espada con total parsimonia y, como si no hubiera pasado nada, la enfundó. Exhalé en un suspiro contenido todo el aire que había estado reteniendo por la tensión del momento. Intenté tranquilizarme y hablar con la mayor calma que pudiera demostrar.

—*I'm terribly sorry but I need to be sure and this situation is not easy at all. Do you follow me?*¹¹

—*I trust you not. What guarantee do you offer me? It is not simple for me either.*¹²

—*Of course you can! I don't know how, but I will do my best to help you*¹³. Guardá tu joya con mucho cuidado. Después vamos a hablar sobre ella. Lo primero que hay que hacer es averiguar, si fuera posible, el paradero de Leonor y lo segundo... saber cómo llegaste. Si esto de la magia es tan real

como parece, creo que tengo una idea. Noté algo en tu espada... ¿Me la podés prestar?

Titubeó. Pude notarlo a simple vista. Confiaba, sin dudas, en los Nampëlkan y ellos asintieron como indicando que todo estaba bien conmigo. La verdad: me hicieron sentir de lo mejor. Con más tranquilidad en el ambiente, me cedió su arma. Debo decir que era algo hermoso de ver. Me sentí emocionado de tener una de esas en mis manos.

¹¹ Mil disculpas, pero necesito estar seguro y esta situación no me resulta nada fácil. ¿Me entendés?

¹² No sé si pueda confiar en Ud. sin que me dé garantías. Tampoco para mí es tan simple.

¹³ Sí que podés. No sé cómo, pero voy a hacer todo lo posible por ayudarte.

Parece que nuevamente voy a tener que posponer esto. Todo avanza a un ritmo extraño. Ahora dependo de otros y de cuánto deseen dejarme solo para sentarme a escribir. Indiscutiblemente mis tiempos no son los de ellos pero necesito no dejar de ser yo para poder ayudar en esto... creo que deberían entender que no funciono de otra manera.

Si bien la emoción era mucha, mi mente me movía a mil. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? Tenía en mis manos una auténtica *rapière* de estilo francés, tan de moda en su época, antecesora de la más moderna *smallsword*. Debo confesar que experimenté un leve temblor cuando la toqué: sabía que no era momento para exteriorizar nada, y disimulé todo lo que pude, pero... Entre otras cosas, también debo admitir que nunca fui bueno haciendo descripciones literarias, y creo que lo dejé bien claro con lo que ya escribí (y no soy capaz de corregir); sin embargo, creo ser bastante más utilitario. Cuestiones de la profesión, supongo. En fin, la «espada ropera», tal su denominación en español, se llevaba a diario entre las ropas, de ahí el origen de su nombre, y era imprescindible en el vestuario de la nobleza que la usaba tanto para la defensa personal como para los duelos tan frecuentes. No es el tipo de espada que hubiera preferido un caballero inglés, pero considerando la vida y la historia personal de William, bien, es más que posible. Observé que la empuñadura llevaba un mango de marfil finamente tallado con delicada textura de flores de lis en bajorrelieve. Allí pude notar

que estaba ante un arma de uso frecuente, pues había marcas de suciedad que no habían sido limpiadas a conciencia. Deduje por eso que no tenía en mis manos una pieza de colección a la que le hubieran hecho minuciosos procedimientos de mantenimiento, ni era una réplica, aunque pareciera no tener más de quince años desde que fuera forjada. Lógicamente, el marfil indicaba que su propietario pertenecía a una nobleza acomodada.

El pomo y el botón tienen lo que parecen incrustaciones en plata y oro, y representan algo así como el esférico pimpollo de una rosa macabra, muy macabra: no solo servía para otorgar al arma un buen balance, sino que en el caso de ser necesario, podía asestar un golpe certero y terrible. Sin dudas así había sido usada ésta: nadie me saca de la cabeza que «eso que está ahí» es sangre seca. Me estremeció la idea y preferí no hacer volar mi imaginación, por lo que proseguí mi examen. La guarnición bilobulada la coloca entre principios del siglo XVII y mediados del XVIII y... no podía apartar la mirada de la perfección de la forma de los gavilanes de treinta y pico de centímetros y del guardamanos tan poderoso como delicado en sus formas. Vi el escudo del *ricasso*... De pronto sentí que mis ojos no eran capaces de ver qué era lo que a mi mente le había llamado la atención. Hasta que lo supe: la vaina. Bueno, en realidad no la vaina sino la hoja: cosa que no estaba viendo porque estaba enfundada. Formulé, entonces, con una seña que parece que fue la adecuada para solicitar el permiso conveniente y poder desnudar el acero. Ante el asentimiento del inglés, así lo hice. Una hoja triangular de unos dos centímetros de base y más de ochenta centímetros de largo apareció ante mí. Hermosa y letal. Allí estaba ante mis ojos una inscripción en francés realizada en hermosas letras capitales: «*Je suis naïtre pour Toi*¹⁴». Y del otro lado... Instintivamente, la enfundé y la entregué a las manos extendidas de William. «*Only in God do I trust*», rezaba y, agregado toscamente al comienzo de la frase y afeando la pieza, ponía «*Not*¹⁵».

No supe qué decir mientras sentía que en mi pecho mi corazón se quería ir a pasear sin mí. Algo me faltaba y disparé la pregunta sin pensarlo mucho, lo que ya se me está haciendo una molesta costumbre.

—*And, the dagger*¹⁶?

—*It was my present to Leonor when we headed towards Sevilla, and I knew*

*that the way could possibly turn dangerous*¹⁷. —Vamos —dije—. No voy a parar hasta saber qué ocurrió y no creo que tengamos mucho tiempo para perder.

Y ocurrió. Y fui testigo, y me sentí como santo Tomás al comprobar el milagro. En una fracción de segundo vi cómo William no tuvo otra opción más que arrojar el tanpreciado medallón sobre la mesa, previniendo nuevas lesiones, y vi también cómo el estuche de tela que lo protegía se deshacía en jirones humeantes y chamuscados ante la extrema vibración de una pieza que ya se me mostraba como mágica y peligrosa. No supe qué decir ni, mucho menos, qué pensar o qué hacer.

¹⁴He nacido por Ti.

¹⁵No solo en Dios confío.¹⁶¿Y la daga?

¹⁷Se la regalé a Leonor cuando emprendimos el viaje hacia Sevilla, y supe que el camino podía volverse peligroso.

Entorné por unos breves instantes los ojos y, de modo mecánico casi, comencé a guardar lo que me quedaba; cerré el bolso y salí con mis cosas para ir acomodando el auto y prepararlo para el viaje (¿Debo aclarar que temblaba por dentro?). O eso espero que hayan creído los demás; porque en realidad necesitaba estar un rato solo. Comenzaba a creer en la historia de Will (¿Le gustará que lo llame así?) pero sentía que algo estaba ocultando y ni me imaginaba ni me imagino todavía lo que pueda ser. Yo estoy casi convencido de que no es un loco, pero tampoco creo que sea un nene de pecho.

Mientras tomo un café bien cargado sin que Nain se dé cuenta, estoy tratando de reordenar mis ideas un poco. No es fácil, pero me es muy necesario, porque a partir de allí fui capaz de tomar una de las decisiones más importantes de mi vida. Hace rato que esto que escribo dejó de ser un simple diario de viaje como tantos otros y se convirtió en algo así como la materialización de mi conciencia, de mi espíritu y de mi mente confundida, todo junto y bastante revuelto. Sin temor a equivocarme, mi mente se ha convertido en la casa del Minotauro, de la que cuesta salir aún con la ayuda de Ariadna. Es demasiado borgeano para mí, pero ya no tengo más

alternativa que afrontarlo. Creo que la vida es un laberinto insondable en 4D que abarca todo el espacio y el tiempo de nuestra existencia y que a veces, solo a veces, nos es dado subirnos al atalaya y observar todo desde lo alto para identificar cuál es el camino correcto. Pero, ¡ojo! Debemos tomar buena nota de él, porque esa instancia tal vez sea única, irrepetible... si es que llega. De las decisiones que tomemos ante cada encrucijada dependerá si hemos de acercarnos a la salida o quedemos encerrados para siempre en nuestra propia incapacidad de discernir, en nuestros propios recodos y callejones oscuros, tétricos, mentirosos, insípidos, fóbicos. Al igual que nosotros, cada laberinto es único e irrepetible, personal aunque estrechamente ligado a los demás. De cómo resulta esa unión, está formada la historia humana. Somos la materia en que se corporizan nuestros sueños más anhelados y nuestras pesadillas más temidas. Somos nuestro hoy y nuestro ayer, y esa es la premonición más tirana de nuestro futuro. Solo las buenas y acertadas decisiones que tomemos nos harán más prósperos y, por qué no, felices.

Entre una cosa, y otra fue cerca del mediodía cuando dejamos la casa de los Nampëlkan y emprendimos el viaje hacia Trevelin, pese al desacuerdo de Pedro y William. Eso sí, el dueño de la pelota era yo y ese, mi juego. Así que, sin más discusión subieron al auto, guardamos con sumo cuidado las viandas que nos había preparado doña Rosa y nos fuimos. No sé bien cuál fue su intención pero puedo intuirlo: por decisión de mi amigo, el inglés viajó atrás. Lástima. Me hubiera gustado tenerlo sentado a mi lado para observarlo mejor, pero ya tendría mi oportunidad.

En varias ocasiones lo observé por el espejo retrovisor de manera furtiva, como para saciar la curiosidad y comprobar que, apichonado como estaba en el asiento, no era más que un ser humano y solamente eso; pero había sido el centro de un acontecimiento extraordinario. «Solo un humano», me repetía, «un tipo igual que yo». Lo miré nuevamente y entendí las razones de Pedro: no le sentaba bien el viaje y, después de casi dos horas de agonía, por fin se había quedado dormido.

—¿Qué onda? —pregunté haciendo un gesto hacia atrás con la cabeza—. Hay cosas que no me quedan claras.

—Yo estoy más que seguro de que tapa algo. Como todos. Pero también creo en su palabra. Lo que me parece es que tenemos que ver cómo influye

eso que oculta en lo que podamos hacer por él.

—Eso es justamente lo que no me explico: qué podemos hacer nosotros si toda esta historia es cierta.

—Las cosas no son casuales. Por algo estamos acá, con él... aunque yo tampoco sé qué papel jugamos vos y yo. Seguro que será algo único e irrepetible.

—No creo que seamos tan importantes.

—Yo sí, porque no creo que esté de la nuca. De todas formas que esté «chapita» no me preocupa: cuanto mucho nos agarramos un berrinche por haber perdido tiempo, o lo internamos y listo. El problema es que no esté loco y todo esto sea falso, porque es un tipo peligroso de verdad. Yo lo vi, soy testigo de lo que puede hacer. Pero como nadie tendría motivos para acercarse a mi familia, lo más lógico es pensar que dice la verdad... y que algo que no tiene explicación pasó acá.

Afuera, el paisaje comenzaba a cambiar al igual que el clima...pero adentro, el silencio profundo en el que nos habíamos sumido me estaba provocando un tedio insoportable y el tedio, somnolencia. Y así no se puede manejar. Y eso que soy de largo aguante. Todavía faltaban como tres horas para llegar, por lo que decidí detenerme para descansar un poco. Tuve que andar veinte minutos más antes de encontrar una estación de servicio para hacer una «parada técnica». Je, je. Sentía los párpados pesados y un fuerte ardor en los ojos, y la sensación de que iba a cabecear en cualquier momento. No quería pedirle a Pedro que manejara... sé cómo lo hace, y prefiero hacerlo yo, incluso con sueño.

Aproveché la parada para cargar combustible y tomar un café bien negro, pero no me fue suficiente y pedí otro para llevar. Comenzaba a creer que mi sueño de la noche anterior había sido más que eso, que solo un sueño, y que había sido parte de una vigilia mágica o un tremendo momento de duermevela.

Cuando me desperté estaba con los músculos entumecidos por la mala postura (soy alto y no me viene bien ningún asiento trasero) y un dolor en la cervical que no se me fue hasta que conseguí un crujido después de forzar un movimiento giratorio con la cabeza. Recién ahí reaccioné del todo aunque no

pude reconstruir nada de lo que me había pasado: ni cómo me había subido al auto ni cómo había permitido que mi amigo me trajera hasta tan cerca de Trevelin tras dos horas de viaje ¡solamente! El inglés miraba el paisaje por la ventanilla mientras se escuchaba música de fondo a tan bajo volumen que no fui capaz de reconocer mi propia selección de temas.

—¿Qué pasó?

—No te podíamos despertar y sé que no querías llegar de noche —me contestó Pedro.

(Nota: No volver a dormirme en el asiento de atrás con este chiflado cerca).

Inmediatamente sentí una disminución en la velocidad y detuvo el auto a un costado de la ruta para dejarme el puesto del conductor. William no se movió. Estaba pálido y ojeroso; mudo y, me pareció, atónito. Lógico: pasó de viajes en carreta y barcos a vela a este de ciento veinte kilómetros por hora y vaya uno a saber cuánto más hacía un rato ¡y con Pedro al mando! Pensé que por fin lo tenía a tiro para escrutarlo a mi antojo bien de cerca y sin posibilidad de que pudiera escapar, aunque solo fuera por unos pocos minutos.

Su rostro anguloso me provocaba la sensación de estar permanentemente observándolo todo con inclemente perspicacia. El cabello enmarañado, la barba de unos días y la ropa algo raída que le habían dado los Nampelkan le daban un aspecto desgarrado, un aspecto de algo que sus ojos desmentían. Instintivamente observé la línea de sus cejas y vi cómo llegaba hasta la altura de la mitad de sus orejas... alguien me dijo que eso era signo de inteligencia (o de éxito, no recuerdo bien). No sé si será cierto, pero tal vez eso pueda explicar su facilidad para los idiomas: hablaba un español bastante neutro y moderno (Pedro me explicó que hacía más de un mes que estaba con él) aunque con un marcado acento inglés, por supuesto, y pude escucharlo intercambiar algunas palabras en mapudungun con doña Rosa y don Elicura antes de irnos.

Ahora que lo pienso, hizo un gesto que me recordó algo familiar, pero se ve que mis apachuchadas neuronas no fueron capaces de identificarlo. Seguramente no es nada... últimamente veo «cosas» en todos lados.

Llegamos como a las seis de la tarde con la puesta de sol enrojeciendo el

cielo nublado. Sentí la mirada extrañada de Pedro clavándose en mi nuca cuando no fui directo a casa de Nain y seguí de largo por la Av. San Martín buscando un locutorio con Internet para sentarme a hacer algunas averiguaciones. Eso de estar sin crédito en el teléfono es... bueno, habitual en mí. Lógicamente sabía a dónde ir. Refunfuñando por lo bajo porque no había lugar para estacionar justo en la puerta, me tuve que detener en la cuadra siguiente, me bajé y corrí como perseguido por mil diablos. Entrar, saludar (no hay que perder las buenas costumbres), pedir una PC, sentarme y comenzar a navegar fue cosa de segundos. Tenía muy en claro lo que debía investigar: amuletos, la fórmula *sator* y, lo más importante y primordial: consultar el Archivo General de Indias.

Cuando por fin salí con el pendrive bien cargado y un bastante caro pilón de hojas impresas, ya era de noche y el auto estaba vacío. Respiré un profundo alivio cuando vi que las llaves no estaban y los seguros de las puertas habían sido bajados. Con frío, abracé mi pequeño tesoro contra el pecho, como para darme calor y proteger los papeles de las inclemencias del tiempo que atacaba de nuevo. Salí a buscarlos. Los encontré en la plaza Coronel Fontana a pocos metros de los juegos, charlando no muy animadamente. Creo que se apiadaron de mi rostro ya semi-azulado y se apresuraron a regresar conmigo.

Quince minutos después estaba en la puerta de la casa de Nain con ella abrazándome emocionada y agradeciendo mi llamado de hacía unas horas, el cual yo no recordaba haber hecho. Entre sus exclamaciones y mi desconcierto, trataba de explicarle cómo Pedro había vuelto de ultratumba acompañado de uno que decía venir de finales del siglo XVII.

8 Viaje de ensueño

Hacía pocos años que había comenzado a ser consciente de esa no tan nueva etapa de su vida. Hasta entonces había vivido disfrutando sus días, cada uno, como si fuera el último, sin mirarse al espejo más de lo necesario, sin comer más de lo necesario y sin permanecer en su casa más de lo estrictamente necesario. Pero ahora, sentía el cuerpo pesado, aun sin tener tantos kilos de más, aun sin estar enferma y con los análisis perfectos. Le costaba moverse y le dolía el ciático, siempre el ciático. Se sintió abrumada por la insolencia de calendario, que le echaba en cara la edad incluso si a ella no le interesaba preguntar.

Siempre tuvo una obstinada negación a sacar cuentas o a calcular los años transcurridos, pero ahora los números la atacaban y estaban ganando la batalla: querían la victoria total en una guerra que todos libran y todos pierden. Pero les hacía frente, siempre les hacía frente, aunque hacía algunos años... No quería pensar, se negaba a ellos, pero la voluntad le flaqueaba y se autotorturaba igual; le hacía mal, pero no podía sacarse de la cabeza los recuerdos y las ideas que la deprimían sobremanera. Jane Griffith Sinclair estaba siendo, al fin, derrotada por el tiempo. ¿Por qué sentía achaques si estaba sana? Porque no tenía nada mejor que hacer que pensar en ellos.

Miró por la ventanilla del ómnibus de larga distancia que la devolvía al pueblo por la ruta del desierto, pero sin detenerse en el paisaje que conocía de memoria y no le ofrecía nada nuevo. «El aburrimiento es el peor de los consejeros», comenzó a decirse. Se obligó a no pensar en sí misma y pronto se vio cabalgando con sus ancestros europeos por las tierras chubutenses, pactando alianzas con los nativos y haciéndoles frente a las diversas circunstancias del voluntario destierro. Sentía un fuerte dolor en la cadera y las piernas hinchadas a causa del largo viaje que la obligaba a tenerlas tanto tiempo para abajo. Se recostó sobre su flanco derecho y quedó viendo hacia adentro intentando relajarse. Sentía una incipiente puntada en la cabeza, a la altura de la sien derecha; sentía catarro. ¿No se estaría engripando? ¿O sería angina? ¿Bronquitis? Ahora que con ese clima... ¿y si fuera una neumonía? O peor... ¿si fuera hipocondríaca?

*

*Cae la noche sobre el alma frágil,
Atormenta y ataca, ¿acaso vencerá?
Embiste con recuerdos que se deben olvidar. Encarcela y oprime, tortura y mata.*

*

Inmediatamente durmió un sueño ceniciento, seguramente surgido del paisaje. En cierta medida, la sensación de estar cayendo no la sorprendió tanto como el hecho de que no había tierra que la atajara destrozándola. La caída era libre; podía sentir cómo el viento jugaba con sus facciones volviéndolas grotescas, deformes, y cómo le desataba el cabello gris-dorado en una maraña impenable: se rio por dentro imaginándose con rastas plateadas. Sentía que su cuerpo no era suyo o que, en definitiva, no existía como tal. Por primera vez, después de bastante tiempo, no le dolía nada, pero esa sensación no hizo más que provocarle terror... el terror que le provocaba el paso de la muerte sabiendo que no estaba lista para acompañarla si la llamaba, porque aún le quedaban cosas por resolver. La caída no terminaba nunca (claro, si no había suelo) y corría el riesgo de volverse eterna. Se resignó al tedio y la introspección como desagradables emanaciones de un sino tan abominable y loco como los insensatos castigos del Hades.

Alguna sensación externa ocurrió y fue tan penetrante que cambió el rumbo del sueño de modo drástico: ahora ya no caía, ahora volaba. Sintió renacer cada músculo de su cuerpo e, inmediatamente, lo puso en función del desplazamiento. Sin embargo, el tiempo parecía seguir detenido y, como en aquél cuento, se dedicó al placer creativo y a (re) componer la novela de su vida: una autobiografía selecta llena de altibajos, aunque nunca exenta de plenitud.

A lo lejos divisó una atalaya en la cima de un otero, que impartía una luz fuerte intermitente y acompasada a modo de faro. Más allá, como un obstinado *leit motiv*, los Andes sempiternos, majestuosos, mágicos, exhalaban una vibración extraña que le erizaba la piel. Entonces supo que escondían un secreto cuasi ancestral, maravilloso, que debía ser revelado por ella o por su discípulo... ¿Discípulo? Pronto las altísimas montañas cobraron

vida y se comunicaron con ella en la lengua universal de todos los elementos: el silencio rítmico. Hablaban de la impureza de los hombres codiciosos y vengativos, y recitaban los versos del infortunio mientras emitían luces de hipnótico resplandor y colores desconocidos.

*

Romance del Amor Roto

*El bosque albergó a la niña Por las sombras asustada. Corrió con su alma desnuda A través del alba clara.
La tierra la protegía,
Mágica tierra asturiana:
Mandó el Ñuberu a la lluvia Y ésta le enjugó la cara.
Cuatro desalmados vieron, La niebla los ocultaba,
Cruel oportunidad,
De asestar sus estocadas.
Diz que era una bruxa buena Por su origen castellana;
Laurel buscó con la mano Que maleficio sacara...
Cuando noble inglés llegó Que ansiosa espada llevaba. Vio la injusticia acechante, Se acercó, presto, a la dama; Defendió al punto su honor; Mató a los hombres con calma. Y con calma a la doncella, Bajo la lluvia dorada, Cubrió con su dulce manto. Ella miró horrorizada
Los cuerpos de los bárbaros, Y agradeció embelesada. Fue cómplice el aguacero De pareja enamorada.*

*Marcharon, pues a Santiago Por la senda señalada
En busca de bendiciones, Mas dicha el Santo non daba Sin prueba de amor sufrir. De bruja ha sido acusada Con trampas doña Leonor Por un bribón señalada,
Cómplice de aquel horror Provocado en la alborada Por él mismo y sus hermanos: Es su guía la venganza,
Prometió nunca cejar.
Cual vil fiera fue cazada
Pese al inglés caballero,
Diz sir William se llamaba El valiente capitán.
Fue juzgada y condenada Allí por el Tribunal...
Fue por su amante salvada Nuevamente y, sin pensar, Huyeron una mañana*

*Hacia América por mar.
Seguidos fueron con saña Por un noble cizañero
Que a Satanás invocaba
Y, con cruel habilidad,
Diz, que a la pareja odiada Muy cruelmente separó y Para que no se
encontraran Fuerzas del mal convocó: La niña siguió embarcada Y sir
William se esfumó.*

*Diz que Leonor, loca, vaga; Diz que nunca se casó; Diz que busca
desolada Entre valles y desiertos, Cavernas y salamancas... Magias y
pueblos y azares Que aquel mal hecho, deshagan.*

*

Sintió un frío sobrenatural expandiéndose desde su columna vertebral hasta el más oculto de los poros de su cuerpo. La sangre se le heló, se le inundaron los cansados lagrimales llenándola de congoja, y comenzó a temblar de emoción y terror, de compasión y desconcierto. Le fue imposible saber de dónde provenían esos pensamientos.

Se despertó sin recordar qué había soñado, pero se sentía reconfortada y con el espíritu completamente rejuvenecido. Ahora sabía que tenía una misión, pero no tenía idea de cuál era con exactitud. Mientras se restregaba los ojos pudo notar, el pitido del teléfono celular que llevaba en algún lugar del bolso y que le indicaba que había recibido un mensaje de texto hacía rato: «N 2 dias sty x alla». Frunció el ceño por la ortografía y se fijó en el remitente: Wyr.

9 El informe

La noche terminó pasadas las tres de la madrugada con Nain cobijándome como cuando era chico. Y sí, le conté toda la historia mientras, sin decir ni una sola palabra al respecto, me retiraba el jarro de café y lo reemplazaba por una taza de té, no muy negro, sin azúcar. Para ella, esperó que las hebras reposaran un poco más en la tetera de loza (reservaba la de porcelana para los domingos por la tarde o fiestas especiales). En una canastita de mimbre y cintas delicadamente rosadas colocó algunos scones salados que despedían un sutil y delicioso aroma a nuez moscada (supe, sabiendo muy bien por qué, que estaban hechos especialmente para mí). Aprovechando una breve pausa me preguntó si quería manteca y le respondí que si era salada sí. Por supuesto, lo era. Pregunta bastante tonta la mía... suerte que no se ofendiera.

Acerté a bajar la voz y así lo entendió Nain, previniendo que Pedro o William me escucharan ya que yo tenía mi propia visión de los acontecimientos y, realmente, no quería hacerlos partícipes de mis pensamientos más íntimos. Cuando terminé con mi relato y la exposición de todo lo que pensaba, mi interlocutora solo pronunció tres palabras con profunda cadencia, naturalidad y acento melodioso.

— *Cherchez la femme*¹⁸! —Y se irguió en el asiento con aires de satisfacción, como quien ha cumplido con el deber que los hados le han destinado.

De pronto recordé su profunda y añosa afinidad por las novelas policiales de origen inglés, en especial su gusto, al límite de lo fanático, por Chesterton y Christie; y su habilidad indudable para entrar en el juego propuesto por los autores y descubrir al asesino antes de la esperada exposición triunfal del detective. La miré atónito: me pareció notar un destello de irrefragable astucia en su mirada, ¿O era «esa malicia» que tan bien fingía y tan bien conocía yo? Seguro que no era solo curiosidad bienintencionada.

¹⁸¡Buscad la a mujer!

Le tendí los datos que había recopilado hacía tan solo algunas horas

mientras le guiñaba el ojo izquierdo. Me devolvió una sonrisa cómplice y los papeles mientras me explicaba que recién por la mañana tendría listo su nuevo par de lentes de lectura, por lo que veía menos que un topo.

Se acodó frente a mí esperando mi lectura con tan grande inquietud como quien después de vagar por el desierto ansía la aparición milagrosa del maná o, mejor, como un chico que, habiendo descubierto su obsequio a hurtadillas, ansía abrir el regalo antes de que se lo den.

— *Et voici «la belle dame sans merci»*¹⁹—dije, y comencé a leer—. Archivo Histórico Nacional. Consejo de Inquisición. Título Nombre Atribuido: Proceso de fe de Leonor de Vargas y Calderón. Nivel de Descripción: Unidad Documental Compuesta. Fecha de Formación: 1688. Alcance y Contenido: Proceso de fe de Leonor de Vargas y Calderón, natural de Villafranca del Bierzo, León, seguido en el Tribunal de Distrito de la Inquisición de Santiago, por hechicería y supersticiones. Ausente fugitiva. Fue relajada en estatua.

—¿Qué significa eso?
—Que quemaron una efigie suya.
—O sea que si no se escapaba...
—Así es. ¿Sigo?
—¿De dónde son estos datos?
—De una página de Internet que brinda información *online* sobre archivos españoles.
—Ahora sí.

—Continúo: Archivo General de Indias. Catálogo de Pasajeros a Indias. Título Nombre Atribuido: Leonor de Vargas y Calderón. Nivel de Descripción: Unidad Documental Compuesta. Fecha de Creación: 1688. Leonor de Vargas y Calderón, natural de Villafranca del Bierzo, León, casada con sir William James, a Cartagena.

»Archivo General de Indias. Casa de Contratación. Título Nombre Atribuido: Leonor de Vargas y Calderón. Nivel de

¹⁹Referencia a la balada del mismo nombre de John Kyats: «La bella dama sin gracia» (o impía).

Descripción: Unidad Documental Compuesta. Fecha de Creación: 1689. Leonor de Vargas y Calderón, natural de Villafranca del Bierzo, León, viuda de James, vecina de Cartagena al Mar del Sur. Va a los Puertos del Mar del Sur.

La luz fulgurante de un relámpago penetró furtiva y certera por la ventana sin postigos del living mientras que el diseño calado del cortinado proyectaba una sombra danzarina y audaz en el rostro del Nain que me provocó un escozor violento e inexplicable. Tal vez un brillo en los ojos, tal vez un gesto imprevisto, o ambos, me hicieron notar un prodigio admirable: las facciones de Nain se habían suavizado y la piel había tomado un nuevo tono rosáceo más sano, más joven. Ahora tenía frente a mí a una mujer de menor edad. Hasta se había erguido dejando de lado esa postura tan propia de las almas cansadas y había levantado solo una de sus cejas indicando una profunda concentración y un dejo, aunque menor, de asombro.

—Ella es real, ¿y viuda? —dijo. Inclinandose a mí con mueca cómplice y curiosa preguntó por la inscripción del medallón. No por el medallón mismo, porque yo ya le había aclarado que no dependía de mí que William quisiera enseñárselo.

—«Sator Arepo Tenet Opera Rotas» —recité—. Todo un tema. Eso sí, esto no me hace falta leerlo: pertenece a mi campo de estudios y cuando entré en Internet no hice más que refrescarme la memoria; así que, si me lo permitís, voy a disertar.

Tomé un trago de té, apuré el bocado que tenía en la mano, carraspeé y comencé sin más dilaciones:

—La magia conlleva la esencia misma del hombre, como la conciencia del fuego o de una deidad a quien rogar. De alguna manera, el ser humano lleva en su sangre la sensación irrefrenable de su participación en el universo terrenal, y espiritual. La propia noción de «espíritu protector» o de otros similares, es común a todos los pueblos y en todos los tiempos: tal vez para compensar carencias, para reglamentar el salvajismo natural de las personas o como muestra de lo evolucionado de una sociedad. La religión, el mito, explican lo que la ciencia no puede; pero también son inseparables de la condición humana como tal, son parte de su esencia.

»La necesidad de dominar el entorno sin tener conocimiento cierto de cómo lograrlo y la confluencia de determinados acontecimientos fortuitos deben haber dado origen a la magia, para la cual es dado pensar que el mundo material no es otra cosa que la fiel representación del mundo espiritual, sobrenatural, como un juego de espejos que se reflejan mutuamente hasta el infinito o hasta que la percepción lo permita. La relación de causa-efecto entre el mundo empírico y el de los espíritus como inseparablemente ligados es, justamente, la base de la llamada *magia simpática* (δεσυν, juntamente, con; y πάθος, todo lo que uno siente o experimenta). Así, existen objetos, ademanes y frases de naturaleza mágica que varían según los pueblos, las costumbres y las épocas, aunque algunos han trascendido la historia y se han convertido en parte de la cultura global occidental.

»Por ejemplo, las curiosas características de los palíndromos proporcionaron motivos suficientes como para justificar la creencia de que poseían una naturaleza mágica. Por sus extraordinarias características la frase más poderosa y antigua de la que tengo noción y que se ha conservado hasta ahora parece ser: *sator arepo tenet opera rotas*. Fue descubierta en las ruinas de Pompeya, escrita en columnas y paredes a modo de *graffiti* y data del siglo I. Como habrás notado, esta frase está formada por cinco palabras de cinco letras cada una, y la belleza de sus virtudes comienza cuando se le coloca una sobre otra, formando un «cuadrado mágico»:

Y dibujé algunas columnas y filas, atrapado en un torbellino de entusiasmo creciente, en una hoja de papel en blanco que tenía entre el desordenado montón impreso. Dentro de la tabla escribí, con la mejor letra de imprenta y el mayor tamaño que pude, el palíndromo acerca del cual estaba hablando, todo esto ante el silencio ensordecedor y la atenta mirada de Nain, quien no se perdía detalle de mis maniobras. Esperé, orgulloso, a que ubicara el papel a una cierta distancia de sus ojos semifruncidos, con la diestra extendida y el papel a modo de cartel y pudiera observar mi pequeña obra de arte antes de proseguir.

S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

—Como podés observar, la frase original podría leerse tanto de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Además, habría que tener en cuenta que las diagonales también son capicúas. Si mirás bien hay una palabra, *tenet*, que funciona como articulación o eje y otras cuatro que, en parejas, son bifrontes: *sator rotas*, *arepo opera*.

»Si me pedís una buena traducción, no sé si sería capaz de dártela porque todavía existen controversias y los especialistas no terminan de ponerse de acuerdo, más vale lo contrario. Se trata ésta de una frase evidentemente escrita en latín que podría intentar traducirse como «El pastor Arepo tiene ruedas para obrar», aunque lógicamente su interpretación, como bien te enseñan en semiología, varía según la intención y necesidad de quien esté dispuesto a invocarla. Por lo tanto, en su carácter simbólico, es susceptible de ser entendida casi de infinitas maneras, y los misterios que transmite parecen no agotarse a lo largo de la historia de su recepción. De esta manera, y por supuesto, también ha recibido la influencia cristiana y se ha convertido en un posible símbolo de los primeros devotos como lo fuera el críptico del pez, aunque no obstante éste sería posterior: «Dios tiene en sus manos las obras», es otra de sus formas, aludiendo naturalmente a la parábola del sembrador... aunque no solo por esto... si reubicamos todas las letras que la conforman, podemos formar las palabras *Pater Noster* repetida dos veces, cruzando los términos en la *N* central y ubicando el par *A-O* (es decir, alfa y omega, principio y fin) en cada cuadrante de la cruz que se formó.

Y así lo tracé en la hoja que tenía a mano, ahora apresuradamente a causa del entusiasmo, a continuación del cuadro que hiciera anteriormente ante la

mirada insistente de Nain.

					P					
					A					
		A			T			O		
					E					
					R					
P	A	T	E	R	N	O	S	T	E	R
					O					
					S					
		O			T			A		
					E					
					R					

—Por lo tanto, es más que probable que haya sido usado como un signo secreto de reconocimiento entre cristianos en medio de una Roma que los perseguía con crueldad y firmeza, un poco en remplazo de, un poco en forma simultánea con la fórmula griega del pez.

»Este cuadrado mágico ha sido empleado como talismán, como conjuro, como fórmula de encantamiento única o para finalizar hechizos y rezos de la medicina popular, para curar o alejar enfermedades físicas o espirituales, tanto de humanos como de animales. También parece ser que escribir el cuadrado mágico en ambos lados de un plato de estaño y luego arrojarlo al fuego, ayudaba a prevenir o extinguir incendios. Posiblemente haya muchos otros usos a los cuales aún no he tenido acceso. La conjunción de elementos (plantas, cuchillos, rocas, amuletos) con palabras de considerable carga mágica otorgaba poder no solo mágico sino también divino, además de status

social.

»Ahora bien, en la fórmula «sator» hay contenidos otros varios significados o fórmulas subyacentes, directas o con algún agregado, no todos pertenecientes a la magia «buena», como «*Oro te, Pater, oro te, Pater, sanas*» o «*Retro, Satana, toto opere asper*» o «*E(l) Pater, ores, pro aetate nostra*»; sino que otros son utilizados para causar daño («*Satan, oro te, pro arte (l)a te spero*»). Así, «*Oro te Pater...*» pronunciado de determinada manera y acompañando el conjuro con un simbólico movimiento de manos tendiente a unir las letras de un cuadrado imaginario y aéreo para invocar la fuerza deseada y trasladando el movimiento al enfermo, servía para sanar enfermedades. Estos sigilos que reproducen imágenes trazadas en el aire fueron, posteriormente, evolucionando hasta los complicados movimientos que realizan los magos con sus varitas.

»Pensá que el norte de España ha recibido, también, como Gales, durante siglos y siglos la influencia celta especialmente en la zona de Asturias y Galicia. Allí tienen una tradición mágica más que abundante cuyos saberes se encuentran compendiados en el *Grimorio de San Cipriano* o *Ciprianillo* que data del siglo X y que es bastante escalofriante porque cuenta en detalle, incluso, cómo hacer un pacto de sangre con Satanás.

»Eso sí, como es lógico, nunca consideré en serio que este tipo de sortilegios pudiera dar algún tipo de resultado en la realidad. Pero, por lo que vemos, es bastante más fuerte de lo que hubiéramos podido imaginar y parece ser que funciona mucho con la mente, es decir, con lo que el practicante pretende o desea intensamente, con el poder de la concentración que sea capaz de tener. Supongo que eso requiere de algún tipo de entrenamiento.

Exhalé con fuerza: me sentía cansado... claro, semejante disertación... Pero Nain estaba inmutable cuando, por fin, dijo algo.

—Yo no creo ni en la magia ni en las casualidades. Creo en los milagros y en la causalidad; pero, por sobre todo, creo en el poder sin límites del amor. En especial en el amor de una mujer, ya sea a su pareja o a su hijo, que la lleva a enfrentar los peligros más desmesurados sin importar las consecuencias personales o el tiempo que le lleve su propósito. Creerá en lo que nadie cree, se esforzará más allá de lo físicamente permitido para una

dama, porque dirá a quien quiera oír que la realidad no es más que solo un punto de vista que se destaca de entre una infinidad de posibilidades. Como te dije hace un rato: «*Cherchez la femme!*», porque saber que existió una mujer con ese nombre que llegó a Chile, no alcanza; y que un hombre te diga que es inglés y que viene del siglo XVII, tampoco, sino somos capaces de ver sus almas.

Por unos instantes que no pude calcular, nos quedamos en silencio, aunque silencio relativo: los truenos arreciaban como así también las ráfagas de lluvia y viento que azotaban la arboleda de alrededor con aparente más obstinación que al resto del pueblo, e iban a chocar contra las montañas provocando un estruendo ensordecedor y latiente como el corazón de un gigante dormido. Pronto, como era de suponer, se cortó la luz.

—Parece un viejo cuento romántico: ahora es el momento en que se levantan las osamentas de santos y pecadores, y las brujas encienden el fuego para calentar sus pócimas... Voy por unas velas... ¿Querés té? —dijo, sonriendo burlescamente.

—¡Nain!

—¿Y el amuleto? —preguntó mientras revolvía el cajón de las cosas perdidas, el de debajo de todo y que yo conocía tan bien.

—Talismán. Es un talismán. Tiene una piedra semipreciosa que creo que podría llegar a ser malaquita y está engarzada en oro, también tiene una inscripción de intención mágica, justamente la fórmula *sator*. Así que, por definición, es un talismán. Lo que me preocupa es que no puedo ver cómo encaja su espada en todo esto, porque también me da la impresión que está conectada con el medallón. Y hasta acá llego: no puedo agregarte nada más de lo que ya te conté. Salvo algunas impresiones que tengo... si querés, en cuanto vuelva la luz, podés leer vos misma el diario que llevo... ahora mismo estaba escribiendo sobre él... te lo preparo con letra más grande...

El corte fue momentáneo y las velas no hicieron falta. El té estuvo a punto en un instante. La tormenta había amainado y, sin embargo, se sentía en la piel y en el alma una calma tensa. A lo lejos, desde el oeste, llegaban rumores inciertos que semejaban la salmodia rítmica y acompasada del *kultrun* en secretos rituales ancestrales; solo faltaba el canto de la *machi* y sin

embargo...

10 El falso machitun

Cuando amaneció, la tormenta persistía como una fuerte lluvia que se hacía notar en toda la región castigando calles, árboles y... a Sinclair, en forma de un golpeteo rítmico y opaco sobre la mesita de luz que tenía a su lado. La gota caía tan cerca del borde que se quebraba y esparcía en miles de fragmentos que formaban una nube y le mojaban la cara. La culpa era totalmente suya por haberse olvidado de la sempiterna gotera que le asolaba desde chico, por lo que no tuvo más remedio que ni esbozar una protesta y reírse a desgano.

No supo qué hora era, por decisión propia, hasta que terminó de desayunar. Estaba solo en la casa y, por ningún motivo, osó preguntarse por qué, aunque sí debió admitir que estaba extrañado. Durante ese tiempo, había comenzado a aclarar y, recién con eso, tomó conciencia de que era bastante tarde. Aun así, no podía terminar de enfocar sus ideas y sintió deseos de acostarse y dormir de nuevo pero una fuerza extraña hizo que permaneciera en pie y se preparara un desayuno frugal. Hacía bastante que no estaba solo y ahora no sabía qué hacer con esa pequeña soledad. Lentamente comenzó a elaborar un plan mental que le sirviera para desbloquearse y poner en marcha la totalidad de sus funciones sinápticas. Y estaba entre eso y su último pequeño bocado cuando escuchó que la puerta se abría. En el umbral, Nain conversaba alegremente en inglés con William y, por primera vez, lo vio sonreír mientras se sacudían el exceso de agua de sus ropas. De Pedro, no había rastro alguno.

Observó calladamente esperando que se fijaran en él pero, como esto no sucediera durante un lapso de diez minutos, permaneció en silencio tratando de escuchar. Hablaban como susurrando un inglés veloz y cerrado al que no estaba acostumbrado y del que creyó entender tan solo algunas palabras sueltas: *exile*, *penance*, *supernatural*, *distrust*, *hopeful*... pero solo eso: creyó entender. Sin embargo, a la luz de los acontecimientos, terminó por sugestionarse haciendo de su mente una fábrica de pensar incongruencias. Lo verdaderamente increíble fue que no tuviera la capacidad para descartar ninguna de sus alocadas ideas, sino todo lo contrario: todas y cada una le

parecieron, por lo menos, posibles si la *Scientia Magicae* fuera real en este mundo, si todo lo que alguna vez leyera al respecto tuviera laguna posibilidad de ser. Ahora bien, ¿cómo saber cuáles? Todas esas alusiones mágicas deberían tener la misma chance... ¿Cuáles podrían ser poseedoras de un atisbo de verdad y cuáles un mero y vil engaño? ¿O es que todas las civilizaciones han sido partícipes de la conformación de una conciencia global sabedora de la existencia de un mundo sobrenatural? Reconoció en el estremecimiento involuntario de su cuerpo el asalto terrible del pavor, como así también en sus manos crispadas sobre el respaldo del añoso sofá verde. En su mente aturdida y su mirada fija en quienes tenía adelante, apenas si le prestó atención a Pedro que pasaba junto a él totalmente empapado y balbuceando algo así como que había necesitado salir a pensar bajo la lluvia.

El mundo que había conocido tambaleaba bajo sus pies, convulsionaba y mutaba. Esperó en sus entrañas que ese cambio fuera sinónimo de evolución pero, como todo cambio, también implicaba dolor, incertidumbre y desesperación. Entonces si el mundo era un adolescente... ¿Podría él, un profesional de la educación, encauzarlo como a uno más de sus alumnos? ¿O estaba siendo demasiado pretencioso?

Contuvo la respiración por algunos segundos como lo había hecho en su primer día como profesor antes de entrar al aula, y recordó que no había servido de mucho planificar cada momento de la clase, como le habían enseñado en las materias pedagógicas, porque ese había sido un día difícil para sus alumnos: después de haber discutido con el director decidieron desahogarse con él. El director... ¿qué estaría pensando Castro de su prolongada ausencia? Inmediatamente le mandó un mensaje de texto sin ningún tipo de aclaración (ya le explicaría luego haciendo valer su relación de años y un cierto acomodo, claro está): «ausent x algs días». Apagó el celular por no querer ver, de momento, la respuesta.

Volvió en sí más como resultado de su propia voluntad que por la necesidad o por algún motivo externo. Lentamente quiso introducirse en la conversación pero, apenas notó su intento, Nain le guiñó el ojo derecho y se contuvo pese al asalto de la curiosidad. Siempre sostuvo que ella debía haber sido abogada, debido a su afinado arte para lograr que los demás confesaran sus verdades más terribles o vergonzosas. Todavía recordaba cómo le había

hecho contar en detalle el episodio de la rotura del vidrio de la ventana del recibidor entre tortas y caricias. ¿O, acaso, entre los ingredientes de su cocina figura algún elixir poderoso? No. Seguro que no. Pero parece ser que las brujas existen aunque uno no crea en ellas.

Escuchó silbar la pava y vio a Pedro preparando tazas y mate, ya completamente seco, mudado de ropas y, ¡Dios Todopoderoso!, peinado. Los quedos sonidos provenientes de la cocina o los suaves aromas de las infusiones hicieron que todos se acercaran y se sentaran a la mesa, excepto Nain que comenzó a servir bocadillos.

William: —Y ahora, ¿qué hacemos?

Pedro: —Siento que estamos del lado equivocado de la Cordillera. Leonor llegó a Valparaíso. ¿Qué hacemos acá? Ni siquiera estamos en la latitud correcta. Creo que tendríamos que viajar cuanto antes.

Nain: —Yo no. Tuve un sueño...

Sinclair: —Yo también.

Pedro: —¿De qué hablan?

Nain: —Los Andes guardan un secreto.

Sinclair: —También el gran Lautaro.

William: —¿Quién es ese?

Pedro: —El mayor de los héroes de mi pueblo, un gran estratega. Un hombre que debe ser respetado. Un nombre que no debe ser pronunciado en vano. Una voluntad inquebrantable. Alguien del otro lado...

Nain: —«Diz que Leonor, loca, vaga»...

Sinclair: —¿Cómo decís?

Nain: —«Entre valles y desiertos, / Cavernas y salamancas»... Sinclair: —
Nain...

Nain: —«Magias y pueblos y azares / Que aquel mal hecho, deshagan».

Sinclair: —Necesitamos una *machi*.

William: —¿Qué es eso?

Sinclair: —Una hechicera.

Pedro: —Pero no hay ninguna de este lado de Los Andes. ¿No te digo? Vamos a Chile.

Nain: —No. Es acá. Hay un monte solitario, mágico. Pedro: —Los Andes lo son.

Sinclair: —Y la encrucijada de dos ríos.

Pedro: —Hay muchas.

Sinclair: —Debería haber una cascada.

Pedro: —Como tantas.

William: —Como enseñan los druidas.

Sinclair: —El agua debe estar blanca de espuma... Pedro: —¿Para encontrar a Lautaro?

William: —Para que la tierra se abra y cuente sus secretos.

Pedro: —Debo creer... Hay muchos lugares así por acá. ¿Cuál es el sitio?

Sinclair: —Busquemos una *renü*.

William: —¿Qué es una *renü*?

Pedro: —Una salamanca. Un lugar mágico, una caverna con poderes donde se reúnen espíritus malignos. Por eso dicen que es un sitio del que hay que escapar. Pero yo no lo creo así. Como muchas cosas, depende de la intención que cada quien lleve cuando la busque o lo que allí haga cuando la encuentre.

Sinclair: —Lautaro... Lautaro...

Pedro: —¿No será por Neuquén o Mendoza? Si desembarcó en Valparaíso...

Nain: —No. Es por acá, con nosotros. Es el Destino... Will habría encontrado a otro y estaría en alguna otra parte.

Pedro: —Al sur de Bariloche, entonces.

Sinclair: —Es mucho territorio... debe haber una *renü* cerca.

Pedro: —En El Bolsón hay una escondida cerca de una cascada y junto a ella un árbol emblemático. Dicen que es salamanca, pero yo no lo sé a ciencia cierta.

Sinclair: —La joya nos lo dirá.

William: —Estoy seguro. ¿Qué esperamos? No es lejos, ¿no? Nain: —Antes tengo que hacer una llamada.

*

Nunca había hecho esto. «Dejalo fluir», me dijo mi Wyr, mi nieto.

Veremos.

Parece ser que nuestro William es el hijo mayor de un noble inglés, sir Nicholas, terrateniente de una pequeña y rica comarca del sur de Inglaterra, en una zona aledaña a Cornwall cuyo principal sustento es el intercambio comercial de cereales con Gijón, Asturias, pese a la hostilidad reinante en ese momento. Luego de un pleito por el cobro de derechos de exportación o no sé qué, fue herido en una pierna y esto lo forzó a una incómoda inmovilidad que hizo que delegara sus viajes en su heredero, aun cuando creía que no tenía la edad apropiada para tales menesteres. Sin embargo se convenció de que hacía lo correcto cuando vio que aprendía con facilidad los trucos y vericuetos del comercio, como así también las lenguas extranjeras y lo concerniente a la navegación y calidad y mantenimiento de las mercaderías. Si bien él mismo no era un comerciante, debía estar atento para asegurar el bienestar de su gente y el cumplimiento de la ley y el orden.

Pronto se advirtió su buen roce y que las cosas parecían ir por el buen cauce, hasta que alguien se quejó. No me dijo exactamente de qué, pero su padre le hizo notar la severidad de la cuestión con un escándalo tal que terminó amenazándolo con el destierro y la ignominia si no reparaba el mal hecho. Ignoro los motivos, pero la familia, históricamente, se opuso a adoptar los principios de la Reforma y permanecieron firmes tanto a las doctrinas de la Iglesia de Roma como a la jurisdicción papal. Debido a esto, sir Nicholas envió a William a hacer la expiación a la vieja usanza: debía ir en peregrinación penitente al sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela siguiendo el Camino del Norte, por la ruta de la Costa, desde Gijón vía Oviedo. No siguió el camino Inglés: parece ser que era muy corto, según alguna, para mí desconocida, escala de valores, conforme a la gravedad del pecado cometido (Justamente se encontró con Leonor en algún lugar cercano a la desembocadura del Eo). Iba solo acompañado por su caballo, Janto, como el de Aquiles, al que adoraba tanto por su velocidad y bravura como por su porte y obediencia (dice que lo traía consigo a América y que, por supuesto, le perdió el rastro). Como únicas armas llevaba una espada con una inscripción blasfema, regalo de un comerciante francés, y una pequeña daga que luego dio a su dama como regalo de bodas junto con un anillo que había sido de su abuelo.

¿Estará bien así? Por supuesto que no. Mejor escribo directamente según como me salga. Parece que no soy buena redactando informes.

A la mañana me despertaron algunos ruidos muy quedos que provenían del estar. Lógicamente, supuse que se trataba de alguno de los muchachos, aunque nunca pensé que se pudiera tratar de mi nieto, y no me equivoqué: era William que se comportaba como un león enjaulado. Me dio mucha pena y sentí que debía hacer algo por él, por lo que decidí liberarlo aunque más no sea por un rato. Así que me abrigué, tomé mi paraguas y le pedí que me acompañara a la óptica a recoger mis anteojos de leer. Le pedí permiso para tomarlo del brazo y no pudo negarse a ello (claro, tomé la precaución de renguear algo más que de costumbre).

Como es lógico, es un joven atento aunque de pocas palabras, pero sin llegar a ser lacónico. Hablar de asuntos banales, de vieja, en inglés me sirvió para que entrara en confianza... también el hecho de que le dijera que conocía ciertos secretos... palabras, yuyos, conjuros, oraciones... no fue mala intención, sino una pequeña trampita²⁰ con la intención de poner a prueba algunas teorías. Ni pensé en sutilezas²¹ y, sin embargo, no se sorprendió con nada de lo que le platicué. Por lo que debió creer que yo era una suerte de hechicera²² dispuesta a liberarlo de todos los males que lo aquejaban desde hacía tanto tiempo con una serie de sortilegios o rituales sagrados secretos y ancestrales²³.

Después de terminar de hacer mis cosas, me dediqué a *sus* cosas. La verdad es que no quise engañarlo (ahora que lo pienso, creo que sí deseaba hacerlo), pero así fue. Conseguí algo de malva, romero, canela, laurel y, cuando tuve todo dispuesto, inventé una serie de sortilegios y conjuros bien rimados... sin olvidarme de orientarnos hacia la Cordillera. Todo lo hice de manera intuitiva, aunque podría decir que «algo» me guio, como una madre que lleva de la mano a su hijo por el camino que considera correcto. No creo tener tanta capacidad de improvisación como sé que la tenés vos, pero no me fue mal si consideramos que al menos lo hice sonreír por un buen rato, cosa que me había resultado muy difícil hasta ese momento. No sé si fue como resultado de una burla o porque realmente se creyó todo lo que hice, lo que sí sé es que su actitud cambió y comenzó a contarme todo esto que ya te escribí

antes; todo lo cual vos verás si lo dejás como está o lo cambiás a tu manera²⁴.

²⁰ Nota de revisión: ... y suerte y picardía y una mirada y un tono de aparente inocencia... si no lo sabré yo. J.S.

²¹ Nota de revisión: No, claro que no... J.S.

²² Nota de revisión: No sé por qué... J.S.²³ Nota de revisión: ¡Huy, Dios! J. S.

Por cierto, el medallón es en realidad un relicario que compró en Santiago y que Leonor eligió para él, para que guardara la reliquia que había ido a buscar (creo haber entendido que al principio su intención era ir con él a Inglaterra). Por lo que pude ver (sí, conseguí que me lo mostrara) la piedra verde es una pieza de malaquita convexa, ahuecada para servir de receptáculo y pensada originalmente como guardapelo. Como ya has notado, la simbología es ambigua aunque de apariencia inocente y parece que por eso la eligió Leonor. Condensa esa *mélange* de culturas y religiones en pugna del norte español en una época en que, a la vez, se alimentaban unas de otras, se fusionaban, se compendiaban, se separaban, se adherían, todo en delicado equilibrio. Me parece que la joven volcó en esa preciada joya, tan sutil como magnética, o le pareció ver en ella todos los rituales benéficos que había aprendido, seguramente, de su madre y de su abuela, siguiendo una larga tradición familiar paralela a la cristiana: no sé, algo distinto pero nunca en oposición ni en colisión, y siempre jugando con los límites de lo blasfemo, anexando a la cosmovisión y filosofía exigida por la Iglesia, toda la fuerza del misticismo y la magia celtas que tal vez ya hubiera renunciado en ellas al politeísmo.

Es un joven simpático, William, cuando conversás con él. Se nota que ha sufrido mucho y que su alma no soportará mucho más. Ahora que reflexiono escribiendo, creo saber cuál es su pecado y por qué lo oculta con el ahínco que provoca la vergüenza: en el seno de una familia tan ortodoxa, que el primogénito tenga inclinaciones idólatras debió haber sido un agravio imperdonable. Por eso la exigencia del padre de realizar una búsqueda interior: en su visión de la vida, lo estaba protegiendo del Maligno. Puede ser que en eso radique el misterio de la inscripción de la espada. Y esa es la

verdad: él no se fue porque quiso... tal vez le de vergüenza admitirlo.

Lástima, porque al final resultó todo mal: casi, casi al revés de lo que había previsto sir Nicholas, porque en vez de efectuar una expurgación de sus pecados, William los exacerbó cuando se enamoró perdidamente de una bruja castellana acostumbrada a deambular por Asturias repitiendo conjuros y hechizos si bien muy nobles y filantrópicos, al borde de la apostasía al fin. No hubo muchos procesos inquisitoriales severos en el norte de España, pero el de Leonor fue uno de los más renombrados.

²⁴Nota de revisión: No está tan mal... J. S.

En realidad ella no fue apresada propiamente en Santiago, sino cerca de Arzúa, Galicia, a unos cuarenta y tantos kilómetros al este, después de que, por una fatal coincidencia, se encontraran con un sobreviviente de aquel episodio del bosque del Eo. William fue herido en la reyerta. Y luego fue llevada ante el Tribunal Inquisitorial para ser juzgada, condenada y ejecutada. Debe haber sido doloroso y traumático tanto para ella como para William: el traslado no era un viaje de placer, sino que debió haber sido expuesta, burlada e injuriada durante el trayecto, tal vez... también azotada... Como bien tenés en tus notas, la ejecución fue *in absentia* es decir, mediante una efigie que la representaba. Por lo que es allí, en ese preciso momento y en ese lugar, según veo, que logra intervenir finalmente, su amante inglés: después de afrontar vaya uno a saber qué peligros.

Evidentemente, su enemigo era una persona muy influyente... tanto como para lograr la condena capital en un tiempo brevísimo, aunque pienso si tal vez él no hubiera merecido algo peor... William no sabe el porqué de tanta saña, si la cosa era con él, ¿por qué se habían metido con Leonor? La cuestión es que logró seguirlos luego de la gran huida, hacia el este primero, luego hacia el sur y, finalmente, rumbo a América... hasta que encontró el momento oportuno en Cartagena de Indias. Allí les pagó a unos mercenarios, cosa nada difícil de hacer en un lugar lleno de piratas, corsarios y bucaneros, para que capturaran y torturaran al brutal asesino de sus hermanos y, luego, él, personalmente, practicó contra su enemigo un ritual oscuro y poderoso.

Leonor pudo haber visto muchas cosas, pero no creo que su poder fuera capaz de ir más allá de curar el mal de ojo, el empacho, la culebrilla, mal de

amores y alguna otra cosa un tanto más compleja: de ninguna manera es alta hechicería, aunque tuviera conocimiento de ella pienso que no era más que una aprendiz... no sé, más una *meiga*²⁵ que una bruja. Sí podría asegurarte que este oponente conocía y dominaba mal o bien la nigromancia o algo así, tanto como para alterar la naturaleza de las cosas y desplazar a William hasta este momento, nuestro «ahora».

Estuve pensando mucho en lo que hablamos y en otras cosas más y ya estoy convencida de lo sabia que es la Madre Naturaleza: siempre dispuesta a volver las cosas a su cauce normal. Por algo que aún no sabemos y no sé si lo sabremos alguna vez, éste es nuestro caso; uno que debemos resolver con sagacidad y premura aunque resulte demasiado complejo para nuestro pobre y limitado entendimiento. Solo puedo decirte que vamos a la caza de un unicornio real: yo también tengo pruebas y voy a expresarlas a continuación.

²⁵Nota de revisión: Mejor y más acertado que *maga*. J. S.

Como recordarás, hice una llamada telefónica en el momento en que nos estábamos decidiendo a entrar en acción. Toda esa información dispersa que estábamos manejando me hizo recordar un nombre: el de mi amiga Mariana Undersun. Resulta que hará unos tres o cuatro años se sintió aburrída: nunca había afrontado un estudio superior y no ejercía profesión alguna, ni nada. Se vio sola y sin ninguna actividad cuando cayó en la cuenta de que su hijo mayor se había marchado a España y el menor, a vivir y estudiar en Bahía Blanca; Felipe, siempre trabajó de sol a sol y, seguro, siempre seguirá igual hasta que se muera. Sola, entonces, en su casa tuvo la lucidez suficiente como para darse cuenta de que tenía solamente dos opciones: quedarse echando raíces mirando telenovelas acostada en la cama y quemándose el cerebro mientras se «daba manija», como decís vos, por todo o ponerse una meta útil, productiva y placentera. Y eso último es lo que hizo. Comenzó a trabajar primero con su árbol genealógico pero no llegó demasiado lejos, así que decidió investigar las leyendas y las historias de los colonos galeses en estas tierras y, en el camino, se topó con incontables y cautivadores relatos araucanos, por lo que decidió orientar su trabajo hacia la visión del originario con respecto a su aliado *huinca*. Y ahí sí, logró más de lo hubiera esperado, porque comenzó a conocer episodios de la mal llamada Conquista y la incursión de los españoles en estas tierras desde la época del padre

Mascardi²⁶... sí, la misma que nos interesa (íntimamente pensé que Leonor podría haberlo acompañado en sus misiones en estas tierras y en sus tratos con los nativos pero me di cuenta de que no era posible: las fechas no coinciden). Siempre tuvo mucha capacidad para conversar bien, sin llevarse por delante al otro y eso la ayudó, sin lugar a dudas, en su trato con los nativos, ganándose su confianza de modo que se atrevieran a contarle los secretos familiares. Le conté que alguien había oído algo sobre una mujer española, bruja ella, escapada de la Inquisición, que había desembarcado en Valparaíso... te imaginarás. Es así que su voz cambió de tono y su expresión denotaba goce y entusiasmo cuando comenzó a hablarme acerca de una historia poco conocida que le había contado alguien el año pasado. Me dijo que podría consultar la ficha si yo quería, pero le agradecí su deferencia y le pedí que me diera los detalles que recordara... y esto es lo que me refirió (te lo transcribo acá):

²⁶Nicolás Mascardi (1625-1673). Sacerdote jesuita de origen noble iniciador de la misión de Nahuel Huapi.

«Esto ocurrió en los tiempos en que llegaron los *huincas* a estas tierras y trajeron armas y caballos para dañar al indio, para hacer la guerra. Pero no todos eran malos: algunos se interesaban por conocer las, para ellos, nuevas gentes, por relacionarse bien. Así, hubo una mujer española en Chile que se hizo amiga de una paisana y que rehuía de algunos blancos; le contó cosas y sucesos extraordinarios, pero en confidencia, para que los suyos no la señalaran y la persiguieran. Se esforzó mucho por agradar a su nueva amiga y aprendió lengua, cultura y religión, de tal manera que pronto se hizo su igual y se fue a vivir a su comunidad y fue aceptada pese a que se distinguía de entre todos por el color de sus cabellos, semejante al de la arena de los mares; lo etéreo de sus modos, la magnificencia de su montura y la tristeza eterna de su mirada. Un día dijo que quería ser *kalku* o *tafütufe* o *machi* o encontrar un sabio de *renü* e iniciarse, porque en España había sido bruja (y de la buenas, no de las otras)²⁷ como su madre y antes como su abuela y contó, entonces, la historia de cómo había perdido a su esposo a manos de un hechicero maligno y cómo el propósito de su vida era recuperarlo, no importaba el precio o el sacrificio que tuviera que hacer para ello. Pero como era extranjera le dijeron que no podría... y decidió buscar el amparo de algún

mentor en otro sitio donde pudieran acogerla e iniciarla.

Supo, pues, de una machi poderosa del otro lado de la Cordillera y muchas leguas más al sur. Y sabiéndose buena jinete, se atrevió a desafiar las montañas altivas y cruzarlas con la valentía que solo podría haber sacado del amor extremo hacia su amante. Algunos que se compadecieron de ella la acompañaron en la dura travesía aunque todos creían que tenía el valor suficiente para hacerlo sola. Por eso se conoce la historia de una mujer española que por su *foyentun* en una *renü* secreta de los tehuelches recibió el permiso de los espíritus para obtener algún poder. La Peregrina, la llamaban, también la Desolada».

Me contó también que había hallado cierto romance que, por algún extraño designio, es el que soñé:

«Romance del Amor Roto: El bosque albergó a la niña / Por las sombras asustada»...

Veo que estamos llegando. Cuando quieras te anoto lo que sigue.

²⁷Nota de Revisión. Aquí es donde la leyenda hace su parte. J. S.

11 Epifanía

Las lágrimas que corrían por las mejillas del inglés brillaban a la luz del fuerte sol que encontraron en las proximidades de El Hoyo como si fueran los destellos cautivantes de pequeños diamantitos. La mirada aún severa y distante, fija en el asfalto, contrastaba con el calor intenso que manaba de su corazón dolido y lo hacía transpirar como en pleno verano. Sinclair consideró la posibilidad de que su carácter flaqueara y, en ese caso, no sabría qué hacer con él, ni consigo mismo. También consideró que ese era el motivo por el cual Nain estaba acompañándolos en la travesía tan extraña que habían comenzado.

Ya no le era dado el consuelo del retorno ni, por ahora, la satisfacción de la tarea cumplida. Sentía sobre sus hombros, ahora encorvados por la posición de manejo o por el cansancio o por creer estar sosteniendo el peso del mundo sin siquiera haber querido ser el protagonista de nada. Todo era desesperación e incertidumbre y, con cada minuto aumentaba la sensación de agobio: hasta respirar se le hacía una lucha permanente. Sentía que no era el adecuado y, sin embargo, sabía que todavía tenía mucho para dar aunque no confiara demasiado en sí mismo.

La ruta estaba despejada y estarían en El Bolsón en un rato, nada más. El paisaje había cambiado casi abruptamente unos kilómetros atrás al entrar en la Comarca y se había convertido en un bosque con un camino en medio, por lo que los pinos y demás coníferas le daban un aspecto hipnotizante y de placentero sosiego. Había llovido y el aroma de la floresta penetraba incluso en el auto aunque llevaran las ventanillas bien cerradas. Internamente, muy internamente, Sinclair se dio tiempo para lamentarse de que no fuera enero como para saciarse de las frambuesas y las cerezas gigantes tan características de la zona (¡Cómo las había extrañado durante sus años en Buenos Aires! Ahora se daba cuenta de que quedarse a estudiar algunos años durante el verano había sido más duro de lo que suponía, aunque el haber adelantado materias había sido más que redituable, a la larga). Las frutillas le causaban alergia... todavía recordaba con demasiado lujo de detalles aquel atracón de la niñez y la carrera vertiginosa hacia el hospital. Suspiró y

refunfuñó, todo en uno.

Por un momento creyó que se le había vaciado el alma, paralizado la mente o, como venía la mano, raptado un ovni... nunca reparó en que había llegado, atravesado y salido de El Bolsón pese a que siempre fuera, según su modo de ver, una ciudad cautivadora, llena del encanto y el raro misterio que le otorgaban una larga tradición y la filosofía *hippie*.

Después de unos 195 kilómetros, hacer algunos más no les preocupó demasiado: algo hacia el norte de la ciudad, siguiendo el río Azul por la ruta 40 norte, se encuentra la zona rural de Mallín Ahogado y hacia allí los condujo Pedro buscando la mítica Cascada Escondida sobre el Arroyo Del Medio, asegurando que allí, hacia la derecha de la caída, estaba la salamanca que buscaba. Es un circuito turístico de medio día y no entendían los demás cómo allí podría esconderse semejante prodigio a la vista de todos. Entonces él les refirió que solo aquellos que la buscaran con ahínco y con fe podrían encontrarla; también, que era un paraje casi secreto, conocido por algunos pocos y que él había escuchado a su abuelo hablar de ese lugar una vez cuando era chico y todos creían que dormía plácidamente. Esa noche supo muchas otras cosas también: como que los espíritus, según algunos, o el mismísimo Diablo, según otros, les otorgaban poderes de brujo a quien lo solicitara... siempre por algo a cambio. Muchas eran historias macabras, pero muchas otras no y en éstas, justamente, intentaba creer; como ya estaba creyendo firmemente en una Leonor haciendo pactos de sangre para rescatar a su amado. William había matado a varios bribones por ella, y ella no se habría quedado atrás.

Bajaron solo con algunas botellas de agua en las manos: habían comido bastante durante el viaje... no podría haber sido de otra manera con Nain a bordo... ¡Ah, las galesas y sus *delicatessen*! Ni sentados a la mesa hubiera sido igual: un almuerzo con panecillos especiados untados generosamente con manteca bien salada, trozos de cordero que se deshacían en la boca, queso casero... y habría más, seguro.

La emoción les hizo contener el aliento, no solo por lo paradisíaco de la vista que tenían por delante, sino por la inminencia del encuentro con lo mágico. Iban a paso vivo, pero se detuvieron los cuatro casi al mismo tiempo, como si siguieran un acuerdo previo, preexistente, cuando escucharon el

estrépito del agua cayendo no muy cerca, pero ya no tan lejos. Caminaron por el sendero (Pedro por delante, como guía, Sinclair el último, controlando que todo estuviera bien con Nain... William no necesitaba que lo cuidaran), hasta poder contemplar la caída de más de treinta metros y el pozón de agua que forma al correr estrepitosamente por la piedra. Tal vez por el entusiasmo, Nain marchaba al mismo ritmo casi frenético de los demás o, tal vez, porque ya no era la misma. Tal vez esto último fuera lo más probable: si hasta más joven parecía entre el follaje y los claroscuros.

Reanudaron la marcha como quien ha tomado conciencia de cada átomo de oxígeno, de cada hoja, de cada insecto, de cada ínfima gotita de agua esparcida por el *spray* de la cascada que ahora, cuando lograron acercarse lo suficiente, les mojaba la cara. Siguieron unos metros más. A una señal de Pedro, William extrajo de entre sus ropas el medallón mientras andaba por entre sauces y coihues. Cuando por fin llegaron al lugar señalado... sencillamente, no pasó nada; nada extraordinario, al menos. Entonces lo dejó caer haciéndolo pendular al asirlo de la cinta de seda negra que lo sostenía y así permaneció por un instante.

—Ese es el lugar —dijo Pedro señalando con el índice. William se acercó.

—No. No lo es —respondió—. La joya no se mueve, no vibra... Esto no ayuda.

—Dicen que las buenas brujas pueden encontrar personas o lugares haciendo colgar un cristal sobre un mapa...

—Pero Nain, ninguno acá es un brujo, y mucho menos, uno poderoso.

Detrás de ellos, confundidas con el murmullo del agua y el runrún del bosque, escucharon palabras ininteligibles que salían de los labios entrecerrados del hijo del *lonko*. Tenía la mirada fija en algún punto hacia el sur, como si pudiera atravesar cascadas, montañas y bosques con solo proponérselo. La salmodia era monótona y ninguno de los que la escuchaban fue capaz de identificar en qué idioma estaba siendo cantada, pero todos pudieron comprender algunas palabras aisladas que eran pronunciadas en distintos idiomas: era el compendio de muchas lenguas de muchos lugares y épocas. Sinclair apenas logró escapar del embrujo y volver en sí para hacer que William levantara la joya siguiendo la dirección que marcaba la mirada

de Pedro. Pronto comenzó a vibrar y emitió esos fulgores que tan bien conocían pero que eran emocionantes para Nain. El mapuche calló, pero no parecía salir del trance.

—¿Qué hay allá?

—El Cajón del Azul.

—La Cabeza del Indio...

La joya vibró nuevamente llamando al viento Sur que les enfriaba la cara y ondulaba los cabellos. Una espesa bruma, verdosa y brillante como la que dicen que aparece en el Triángulo de las Bermudas antes del desastre, cubrió la Escondida dándole a su nombre una nueva acepción mística y poderosa.

—Se hace tarde. No quisiera andar por estos lugares de noche: todo esto me da escalofríos.

Pero Pedro aún no reaccionaba. La mirada fija, la expresión cautiva. Alguien le hablaba y él prestaba extrema atención. Si ese lugar era una *renü*, entonces estaba cerca de allí el mismísimo Diablo... Alguien se estremeció, alguien profirió un grito contenido, alguien rezó en el fuero íntimo de su alma. Y sin embargo... eso no era nada: la historia refiere casos en que el maligno pudo ser engañado, ¿por qué no lo haría el hijo del *lonko*? Un nuevo Fausto mapuche: interesante y alocada idea como todo en esos días. Pero aún faltaba para que se hiciera de noche y las salamancas funcionan a la luz de las estrellas, al menos que sea cierto eso de que la iniciación es un viaje místico del alma, que no es dado vivirlo en el plano de lo físico sino en el de lo espiritual. Entonces, ¿Pedro se estaba convirtiendo en una especie de hechicero o algo parecido? Sinclair no podía distinguir entre hechicero, brujo, mago, aunque lo hubiera estudiado... no le era fácil pues no creía en ellos.

Pedro Nampëlkan volvió en sí con un fulgor en los ojos que hizo que todos apartaran la mirada por un momento temiendo quedar petrificados o carbonizados. ¿No sería imaginación colectiva?

—Vamos —dijo. —Es tarde... algo gané, algo perdí. Y nadie quiso preguntarle nada. Tal vez fuera temor, pero ninguno necesitó saber.

Después de todo, las cosas comenzaban a ponerse un poco más claras, tanto como la decisión unánime de ir hacia ese nuevo paraje al que habían sido guiados. Se volvieron sobre lo andado para evitar recorrer el sendero que

los dejaría al pie del Indio, ya más largo y dificultoso, y por no dejar lejos el auto allí (más por cautela, por si tenían que salir huyendo, según pensó Nain; por si Nain no pudiera seguir, según Sinclair). Por la cercanía, estuvieron en el acceso en pocos minutos, y en pocos más ya estaban contemplando desde abajo la extraña formación rocosa que mira desde épocas remotas hacia los Andes con expresión severa y deseos de hablar. Porque de eso se trata la Cabeza de Indio, una formación de unos veinte metros en granito y laja caprichosamente o no formada por la erosión que semeja una cabeza humana con cuello y todo. Lo que la hace interesante es que mira hacia el cordón nevado de los Andes y, desde el sendero pedregoso pueden verse el valle del río Azul, el lago Puelo y algunos cerros como el Motoso, el Tres Picos y el Lindo. Durante el trayecto Pedro había comentado que, al parecer, algunos descendientes de mapuche realizaban allí ciertas ceremonias secretas.

—¡Esta es una señal! —gritó William y salió corriendo desesperado hacia la figura que se asomaba por la montaña. Lo vieron subir, encaramarse, levantar en la diestra con decisión inquebrantable el medallón, y sintieron una orden marcial a voz en cuello:

—¡Dime dónde está!

Si hay algo que los celtas, los germanos, los griegos y los mapuches tienen en común es la concepción heroica de la vida y de la muerte. Por lo tanto, es dable pensar que dos guerreros puedan parlamentar, incluso si eso viola las leyes tácitas de la guerra, la ética, las razas... o el espacio, el tiempo o la misma razón. Un gran guerrero reconoce a un igual con solo mirarlo a los ojos, por eso fue el propio Lautaro quien descubrió el secreto que guardó durante siglos. A la voz de trueno de sir William siguió una luz cegadora nacida de la confluencia de varios fogonazos (el del sol en la cara de piedra, el del medallón y otro proveniente del ojo izquierdo del Indio) que fulminó al caballero, haciéndole perder el pie y quedar prácticamente colgando del sendero de montaña que circunda la formación pétreo. Nain soltó un grito y, al momento, Pedro y Sinclair corrieron por entre las rocas sueltas a aferrarlo para que no cayera por el rústico precipicio, entre la enramada y las raíces salientes. Algo brillaba, algo los llamaba con excelsa autoridad y provenía de algún otro mundo, o de otra manera hubiera sido descubierto por cualquiera de los miles de turistas que frecuentaban el lugar.

Pedro no tardó en tomar la iniciativa: sintió que ya era tiempo de que su incipiente entrenamiento como mercenario estuviera puesto al servicio de los demás y ya no de sí mismo. También ayudarían sus genes y sus andanzas de niño por terrenos similares y ese no-sabíaqué, que había adquirido en la salamanca de la Escondida. Tomó la rama más recta y larga que pudo encontrar, la deshojó y la hizo deslizar entre sus ropas, por la espalda, como por un carcaj e inició una escalada en la roca a mano desnuda. Cuando estuvo en posición, se aseguró como para no caerse y escarbó en la saliente de la montaña. A Sinclair le dio la impresión de estar viendo a Odiseo clavar su lanza en el único ojo del terrible cíclope Polifemo: así de desmedida e insensata era la situación. Pese a todo, Pedro hizo saltar un objeto que estaba incrustado en la roca sólida y que fue a parar a los pies de Nain. Sorprendida, lo levantó con mano temblorosa y fue quitándole el barro pegado usando su propia ropa.

El inglés palideció hasta parecer un fantasma al tomar con su mano crispada un anillo.

—Es mío. Se lo di a Leonor como prenda de amor cuando nos casamos.

Era de oro sólido y en el sello redondo había dos letras griegas en bajorrelieve: alfa y omega, ambas entrelazadas, superpuestas y formando tres triángulos equiláteros. Debajo, en espejo podían leerse en letras capitales: W A J. se lo colocó fácilmente en el dedo tratando de imaginar cómo podría haber llegado hasta ese lugar. Se arrodilló en donde estaba, embarrado, cansado, con el espíritu quebrado por el dolor de saber, ahora a ciencia cierta, cuáles fueron las largas peripecias que tuvo que soportar su amada por devolverlo a su lado. La desesperación pasó de uno a otro y todos buscaban la manera de seguir. No era momento de cejar ni de engeguerse. Debían esforzarse por conciliar un pensamiento racional pese a la situación que estaban viviendo. De otro modo, no solo no hallarían la solución sino que tampoco habría consuelo posible.

—Creo que el gran Lautaro ha hablado: algo hay al suroeste, que es hacia donde apuntaba el anillo cuando estaba incrustado en el ojo del indio.

—Una montaña solitaria, que se distinga entre todas, que sirva de atalaya: eso es lo que soñé.

—Volvamos hasta el Puelo. Ya sé de qué se trata.

—No entiendo.

—La Roca del Tiempo. Esa es la montaña. —Pedro estaba completamente convencido, ahora sí, de cada una de sus afirmaciones—. No encuentro otra que pueda reunir las condiciones que buscamos... ¿Cómo no lo supe antes? Hay leyendas, historias... dicen que la montaña hace cambiar abruptamente el clima generando tormentas cuando no admite a ciertos viajeros... dicen que los antiguos acudían allí para rogarle por lluvias... dicen que hay un portal a las estrellas... o una ventana hacia otras épocas.

En la entrada al Parque Nacional, desde el pequeño pueblo de Lago Puelo, dieron aviso de que tenían intenciones de llegar al refugio del Motoco o de acampar en el camino, aunque ninguno de ellos estaba seguro de nada. Marcharon hasta la Pasarela del Azul y cruzaron el río rumbo oeste. Luego de una caminata no muy larga decidieron descansar y comer algo. Nain organizó un pequeño picnic mientras conversaban sobre la posibilidad de seguir adelante al día siguiente: ya era tarde para llegar de día hasta el refugio de la base del Roca del Tiempo y no estaban seguros de caminar siendo de noche, y noche sin luna.

Mientras intentaban tomar una decisión, Sinclair cayó al piso como desmayado pero, en realidad, dormía. Soñó con el *lonko* Colocolo, ya no con aquel Hades de noches atrás, sino solo con él, acercándose y caminando con elegante majestad. Pudo notar por qué Ercilla le otorgó en *La Araucana* un papel similar al del anciano Néstor en *La Ilíada*.

—El orden natural del destino ha sido salvajemente violado y solo un pequeño puñado de personas pueden volverlo a su cauce. He sido prudente, aunque la prudencia muchas veces ha sido tomada como un despreciable signo de debilidad y cobardía incluso por los más ejemplares guerreros de todas las épocas, razas y lugares. Vengo a cumplir contigo una promesa. Ahora es mi tiempo de hablar: tengo muchas cosas importantes para decir. Toma consejo de este viejo sabio y escucha con atención. En esto no hay segundas oportunidades. Encamínate hacia los saltos del Motoco, y aguarda en un lugar que te indicaré cuando sea el momento oportuno... quédate allí, junto con los tuyos: ustedes no estarán invitados a pasar más allá de ese lugar. Se hará de noche pero no tengan miedo. Los espíritus de los antiguos los

cuidarán y pese a que el firmamento dicta otra cosa, esta noche la luna saldrá para iluminarlos. Aunque no todos verán este prodigio: ustedes son los únicos privilegiados y por eso deben sentirse orgullosos. Fueron elegidos y deben responder con honor al llamado de los tiempos. Tan solo la víctima de la maldición deberá seguir el camino hacia la Roca del Tiempo. Te lo repito: no temas, yo guiaré ahora a tu amigo por entre los alerces milenarios que le darán su bendición y su protección, que lo cobijarán y consolarán a la vez que cobrará el coraje que necesita para afrontar las cosas que deberá ver y hacer para pasar la prueba de valor que le ha sido impuesta. Te lo repito: no temas. Habrá tormentas que te impedirán el paso si desoyes mi voz. Sé que quieres saber y sabrás de tu amigo. Es una promesa que te hago y, pese a que en tus tiempos la palabra ya no tiene el valor que tenía, debes confiar en que la cumpliré y honraré con ellos a los antiguos protectores de mapuches y tehuelches y al Dios que trajeron los *huincas*.

Desde la confluencia de los ríos Azul y Blanco caminaron entre ñires, cipreses, retamos y lengas cerca de una hora más, percibiendo aromas de coníferas y menta dulce, esquivando las espinas de la mosqueta hasta pasar el refugio y llegar a los saltos. Allí el agua cristalina y las rocas doradas fueron discretos testigos de un nuevo y diferente prodigio del relicario. Éste se elevó a la altura de los ojos de su portador emitiendo una triste melodía y un fulgor tan tenue que parecía una candela apagándose. Un aroma a rosas fue su respuesta a la cálida caricia que le proporcionó William pero no se dejó apresar y se metió entre unas matas no muy alejadas donde Sinclair descubrió unas rocas blancas apiladas. Con paciencia de arqueólogo procedió a moverlas recordando cuál era la posición y el sitio exactos de cada una de ella, luego de haber tomado algunas fotografías con el celular. En medio del túmulo encontró restos de vasijas.

—Es una tumba, sin dudas. Nadie la ha tocado antes —dijo mientras sacaba nuevas fotos desde la mayor cantidad de ángulos posibles—. Han sido muy cuidadosos al erigirla, así que supongo que será de alguna persona importante o influyente.

Con sumo cuidado comenzó a escarbar con un palo al que le sacó punta toscamente con sus dedos, hasta con las uñas, intentando descifrar qué es lo que quería indicar el medallón y haciendo el mayor esfuerzo por no realizar

conjeturas. Largo tiempo hubiera estado en esa labor si al punto los demás no hubieran colaborado también.

—Aquí hay algo —señaló Nain. Y con dulzura y dedicación retiró la tierra que cubría al todavía extraño objeto.

—Esa es mi daga —dijo Will, con tristeza y una sonrisa amarga en los labios.

Epílogo

Con la visión de la tumba, William se echó al suelo llorando desconsoladamente; las pupilas dilatadas ocultaban el azul clarísimo de sus ojos ya descoloridos y en el fondo de las órbitas no hacían más que aumentar la mueca grotesca en que se había transformado su rostro. Había pasado por demasiadas cosas y sintió que ya no podía más. Había llegado al límite de lo que su alma podía soportar y le dolía el esfuerzo que hacía para retenerla consigo, para no dejarse morir y liberarla por fin de tanta congoja descontrolada. Creyó que tendría que recoger del suelo los trozos de su corazón tan roto como el de un cristal al estallar en mil y un añicos. Pedro se acercó para acompañarlo y pudo sentir su dolor como si fuera tangible, como si espesara el aire, como si el viento no pudiera pasar por allí.

Había encontrado a Leonor y la había encontrado muerta. La tristeza se había hecho corpórea y flotaba sobre el joven como una aparición fantasmagórica blanca y traslúcida: tenía forma de ave... según la visión de Sinclair, de cóndor; según la de Nain, de paloma y según Pedro, el sagrado *ñamco*²⁸ de pecho blanco. Sin darse cuenta, se había hecho de noche y las estrellas y el hermoso lucero se colaban por entre la espesura del bosque brillando a través de la silueta mortecina que danzaba su triste repertorio siguiendo un compás lento y exótico.

La Luna, *Küyen*, brillaba en lo alto, *alenguei*, observando, mudo testigo de un padecimiento infinito, sin nombre, imperecedero. Alguna fuerza mística la había convocado y cumplía con una importante misión: cuidar y atestiguar. Pero el testigo se convirtió en protagonista del prodigio, porque los espíritus habían enviado la orden inquebrantable de enderezar las cosas que cruelmente habían sido torcidas. La naturaleza no pudo ya soportar que la manipularan y movió sus elementos para que prevaleciera lo justo. El sonido de un *kultrun lladkünkeni*, acompasado, impasible, fue traído por el viento portador del palpitar del mundo desde lo alto de la Roca del Tiempo. Un lamento se acercó terrible en forma de trueno y la tierra tembló, como temblaron los cielos indicando un cambio abrupto en su estado de ánimo.

Una luz plateada, espesa como la más densa de las nieblas bañó el lugar, brillante, cegadora, majestuosa. Los corazones que primero palpitaron frenéticamente ahora eran invadidos por el manso sosiego de la eternidad.

²⁸Ave patagónica.

El tiempo parecía no transcurrir cuando sir William comenzó a caminar torpemente siguiendo la dirección que su guía etéreo le indicaba; aun cuando se alejó saludando solo con una mirada a quienes le debía tanto (sus brazos cansados no hubieran soportado un abrazo ni, tan siquiera, el profundo esfuerzo de esbozar un saludo) y permaneció todo igual cuando desapareció entre la bruma fría llevado en andas por unos como ángeles.

Tal vez nunca sabrán, Nain, Pedro o Sinclair cuán largo fue el momento (si un instante o toda una vida) en el que permanecieron paralizados y en un silencio sobrenatural: no oían ni el latir de sus propios corazones.

Cuando todo se disipó Pedro pudo ver frente a sí dos tumbas y, sobre una de ellas, un collar de *llankas*²⁹ coronado en el centro con el mágico relicario y sobre la otra, una oxidada *rapière*. Supo de inmediato que su amigo había conseguido, por fin, alcanzar la felicidad y que los hacía partícipes de ello.

²⁹Piedras pulidas y perforadas.

Libro II

EL RELOJ DE PÉNDULO SE DETUVO A MEDIANOCHE Prólogo

*Stand still, you ever-moving spheres of heaven, That time may cease, and midnight never come*³⁰. Marlowe, Christopher *The Tragical History of Dr. Faustus*, Act V Scene 2

*¿Qué penas agobian tu alma, Intrépido caballero?
Pálido veo tu rostro,
Renegridos tus cabellos
Y el corazón tan dolido.
¡Que tus penas lleve el viento! ¿Tantos males has causado O tantos otros te han hecho? «Los hombres no lloran», dicen, ¿Piensas, acaso, como ellos?
En la soledad del bosque
Refugio buscaste presto,
Mas solo no te encontrabas: Un Ángel vino a tu encuentro, Te cubrió con dulces alas
Y te dio un abrazo eterno. Las lágrimas son batallas
Que no has ganado, guerrero.*

³⁰Deteneos, móviles esferas de los cielos, cese el tiempo y nunca llegue la media noche.

0 Antes, la Renü³¹

*Dilegua, o notte! Tramontate, stelle! All'alba vincerò!*³²

Giacomo Puccini. «Nessun dorma», *Turandot*, III,1

«¡Qué oscuridad más atroz!», pensó de inmediato. Su corazón, habitualmente tranquilo, comenzó a latir de un modo extraño: se empequeñecía dentro de su pecho, se contraía y aceleraba en un pulso tan precipitado como la decisión que acababa de tomar. Era así, no había otra salida. Todo se había retorcido demasiado y, por primera vez, supo qué significaba ayudar a otro más allá de los límites conocidos. Con solo ver las señales entendió al momento que ése era el lugar que necesitaba para que lo que hubiera de hacerse, fuera hecho.

¿Quién le había dado los datos de semejante lugar? No acertaba a recordarlo, pero evidentemente tuvo razón: buscó los signos y los encontró (la cascada, la sombra, la piedra, el árbol, la sensación en el vientre), no tan ocultos, no tan a la vista, pero claros para quien supiera buscar y quisiera hacerlo. Sin dudas, la entrada era mágica.

Ya había estado antes en otras cavernas, pero esa... esa en particular... Dentro no se sabía si era de día o de noche: la oscuridad era normal en esos lugares, pero allí todo se agigantaba o se empequeñecía; así, sin más, sin parámetros, sin sentido, sin nada. Justamente la nada era el todo que llenaba el vacío reinante. No. Allí había algo. Jadeaba; se estremecía; tanteaba con los pies, de a uno cada vez, por dónde debía pisar; volvía a jadear. Todavía su cuerpo no había decidido si subía o bajaba. Extraña sensación ésa. Notó que no podía controlar la percepción de sus sentidos y sintió que eso aumentaba el agobio que oprimía su espíritu indefenso.

31Salamanca. 32 ¡Disípate, oh noche! / ¡Ocúltense, estrellas! / ¡Al alba venceré!
Sudaba. Sentía frío.

Miedo. Terror. Pánico. Pavor. Tan similares; tan distintos. Tan agolpados,

revueltos y potenciados en la pobre piel de un solo individuo: él.

*«¿Cuánto tiempo habrá pasado?» ¿Cuánto tiempo?
¿Días? ¿Minutos?
Un instante...
¡Qué locura!
¡Qué confusión infinita
de antes, atrás, mañana,
tal vez y quién soy!
¡Qué osadía imperdonable
pedir tales favores en estos tiempos! Y sin embargo...
¡Qué lógica tan clara!*

Estaba dispuesto a pagar el precio de todos sus pecados (los que ya había cometido, los que vendrían) aunque tal cosa significara... lo que fuere a significar: sacrificio, abandono, fin, comienzo.

Ancestral, monocorde y tenebroso era el sonido que el cuerpo, no los oídos, súbitamente había comenzado a percibir. Anacrónico y perfecto, penetrante y triste, obvio y adictivo. Su mente entendió que eran palabras en lenguas perdidas entre el polvo que deja el tiempo... lenguas perdidas que debería aprender porque guardaban la sabiduría de todos los tiempos, pero no ahora.

*Mmmm... rnm b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

Una brisa helada acompañó los runrunes y rituales antiguos cuyo origen, adivinó, estaba más allá de la oscuridad y de los eones. Eso era. Nada más, nada menos.

*Mmmm... rnm b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

Y se sintió perder en el laberinto del tiempo sin tiempo que la caverna le proponía.

Había llegado la hora tan temida y esperada por tantos otros en la

mitología de su pueblo y de su raza toda; pero ahora era su turno. ¿Quién estaba allí? ¿Dioses? ¿Diablos?

Algo goteaba desde hacía mucho y el golpeteo le lastimaba los oídos desconcertados. La oscuridad era casi plena, pero pronto supo que podía percibir algunas formas como para no tropezarse. Se sintió un murciélago. Escuchó un chillido pavoroso y pensó que sería su más temida pesadilla anclada en ese lugar siniestro: un *piuchén*³³. Avanzó más ágilmente pero con extrema cautela. Oyó un chisporroteo e, inmediatamente, distinguió el resplandor danzante de un fogón que todavía le estaba vedado. Pronto se vio observando el ambiente que lo rodeaba y se creyó reconfortado por haber recuperado, al menos, algunos de sus sentidos, aunque estuvieran un tanto entumecidos, como si hiciera años que no los usara... o como si no los hubiera tenido nunca.

Los vaivenes de las luces dejaron ver una vasta colección de estalactitas, estalagmitas y columnas, algunas de ellas ya muertas, otras, vivas, húmedas y brillantes, de fulgores cambiantes y sombras perversas. El socavón vivía una vida sempiterna y sabia, con secretos discutidos a voces y sabidos por pocos... muy pocos; incomprendidos.

Siguió caminando y dio con un recodo, y en su pared externa vio una serie de siluetas danzantes absolutamente amorfas, y tan etéreas como la luz misma que las producía. Naranjas, amarillos, rojos imposibles en aquella luminiscencia sobrenaturalmente acogedora y tortuosa. No podía estar seguro de si los colores que veía habían sido vistos alguna vez por otros ojos: se respondió que era el primero y no tenía palabras para ellos. Una voz invisible comenzó a llamarlo en un eco quedo, muy quedo. Observó por unos instantes, mientras el aire se contaminaba con partículas hipnóticas, que no tenía grandes opciones. Como para tomar coraje aspiró una bocanada de aire y lo retuvo, cual tabaco dulce, por incontables instantes en los pulmones y, al hacerlo, se infectó con un deseo irrefrenable de seguir avanzando, según lo previsto por esos espíritus recónditos que respondían implacables a su decidido llamado.

³³ Especie de vampiro mapuche. Un monstruo tan horrible que dicen que dejaba rastros de sangre a su paso y de esta manera se podía conocer su

naturaleza, puesto que podía adquirir diversas formas aunque, generalmente, tiene la forma de una serpiente voladora y se anuncia dando chillidos agudísimos que hielan la sangre.

«Y ahora, ¿qué hago? Esto parece real».

*Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

Repetía el eco la salmodia infinita.

Sí, ¿qué hacer? Si hubiera vuelta atrás, si pudiera regresar y pensar mejor las cosas... ¿lo haría? ¿Sería capaz? Después de todo, ¿quién era «ese»? Saber si era merecedor de tal sacrificio... tal vez nunca lo podría comprobar, y el tiempo era un lujo improbable. El otro se había jugado la vida por él, y él... sacrificaría algo que ya de por sí tal vez fuera un imposible.

Aspiró y exhaló con fuerza, con perturbada decisión, repetidas veces distendiendo los pulmones todo lo que le fue posible, hasta lograr un estado de paz provisorio. Los latidos se sofrenaban, la respiración era más dócil, la mente estaba más clara. Gimió. Se pasó la mano por el pecho para suavizar la sensación de angustia pero, por más que lo intentó una y otra vez, no pudo acariciarse el corazón. Se decidió, entonces, y avanzó un paso más. Se detuvo. Observó. Observó. Con cuidado, con cautela. Observó. ¡Qué obsesión perversa esa de querer conocer y controlar cada milímetro de lo que lo rodeaba! Pero era todo tan desconocido...

*Intangible como la nada
me penetra la mirada implacable
del dios que no recuerdo y que me invade desde lo profundo del viento y de
la tierra, caminando por el aire,
escurriendo por manantiales
que me mojan el pelo y el alma
y gotea por mi rostro
confundido con las lágrimas
nunca antes frecuentes
y ahora tan simples como la sal.
No sé si me aplaca o enerva:*

*su presencia me inunda
y no me decido, no me decido
y tiemblo...
es demasiado para mi mente confundida, y aun aquí en su celda
o en su santuario
me estremezco
y muero,
me estremezo
y vivo.*

Gimió cuando una mano invisible lo sujetó por el estómago hasta que un dolor agudo se presentó insoportable. Contuvo el aliento para no gritar y mostrar valentía aunque sintiera que ésta se le escurría con el sudor frío que le mojaba el rostro pálido. Volvió a gemir. ¿Cuántas veces más? ¿Era ésta la tortura de la que hablaban los ancianos? Una perversa sensación de desasosiego le dijo que no. Cayó tomándose el vientre, tensando los músculos de todo su cuerpo para soportar mejor. Contuvo la respiración para ayudarse a resistir e intentar levantarse. Tambaleó. Volvió a caer. ¡Qué decisión tan terrible pesaba sobre sus hombros! Ahogó un sollozo, respiró profundamente y se irguió con rudeza. Sin embargo, la duda estaba allí ahora con más fuerza que antes.

Puso el pie derecho atrás, pero no dio el paso de retroceso.

«Como si supiera lo que hago», pensó mientras sus pupilas se dilataban ante un nuevo fenómeno. «Como si supiera lo que hago». Una luz fulgurante, incandescente como dos soles, se inició para morir un momento después. Primero, un nuevo canto ceremonial que comenzó a llamarlo por su nombre y luego, simplemente, él acudió. Dando pequeños pasos, avanzó sin desearlo demasiado... de manera lastimosa, mecánica... doliente.

Las figuras oscuras seguían bailando en las paredes según alguna coreografía tan desconocida como pocas. Por muy extraño que fuera no se sorprendió y, de a poco, dejó de estar perturbado, aun cuando un hedor a sangre seca y podrida llegó para producirle mareo y náusea, aun cuando no fue capaz de preguntarse por qué, aun cuando lo insólito ya había dejado de serlo.

¡Qué poco común era esa vida suya!

Irme tan lejos queriendo olvidar los absurdos de mi gente para terminar acá, creyendo lo increíble, aceptando sin chistar lo que creí solo cuentos para los niños y los tontos. ¿Cómo era eso? «Los ancianos no se equivocan... deben creer». ¡Pila de estupideces! Y, sin embargo, acá estoy. Dispuesto a renunciar no sé a qué y ganar... tampoco sé muy bien qué. ¿Cómo zafo? No puedo, ya no. ¿Qué hago? Dejar que pase, no hay opciones. ¡Qué días locos estos! Ni siquiera puedo saber si las cosas que he vivido... las he vivido... realmente, digo. No creo estar loco, pero no sé si los locos son capaces de darse cuenta de su condición de locos.

¿Qué es eso? No puedo estar viendo mi casa, mi tierra, dentro de esta cueva irracional. ¿No será que éste es un lugar sagrado? No. ¿No será que es el infierno que he merecido? ¿Será? No. No era mi casa... creo que alucino. No puede ser de otra manera, si no... estaría viviendo mi paso a un estado superior de conciencia: mi propia apoteosis. Y, sin embargo, siento tanto miedo... como si estuviera herido de muerte y no tuviera más opción que... y no la tengo. ¿Quién es ése? No «aquél», éste...

—Te esperaba. *Mari mari pu peñi*³⁴, Pedro.

—¿Quién es usted?

—Tu osadía me llamó. Hace demasiados años que no ocurría algo así.

—¿Quién...?

—Vos, ¿qué creés? ¿Quién soy yo para vos?

—Según los ancianos, el Diablo.

—Los hombres tienden a pensar que todo aquello que no pueden explicar y les provoca temor, simplemente, es malo. Y cuanto más se adentran en esa creencia, más se alejan de la necesidad de acercarse a una realidad que les puede resultar peligrosa para su modo de vivir y de ver las cosas.

—No sé dónde estoy.

—¿No? Yo creo que sí. También creo que sabés bien para qué estás aquí... ¿Cierto?

³⁴Saludo mapuche entre hombres.

No. No lo sabía... no a ciencia cierta, sino de la misma manera en que se tiene un deseo aun sabiendo que no es plausible... aunque como estaban las

cosas, bien pudiera...

¿Qué sensaciones eran esas que sacudían su alma? Había dos opciones: o estaba loco o todo era cierto (sabía bien que no estaba dormido) y no podía decidirse por ninguna. Por unos breves segundos su mente quedó en blanco, paralizada. Sí, había otra opción: deliraba. Ese frío persistente pasado bajo unas nubes de luz mortecina hacía unas noches, mientras observaba la nada, el todo, y el auto con su amigo adentro. Seguro. Estaba internado. Pero no había olor a hospital y recordaba otros hechos después de esa noche.

—¿No estás decidido? Yo creo que sí. ¡Oh, *pewelkatuwe*³⁵, *Pillán*³⁶.
Om, oó, oóm.

Los pies no tocaban ya el suelo mientras un sonido crepuscular y frío lo envolvía como un torbellino, y como un torbellino se vio rodeado de una bruma ambarina o plateada o blanquecina que obnubilaba su cuerpo y su espíritu. Su mente no era suya puesto que ahora alguien más, otro, él mismo pero afuera de sí, pensaba por él.

Mis sueños más recónditos no son una expresión de deseo sino la expresión de mis pesadillas en esta noche pavorosa. No tengo nada y lo poseo todo. Siento que el mundo que conozco se escurre entre mis dedos como los átomos de la arena blanca.

—¿Tenés el poder para reconstruir lo que fue roto? —No. Eso está en vos.

—¿Qué necesito para ser útil en esta tarea tan extraña? —En ésta y en otras. Una renuncia... una que duela.

Cerró los ojos apretándolos con una desesperación tal que anhelaba ver aunque sea esa iridiscencia psicodélica de detrás de los párpados. Pronto logró su objetivo pero el verdor tan esperado se convirtió en algo totalmente imprevisto; un olor húmedo y un tanto dulzón se esparció rodeándolo y le dio la extraña confirmación: estaba en medio de una selva olvidada, fusil en mano... Abrió los ojos temiendo ver... y vio. Aunque sus dedos sentían del frío metal las formas del fusil, no vio nada en ellos; aunque la sensación era de estar allí, no estaba. ¿Entonces? Entonces se vio a sí mismo en la entrada de la caverna y vio a Sinclair y a los otros en su búsqueda infructuosa: sin él no lograrían nada. La misión que perseguían no era natural sino que se

asentaba en lo que los humanos simples considerarían un imposible, pero que ellos entendían como mágico. Solo quien pudiera manejar aquello tendría el honor de ser nada más y nada menos que el puente entre ambos mundos, sería quien diera con las palabras propicias para seguir.

³⁵ Del mapudungún: Oráculo.

³⁶ Manifestación de la presencia divina en todos los fenómenos ígneos en la cultura mapuche.

—Acepto la renuncia y acepto los dones que me des. —¿Qué será lo que tu corazón pierda, mi *peñi*?

—Ángeles. Perderé a Ángeles—. Dijo sin pensarlo, como con lógica y obviedad.

¿Quién era Ángeles? No conocía absolutamente a nadie con ese nombre y sin embargo sentía un inmenso dolor por su ausencia. Una lágrima inconsciente rodó lentamente por su mejilla.

—Que sea.

Sintió la piel quemándole y gritó como nunca antes lo hiciera, con una voz que creyó ajena. Se arrancó la camisa con desesperación pavorosa porque temió incendiarse cuando los sortilegios y designios milenarios se le grabaron en el cuerpo a fuego vivo. Ardió y cicatrizó tantas veces que ya no las podía recordar. «Ángeles, Ángeles», balbuceó esperando su abrazo tierno y su consuelo, pero ella era una sombra (o, peor, la sombra de una sombra), una caricia intangible. Todo era dolor y no había nadie allí para consolarlo, tan solo la esperanza de tenerla. ¿Cómo? ¿Cuándo? Un aroma como a canela y miel tapó el de la inmundicia circundante... canela y miel en los labios de una mujer que no conocía y a la cual, sin embargo, lloraba con inusitada desesperación. Una sombra como un ángel o como un hada lo envolvió en un abrazo invisible y cayó desmayado entre caricias y dulzores.

Se había convertido, al fin, en el depositario y guardián de aquellos secretos que los hombres buscaron durante milenios. ¿Era digno? Los espíritus creyeron que sí. Ahora ya no quedaba más que cumplir.

Llama danzante

Aprende mi nombre: Soy el más grande mago Que el mundo ha visto. En mí

*el poder del fuego
Quema a mis enemigos,
El agua lava las heridas de mi gente,
El viento combate tus tempestades,
Y la tierra me brinda sus dones.
Llevo la dote de los espíritus de mis ancestros, La cultura de mi pueblo
Mezclada y confundida con la del blanco invasor. Soy quien tú has creado
Pero no respondo a tu mandato:
Mi renuncia basta para, en lo demás, ser libre. Soy, por lo tanto,
Servidor de mí mismo,
Concedor de cultos,
Domador de culturas,
Desatador de enredos.
Soy lo que fui, lo que soy, lo que seré.
Soy, y eso baste.*

Estaba listo. Se hacía tarde: dos almas esperaban reunirse y ahora sabía cómo.

—Vamos —dijo—. Es tarde... algo gané, algo perdí. Y siguieron su rumbo y su consejo.

1 En el principio...

*We are such stuff As dreams are made on, and our little life
Isroudedwith a sleep*³⁷. Shakespeare, William *The Tempest*, Act IV, Scene I.

*Hubo un tiempo en que el tiempo era simple, sin el vértigo
inconmensurable de hoy, sin lo infinitesimal ni los apuros, sin el estrés o la
locura. Hubo un tiempo en que el tiempo era solo un fluir de momentos...
pero yo he hecho algo perverso: me creí su dueño y he alterado la sustancia
misma de la que se nutre el universo. Cuando yo no esté, las cosas volverán a
su cauce. Mi mayor deseo es que no te sea dolorosa la transición.*

Colocó el punto con sumo cuidado y el capuchón con más cuidado aún, como para no estropear la pluma. Había escrito con tinta azul lavable, Sí, todavía usaba lapicera de pluma, aunque todos lo miraran como un bicho de otra época o como una excentricidad. «Es por la letra... es por la letra» repetía incansablemente, aunque era más una costumbre o un vicio que otra cosa, porque sabía que nunca iba a poder mejorar su caligrafía todo lo que esperaba... pero siempre se hacía la ilusión: «Con el tiempo», pensaba... hasta ese momento. Algo le decía que el tiempo, justamente el tiempo, le empezaba a jugar en contra.

Releyó cuidadosamente lo que había escrito buscando comprobar si se entendía como esperaba y decidió que sí, que era medianamente legible; pero también comprobó con desconcierto que su mente se había vuelto un torbellino de ideas inconexas y se sintió, de pronto, incapaz de proveerse a sí mismo algo de cordura.

³⁷Estamos hechos de la misma materia que los sueños. Nuestro pequeño mundo está rodeado de sueños.

Levantó la mirada y observó distraído cada uno de los elementos que pululaban sobre la mesa que le servía de escritorio: un cúmulo de hojas desordenadas que había apilado con cuidado, para aparentar, debajo de una taba que hacía las veces de pisapapeles; un lapicero con biromes sin tinta y un lápiz de punta mocha; un portarretratos que lo enmarcaba posando junto a

su hija, mojados ambos por las cataratas del Iguazú (recordó que hacía dos días que no la llamaba); dos pesos con setenta y cinco en monedas; un florero con flores mustias y agua con olor a podrido y algunos cedés de música melódica. Consciente o inconscientemente había evitado mirar el viejo reloj. No deseaba hacerlo, no deseaba asomarse en el abismo que le proponía porque temía perder el equilibrio y caer irremediabilmente en la locura incomprensible que le planteaba, como había ocurrido tantas otras veces.

Tic-tac, escuchó, y supo que por más empeño que hubiera puesto... tic-tac... había, otra vez, sucumbido a su embrujo. Tic-tac, y el péndulo oscilaba provocativo e insensiblemente endiablado.

La obsesión había poblado su alma desde hacía años, desde que la casualidad (o la causalidad desconocida) había puesto el maldito reloj en su camino. No, la vida no le había resultado sencilla desde entonces: nada fue igual y, en su fuero más íntimo, sabía que no lo sería. Que ella existiera ya era de por sí un imposible y el universo todo se cobraría el precio. El dolor por lo que un día llegaría le consumía el pecho y su alma vivía en un eterno tormento. Solo estaba el consuelo de haberla tenido... Durante años intentó detener el destino...

Tanto investigar, leer y desechar no había hecho más que perturbar el flujo normal de su vida y la habían convertido en un pretexto, en un relleno. Ya no tenía noción del exterior... el exterior...

La ciudad, afuera, seguía inmutable e inmune a su ahogo. La noche arremetía con implacable tenacidad, pero las luces, cercanas unas, lejanas otras, se mostraban todavía estoicas; sin embargo, solo las del alumbrado público estarían destinadas a conquistar las pequeñas batallas, porque la guerra siempre es vencida por la oscuridad. A lo lejos, sonidos leves le recordaron que el mundo todavía palpitaba, aunque lo hiciera con cierta arritmia, como la que percibía en su corazón. Algún perro ladró cerca... un auto dobló la esquina y luego, por unos breves momentos, nada, silencio. Y, otra vez, murmullos de voces distraídas. Pensó que le hubiera gustado vivir más en el centro, como para poder escuchar el ajetreo y la voz en cuello de los estudiantes que terminaban su jornada. Recordaba lo que él mismo había hecho en su momento: salir, respirar aire fresco, compartir con alguien lo ocurrido durante las clases del día, tomar un café o una cerveza bien fría.

«¡Qué tiempos aquellos!», se sorprendió pensando: comprendió que prefería los nervios y el cansancio extremo del ajeteo de las cursadas, entregas, parciales y finales que los que le causaban momentos como aquel.

Miró el reloj sin pensarlo y, sin pensarlo, terminó víctima de su agobio orgiástico. Corazón y péndulo acoplaron su ritmo como si desde el principio de los tiempos hubiera sido planeada su unión. Pero no era así. Quiso desentenderse, rechazar la invitación que significaba ceder la independencia de sus latidos. Quiso, pero no pudo. Nunca había podido, inclusive sabiendo que el asunto se ponía en extremo peligroso. Los años pasaban y todo seguía igual... años...

—*Cuarenta grados a la sombra... ¿te podés apurar con ese mapa de mierda?*

—*Me tenés podrido... me tenés ¡re podrido! A ver si te queda claro: no figura en ningún mapa el paraje o pueblo ese donde vamos. Te dije en el cruce, hace una hora, que tenías que haber preguntado y vos, ni pelota.*

Y «clavé las guampas». La violencia del frenazo hizo que Julián casi se diera la cabeza contra el parabrisas pese a llevar puesto el cinturón de seguridad, que el mapa se hiciera trozos en sus manos y que volaran yerba y bizcochitos por todos lados.

—*¿Qué hacés, pelotudo? —dijo.*

—*Manejá vos —contesté, y me bajé del auto.*

Podía recordar cada uno de los diálogos y gestos que había tenido con su compañero de viaje. Julián Sinclair se lo había recriminado tantas veces que le era imposible olvidar. «Mi tesis corre por otro lado: yo no necesito trabajo de campo», le escuchó decir hasta el hartazgo, pero igual se había subido al auto sin refunfuñar tanto: un viaje era un viaje y no se lo iba a perder.

Y ahí estaba, en el medio del desierto del norte rionegrino y del sur pampeano recolectando datos y entrevistas para su propia tesis, pero ahora, a punto de agarrarse a golpes con «un pendejo sabiondo» con aires de baquiano... él, un hombre grande ya aunque solo, irreparablemente solo...

—*Disculpe, profesor, llegué temprano. ¿Me puedo sentar?*

Me acuerdo que estaba dentro del aula, parado, mirando por la ventana

del tercer piso hacia el viejo edificio del Jockey Club en la calle 48. Casi le respondo una guasada, pero en lugar de ello me eché a reír.

*—No, no soy profesor. Yo también vengo a cursar: soy Pablo Galván. —
Y le tendí la mano.*

—Sinclair —me dijo. Su apretón era cordial, firme... parecía de alguien mayor.

—¿Sinclair?

—Sí, Julián Sinclair; pero no me gusta mi nombre así que prefiero que me llamen por el apellido.

Y así seguimos: al final nos hicimos amigos y buenos compañeros de estudio. Incluso (o porque) sabiendo que él, en algún momento, se volvería a Bariloche le presenté a mi familia: mi hermano, mis padres. Ángeles todavía no existía. Por suerte, ese era un límite impensado.

Tic-tac, tic-tac, golpeaba obstinadamente el reloj. Cambió el ángulo de su mirada unos grados hacia abajo y la fijó en el vaivén del péndulo obstinado. Observó la hora por primera vez esa noche: once y media. Eso no estaba bien; sencillamente, no podía ser. El tiempo pasaba con descontrol y no había nada que hacer, nada... nada... ¿nada? El reloj... lo sabía... si tocaba la maquinaria... si, entonces, el péndulo...

—¿Segundo Gómez? —Fuimos conducidos hasta el rancho por el hijo, José. Segundo era un tipo parco para hablar, pero el hecho de que el eje de la conversación fuera su finada esposa, doña Silvia, haría todo bastante más fácil. Decían por ahí que la mujer había sido en vida algo más que una simple curandera y que sus habilidades iban más allá de curar empachos, mal de ojos o culebrillas... y que esas artes habían sido heredadas de su madre y ésta de la suya... Por ahí pasaba mi interés: quería saber de qué modo se transmitían tales conocimientos... pero la mujer estaba muerta y...

¡Qué locura tan mórbida y aberrante! ¡Qué placer malsano! En la noche platense nada se comparaba con el aroma a eucalipto que traía el viento por las noches y que venía a refrescar tanta incertidumbre acumulada con el paso del tiempo. Inevitablemente creía que toda la felicidad que había experimentado era ficticia o, por lo menos, una construcción de una mente irracional... se negaba a admitir otra cosa.

—¿Don Segundo Gómez? —repetí.

Calculé que el hombre que teníamos delante andaba en sus treinta, aunque su aspecto curtido mintiera más de cuarenta. —Soy el hijo. Los está esperando.

Y nos condujo, atravesando la tranquera de a pie (porque vaya-uno-a-saber-por-qué, no quiso que entráramos el auto). Caminamos, entonces, entre los perros y las explicaciones de por qué no debíamos temerles, siempre que estuviéramos con él, en especial en lo que se refería al «cabrero»³⁸.

—Si los encuentra solos, los mata ahí mismo...

Me estremecí... y creo que Sinclair también.

La noche se estaba enojando, lo sentía en la humedad que venía del este, en la piel y en la médula.

—Odio el río —pensó en voz alta cuando se sobresaltó con el fantasma acortinado que le diseñó el viento en una ráfaga que traía aromas a ciudad adormecida y río contaminado mezclados con eucalipto y pino, por un lado y, por el otro, caño de escape... obvio, no podía faltar. Adormecida la ciudad... sí, pero no dormida. Hermosa y cálida, abrumadora y peligrosa, tal vez... todavía joven e inexperta. No, no podría haber vivido en otro lugar. Los eucaliptos...

Todo parecía más viejo de la cuenta en aquel paraje, como si estar aislado del mundo urbano jugara con la percepción del tiempo más de lo esperable: fluía lentamente, pero todo envejecía más rápido.

³⁸Perro adiestrado para cuidar el ganado caprino.

El péndulo aún se obstinaba en confundirlo. No solamente movía la maquinaria del reloj sino que se conectaba con el oscilar del universo, con cada una de sus capas y torsiones.

Las ventanas temblaron seducidas por un trueno furtivo.

El viejo se estaba muriendo. Se estaba muriendo y no se quejaba por ello: en realidad, se quejaba por todo menos por el hecho de que su muerte sería inminente.

Le habían contado que unos investigadores de la universidad andaban por el pueblo preguntando por su difunta esposa («compañera», aclaró) y él, directamente, había mandado a la mierda al que se lo dijo. Yo lo oí... no recuerdo exactamente las palabras con las que le hablé, pero tenían que ver con eso de que la memoria de ella perduraría más y mejor cuando se publicaran los resultados de nuestras observaciones.

Y aceptó.

Luego, el cielo se iluminó con un destello poderoso como el de aquel día...

El viejo estaba sentado bajo el alero del rancho. No supe bien cuál de los dos estaba más deteriorado: ambos daban la sensación de haber estado allí desde hacía años, inmutables testigos de las vidas y las muertes inevitables pero ajenas. Excepto por la de la curandera.

Tenía un mate en una mano y con la otra atizaba el fuego del brasero en el que había puesto la pava. Una chispa de luz saltarina le iluminó el rostro y pensé que parecía poético... luego, con el tiempo y la experiencia, supe que el fuego no tenía nada que ver con aquel fenómeno. No parecía que se estuviera quedando ciego.

El péndulo era su corazón y su corazón, el péndulo. ¿Cómo separarlos? Pronto llegaría el momento de saber... el límite estaba cerca.

Al final, nos contó con agrado las hazañas de ella (Sinclair bostezaba a escondidas o tensaba las mandíbulas y contenía el aliento hasta lagrimear cuando yo lo miraba) pero no era lo que yo esperaba... yo no quería nada de lo común sino todo lo contrario. Comencé a pensar que nos habíamos equivocado. Yo, en realidad, como sutilmente me lo hacía saber mi amigo en cada momento, frunciendo la comisura izquierda de la boca y negando lentamente con la cabeza.

Se estaba volviendo loco. Ya no soportaba más (tic-tac) el sonido de la maquinaria (tic-tac). Ritmo acompasado (tic-tac), preciso y amenazador (tic-tac). ¡Basta! ¿Se sonríe? (tic-tac... tic-tac)...

—Gracias por su tiempo... pero la verdad, no era lo que estaba buscando.

Era mi última oportunidad, y la emplearía hiriendo su amor propio intentando hacerlo reaccionar de alguna manera.

—Me habían dicho que doña Silvia hacía «cosas» que otras no podían... seguro se explicaron mal o capaz que yo no los entendí. Muy amable, eh... nos estamos viendo.

Y le tendí la mano con la esperanza que la viera entre las sombras que apenas percibía. Sus ojos se cerraron y frunció la boca y el ceño. Me sonreí: el viejo estaba teniendo un duelo consigo mismo y eso me convenía mucho. No tardó en decidir qué hacer.

—Espere acá —dijo.

Pronto llegó el bálsamo tan deseado: los truenos comenzaron a sucederse cada vez con mayor frecuencia tapando la locura del reloj. Una gota, dos, golpetearon, primero juguetonas luego con un dejo de odio, en el techo de chapa del vecino con la suficiente violencia como para que se sobresaltara. Apenas un segundo después, Pablo J. Galván suspiró aliviado.

Regresó tanteando con el pie a cada paso intentando no tropezarse ni con las sillas ni con nosotros. Traía entre las manos un objeto como una caja, envuelto en un poncho blanco y negro, como aquéllos que vi una vez en Córdoba. Lo colocó sobre la mesa después de correr con la mano al gato que intentaba comerse una galleta.

—A veces se pone pesado, éste —dijo como para justificarse.

Y continuó con una especie de ceremonia en la que el centro era el misterioso paquete y en la que el gato no confiaba, cosa que demostró huyendo despavorido.

¿Por qué lo cautivaban tanto los eucaliptos? Tal vez porque toda su vida había vivido en La Plata y podía recordarse jugando a las escondidas en el Paseo del Bosque entre los árboles, o corriendo alrededor del lago en primavera, cuando los aromas de las flores blancas le llenaban los pulmones. Pese a todo, también había aprendido a tenerles miedo.

—¿Hasta dónde están dispuestos a creer?

Sus palabras sonaron ajenas a su boca, como si provinieran de un eco errabundo. Comenzó, entonces, a realizar ciertos ademanes y genuflexiones, y a pronunciar con cuidado reverente las sílabas cantarinas de algo que sonó como poesía pero que parecía más un encantamiento poderoso al que

hay que temer y adorar: el viejo decía en un inglés dudoso algo cuyo significado exacto nunca supo.

El paso de las agujas era firme, no le temía a nada. Era más bien como el paso de cigüeña de los militares: prepotente. Las doce menos diez.

¿Qué cambiaría de su vida? Nada, ni siquiera la aberración que había creado, porque la había convertido en su compañera, en su único consuelo, en el eje de su vida solitaria... por la vía natural, no hubiera sido capaz de realizarla o de, ni siquiera, conservarla a su lado. Pero si el reloj se detuviera... ¡Qué horror imperdonable!

Doce menos cinco...

—Es para usted’. Yo nunca pude. A lo mejor sabe qué hacer con esto — dijo retirando el poncho y dejando al descubierto un hermoso reloj de péndulo.

Lo tomé en mis manos y sí, supe.

En lo más profundo de su corazón notó que algo no estaba bien: ¿Cómo podría ser algo normal haber adquirido, en un pequeño instante, la capacidad de percibir cada rasgo del funcionamiento de su propio cuerpo? No, eso no estaba bien... Debía estar preparado: revisó mentalmente que nada estuviera en desorden. ¿Alguien sabría qué hacer?

23:58.

—Useló bien... Usted’ m’entiende, m’hijo.

Sentí que me atravesaba con las palabras, pero su mirada me marcó para toda la vida: sus ojos se clavaron en los míos a la vez que centellearon con una iridiscencia extraña y sus párpados se cerraron con fuerza durante unos breves instantes en un guiño o en una advertencia. Recién hace poco entendí que era una amenaza.

Afuera, en tanto, la ciudad se preparaba para recibir la furia de la tormenta que se aproximaba a pasos agigantados y que ya había enviado a su emisario.

Escuchó, también, la perfecta cadencia del tic-tac que lo había acompañado durante tanto tiempo entremezclado con el mensaje sibilante que

entraba por la ventana entrecerrada y que le anunciaba antiguos y secretos sortilegios. ¿Sería digno de escuchar la gran sonería una vez más?

Y entendió que no había sido encontrado digno. ¿Y ella? 23:59.

El reloj es la clave. El reloj es la llave. El reloj es la puerta. El reloj es el poder. El reloj es el medio. El reloj es el contacto. El reloj es la magia. El reloj es el sueño. El reloj es la realidad. El reloj es el deseo. El reloj es... El reloj es...

(Tic-tac). Sin pensarlo mucho, se levantó para tocar el cuadrante del reloj por última vez. (Tic-tac). Era como acariciar su mejilla sonrosada incluso sin verla. (Tic-tac). Lo sabía, pero sin saberlo. Sí, era extraño, muy extraño... o no. (Tic-tac). Tal vez lo esperaba. Tal vez... (Tic-tac). Acarició el cristal como un devoto a la imagen del santo al que venera. (Tic-tac). Podía sentir en las yemas de sus dedos la energía que emitía el péndulo al desplazarse (Tic-tac). Lo adoró por última vez (tic-tac) y por última vez, le temió. (Tic-tac). ¿También terminará todo para vos? (Tic-tac). Yo he pactado porque no sea doloroso (Tic-tac). ¿Cumplirán los hados? (Tic-tac). Se acostó e, inmediatamente, quedó dormido... (Tic, y no hubo un tac).

El reloj

*Que el verso sea como una llave
Que abra mil puertas.*

Vicente Huidobro. *Arte poética.*

*Allí donde convergen
Indeciblemente los destinos
Será el punto exacto donde te encuentres, Alma desnuda, corazón en mano,
Pidiendo a gritos, llorando quedo. No hay mente ni instinto,
Ni cuerpo ni palabra
Que puedan explicarte, aunque quieras, Para qué sirven o por qué están
Aquellos eternos tictac, tictac
Que, acompasados, llueven
Fríos y abúlicos, sobre la Historia.*

*Tal vez el triste reloj te explique, Tal vez sea la clave,
Tal vez sea el culpable,
Tal vez sea la puerta
Que libera o encierra horrores, Tal vez... tal vez.*

*Y cuando la incertidumbre te invada Y te estremezcas y acongojes,
Querrás irte dando la espalda, Tictac,
Y no podrás.
¿Y si fuera posible (tic...)
Elegir otra cosa al compás del péndulo? (...tac) ¿Qué pasaría si pudieras
(tic...)
Asomarte en los tal-vez, acaso y quizás (...tac) Que no has elegido?
¿Qué harías? (tic...)
Yo, nada (...tac):
Con el destino no se juega.
Tictac, tictac, tictac.*

Despertar

*Elen síla lúmenn' omentielvo*³⁹

J. R.R. Tolkien *The Lord of the Ring*, 1-I, cap. 3

—Tengo un dolor de cabeza...

—¿Tomaste algo? Creo que tengo aspirinas.

—No, gracias. Está bien. No me va a hacer nada. Igual, ya termino por hoy. —Hizo un gesto de triunfo con el puño.

Había cuatro tubos: tres no encendían y el cuarto titilaba sin control demostrando su lasitud. La luz mortecina y amarillenta contagiaba de lobreguez a los que caían bajo su influjo hipnótico. Ya era muy tarde como para pedirle al sol un último esfuerzo: la noche había llegado trayendo cansancio, malhumor y penumbra, tiñendo todo de ámbar y sombra. Un olor añejo y visceral producía una sensación de encierro claustrofóbico y perenne que lo impregnaba todo, hasta la ropa. De vez en cuando, un vaho al gas de la estufa adormecía los cerebros.

¿Clases un viernes a la noche? Ya era mucho. ¿Y en escuela pública? Demasiado. Igual, la culpa era suya: nadie había elegido semejante tortura por él; nadie lo había forzado y eso, también era una tortura.

Tocó el timbre. Murió el recreo.

—¡Vamos, vamos! Una hora más... y cortita. No te quejes. —Un rato más, un rato más.

³⁹Una estrella brilla a la hora de nuestro encuentro.

Julián Sinclair puso ambas manos en la mesa de la sala de profesores palmas abajo como para impulsarse y, segundos después, lo hizo. Se levantó, tomó coraje y se dirigió al aula moviendo los hombros hacia atrás y en círculos buscando descontracturarse.

—Profesor: lo busca la madre de Fontana. —El preceptor hablaba en voz muy fuerte, como para ser escuchado por alguien más.

—¿A esta hora?

—Es buena gente —añadió susurrando, cómplice. —Pesqué a la hija copiándose.

—Ya me enteré... es buena piba.

—Tiene algún drama escondido. ¿Te quedás en el aula? Estaba repasando la presidencia de Rosas antes de tomarles prueba la semana que viene, pero no les importa nada: si no estoy les hago un favor. Ya te entregué todas las notas del trimestre, ¿no? ¿Me la mandás a preceptoría?

Sí, se sentía pesimista. No, no tenía ganas de eludir ese sentimiento simplemente porque le proporcionaba una buena excusa para querer huir de allí sin remordimientos.

Volvió sobre sus pasos y continuó hasta el final del pasillo esperando en la puerta. Conocía a la mujer que se acercaba: la había visto antes varias veces por la escuela cumpliendo con distintas formalidades. Cumpliendo... sí, era buena gente, muy amable, siempre saludando... por eso lo había sorprendido tanto lo de la hija.

—¿Profesor Sinclair?

Se saludaron amablemente, conversaron amablemente y se despidieron también amablemente. Sí, era buena gente. Pobre, totalmente desconcertada con la actitud de su hija, de hecho, parecía tener una familia feliz. Más que prestar oreja no podía hacer. En fin. Instintivamente echó un vistazo al reloj. Con pasos de piedra se dirigió al aula agradeciendo al Cielo que su suplicio se hubiera acortado por varios minutos. Mientras caminaba comenzó a darle vueltas a un asunto: Di Luca. No podía entender cómo alguien podía haber repetido primer año, estar cursando segundo por tercera vez y seguir sacándose unos por no hacer los trabajos prácticos... y que no le importe, que todo le dé igual... a él y a su familia. Y allí estaba. Había intentado por todos los medios que reaccionara de algún modo. Le daba la sensación de estar ante un muñeco de trapo. ¿Qué orientación para el examen iba a darle si se había propuesto llevarse la materia a febrero, ya desde el primer trimestre? No tenía la carpeta y manifestaba no saber nada... ni querer saber. De última, pobre pibe... ni siquiera se portaba mal: simplemente «estaba ahí». ¿Qué secreto tan atroz podía ocultar alguien así? ¿Había perdido su capacidad de reacción

o sus acciones eran absolutamente controladas? De ser así, era algo totalmente espeluznante y peligroso. Una extraña rebeldía: otros se manifestaban de una manera más notoria, como Mariela Fontana. Se había copiado como modo de protesta... él lo sabía bien, sabía las causas... había podido hablar con ella y ella le había pedido guardar el secreto y él había aceptado: no se lo contó a la madre... no era tan grave. Además ella era lo suficientemente inteligente como para resolver, charlar y perdonar. Confiaba en ella. Buena chica, y con mucha inventiva: ¡copiarse de «ese» modo! Una *genia*.

Miró el reloj nuevamente. Faltaban tres minutos todavía... «Ma' sí», pensó. «Buenas noches», dijo, y Di Luca salió de su letargo para ponerse la mochila que nunca había abierto sobre el abrigo que nunca se había quitado y salió arrastrando los pies, igual que como había llegado; los demás pasaban a su lado sin verlo, sin notar siquiera que estuviera allí. Julián encogió los hombros mientras lo observaba salir, suspiró y se fue, saludando solo a quien se encontraba en el camino de su huida desesperada. Se puso la campera caminando por el pasillo que le resultaba tan interminable como sus ganas de salir de allí.

La baja temperatura lo atacó no más abrir la puerta de calle y lo hizo detenerse por un momento que consideró demasiado largo. El viento helado le azotó la cara y lo hizo retroceder un par de pasos. Se arropó más todavía, se puso los guantes y se envolvió en la bufanda tratando de cubrirse boca, nariz y orejas. Tomó coraje. Corrió al auto y manejó más con la automatización de sus músculos programados a repetición de rutina, que con la mente. Sentía mucho frío, siempre sentía frío y, para peor, los pronósticos indicaban que el invierno sería bastante crudo... otra vez, y eso que recién empezaba junio. «No estoy hecho para estos climas», pensó y se imaginó en la playa pescando. Y en eso estaba al llegar a su casa, abrir el portón del garage, entrar el auto, revolear, con morboso placer, el maletín al fondo del placard y tirarse vestido sobre la cama y dormir sin haber cenado... sí, perverso y morboso placer...

* —¿Con el licenciado Sinclair? ¿Julián Sinclair?

Había descolgado el teléfono más para acallarlo que por curiosidad. ¿Por qué, se preguntaba, tenían que llamarlo tan temprano el único día en que tenía la posibilidad de dormir hasta tarde? ¿Qué hora era? Las ocho y diez... ¡Que

tortura! Otra tortura. Mal hábito ése. Sintió fastidio y un leve dolor de cabeza... pero, ¿Licenciado? Observó, más conscientemente, que algo le resultaba extraño: hacía mucho que no lo llamaban así... en realidad, no recordaba si alguna vez lo habían hecho... ¿Quién sería?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

El único rayo de sol con la valentía suficiente como para entrar se filtró por una hendidura rota de la persiana y fue a dar de lleno en su ojo derecho dilatando la pupila en una fracción mínima de segundo y provocándole un inmediato dolor, agudo y molesto. Se tapó la cara con la mano.

El teléfono hablaba con voz de mujer acongojada.

—Disculpe, pero no había podido localizarlo antes. Soy Ángeles Galván, la hija del Prof. Pablo Julio Galván, su compañero de Facultad, no sé si lo recuerde.

—¡Por supuesto! Si cursamos juntos un montón de materias y hasta trabajamos juntos en un proyecto en La Pampa... discúlpame vos, pero no sabía que tenía una hija.

Se incorporó mecánicamente a la vez que tanteaba la mesita de luz buscando el interruptor del velador. El entendimiento regresó de su letargo junto con la luz tenue que irradiaba una lamparita apagada por una pantalla oscura. Se restregó los ojos.

—¿Pasó algo?
¿Qué pregunta estúpida era esa? Seguramente sí, sino...

—Sinclair, mi papá lo quería mucho a usted... Mire, no sé cómo decirle esto: él falleció hace algunos días y... buscando entre sus cosas vimos que dejó una carta a su nombre y un reloj.

Luego siguieron varias frases que duraron demasiados minutos, las cuales no acertó a comprender. Si bien respetaba mucho a Galván por su empuje y sus ganas de estudiar a los cincuenta y tantos, no entendía a qué venía esa llamada, esa carta, ese necesitar su presencia allá si hacía años que había perdido todo contacto con él y con la Facultad en general... ¿Habían sido tan amigos? Tal vez... o ¿acaso?... no. Sin pensarlo, entrecerró el ojo izquierdo como siempre lo hacía cuando intentaba comprender algo que le causaba

desasosiego o sorpresa, esa sorpresa que evade el entendimiento pero que intenta parecer perspicaz. Pronto salieron de sí, inundando la habitación, varias sucesiones de imágenes que en otras circunstancias hubieran parecido holográficas: sintió en la piel el aire enrarecido por un hedor a pucho viejo impregnado en la ropa y mezclado con la humedad de siempre y café por ahí y algún mate a las perdidas, y perfume barato y desodorantes recién puestos... la nebulosa se aclaró en las mesas del bufete de Humanidades del segundo piso y se volvió rancia y mohosa en el tercer subsuelo.

—Nos vemos —dijo—. Te llamo para confirmar fecha y hora. Ya tomé nota de la dirección.

*

DIARIO DE JULIÁN SINCLAIR: Viaje a La Plata, 21 de junio.

No pensaba volver a escribir, al menos no de esta manera, pero parece que todo en este mundo conspira para que así sea. Sí, de nuevo me encuentro inmerso en algo que no entiendo del todo: por algún extraño designio, esto me sirve no solo para hacer catarsis sino también para pensar mejor y ordenar mis ideas, en especial cuando no hago más que preguntarme una y otra vez: «¿Por qué yo?».

Recuerdo que me refregué los ojos con tal rudeza que pronto sentí dolor. La verdad, no terminaba de entender lo que había pasado, pero esa charla me despertó de algo más que de un sueño nocturno. Colgué el auricular que, asombrosamente, mi mano aferraba con extraña rigidez. Bostecé. Inmediatamente sentí comezón en las fosas nasales, casi seguramente como reacción psicósomática al recuerdo de las clases en el aula-crypta (ahora que lo recuerdo, alguien me dijo una vez que habría un cuarto subsuelo... me estremece y me estremecerá pensar que sea cierto). Como transportado por una magia incomprensible y poderosa, me vi rodeado de mis antiguos compañeros... la mayoría de ellos y yo mismo, nos encontrábamos pálidos y con las narices coloradas y picosas, los ojos brillosos y la garganta reseca. La profesora seguía hablando como si estar allí no fuera insoportablemente insalubre, como si no existiera aquella pequeña inundación que se agolpaba en los rincones producto de las últimas lluvias, como si el olor a moho podrido no estuviera, como si la humedad no calara los huesos, como si... como si... Y sin embargo a ratos se sentía manar una bocanada de aire fresco

y delicadamente perfumado, cada semana, hasta que *ella* se mudó a Chile... Lástima, las cosas habrían resultado diferentes. ¿Qué más daba? Había que hacer lo que había que hacer... pero prestar atención en esas condiciones era una suplicio... Y dale, ¿a qué venía la recurrencia en mi mente de esas imágenes que me provocaban semejante tormento?

Esa mañana, deliberadamente evité mirar las vidrieras de los negocios para turistas o los que se dedicaban a pesca y camping: me provocaban ahogo y una insipiente depresión. Sí, y un poco de náusea. Tenía el bolso ya en condiciones como para huir al cálido norte en menos de un mes y creía que no me faltaba nada. Ahora, había otro viaje en vista, uno impensado y, también deliberadamente, había sacado pasaje de ida y vuelta, digo, pensando en un trámite de un rato... volver, pocos días de clases y: ¡vacaciones por fin! Optimismo, eso tenía, optimismo aun faltando más de un mes. Si el presupuesto me lo permitía, claro... y estaba muy dispuesto a que así fuera, calladito la boca, me tomaría todo un mes. Había decidido mandar al diablo las mesas de examen: después de diecinueve años no había faltado nunca a ninguna... ¡Ma' sí! Que les tome otro... me deben favores por todos lados... digo, los chicos y los grandes... una a mi favor tengo que tener cada tanto, ¿no? Y sin embargo todavía, pese a todo, sentía un dejo de remordimiento perdido por ahí, muy perdido por ahí.

Me metí en algún lado y pedí un café. Observé, sin prestar mucha atención, que una de las vetas de la mesa parecía una cara que me miraba con desconfianza y con gesto adusto y amenazador: parecía un lobo, o un diablo o algunos grabados del *Martín Fierro* o... una mancha de café. Me inquietó la idea de no poder apartar la mirada de ella. ¿A qué hora tendía que estar en la terminal? Metí la mano en el bolsillo esperando encontrar mi pasaje... pero no fue así: con extremo desconcierto vi que había sacado dos de ida. «No entiendo» pensé, y mientras los miraba con pasmo y contenía una guarangada creí escuchar a lo lejos una frase antigua, muy antigua.

—*Mari mari pu peñi.*

No esperaba escuchar semejante saludo. Realmente fue una sorpresa, aunque cuando levanté la vista recibí cierto impacto desagradable: un hombre vestido de negro y de rostro ceniciento cargado de lobreguez se había robado a mi amigo Pedro Nampëlkan. Había adelgazado y eso se notaba en lo

pronunciado de los pómulos antes suaves y ahora angulosos y sombríos, también su mirada había perdido el brillo y la viveza tan característicos en él, para ganar en frialdad y perspicacia. En los siguientes minutos descubriría que también podía leerme el pensamiento, el alma y vaya uno a saber qué más. Me estremecí. En mi mente se agolparon años de escuchar las historias que contaba su padre el *lonko* acerca de seres tan terribles que hasta los demonios cristianos se estremecerían ante su sola presencia. Hice un gesto para que se sentara.

—¿Cuándo salimos para La Plata? —preguntó. Mientras acomodaba una silla, noté un tatuaje tribal en su mano... no pude distinguir bien qué representaba (seguro iba a averiguarlo), pero me provocó cierta náusea cuando me di cuenta de que estaba en relieve: para hacerlo, la piel había sido escarnecida, de seguro... me mareó pensar cómo y quién se lo había hecho... o por qué... o cuán extenso sería... ¿o tal vez fuera pensar en su significado, todavía oculto para mí? ¿o en las infinitas posibilidades que mi mente disparaba? Me lo imaginé ensangrentado, delirante, en un grito, prendido fuego, levitando... ¿Mi amigo se había convertido en un *kalku*⁴⁰? Se lo pregunté después de haber respirado profundo y tomado un sorbo de café, para envalentonarme.

—Si te preguntás qué me pasó... creo que ya lo sabés desde el año pasado: aunque te lo sigas negando, es así.

El año pasado... ¿cómo olvidarme? Aunque de alguna manera a los dos meses de aquellos hechos mi vida había vuelto a la interminable rutina de siempre: tan cómoda, tan predecible, tan agradable y segura que me parecía que aquello no había existido más que en un vago sueño, o una pesadilla... ¿Una joya mágica, un amante hechizado devenido en viajero en el tiempo? ¡Qué absurdo! ¡Qué locura! ¡Qué verdad pasmosa! ¡Qué irreverencia sacar a la luz secretos que debieron permanecer en lo más profundo de las entrañas de la tierra! Nunca le pregunté qué le había pasado en realidad aquella tarde en la Escondida⁴¹ aunque lo sospeché y me aterró confirmar semejante cosa.

—¿Era una *renü*⁴²?

—Sí.

El corazón me dio un vuelco.

⁴⁰Suerte de brujo maligno. ⁴¹Idem. ⁴²Salamanca.

—¿Sos un *kalku*?

—Sí.

—Y eso, ¿qué significa?

—Toda leyenda tiene algo de cierto, algo de mentira, algo de exageración. No soy malo ni juré serlo... No tengo un monstruo a quien crío para que haga mi voluntad ni pacté con ningún demonio que le daría víctimas de sangre ni cosas por el estilo... en cuanto a lo otro, bien, tal vez sea cierto.

Pidió un té negro mientras nos sumíamos en un profundo silencio, solo mancillado por un sorbo cada tanto y por el tintineo del pocillo con su plato, aunque no resultaba incómodo sino bastante natural.

—¿Cuándo viajamos? —preguntó de nuevo; y yo, por alguna razón incomprensible para mí, no me asombré.

—Pasado mañana a las siete —dije. Tomé un sorbo de café dejando que el vapor me mojara la cara para impregnarme de un placer aromático que estaba necesitando para obligarme a repensar las cosas.

Cuando levanté la mirada, Pedro no estaba más.

Tampoco eso me sorprendió. Pasé un año intentando dilucidar si los extraños sucesos ocurridos en torno a William eran ciertos o no. Si no lo eran, entonces debo decir que es un alivio pensar que estoy un poco loco o que vivo en un mundo imaginario... porque si todo fuera cierto, entonces tendría que replantear (me) la concepción del mundo como tal. Pensar que la realidad que me rodea no es como siempre la creí y como la cree el común de las personas: tan concreta, predecible y única... Entonces, entraría en juego la percepción de lo sobrenatural como parte inherente a lo cotidiano, como lo normal y esperable, en contraposición con la rigidez mental que dicta el siglo XXI... y entender esto no como un hecho aislado, sino como el eslabón de una larga cadena semioculta por la vergüenza o la amenaza del descrédito. Entender el mundo como lo entendieron los antiguos y como lo han olvidado hoy los hombres de ciencia y los que creen (solo) en la tangibilidad de los hechos.

Tomé el último sorbo de café y me quedé absorto unos momentos

observando la borra del fondo del pocillo. Instintivamente, di vuelta la taza sobre el plato y lo dejé así, sobre la mesa, pretendiendo no querer observar más. Adivinación o visión del futuro... extendí la mano izquierda sin llegar a tocar nada: mil dudas y algunos temores temblaron en las puntas de mis dedos. Todavía no entendía por qué estaba tan dispuesto a viajar de un día para el otro cuando bien podría haber esperado las vacaciones de invierno pero... pero, ¿qué? Sentía como una fuerza, un mandato superior convenciéndome de que las cosas debían hacerse de una determinada manera y que *la* manera era esa. ¿Y si fuera solo por curiosidad? Esa era una explicación más simple y razonable: Ángeles había mencionado un reloj para mí y yo creía haber adivinado, así, por inspiración divina, de cuál reloj se trataba. Cerré el puño cuando mi mano decidió dejar el pocillo como estaba. Nunca creí en la predestinación, por lo tanto, si somos dueños de nuestro futuro, el futuro es insondable y no, no creo tampoco en que se pueda ver. Y sin embargo, hoy no sé. ¿Y si el universo se moviera de tal modo que de todo el abanico de opciones que podemos tener termináramos eligiendo la única posible? Recordaba una historia sobre el reloj, pero muy vagamente: Galván había dedicado la vida a estudiarlo y ahora me lo legaba... ¿Por qué? Ni idea.

Pagué, me levanté y me fui⁴³. Caminé, como perdido por calles que conocía mejor que a mí mismo, con la mente encandilada por el exceso de pensamientos simultáneos y confusos que me bombardeaban como un enjambre ígneo y poderoso. Casi creí que la nieve se derretiría a mi paso: es más, por un momento tuve esa ilusión. Pero no, creo que no.

No sé si por el viento frío que había comenzado a soplar de la cordillera o por alguna otra causa que aún hoy me resulta desconocida, sentí así, de pronto, que se me helaba la sangre, lo que me provocó una sensación de desasosiego y duda: ¿estaba haciendo las cosas bien? En ese momento creí que sí, en ese momento, aunque ahora...

De todos modos, había algo que me molestaba, y me molestaba mucho: yo no recordaba que Galván tuviera una hija. ⁴³Debo admitir que sí, que di vuelta la taza... pero no me atreví a mirar. (Nota de Julián Sinclair).

4 Primero un pie, luego el otro

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche (...), pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur. Jorge Luis Borges «Las Ruinas Circulares», Ficciones.

«Aquí es donde sonreís», me dije, «Elegancia y porte». Tomé aliento y entré. Pensándolo bien, creo que lo primero no me salió bien del todo: solo conseguí espantar a mi amigo. No sé si fue por mi vestimenta completamente negra o por mi gesto más adusto de lo habitual, pero fue así. Creo que más que sonrisa lo mío fue una mueca. Pensar que yo solamente quería entrar en el local y encajar, digo, como el resto... pero ya no lo soy, creo que nunca lo fui, pero ahora las cosas han cambiado más.

Sabía que estaría sentado allí y a esa hora: es parte de lo nuevo en mí. ¿Quién soy? Sigo siendo Pedro... creo. Tardé bastante en recomponer mi vida después de William... después de saber que lo sobrenatural, al final, no está tan escondido en nuestro mundo y que mis ancestros siempre tuvieron razón. Esto último, en su momento, me molestó bastante porque implicaba haber vivido muchos años en un error que pude haber evitado; pero no era lógico... nada de lo que decían parecía lógico.

Yo nunca había ayudado a nadie, no; y menos a un desconocido. ¿Un caballero inglés de 1688 y yo trayéndolo en un vuelo clandestino?... Si casi se tira por la ventanilla... Eso, después de sacarlo de un estado cuasi catatónico, claro. Un caballero inglés de 1688 en pleno siglo XXI y buscando a una plebeya... que continuaba en el XVII: una bruja (flor de ironía) al que él rescató de la Inquisición y, para que no la encontraran, se vino con ella a «las» Américas... Demasiado para cualquiera, incluso para mí. Ella hizo su magia para dejarle pistas a su enamorado y yo necesité hacer algo para dar con ellas... de algún modo, me sentía responsable por lo que les ocurriera... necesitaba ayudar, resolver el asunto. Aunque ahora que lo pienso, tal vez no fuera solo por ellos sino por mí mismo, una manera de redención ante los horrores que había estado dispuesto a cometer en aquella selva... ¿Cómo se me ocurrió pensar en la *renü*? Ni idea, creo que no lo pensé, que el destino

hizo lo suyo: simplemente estaba allí, la sentí, vi la oportunidad y no la dejé pasar... y acá estoy... todo un *kalku* (aunque ese concepto es demasiado acotado, demasiado regionalista: soy más)... pero sin ayudantes deformes ni quasimodos ocultos en torres inaccesibles. ¿De dónde habrán salido semejantes ideas? ¿Con qué intención? ¿Demostrar poder? ¿Decir: «Puedo hacerlo y lo hago» o, simplemente para que los no-entendidos se mantengan alejados? «Solo se teme aquello que no se conoce» resulta una buena frase para tener como premisa; yo lo sé: era de esos, de los que temen. Ya no temo. No más.

Sí, visto generalmente de negro (aunque no totalmente como en esas películas) pero no por obligación de mi estado o placer, sino para pasar lo más desapercibido posible en especial por las noches, cuando más salgo. Porque la noche ahora es mi mejor amiga; como los vampiros pero sin los dientes, la sangre y la heliofobia. Yo sí puedo andar de día... aunque hay cosas que no deben ser vistas bajo la luz del sol, entonces... la oscuridad es la opción obligada y la he tomado no sin cierta morriña por la simpleza que la claridad brinda. ¿Y las transformaciones, Pedro? Nunca probé: dicen que sí... tal vez un día lo intente... en Hueshacalcu ⁴⁴ como cuenta la leyenda o, mejor, en cóndor.

Hace un año que volví al mundo y tengo, todavía, que ir de a poco: creo que he pasado en la salamanca meses o años, no lo sé... solo sé que los tiempos en la *renü* funcionan de diferente forma que en el resto del mundo natural. Aún no me adapto a verlo todo de un modo tan distinto: soy consciente hasta de los átomos que componen los pinos, los edificios o los hombres y puedo utilizarlos y manipularlos casi a mi antojo como si fueran arcilla en las manos de un niño... puedo hacer grandes obras o grandes catástrofes. El alma de un *kalku* es la que define su esencia: bueno o malo, generoso o egoísta, claro u oscuro... y en el medio, infinidad de matices... la responsabilidad no tiene límites y el dolor por los errores tampoco, pero yo he recibido este don con alegría. Quiero usarlo bien.

⁴⁴La serpiente voladora que, según la mitología mapuche, puede transformarse un *kalku* para realizar algún trabajo mágico o encargo.

Mi rostro sigue siendo el del Pedro que fui, también mi corazón... pero

mi cuerpo tiene ahora las marcas de mi aprendizaje. Marcas que horrorizarían a muchos, hechas a tinta, fuego y sangre... símbolos y conjuros grabados a fuerza de dolor y gritos desesperantes que temí y hoy agradezco, que me recuerdan lo que puedo hacer, que me protegen y que hacen que mi espíritu se fortalezca.

Salir de la caverna fue una tortura mayor que entrar. De alguna manera, dentro me sentí seguro como nunca antes; aun cuando el temor y el sobresalto golpearon mi espíritu de un modo inimaginable. Pero sin duda, he aprendido más allí que a lo largo de toda mi vida...

No, no soy el que fui: ahora deambulo sin poder anclar, sin poder, todavía, vislumbrar mi propósito... porque sería demasiado triste haber nacido, haber sacrificado, incluso, aquello que no conozco solo para ayudar al inglés... Bien, hoy supe que hay algo más en mi camino y que, nuevamente, se relaciona con Julián. Sé que me voy de viaje pasado mañana. ¿A qué? No sé. ¿A dónde? Tampoco.

Mi mente es un torbellino que todavía no puedo controlar, ¿cómo hacer? Si conozco tantas cosas que no sé lo que son, si he visto tanto como pocos, si no tengo idea ni de lo más mínimo... pero sé tanto... las sombras de mis ancestros me lo contaron y me lo grabaron a fuego: tatuaje sobre tatuaje, corte sobre corte, escarificación sobre escarificación, quemadura sobre quemadura... demasiado... demasiado dolor, demasiado sacrificio... ¿Y Ángeles? ¿Quién mierda es Ángeles?

*

—Llegamos. —La voz venía del limbo, aunque más bien parecía del mismísimo Infierno porque estaba acompañada por un terremoto. Sentí la sacudida y me sujeté del asiento totalmente espantado... me sentía lo suficientemente ajeno del mundo como para no saber cómo regresar.

—Dale, levántate: tengo hambre y es de noche.

La voz era la misma pero todavía no tenía cara, aunque sí me quedó claro que no provenía de ultratumba... al igual que el terremoto no era tal: Pedro Nampëlkan me estaba sacudiendo por los hombros.

Siempre me costó admitir ciertas cosas: algún error de concepto en clase

(total, mis alumnos suelen estar tan distraídos que si la semana siguiente les cambio las ideas, mayormente no se dan cuenta), digo que manejo bien aunque soy capaz de cometer pequeñas «torpezas» en la calle con cierto descaro, determinados temores que resultan, al fin, bastante bobos: a las arañas (inclusive las de dos milímetros), a la oscuridad plena que no pueda controlar (yo: ni minero ni espeleólogo), a los incendios y a qué-sé-yo qué más... Pero hoy, debo admitir que ese día sí me di un susto como pocos: mi imaginación es demasiado activa y a veces (bastantes... muchas... ¿casi siempre?) difícil de controlar.

No sé qué estaría soñando, pero despertarme de semejante manera me hizo saltar de la butaca, darme la cabeza contra el maletero y gritar algo así como un «¡No!», todo al mismo tiempo.

Pensándolo bien, así, a la distancia, no fue tan malo: Pedro estalló en una carcajada como hacía mucho tiempo que no veía. Sí, digo bien, porque fue más estridente verlo doblarse en dos tomándose el vientre con ambas manos en el pasillo del micro y caer sentado «patas arriba» en el asiento de enfrente que escucharlo reírse hasta las lágrimas. Que la risa es contagiosa, lo comprobé ese día: segundos después, parecíamos dos adolescentes riéndonos de estupideces... Sí, nos hizo bien desacartonarnos: se venían decisiones difíciles y yo ya no podía seguir desconfiando ni de él, ni de lo que me tocaba en suerte vivir.

*

La práctica hace al maestro, me dije. Y usé a Sinclair como conejillo de indias: durmió como un bebé. La verdad, espero que no se entere (yo no tengo intenciones de contárselo) porque reventaría en una berrinche que a mí me causaría mucha gracia, pero implicaría tolerar su gesto ofendido por un par de días... y eso no me lo podía permitir. Por alguna razón, no le había preguntado el motivo del viaje ni había intentado adivinarlo... Hubiera podido, sí, pero tomé la opción de no hacerlo.

*

Siempre adoré esta ciudad. Ahora que escribo viéndola desde la ventana del hotel la vuelvo a pensar mágica... cuando estudiaba, mis compañeros platenses me contaban historias maravillosas que yo entendía simplemente

como, no sé, una cuestión de estatus: una ciudad no podía ser grande, prestigiosa y señorial si no contaba con un attillo lleno de historias de fantasmas, aparecidos y desencuentros sobrenaturales. Así me enteré de historias hermosas como la de la Virgen de las Cenizas que se salvó del incendio del Teatro Argentino, o de la simbología templaria o masónica que tal vez se oculta en el precioso diseño de la ciudad, o los avistajes de OVNI's registrados en la Zona 72 (esa franja delimitada por las calles 71, 72, 13 y 22), o las historias del penal y del cementerio, los fantasmas, las brujas... y las historias de Julián Sinclair y Pedro Nampëlkan... Lo único que me faltaba: ser partícipe de la mitología platense como el escéptico de la novela.

A la mañana siguiente el clima no había mejorado y no había perspectiva de que lo hiciera en los próximos días. Un día de estos, agarro mis cosas y me mudo a una isla del Caribe con playas de arenas blancas, clima maravilloso, un trago en la mano y un refugio antihuracanes cerca, por las dudas, digo...

Volviendo al tema, salimos sin que Pedro preguntara dónde iríamos, y llegamos sin que preguntara otra cosa o dijera algo, ni siquiera algún tipo de comentario intrascendente como para amenizar la caminata.

Como no pude encontrar el timbre después de una rápida y poco eficaz mirada, opté por golpear las manos a la vez que pensaba que si había alguien posiblemente no me oyera, así que me dispuse a buscar mi teléfono celular para llamar aunque, la verdad, no sé si realmente tuve la intención... iba a pagar larga distancia para un teléfono que no estaría a más de diez o, a lo más, doce metros de mí. En eso, sentí una campanilla peculiar: Pedro lo había descubierto. Me limité a sonreír por dentro y me resigné a que de ese momento en adelante, la suerte y el poder de observación estuvieran de su lado y no del mío. Sinceramente, no sé por qué lo pensé, pero sentí algo así como una extraña energía que manaba de él y llenaba el espacio que había entre ambos. Me estremecí, no por temor sino por el repentino reconocimiento de lo que, hasta entonces, había querido negar con cuerpo, mente y alma: Pedro era, sin dudas, un brujo, un calcu con todas las letras y, aprendiz, novicio o lo que fuera, no importaba tanto como que las fuerzas de la naturaleza comenzaban a obedecerle y estaban de su lado... ¿Solo por encontrar el timbre y usarlo? Sí, puesto que había un cartel pegado al aparato que decía: «No funciona».

—¡Ya voy! —gritó alguien desde adentro. Una mujer que no exteriorizaba más de treinta años se asomó a la ventana, desapareciendo, al instante, tras el cortinado. Segundos después, abría la puerta y caminaba hacia nosotros con las llaves en una mano, mientras que, con la otra, levantaba del suelo un gatito blanco que se le enredaba entre las piernas con cada paso.

—¿Sí? Creí que el timbre no funcionaba...

El jardín tendría unos diez metros entre la casa y la reja y ella se encontraba, aún, a media distancia mirándonos con cierta desconfianza. No era una mujer demasiado alta pero ostentaba un porte esbelto y, por qué no, seductor; indudablemente, esa era una mujer segura de sí misma. Llevaba el cabello negro suelto, como al descuido, como para que el viento matutino que había comenzado a soplar suavemente desde el sur se contentara con él, modelando figuras siempre cambiantes. Sus decididos ojos almendrados se abrieron en un gesto de alivio cuando le contesté.

—¿Usted es la hija de Pablo Galván? Hablamos por teléfono... soy Julián Sinclair.

—¡Claro! Por supuesto... Entren, entren...

Del manojito de llaves que llevaba, eligió una de en medio y abrió la puerta de la reja mientras nos hacía señas de que entráramos.

—Gracias. Quiero presentarle a mi amigo Pedro Nampëlkan, viajamos juntos. Disculpe por no haberle avisado que venía con alguien.

—¡Hola! Soy Ángeles, Ángeles Galván.

*

Se me heló la sangre. Literal. Se me heló la sangre: sentí que no corría por mis venas cuando escuché su nombre. Luego, no sé... vi que seguía moviendo los labios, pero no puedo decir de qué estaba hablando con Sinclair: simplemente, me bloqueé como puede bloquearse un estudiante que ha ido más allá de su propio límite y, pese a haber estudiado a conciencia, apenas logra balbucir su nombre al profesor que le toma el examen. Creo que me dio la mano... pero no pude reaccionar, debo haberle parecido un grosero, y no lo soy, nunca lo fui y menos ahora que siento en mis hombros el peso de mis ancestros y de mis maestros más lejanos... creo que no me mostré digno,

pero si a ella debo renunciar... ¡sea! Aunque no entiendo bien de qué sirve resignar a quien no se conoce...

*

El apretón me resultó suave pero firme a la vez... me hizo pensar en un tipo de mujer tan segura de sí misma como para ser capaz de proyectarse con sagacidad en un mundo de hombres sin perder, ni por un nimio instante, su evidente femineidad.

Luego, casi surge la catástrofe porque, por alguna razón que se escapaba a mi sentido de la corrección y de la bonhomía, Pedro rechazó la mano que la mujer le tendiera y solo la saludó con una leve inclinación de cabeza y esa mirada fija, terroríficamente fija a la que todavía no he podido acostumbrarme. No lo vi, pero sentí en la piel cómo ella se estremecía sin poder apartar su mirada de él: estaba pálida, pero nunca mostró un signo de debilidad. Hizo un gesto amable.

—Pasen por acá, por favor.

Y la seguimos hacia el interior de la casa, donde nos indicó que colocáramos nuestros abrigos sobre un sofá negro que coronaba el estar-comedor. La verdad, es que la casa me sorprendió: hubiera creído que una persona como ella tendría un gusto un poco más... o un poco menos... no sé, todo parecía simplemente utilitario, sin fijarse demasiado en un estilo ni convencional ni personal ni nada: las cosas simplemente «estaban allí» cumpliendo meramente su función, sin rodeos ni adornos inútiles, sin objetos *kitschs* ni nada parecido.

—¿Café? ¿Té? Disculpen el desorden pero estuve algo enferma y no tuve mucho tiempo para ordenar.

Su instinto fue quitando cosas de aquí y de allá y colocándolas fuera de la vista.

*

Creo que tomé café. Tenía una taza entre mis manos y no podía dejar de ver el contenido oscuro que exhalaba un apenas perceptible vapor aromático que en otra ocasión me hubiera resultado placentero. Sí, creo que era café.

El gatito me miraba de reojo con una desconfianza extrema, y yo hacía lo

propio con su dueña. Dicen que los animales tienen una especie de sentido extraordinario para percibir lo sobrenatural en la atmósfera y yo, bien, ahora tengo esa especie de aura. Me estaba exasperando. Nunca me gustaron los felinos y los aborrezco con todas mis fuerzas desde que mi papá y yo fuimos atacados por un puma (¿o desde...? Bueno).

Por alguna razón, los pequeños detalles se me olvidaron. Supongo que los médicos dirían que fue estrés postraumático o algo así. Lo cierto es que tardé varios meses en recordar los hechos de una manera más o menos organizada y hoy puedo enumerarlos tan solo como una lista y no mucho más que eso.

La vida en la estepa patagónica nunca ha sido fácil: demasiado frío en invierno, demasiada sequía en verano. El suelo es estéril y la vegetación, escasa y casi no sirve para nada: la leña solamente se puede encontrar en algunas que otras raíces y para alimentarse... bien, se siente hambre cuando cabras y ovejas a duras penas sobreviven la seca. Mi padre es *lonko*⁴⁵ y mi familia ha estado asentada a la orilla de un arroyo de temporada durante generaciones, lo que nos permite una vida algo mejor... pero esa vez, mis hermanos estaban famélicos. Entre el viento, el polvo y la falta de agua no es fácil salir de caza... y encontrar qué cazar, tampoco: seguramente alguna que otra mulita; con ayuda del destino algún ñandú; con más, alguna mara. Aquel día no hubo suerte, ni nada. Él y yo estábamos solos en una especie de viaje iniciático... yo era muy niño todavía, era la primera vez que tenía un arma en mis manos y estaba muy ansioso por tener algo para contar: a mis hermanos más chicos, a mi madre y a mis amigos cuando comenzaran las clases de nuevo y me fuera a vivir a la ciudad. La noche llegaba con toda su arrogancia sin que yo hubiera podido hacerme con una presa y, ante mis ojos y los de otro, sin haberme convertido en un real heredero de mi estirpe guerrera. No quería regresar con las manos vacías y así se lo hice notar a mi guía, y él me entendió... a la luz de una luna casi llena y envuelto en la única manta que llevábamos, me dormí.

⁴⁵Cacique mapuche. *

Era esa la casa de una mujer sola: no había artículos masculinos a la vista, ni juguetes ni elementos escolares... ni demasiado orden. Por acá y por allá había pilas de papeles desordenados, libros abiertos retirados del camino a las

apuradas, recordatorios pegados por cuanto rincón tuviera la mesa, un par de anteojos abiertos que estaban siendo observados por el rostro furioso de un dinosaurio desde el monitor de una Notebook. Sí, yo conocía bien ese tipo de ambientes: indudablemente, estaba en medio de una investigación.

Todavía no entendía yo muy bien qué hacía allí, y necesitaba sacarme la duda cuanto antes, porque sentía que comenzaba a quemarme la cabeza. Algo seguía oliéndome mal y no era el bendito gato que buscaba escaparse de su dueña... maldita distracción... ¿en qué estaba pensando?

*

Me despertó un grito como de guerra, un rugido espantoso y la descarga de un arma... pero no sé si fue en ese orden. No recuerdo mucho más: el animal mordía a mi padre en una mano, recibí un zarpazo, disparé... y comimos puma los siguientes días. Sé que lloré mucho, sé que me dolía mucho, sé que aún tengo las garras marcadas en mi hombro y sé que me hice hombre... y uno importante: a los ojos de mi padre, yo era un héroe «en frasco chico».

*

—¿Pablo le habló de mí? —No sabía cómo romper el hielo: con Pedro inoperante, me daba la sensación de que toda la situación se me estaba yendo de las manos.

—Sí, muchas veces. Me dijo que fueron buenos amigos y que, a pesar de la distancia, se mantenían en contacto de vez en cuando. Eso era cierto; pero no con la frecuencia que hubiera sido esperable después de aquella experiencia de campo.

—Sí, sobrevivimos a aquel viaje... y puede decirse que nos convertimos en buenos amigos; incluso siendo tan distintos... teniendo intereses tan diferentes y sabiendo que, una vez recibidos, probablemente nuestros caminos no volverían a cruzarse con facilidad. Su papá me ayudó mucho mientras viví por acá.

—¿Está bien de azúcar? —Asentí con la cabeza.

Sin decir más, se levantó y se dirigió hacia alguna de las habitaciones. Fue entonces cuando percibí el duelo de miradas entre el pobre gatito y el

brujo.

*

Era raro, muy raro. De pronto, creí que el gato *ese* me odiaba menos que a su dueña. No sé qué me causó semejante sensación, porque con ella se mostraba sumiso, cordial y cariñoso, al menos en nuestra presencia. Sonreí y él se relajó más que yo.

*

Llegó con un objeto bastante voluminoso tapado por una chalina. Tenía una forma peculiar y yo sabía muy bien de qué se trataba.

Colocó el preciado tesoro sobre la mesa y lo descubrió: el magnífico reloj de péndulo se exhibió en todo su esplendor como si quisiera hipnotizarnos con sus destellos dorados y su madera lustrosa. Me dio cierto escozor pensar que tenía que llevarlo conmigo.

Me alcanzó un sobre en el que claramente se leía mi nombre escrito con tinta azul lavable: sí, era de Pablo.

—Me dijo que llegado el momento, usted entendería.

*

No podía ser «esa» Ángeles. No. Debía haber otra. «Algo que duela» es la premisa del sacrificio; y esa mujer no podía dolerme... ¿Quién era? La hija del compañero de mi amigo cuya existencia él mismo ignoraba... loco, raro, pero indolente.

Aunque si... ¿Qué posibilidades hay de que un hombre como yo pudiera, digamos... enamorarse?

5 Sueños y más sueños

*Donne aux rêves que tu as oubliés la valeur de ce que tu ne connais pas*⁴⁶. Paul Éluard *Le Jugement Originel*

Con una decisión bastante pobre, tomó entre sus manos el sobre que Ángeles le había dado y lo abrió mientras sentía la mirada del otro sobre sus hombros, aunque estaba sentado del lado opuesto de la mesa. Todavía no era capaz de entender cómo Pedro estaba compartiendo con él una curiosidad tan consumada, porque los motivos que los llevaron a esa situación parecían diametralmente opuestos. Tampoco le quedaba demasiado en claro por qué no había recibido reproches por su decisión de no quedarse con el reloj que Galván le había legado. Encontró, dentro, un papel y una llave. Observó con atención el pequeño trozo de bronce y buscó en su mente el recuerdo que necesitaba para entender su significado pero, tal vez por la presión que sentía o por cierta tristeza mezclada con culpa que comenzaba a invadirlo, no lo encontró. En cuanto a la hoja, si bien la miró con cierta vacilación, no le tomó más que uno o dos segundos prepararse para desdoblarla y, cuando, por fin lo hizo, apenas tuvo la capacidad de contener una expresión de sorpresa y extrema confusión: lo que debía ser una carta, estaba totalmente en blanco.

Me siento atorado. No sé qué me pasa... ¿Por qué estoy así? Me encuentro bloqueado... otra vez.

⁴⁶Da a los sueños que olvidaste / El valor de lo que no conoces.

Por la ventana del hotel hubieran podido ver cómo el cielo se estaba volviendo de un gris intenso aunque, por el momento, no amenazaba con lluvias o catástrofes eólicas sino con ese frío que Julián Sinclair odiaba tanto y que tan bien había aprendido a conocer siendo estudiante en La Plata: horriblemente húmedo. El viento se había hecho más persistente y parecía tener intenciones de rotar hacia el este. Hubieran podido verlo, pero no lo hicieron... El gran espectáculo estaba dentro.

Con las ideas muy a la deriva, observó el papel como si tuviera mil caras y la necesidad de inspeccionarlas una a una fuera inevitable. Lógicamente, no

halló nada.

—Es una broma... No puede ser otra cosa —dijo.

Cerró los ojos intentando verse sentado en un banco de la plaza Moreno viendo más allá de las cúpulas neogóticas de la Catedral y recordar la voz de Pablo Galván mientras le contaba los pormenores del último parcial o del desarrollo de su tesis, intentando recordar cómo leerle los gestos o qué significaba cada inflexión que daba al hablar... Tan solo intentando... Se sentía bloqueado, lento. Tal vez por eso no se dio cuenta del momento exacto en que Pedro le arrebató el pliego de papel y tomó la iniciativa de lo que debía hacerse.

La sensación es espantosa. Conozco esto... pero, es extraño, mi mente se niega a saber.

—Limón —le escuchó decir.

—¿Qué?

—Que huele a limón. ¿Necesitás que te explique?

—Yo no olí nada... ¿Cómo? —Y ahogó un suspiro—. Devolveme eso.

—Extendió la mano aguardando la reacción de Pedro—. Gracias. Esperame acá: voy a ver si consigo un encendedor. Ya vengo.

Sintió cómo su amigo lo tomaba del brazo para detenerlo y no le agradó mucho esa sensación. Se estremeció. Todavía le escocía el contacto con el hijo del lonko, y por fin, él se había dado cuenta. —¿Me tenés miedo?

No le era propio, pero Sinclair sintió el sonrojo que la vergüenza le estaba produciendo.

Hay algo más en todo esto. No tengo recuerdos. Alguna amnesia fantástica me envuelve. No puedo pensar. No siento nada.

—Mirá, no es exactamente eso... Tenés que entender que las cosas cambiaron mucho... demasiado, y yo...

Pedro lo obligó a sentarse en la cama mientras hacía lo propio en una silla que colocó frente a su amigo de la infancia.

—Yo entiendo: que las cosas cambiaron mucho ya lo sabemos desde hace como un año y pico; lo que realmente no termino de entender es por qué todavía no lo aceptaste.

—Yo tampoco. Necesito tiempo.

—¿Más? Pasame el papel.

—Todavía tengo que ir por fuego. No traje encendedor ni fósforos ni nada. Como no fumamos y no estamos de campamento... —Dame, te digo: no me hace falta.

—¡Ay! ¡Mierda!

Un trauma... un trauma... estrés postraumático.

Pronto, Julián sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. «Un terremoto», pensó; pero recordó que se había alejado de la zona sísmica lo suficiente como para comprender que si el piso no se tambaleaba, entonces estaba por pasar del miedo al terror y eso le hacía perder el equilibrio, incluso, estando sentado. Un pequeño movimiento casi imperceptible de Pedro provocó...⁴⁷
48 49 50

(¡Uf! Bien). Julián devolvió el gesto de astucia y complicidad que Pedro se había empeñado en dar a su rostro con una mirada de absoluta incredulidad. Entonces, escuchó un murmullo y vio a su compañero salmodiando algo: era imperceptible, pero inundó la habitación con un aroma extraño, una suerte de madera y durazno... o algo así, con tonalidades (en su mente se vio como parte de una orgía sinestésica que lo embriagaba) ambarinas y fluorescentes que destellaron en sus palmas cuando las volteó hacia arriba dándole a entender que allí mismo quería la carta. Julián, por fin, accedió. La atmósfera se volvió placentera, cálida... No. Cálida sí... pero en extremo perturbadora.

Pedro pasó sus manos por el papel hasta que el calor que desprendían activó el ácido cítrico haciendo que unos garabatos, primero, y unas letras, después, comenzaran a aparecer de a poco. Finalmente, el mensaje quedó claro.

¿Qué puede ser tan terrible? El viejo aquél, el del campo, Julián, el reloj... ¿el reloj?.

En tanto, la nariz de Sicclair se frunció y logró contener un estornudo alérgico cuando el ambiente fue llenándose lentamente con el inconfundible olor a papel chamuscado. Fue entonces que su alma decidió tomar el control de su cuerpo y de su mente, y se dio cuenta de que en ese preciso instante

había dejado de lado su racionalidad sin saber bien hasta cuándo...

—¿Qué dice?

—Ni idea: es incoherente.

—¿Puedo ver?

⁴⁷ No, Andrea, no fue así: no era miedo... que no, terror tampoco: era desconcierto (Nota de Julián Sinclair).

⁴⁸ ¡Perdón! Si vos decís... pero quiero dejar bien claro que no te creo nada (Nota de la Autora).

⁴⁹ Yo escribiría «Cagado en las patas», pero a Andrea no le gustan las malas palabras innecesarias (Nota de Pedro Nampëlkan).

⁵⁰ Eso me pasa por no usar narrador único y omnisciente... les estoy dando demasiada libertad a ustedes dos (N. de la A.).

K 3 L E C M K Ñ U C Ñ M B Ñ D Y N Ñ C E F R N K
C Ñ L K C Y V Y M I Ñ N W Y N
B Ñ Z K B K D Y N Y Z Y B V R
C Y F W Ñ Y Ñ B M . Ñ N B K L Y M R E O

—¡Ay, no! —exclamó, al tiempo que cerraba los ojos, no tanto como para contener un suspiro de resignación sino para intentar recordar una conversación que había tenido lugar hacía muchos años no muy lejos de donde estaban: plaza Moreno era lo único que llenaba su mente.

—Necesito salir a pensar —dijo. Se puso el abrigo, metió la nota en un bolsillo, tomó la llave de la habitación y esperó un momento tratando de dilucidar si Pedro lo acompañaría o no.

La mitad de mi vida esperando algún acontecimiento extraordinario y, cuando por fin sucede, no soy capaz de afrontarlo serenamente.

Ambos salieron del hotel saludando con amabilidad y se dirigieron en dirección a la Catedral a paso vivo. De camino, Julián sacó un par de fotocopias «de respaldo», dijo, y compró un paquete de papas fritas y otros *snacks*. Explicó, algo torpemente, que seguir ciertos procesos de razonamiento siempre le daba hambre.

Pedro, por supuesto, estaba cada vez más perplejo... así, sencillamente, porque no podía entender cómo las ideas de alguien eran tan endebles que

dependían de cosas tan simples como «adentro», «afuera», «papas fritas»... Él pensaba sin ningún tipo de preámbulos ni *espamentos*: siempre había tenido la capacidad de abstraerse del mundo exterior y crear su propio universo único y majestuoso. Aun allí dentro, no podía olvidarse de los ojos de esa mujer, ¿qué tenían de especial? Pupilas, iris, córneas... magia, tenían magia... y él era sensible a ella... a la magia... ¿o a *ella*? Ahora creía más que antes que Sinclair se había equivocado al no aceptar el reloj... algo oscuro había allí que le helaba la sangre, algo que incluso él desconocía... Tal vez el enigma de esa carta le permitiría regresar por ella... eh, por el reloj... por ambos, acaso.

No tengo que entender a Pedro... solo aceptarlo. No tengo que entender a Pedro... solo aceptarlo.

Por fin, Julián se detuvo frente a la Catedral. Suspiró, cruzó la calle y se sentó en el quinto peldaño de la escalinata de acceso, arriba, demasiado en el medio; de modo tal que algunos de los pocos que pasaban por allí distraídos lo miraban sorprendidos y se veían obligados a esquivarlo. Pedro supo que tenía varios minutos para estar a solas y decidió entrar al templo, y lo hizo sin persignarse pero con un profundo respeto.

La primera vez que Julián Sinclair vio la catedral de La Plata fue un par de meses antes de comenzar el primer año de la carrera de Historia, cuando llegó a la ciudad buscando una pensión con la intención de tener más oportunidad que otros (con muy buen tino, por cierto), y la verdad es que apenas le impactó. Algunos años más tarde, habiendo ya profundizado sus estudios en la Universidad, se sorprendió descubriendo el imponente templo, aunque lo hizo desde una perspectiva un tanto racional: lo que más le sorprendió y conmovió fue su luminosidad y su revestimiento de ladrillo. Curiosamente, no fue hasta que se convirtió en un estudiante avanzado y tuvo la oportunidad de viajar por Europa asistiendo a diversos congresos y simposios, que le añadió un nuevo valor: su solitaria estampa neogótica, ya con las torres terminadas, le señalaron un contraste con la falta de perspectiva de las catedrales góticas y neogóticas de Europa; por eso, entre otras cosas, para él, la catedral de La Plata pasó a representar el triunfo de la luz, y de la limpieza de líneas. Otras que hubo visitado, como las de Sevilla, Barcelona o Madrid, le dieron la sensación de ser mucho más pesadas u oscuras pese a las

riquezas de su ornato. En su modesto modo de ver las cosas, la catedral de La Plata suplía todos los defectos del gótico y realzaba todas sus potencialidades. Y no solo eso, esa sensación de luminosidad, de pronto, comenzó a sentirla también en el alma y se convirtió en un elemento necesario en su ya cargado ritual de estudio: sin ser un hombre religioso, notó que no podía dejar de verla antes de enfrascarse en su pila de libros y fotocopias, como si su sola presencia bastara para darle claridad y aplomo a su mente.

Tengo que liberarme de los prejuicios. Es la única manera. ¿Qué hay de Pablo?

Pese a todo, a sentirse momentáneamente subyugado, todavía seguía creyendo que el mejor templo para cualquier culto era la *Ñuke Mapu*⁵¹, proveedora de grandes bienes y de la vida misma... No, ese ámbito artificial no era para él.

Salió solo para encontrar a Julián igual que como lo había dejado. «No existen las coincidencias», se dijo, cuando notó que ciertos acontecimientos convergían en el mismo y único punto en el tiempo: Sinclair, absorto en sí mismo, permaneciendo sentado en su escalón en medio del paso; un auto dando un frenazo a pocos metros, sobre 14 y llegando a la calle 53 y un joven ciego saliendo apresurado de la Catedral y bajando a paso vivo la escalinata en la única dirección posible para tropezarse con el historiador. Pedro quiso correr para evitar la caída, pero supo que no llegaría... supuso que dar la voz de alarma no resultaría tampoco por lo que, instintivamente, hizo un ademán al tiempo que el joven se llevaba por delante a Sinclair y comenzaba a caer escalera abajo enredado con él. Sí, hizo un ademán como si con él pudiera contener al muchacho en el aire... y lo consiguió. Un ademán acompañado por palabras que solo él conocía. Un ademán mágico... un sortilegio, en realidad... y nada más bastó para que notara que desde el interior de sus entrañas surgía el poder que le permitía hacer algo bien, y supo que esa sensación le causaba placer en su alma entumecida por sus viejos pecados, esa sería una forma, pues, de equilibrar los tantos.

Ayúdame a entenderte. Necesito saber. No puedo ni debo temerte.

⁵¹Madre Tierra en mapudungún. La naturaleza como un todo, en relación de

reciprocidad con el ser humano.
Así, me siento libre.

—Este soy yo, y no soy tan malo —dijo, y deseó que el otro disfrutara cada segundo del tiempo que le llevaría tratar de entender por qué se había sentido elevado en el aire y depositado con suavidad embriagante en la vereda, metros más abajo.

La grosería que Julián había comenzado a decir cuando el golpe en la espalda lo sacó de su encantamiento quedó inconclusa al tomar conciencia de la escena en su plenitud más pasmosa y ver a Pedro con los brazos extendidos como si con ellos sostuviera el peso del joven.

—¿Estás bien? —le preguntó, colocando en sus manos temblorosas el bastón blanco que había caído algo más allá. —Sí, sí... no sé qué pasó... gracias...

Le alcanzó su mochila y lo vio irse. También vio a su amigo sonriendo.

—No voy a preguntar... creo... por ahora.

—Mejor.

¡Lo tengo!

—Es un criptograma.

—¿Qué cosa?

—La nota. A Pablo le gustaba la criptografía. —¿Y qué dice?

—Ni idea... pero creo saber qué hacer.

—¿Y la llave?

—Ni para empezar.

—Busquemos un cerrajero, a ver qué nos puede decir. —Antes, necesito tu ayuda: haceme recordar.

—Regresemos: este no es el mejor lugar para lo que me pedís. Y la verdad, no sé si eso es una buena idea.

6 Paisaje kitsch

*Ἐ γώσφ' ἀπείργω, δυσφόρους ἐπ' ὄμμασι
γνώμας βαλοῦσα τῆς ἀνηκέστου χαρᾶς...*⁵²

Sófocles *Ayax*, 51-52

DIARIO DE JULIÁN SINCLAIR: Viaje a La Plata, día... ni idea.

No recuerdo haber regresado al hotel, ni haber cenado ni, mucho menos, haberme acostado a dormir. Tampoco creo que hayamos visto, Pedro y yo, un cerrajero. No. Todo estaba confuso; excepto que esa mañana, la mañana siguiente a lo que sucedió en la Catedral, cuando por fin desperté, mi amigo se había ido.

Mi mente estaba en blanco, y siguió en blanco durante bastante tiempo aun estando consciente de mi entorno, tanto que todavía hoy no recuerdo nada de lo que... ¿o sí? Ahora que lo pienso mejor, creo haber tenido una pesadilla, algo así como quien sueña una novela de terror o una película tipo *thriller* (aunque nada similar a esas que hoy se denominan *gore*)... no una que yo haya visto y que se me hubiera grabado en la mente, sino una de la que, de algún modo, yo mismo era el protagonista.

No es difícil observar que la literatura de miedo, no la de terror, repite ciertos clichés reconocibles a simple vista: el ámbito nocturno cargado de una atmósfera onírica, la llegada marcada y lenta de la medianoche, la luna llena con su blancura iridiscente, los bosques llenos de peligros, los cementerios abandonados, las cuevas, las iglesias derruidas, las ruinas de antiguos castillos, los lagos escondidos... Para los que recuerdan alguna lección básica de la escuela, muchos de estos tópicos fueron utilizados por los poetas románticos y neorrománticos: basta leer algo de Espronceda o Bécquer y, en otra línea mucho más gótica y simbólica, Poe. Qué es lo que hizo que generaciones de autores y lectores valorizaran y recrearan estas bases hasta el hartazgo, bien, es algo que no me queda demasiado claro: no soy literato, estudié Historia... Tal vez exista en la realidad (la tangible, la fáctica, la nuestra y no en la literaria o la de la mente de locos o perversos) alguna pista superdotadamente oculta: yo, la verdad, no lo sé.

52 Yo lo alejé de allí con imágenes artificiosas que le eché a los ojos.

Y sin embargo, la realidad no parece ser tan distinta de las pesadillas devastadoras de almas que relatan los cultores del terror psicológico.

El alba acompañó hasta el portal custodiado de los montes a una nube vieja cansada de andar la noche, todavía con restos de colorete en las mejillas y el labial un tanto escurrido después del incidente con la lluvia de hacía unas horas. Se retiró rauda, como si ya no quisiera verla. El nubarrón conservaba el negro del contorno de los ojos, igual que lo que el mundo imagina de la fatídica Cleopatra o ha visto de Nefertari: ese delineado vigoroso, grueso e infalible coronado con sombras azules o violáceas queriendo mostrar la grandeza de un antiguo y poderoso linaje que el tiempo ha perdido o el descuido de las generaciones ha pisoteado. La cabellera de tormenta se desplegaba en lo alto ajetreada, difusa, prominente, con una hebilla de luna asomándose de tanto en tanto entre las canas ensortijadas. Sabía que estaba a punto de destruirse en aguacero. Temblaba de frío y no tenía cerca ningún abrazo potente que la apaciguara sino más bien lo contrario: sentía llegar de lejos las recriminaciones que la convertirían en el origen de todos los estragos. Dejaba un aroma rancio, a perfume barato, y a tierra húmeda esparcido por doquier con cada paso incierto, acompasado con el palpitar ululante del trueno que movía el motor que aún la mantenía con vida. No quería morir y, sin embargo, sabía que la esperaba un plano de existencia superior, bello y perverso a la vez, como esas «blondes femmes fatales» de las películas de los '50: así de traicioneras, así de bellas, así de repetidas. Pero «ya verían» aquellos que la consideraban una prostituta barata: no tardó en desangrarse en chubasco y luego en un torrente aterrador y lastimero. Gimió de dolor, chilló embravecida. Se estremecieron, entonces, el valle y las montañas del collado con cada grito suyo pensando que la muerte, a veces, regala vida... a veces. La nube estalló en tormenta y, luego, en una fuerza descontrolada que estremeció la tierra. Tal vez, en esta ocasión, no fuera lo fecunda que se esperaba... tenía un aspecto maléfico y destructor de pueblos. Se vengaba de los largos oprobios.

Fue una tempestad breve e imponente, sí, debido a sus terribles consecuencias: árboles arrancados de cuajo, arroyos desbordados, lodo deslizándose cerro abajo. El cielo trajo la noche antes de tiempo... y, luego,

todo en torno calló.

Con esa negrura perversa rodeándome, sin saber hacia dónde, yo corría.

Sí, corría bajo ninguna estrella titilante y ninguna luz de luna solidaria (ni ambarina ni luminiscente ni agónica) que quisiera señalarme algún camino o mostrarme dónde estaba. Podía sentir en el rostro los chicotazos traicioneros de ramas que no lograba ver y mis pies castigados por rocas que se escondían en el barro. Iba descalzo. No creía estar ciego (eso era, tal vez, lo peor) pues estarlo hubiera sido un alivio. Así como estaban, las cosas eran sencillamente desconcertantes... todavía.

Me vuelve loco soñar lo mismo una y otra vez... siempre corro, pero esa vez hubo algo diferente: la profunda oscuridad.

Me sumí en la desesperación hasta que, por casualidad (o causalidad mágica) vislumbré un pequeño destello al frente y algo a la derecha de donde me encontraba. No era mi imaginación, estaba seguro de ello (después de todo era mi propio sueño), pero sí era lo suficientemente débil como para perderse en semejante atmósfera y, para que eso no ocurriera, instintivamente, me acerqué.

Cuando era chico tenía la costumbre de irme en bicicleta hasta el Nahuel Huapi (siempre viví en Bariloche) con un grupo de amigos buscando aventuras que hoy considero ridículas, porque, al final, nunca nos alejamos tanto de los centros poblados. Recuerdo que alguien, alguna vez, nos preguntó qué hacíamos «por estos lugares tan tarde» y nosotros, sencillamente, le respondimos con la mayor seriedad que nos fue posible: «Estamos buscando vampiros, hombres lobo y otras cosas interesantes; y, si tenemos suerte, a lo mejor podemos ver a Nahuelito⁵³». En una de esas excursiones pseudo-aventureras vimos el momento en que un perro se cansaba de «jugar» con un gato: le había abierto la panza y las tripas comenzaban a asomarse por ahí... el infortunado animalito todavía intentaba mantenerse en pie (no sé si por instinto, orgullo o un simple reflejo de sus pobres músculos) pero, después de unos cuantos pasos, terminó por caer de cabeza dándose la cara contra el suelo y enrojeciéndose con su propia sangre. En ese momento, Pedro, que era parte de ese «grupete», vomitó.

⁵³Monstruo que, según dicen, habita las aguas del lago Nahuel Huapi a semejanza de Nessie en Loch Ness.

En aquella inmensa negrura, yo me sentía como el gato.

Caótico. El mundo se había vuelto caótico y mi espíritu con él. Me acerqué a la luz lo suficiente como para notar que se trataba de un pequeño fogón que consumía unos leños acomodados con esmero y eficiencia. Atizándolo por aquí y por allí había un hombre que guardaba un silencio tan profundo como la oscuridad que se había convertido en reina y señora del mundo. Cada tanto, un leve chisporroteo me recordaba que todavía estaba vivo y venía a alegrar, de alguna manera, apenas un poco el sentimiento de intimidación que provocaba la noche fría y húmeda. Creí incondicionalmente en el fuego sin detenerme a pensar que su sola existencia era imposible, ¿cómo no serlo si todo estaba mojado y el suelo se había transformado en un lodazal? En el sueño, creí también en su magia.

El hombre habló en un lenguaje irreal, uno que no es de este mundo (y, creo yo, que de ningún otro). Una lengua que era el compendio de todas las lenguas a la vez, las que existen, las que subsisten hoy y las que habrá... inmediatamente recordé aquel personaje de Umberto Eco, Salvatore⁵⁴, perdido en todos los dialectos y, al mismo tiempo, en ninguno. Tal vez el fuego me devolviera aquella capacidad de entender todos los idiomas que alguna vez había experimentado. Sí, yo ya había tenido una experiencia como esa... en otro tiempo, en otro lugar, en otro sueño.

—¿Dónde estoy? —balbucí.

Pero no respondió nada.

El silencio era insondable.

La negrura devoraba de la luz, hasta la misma idea.

Entonces, consideraré mejor lo que quería preguntar (bien sabía que estaba soñando por lo tanto, lo que había dicho era, por lo menos, estúpido).

—¿Quién es usted?

⁵⁴Eco, Umberto. *El Nombre de la Rosa*, 1980.

Levantose, pues, Chiwai, la Niebla, Desde lo más profundo de la Ñuke

Mapu⁵⁵ Para tomar con sus manos el liwe⁵⁶ Que se me escapaba por la boca.

*

El extraño sonrió.

—¿Por qué estoy acá?

—¿Sabés qué es «acá»?

—Mi sueño...

—¿Nada más?

—Acaso mi alma sea un compendio de saberes que nunca voy a poder entender... ¿«Acá» es la expresión de «eso»?

—Todo depende de tu feyentun⁵⁷.

—Yo no tengo fe... no sé si alguna vez la tuve.

—La expresión de tu duda, la conciencia de tu propia ignorancia es lo que te libera de las ataduras que te esclavizan a las ideologías del mundo.

—¿Entonces?

—Entonces, esto que estás soñando no es más que el símbolo de tu liberación interior, liberación a la que te resistís en forma desmedida, con cuerpo, mente y espíritu, como si el cambio fuera pecaminoso, como si tu alma se condenara al aceptarlo.

—¿Significa que voy a ser otro?

—Sí, pero no quien vos quieras sino quien debas ser para el mundo.

—¿Cómo mi amigo que ahora es un kalku?

—Kalku es una pobre definición. Es quien es más allá del que él cree su linaje y su cultura. Sí, es quien es y será más... aunque solo no puede.

⁵⁵La Madre Tierra en la cultura mapuche. ⁵⁶Del mapudungún: Soplo de vida.⁵⁷Del mapudungún: Acto de fe.

*

*Viento de oeste, dame tu peutuwe⁵⁸, Que mi alma desnuda corre
Tras el pensamiento puro y no lo alcanza. No es mi corazón valiente, no:
Quiero ser el weichafe⁵⁹ que, como Leftraru⁶⁰ Defienda su raza de la noche*

oscura.

*

—No pienso ser el ayudante del héroe: los tipos como Watson y Sancho Panza nunca me gustaron. Me da escalofríos pensar que podría estar a la sombra de Pedro (con lo oscuro que se volvió)... o lo que sea que ello signifique.

—Dungulve: profeta de lo oculto.

—¿Eso es Pedro?

—No, mi peñi⁶¹: ése sos vos... ¿o acaso este es tu primer sueño?

*

Fluye libre por mis venas

*La voz de los pueblos que han sido, La esencia de los pueblos que son, La esperanza de los pueblos que serán **

58Oráculo.⁵⁹Guerrero.

60Lautaro.⁶¹Hermano.

—No soy mapuche, ninguno de mis ancestros lo era... no comprendo.

—¿Todavía no entendés? ¿Qué más da si mapuche, winca, galés, celta, atrida, zulú o nipón? ¿Realmente no lo ves? Tu capacidad de entender la especie humana como un todo sin importar las culturas y las religiones... o, mejor, tu capacidad para encontrar las coincidencias, te hace único. No hay muchos que puedan ver las cosas más allá de lo que son.

—Pero, no solamente no tengo fe, sino que tampoco creo en la magia...

—Pensá bien... ¿esto es magia?

—No estamos hablando de Pedro, ¿no?.

*

Liwen⁶², llena mis ojos,

Inunda mi alma dormida... ¿Quién soy? ¿Quién soy? ¡Que la lluvia lleve mis dudas!

* la muerte. Miré hacia otro lado, hacia el sur, y de inmediato supe dónde estaba. ¿Por qué no había escuchado el murmullo del agua corriendo

a mis pies? Conocía bien ese lugar que coronaba la imponente Cabeza de Indio... estaba de camino hacia la renü de la Cascada Escondida, donde Pedro se había formado como kalku. Junto a mí, el río Azul parecía querer contarme un secreto.

—¿Por qué sueño con el mundo mapuche si no lo soy? —Porque tu corazón siente que debe compensar algo... ¿una traición?

*—Por eso está todo oscuro...
—Volvé a mirar.*

Así como antes el día se había vuelto noche, ahora el manto de la oscuridad traicionera comenzaba a hacerse jirones, pobres harapos de la mendiga merodeadora de almas... no, no quería verle el rostro a

⁶²*Del mapudungún: Amanecer, aurora.*

—¿Qué debo hacer?

—Conseguir que el río regrese a su cauce.

No, Pedro no estaba.

Me desperecé, más por una vieja costumbre que por necesidad del cuerpo, intentando con desesperación concentrarme en la idea de que, al menos por un rato, no quería pensar en nada. Lógicamente, no me fue del todo posible. Incluso mientras me duchaba la preocupación por lo que vendría iba *in crescendo* como mi voz cantando ya no me acuerdo qué. Me preocupó darme cuenta que cantar tampoco ayudaba.

Me vestí al tiempo que miraba por todos lados buscando las fotocopias que había sacado la tarde anterior: las encontré, no sé por qué, sobre el televisor; las tomé junto con una libreta de notas y bajé a desayunar. Sentado a la mesa lo único que mantenía ocupada mi mente era descifrar el mensaje que me había legado mi viejo compañero de Facultad; así que opté por dejar a un lado el café con leche y el plato con las medialunas y coloqué frente a mí cuaderno y criptograma con la intención de comenzar a trabajar con ellos y verificar si mi teoría era correcta. Sentía hambre y tenía toda la intención de alimentarme bien, pero el entusiasmo me ganó y comencé por revisar los dos primeros grafemas que, estaba seguro, iban a darme la pista de cómo

seguir⁶³⁶⁴.

⁶³ Versión 2 (originalmente pensada para un relato en tercera persona):
«Sentado a la mesa hizo a un lado el café con leche y el plato con medialunas intentando concentrarse en el criptograma que tenía frente a sí. Pero, ya sea porque no recordaba haber cenado o por los nervios (que le resultaban similares a un pre-examen) que estaba sintiendo en el estómago, devoró todo lo que el mozo le había servido y, solo cuando pidió un tostado y más café fue capaz de darse cuenta de que había estado actuando con una compulsión desmedida... también lo ayudó el notar una serie de gotitas

En eso estaba cuando, con el rabillo del ojo, vi a Pedro acercarse hacia la mesa en la que me encontraba llevando bajo el brazo un paquete cuyo contenido se hizo demasiado previsible para mí.

oscuras que comenzaban a desdibujar el impreso que, ahora, creía imprescindible. Sin más, retiró la primera copia con una mueca de desdén, y se puso a trabajar con la siguiente».

(Nota de la Autora) ⁶⁴No me siento bien con esto... (Nota de J. Sinclair).

7 Luces...

*Ma due occhi che ti guardano così vicini e veri Ti fan scordare le parole confondono i pensieri.*⁶⁵ Lucio Dalla Caruso

Hacía más de media hora que el despertador le había gritado, desde una mesita de luz sobrecargada de chucherías, la conveniencia de levantarse, pero no le había prestado atención: esa «cosa» no iba a poder con ella. Tal vez por eso todavía no estaba del todo despierta ni tampoco del todo vestida cuando se sobresaltó con el sonido del timbre o con el ritmo que alguien se obstinaba en impartirle: dos veces seguidas, luego otra y una más. Sintió cierto pavor, no por la combinación en sí misma sino porque durante todo el día anterior se había obstinado en comprobar, en varias ocasiones, que el aparato aquel seguía sin funcionar: no lograba entender cómo habían hecho los dos hombres para que con ellos sí desempeñara su función sin quejas ni dilaciones.

Se terminó de arreglar en unos pocos segundos, al tiempo que buscaba asomarse a la ventana para ver (sin estar determinada a cerciorarse) quién estaba afuera, aunque no fue lo suficientemente rápida como para evitar que el hombre gris tocara de nuevo: dos veces seguidas, luego otra y una más. Se negaba a reconocerlo pero, cuando lo hizo, experimentó un pequeño temblor convulsivo que se acrecentó en el momento en que le hizo señas de que debía aguardar un momento más. «Es un tipo extraño», pensó y, sin embargo, eso, lejos de causarle recelo, le provocaba curiosidad. Suspiró. Creyó oír un maullidito quejumbroso y casi imperceptible que provenía del dormitorio y prefirió no hacerle caso: se había levantado con la idea de que el pequeño felino iba a estorbarla todo el día y optó por no malcriarlo tanto. Todavía se sentía algo somnolienta. Tomó las llaves, se pasó la mano por el cabello con la habilidad de quien está acostumbrada a los mechones rebeldes, infló de coraje sus pulmones, abrió la puerta y salió. Hacía más frío que el que había calculado y sentir la cara helada la obligó a salir corriendo, aterida como pocas veces antes, pensando que se congelaría en el trayecto de la casa a la reja del frente (más aún, por un pequeño instante, dio en imaginarse con

escarcha en las cejas y la nariz convertida en una grotesca estalactita). Pero nunca habría de ocurrir: sin saber muy bien de qué manera, descubrió el peso de un abrigo cálido y confortable sobre sus hombros, y que suave, muy suavemente, era conducida de regreso al interior placentero de su hogar. Comprobó, con demasiada naturalidad para su gusto, que tal cosa no le causaba extrañeza... tampoco que el hombre hubiera entrado estando la cancela cerrada con llave.

⁶⁵Pero dos ojos que te miran *tan cercanos y ciertos*, te hacen olvidar las palabras / confundiendo el pensamiento.

—Mire... disculpe: sé que esta no es una hora adecuada para visitarla pero necesitaba hablar con usted así que...

—No se preocupe, ¿Pedro, verdad? Es el único horario en que me encuentra seguro. ¿Quiere un poco de café? Está recién hecho... yo todavía no desayuné, ¿quiere acompañarme?

—Sí, gracias. Mire, Sinclair amaneció algo enfermo hoy y...

*

Cuando era adolescente me peleé muy feo con Carlos, el hijo del *lonko* de Barranco Chico, el mayor de todos. En ese momento no me importó que fuera seis años y varios centímetros más grande que yo y que, a mis diecisiete y tantos, eso fuera determinante en una riña cuerpo a cuerpo; tampoco me importó la prohibición clara que reinaba acerca de pelearme con «mis hermanos de sangre» sin importar cuán estúpidos fueran o cuánto fueran capaces de insultar.

Tenía los ojos verdes...

Ese día supe que daría todo por defender el honor de mi padre y, con él, el de mi familia: nadie nunca más diría de él que era impuro: «Sangre mestiza», había dicho Carlos, «No es digno de ser llamado *lonko*». «Y tu papá es un come-mierda», le respondí, y nos «trenzamos» ahí nomás, delante de todos y tan en medio de nada como podía estarse en la soledad de la estepa mágica de la Patagonia.

...más terribles que los del gato...

Terminé con la ropa toda ensangrentada, el labio partido y algunos

moretones: el más notorio, en el ojo derecho. A Carlos le saqué un diente y re rompí la nariz. Me dio tanto placer ver que sangraba más que yo que ese día supe que podía con uno de bastante más tamaño, siempre que tuviera la motivación suficiente: esa certeza me daba coraje y poder, también prestigio y la admiración de mis coetáneos... pero no la de los mayores que sintieron que yo los había ofendido como si el insulto hacia mí no hubiera existido o como si lo hubiera proferido yo mismo en su contra... me pidieron un desagravio y, obviamente, yo me negué: en mi mente y en mi corazón, yo había defendido la dignidad de los míos.

...más cautivadores, más amenazantes, más salvajes...

Y, por supuesto, no sería lo peor. Lo realmente pavoroso, lo que me marcó para toda la vida, lo que me resultó imposible de manejar, fue que Carlos tuviera razón. Todo lo hubiera soportado: un castigo de silencio, el rechazo de los ancianos, el enfado de mi familia, la tristeza de la *machi*⁶⁶... pero ahora todos los cimientos sobre los cuales había construido mi vida estaban cediendo bajo el peso de una verdad que lo sobrepasaba todo... no era digno y a mi padre no le importaba; es más, me había escondido esa realidad tan terrible porque creía que no podría soportarlo; pero lo que yo realmente no podía ni quería tolerar era su apatía hacia tal estado de las cosas. También su desidia cuando atacaban a los de mi raza o, tal vez, ante eso, algún morboso principio de placer.

⁶⁶En la tradición mapuche, una suerte de hechicera benévola. *...más faltos de vida... o con exceso de ella.*

Fue, por entonces, no sé bien qué día, tal vez unos meses o años después o tal vez eones, que decidí que seguir viviendo allí no tenía ningún sentido: yo ya no sería un Nampëlkan.

Eran hermosos... era hermosa.

La vida me lloraba cuando me alejé del hogar de todos (o casi todos) mis ancestros, nada sonreía, ni los niños que debían estar jugando en la canchita ni mis hermanos a los que les había regalado lo poco de pertenencias que no me llevaba... y no es que tuviera muchas. Pero tampoco nadie parecía estar triste (excepto tal vez, por mi madre detrás de sus ojos cerrados). Mi bolso y

yo pasamos en medio de ellos como si de piedras se tratara y ya no regresé hasta que tuve un claro motivo para hacerlo: ayudar a William.

Temblaba de frío...

Los viajes son más largos cuando no se tiene dinero para costearlos o cuando el rumbo es incierto. Solo sé que fui hacia el norte... muy al norte: quería alejarme lo más posible de ese mundo anticuado y polvoriento.

...y yo no pude soportarlo:

Aunque, sin saberlo entonces, lo único que hice fue acercarme más a él. *Me había delatado, y ya no podía hacer nada para reparar mi error. Su embrujo era...*

*

Conversaron como si se conocieran desde siempre, con la mesa y el café de por medio, sin otro objetivo que matar el resquemor que Ángeles tenía en el alma. Pedro le contó, entre bizcocho y bizcocho, sobre su tierra y sus costumbres como si de hablar del clima se tratara y ella, sobre un incendio del que nada recordaba y que había destruido todos los recuerdos de su infancia, incluso los que debía guardar en su memoria. Le contó cómo su padre, la única familia que tenía, había tenido que narrarle, al modo de un cuento maravilloso, los momentos más importantes de su niñez. Indudablemente, ella lo adoraba.

Parado sobre la mesa, en el extremo opuesto al que se encontraban conversando, el gatito blanco había vuelto a clavar la mirada en los ojos pardos de Pedro, quien hacía rato había dejado de ignorarlo y se había concentrado en cada uno de sus movimientos, inclusive en aquellos más imperceptibles e involuntarios como el de la respiración o el temblor de los bigotes o el movimiento de las pupilas. Intentaba conocer sus más mínimos detalles porque había comprendido que ese conocimiento, de un modo u otro, le otorgaría un poder único y necesario. El pobre gato no hacía más que estar cada vez más fascinado con él y a él esa actitud le resultaba bastante más que oportuna.

Ángeles comentó como al pasar:

—Se llama Minué. Un día apareció en el jardín y, como «Pancho por su casa», se acomodó en una caja vieja que encontró acá en el porche. Mi papá,

confundiéndolo con otra gata blanca que tenía la vecina lo entró pensando en llevárselo más tarde, y él como si tal cosa se subió a una silla y se puso a dormir. Recién cuando vimos dos gatos nos dimos cuenta de lo que sucedía. Mi papá decidió quedárselo y le puso Minué porque era suave y lento como la danza. Es un gato, como ves... como ve, muy inteligente y con una personalidad muy marcada.

Una breve e imperceptible sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Pedro cuando cruzó su mirada con la de ella. —De vos está bien... en otras circunstancias, hace mucho que seríamos amigos.

El silencio duró un buen rato pero no resultó incómodo. Durante esos minutos, Pedro la observó prepararse otra taza de café y, al igual que antes, la vio colocarle miel y una pizca de canela. Extraña costumbre... Pronto recordó algo que había quedado guardado en un lugar preciado de su memoria: el aroma de la *renü*

—Gracias... ¿Querés más?

El silencio fue y vino entre ambos y Pedro sentía que ya no podría soportarlo: lentamente comenzaba a entender en qué consistiría su renuncia. El corazón le dictaba murmullos que su mente le imploraba acallar.

Un instante después, así, sin más, ella le rogó que se llevara el reloj de péndulo. Le confió en secreto que la ponía nerviosa el hecho de que nadie lo había podido hacer funcionar de nuevo en los días siguientes al deceso de su padre... no, no había sido un acontecimiento violento o traumático, no, no... dijeron que se trataba de una *muerte súbita*, intentaba explicarle ella, aunque ella misma no estuviera muy convencida. ¿Qué a qué hora? Creían que cerca de la medianoche... por eso el reloj *ese* le causaba tanto displacer: sus manecillas habían quedado irremediablemente trabadas a las doce en punto. Tampoco sabía por qué era importante que el licenciado Sinclair lo tuviera, pero si él le hacía el favor de aceparlo ella sería inmensamente feliz: el solo mirarlo le producía un estremecimiento en las entrañas que no podía controlar... como si esa cosa fuera a matarla como, estaba segura, había matado a su padre... su creciente obsesión con él lo había transformado en un ser irreconocible, obsesivo, nervioso, oscuro, paranoico... Le había llegado a decir que la única manera de permanecer juntos era cuidando del reloj del mismo modo que a un objeto de culto: con una reverencia exacerbada y un

temor desmedido e infundado. No, definitivamente, ella no quería el reloj en su casa... y el hombre gris no quería dejarla sola...

*

—...lo envolvió y me lo dio. Me dijo que te lo quedaras sin culpa. Me parece que nos va a hacer falta. Hay algo que no cuadra en todo esto, no me cierra... Siento en la piel que algo no está bien. ¿Vos, qué pensás?

Los ojos de Sinclair se desorbitaron. Pensó que si las cosas seguían con el ritmo que traían hasta el momento ése sería su estado permanente. En su imaginación desbordada, se vio como un sapo de campo o como uno de esos pekineses de ojos saltones... ninguna de las dos imágenes le resultó atractiva y se convenció de que debía serenarse un poco. Parpadeó varias veces y tomó una larga bocanada de aire intentando poner distancia de lo que estaba sintiendo. Exhaló. Se aclaró la voz para que no se sintiera entrecortada por la duda o la sorpresa o el temor.

—¿Cómo cuernos hiciste para...? Mirá, mejor dejá; la verdad, no sé si quiero saber —sonrió y los ojos se le iluminaron con una mezcla de picardía y perspicacia—. Te gusta, ¿no?

—¿El reloj?
—No, bobo, la chica.

Pedro bajó la mirada y, como si eso fuera posible, su semblante se ensombreció todavía más. Pronto descubrió que esa joven mujer traería más problemas que soluciones pero no sabía cómo.

Julián notó al instante la incomodidad que había provocado en su amigo, pero no supo por qué. Intentó pronunciar alguna palabra para aliviar el ambiente, pero no encontró ninguna que sonara apropiada; de modo que optó por cerrar la boca y se obligó a concentrarse en el paquete que el brujo había comenzado a desenvolver. Se trataba de un antiguo reloj de péndulo que había sido utilizado, según él mismo comprobó la primera vez que lo viera, de sobremesa, aunque supuso que, originalmente, había sido pensado para un uso adosado a las paredes sobre alguna peana ahora extraviada. Lo repasó con la mirada y con las yemas de los dedos de su mano derecha: se encontraba bastante mellado por el paso del tiempo, algo ajado aquí y allí aunque tenía señas de haber sido limpiado y pulido con prolijidad, aunque no

con el esmero que le habría proporcionado un curador eficiente. Sabía, por lo que en su momento había investigado junto a Pablo Galván, que databa de finales del siglo XVIII con algunas reminiscencias de estilo Luis XVI: sí, era simple y elegante a la vez, de madera de caoba redondeada, con cuatro columnas neoclásicas vigorosas y acanaladas sosteniendo el cuadrante, llevaba molduras y marquetería de bronce que ostentaba los típicos arreglos florales a la manera francesa. El dial, de cobre esmaltado en blanco, se encontraba bastante despintado y la numeración romana también se había comenzado a decolorar. Tan sencillo era que, de encontrarse entre otros, podría haber pasado desapercibido. A la vista, no parecía tener nada especial, pero...

—¿Pudiste con el mensaje? —La pregunta lo sacó del ensimismamiento que el reloj le estaba produciendo. De alguna manera, agradeció el nuevo sobresalto. Si las cosas estaban así, mejor acostumbrarse. Súbitamente, sintió que le ocultaban algo.

—Todavía no, pero me parece que sé cómo... ¿Querés ver?

Con marcada alegría y un gesto con las cejas, Pedro acercó todavía más la silla para observar mejor lo que Julián estaba por hacer. Él, entonces tomó el celular y le indicó que aguardara un momento.

—*¡Helô, Nain, bore da! ¿Sut mae?*⁶⁷

—Al final no sos tan sesudo... ¡Solo no pudiste!

La carcajada de Pedro resonó con la suficiente estridencia como para que Sinclair se pusiera colorado y el mozo que rondaba por las otras mesas limpiando o haciendo que limpiaba, lo mirara con cara de «Normalmente, aquí nadie se ríe».

—*Da, da*⁶⁸... Hablame despacio... vos ya sabés cómo es esto: mi galés ya no es lo que era...

Y siguieron una serie de saludos, expresiones de sorpresa y el pedido de que ella buscara lápiz, papel y sus anteojos de leer. Julián sabía perfectamente que Nain parecía más un personaje de Agatha Christie al estilo Miss Marple que una jubilada pasiva viviendo una vida de calma y sosiego allá en su casita de Trevelin, en la Patagonia argentina. Le preguntó si sabía algo de

Criptografía y casi al instante se arrepintió porque del otro lado Nain había comenzado a sermonearlo por su falta de atención cuando durante tanto tiempo habían charlado «de estas cosas». Al final, él le dictó lentamente el mensaje y segundos después tuvo que retirarse el auricular del oído para no quedar sordo con las risitas sarcásticas y apasionadas que escuchaba por él. Pudo intuir que por el rostro de su abuela comenzaban a rodar algunas lágrimas: la risa tendía provocarle ese efecto con bastante facilidad. Escuchó atentamente lo que siguió después: una breve explicación y un «¿Te acordás, ahora?». Sí, era suficiente: ahora podía recordar no solo lo charlado con ella sino también sus conversaciones con Pablo.

Nain siempre había sido algo así como un faro para él: le daba orientación, distancia y seguridad y lo único que esperaba a cambio era un «gracias»... y que no la dejara afuera.

—¡*Diloch, Nain, diloch!* Te llamo después y te cuento... sí, ya sé que vas a ganarme en esta también. ¡*Hwyl!*⁶⁹

Julián, entonces, tomó el cuaderno y con absoluta calma pero con improbable rapidez, anotó el abecedario completo. Así:

⁶⁷ Del galés: «¡Hola, Abuela, buen día! ¿Cómo estás?».

⁶⁸ Del galés: «Bien, bien».

⁶⁹ Del galés: «Gracias, Abuela, Gracias (...) Adiós».

A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z

—No entiendo...

—En teoría, el primer grafema del texto debería darnos una pista del método de cifrado que eligió el criptógrafo para codificarlo. Entonces, si el mensaje es este...

```

K 3   L E C M K   Ñ U   C Ñ M B Ñ D Y   N Ñ   C E   F R N K
      C Ñ L K C   Y V Y M   I   Ñ N W Y N
      B Ñ Z K B K   D Y N Y   Z Y B   V R
      C Y F   W Ñ   Y Ñ B M . Ñ N B K L Y M   R E O

```

...*K3* debería significar que el nuevo alfabeto no debería comenzar por la *A* sino por la *K*. ¿Me entendés? Así:

ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ
KLMNÑOPQRSTUVWXYZABCDEFGHIJ

El mozo se acercó con la suficiente ligereza como para sobresaltarlos. Al ver que no le prestaban demasiada atención o al notarlos excesivamente ensimismados en sus asuntos, colocó todo el pedido sobre la mesa, en el extremo contrario al que se encontraban los dos amigos.

—¿Entonces?

—Entonces, las letras deberían poder reemplazarse una por una para que todo esto nos dé como resultado un mensaje coherente. Para no perdernos, habría que hacer un cuadriculado:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J

—Déjame ver...

—Así que, de todo esto, si no me equivoqué al transcribir el mensaje, debería quedar algo que podamos entender sin demasiado problema. Algo así...

Y se puso a verificar letra por letra, intentando concentrarse para no cometer errores. El trabajo se le hacía arduo y ya le estaba doliendo la cabeza, mal que le pesara, de tanto pensar. De improviso, una vibración y una melodía ridículamente corriente avisaron que tenía un nuevo mensaje de texto en el teléfono celular: «Ya stá. Cmparams nots? Salu2 al brujo». Lo sabía, lo sabía, lo sabía...

—Nain te deja saludos. No me preguntes cómo, pero se dio cuenta de que estabas conmigo. Vos, ¿le dijiste algo?

—No. No me mires así, tampoco se lo «sugerí». ¿En serio puso «brujo»? —dijo con una sonrisa desafiante.

—Ya terminó. Y, ¡no te rías!, que nosotros somos dos y ella... ella está sola y... *ma' sí...* ¿Querés ver cómo me quedó o no?

Ambos juntaron sus cabezas para observar mejor. Ambos sintieron que hacía mucho tiempo que buscaban pensar lo mismo... últimamente, ponerse de acuerdo significaba un proceso interno que debían pensar muy,

demasiado, bien.

K 3	L	E	C	M	K	Ñ	U	C	Ñ	M	B	Ñ	D	Y	N	Ñ	C	E	F	R	N	K
	B	U	S	C	A	E	L	S	E	C	R	E	T	O	D	E	S	U	V	I	D	A
	C	Ñ	L	K	C	Y	V	Y	M	I	Ñ	N	W	Y	N							
	S	E	B	A	S	O	M	O	C	Y	E	D	N	O	D							
	B	Ñ	Z	K	B	K	D	Y	N	Y	Z	Y	B	V	R							
	R	E	P	A	R	A	T	O	D	O	P	O	R	M	I							
	C	Y	F		W	Ñ	Y	Ñ	B	M	Ñ	N	R	K	I	Y	M	R	E	O		
	S	O	V		N	E	O	E	R	C	E	D	R	A	B	O	C	I	U	F		

—Fíjate: esas dos líneas no se entienden. A lo mejor porque está faltando algo: el número.

—Cierto. Supongo que tiene que ver con la dirección de escritura: uno, de izquierda a derecha (como nosotros); dos, de derecha a izquierda (como en hebreo); tres, bustrofedón (literalmente, que da la vuelta a la manera del buey, como usaban en la antigua Grecia, antes de la Edad de Oro). Estas dos líneas están al revés, fíjate. Ahora sí.

BUSCÁ EL SECRETO DE SU VIDA
DÓNDE Y CÓMO SABÉS
REPARÁ TODO POR MÍ
FUI COBARDE. CREO EN VOS

La primera vez que Julián Sinclair pudo observar el reloj de cerca y con absoluta tranquilidad (fingida, claro está: por dentro sentía una excitación creciente, era muy joven y estaba en presencia de un artefacto maravilloso, una joya que pocos tenían la oportunidad de evaluar) fue durante aquel viaje de investigación que hiciera con Pablo Galván. Esa vez y también las subsiguientes, la maquinaria, que podía verse a través del vidriado de los laterales, funcionaba perfectamente bien: las ruedas, los pasantes, los martillos, todo... Inclusive los bordones tenían una resonancia muy suave y elegante y la sonería de cuartos tan agradable de oír que nunca parecía molestar los oídos de nadie que la oyera. Por su parte, la gran sonería tenía la

mágica capacidad de llenar cualquier habitación en la que se encontrara y así también los corazones... tanto, que daba la sensación de infundir el mayor de los corajes en las almas de los presentes como la arena de un buen líder a sus guerreros antes de la batalla final. Todo en él era, indudablemente, hipnótico. De alguna manera, podía entender la impiadosa obsesión de Pablo por ese péndulo que podía obnubilar la mente del más sagaz, pero había algo que se le escapaba y todo lo que era capaz de pensar siempre terminaba en solamente un único punto de confluencia: Ángeles... ¿por qué no podía recordar que Pablo la mencionara? ¿Por qué no lo había hecho? Raro...

—Suerte que esto no funciona —dijo.

Y, como estaban las cosas, estaba más que seguro que Pedro se había metido en lo más profundo de su ser para leerle la mente o el corazón, así, sin pedirle permiso y con pasmosa facilidad. Su gesto, el de ambos, era de preocupación y total desconcierto...

Si la maquinaria se pusiera en funcionamiento de nuevo, ¿qué harían? No, ninguno estaba preparado para dar semejante respuesta.

8 ...y sombras

*Ignis, aeris, aquae, terra spiritus, salvete!*⁷⁰ Marlowe, Christopher *The Tragical History of Doctor Faustus*, I, 3.

¿Dónde metí la llave? ¿Será posible? El cajón... no. ¿Por qué? Si siempre está ahí. Salvo que... seguro que se me cayó cuando se me enredó todo el otro día. ¿Desde cuándo estoy tan desordenada? ¡La chalina en el cajón de la mesita de luz! ¡Qué desastre! Obvio que iba a estar todo hecho un embrollo. Así que, si la llave... ¡Ajá! A lo mejor si miro abajo de la cama... ¡Uy, Dios, qué mugre! Menos mal que vivo sola si no... A papá no le gustó nada cuando se lo dije, eso, que quería alquilar una casa; pero al final se puso contento... ¿Cómo hago para sacar tanta pelusa? Siempre se ponía contento, a la larga o a la corta siempre que me fuera bien... ¡El palo del escobillón! Ojalá esté por acá. No. ¡Ufa! ¿Atrás de la mesita? O... ¡Ya sé: acá! Mejor la lavo un poco.

*

Le gustaba contemplar la caja cerrada como si no supiera lo que había en su interior, como si cada vez que se acercaba a ella y le dedicaba unos minutos fuera a encontrar una nueva sorpresa.

*

Click. Me encanta. Ninguna otra llave en su cerradura suena igual. ¿La abro? Esta sensación otra vez... Si paso la mano por acá, los bordes de metal están fríos. Hoy hace frío. Pero esta mañana no... bueno, sí: pero se me olvidó... ¡Ay! Pero, ¡qué pedazo de boba! Y sí, algún día me tenía que cortar... Pasé de congelarme a tener tanto calor como en la playa. ¿Cómo cuernos habrá entrado? ¿Y lo del timbre? Yo me fijo de nuevo, total... Primero una curita... mierda, que me sale sangre.

⁷⁰Fuego, aire, agua, espíritu de la tierra, ¡salud!

—¡Ay! ¡Minué! ¿Podés salir del camino? Me vas a hacer caer. Frío, frío, frío. Mejor corro. ¿El pulsador? Acá... a ver... y no, no sé para qué vine: ni ahí que anda.

Frío, frío, frío... ¡La estufa! No está mal ese Pedro, pero tiene una mirada tan triste... No puedo entrar en calor: mejor me meto en la cama un rato... todavía no me siento bien. Pedro: no lo conozco pero pienso en él. ¡Me encanta ver esta caja! Y la llave... *click, track.*

*

Contuvo el aliento. Destrabar el cerrojo siempre le producía sensaciones sinestésicas.

*

¿Por qué es un ruido tan frío? ¿Porque se me hiela la sangre o porque veo tal sonido con ese marrón-grisáceo-verdoso de los sueños? Pero si abro la caja «así», puedo ver el calor blancuzco y húmedo que mana de ella. Es suave al tacto (como el abrigo que ese hombre me puso sobre los hombros... olía a madera) y la escucho cantarina... ¿o era al revés? Sé que no lo es, pero se siente mágica (como Pedro)... no por ella en sí, sino por su contenido que también es mi único tesoro.

*

Una pulsera de plata y oro; dos alianzas, una con el nombre de su padre y el otro, con el de una tal Mariana... y un sobre cerrado. *

¿Qué es esto? Hubiera jurado que este sobre no estaba el otro día...

—¿Quién...?

¿Estoy loca? Siento que me observan... ¡Cómo me hace el corazón!

—¿Qué pasa, Minué? ¿Por qué me mirás así? ¿Qué te hice? A ver, yo sé que vos y yo nunca nos llevamos bien y no sé si nos vamos a llevar bien algún día; que te quede bien clarito: a mí los gatos no me gustan... pero si vas a vivir conmigo, más te vale...

Y se fue, no más... gato loco. Me pone los nervios de punta... —¿Ahora volvés? Seguro buscás leche.

Nunca había escuchado una voz tan suave hasta que él llegó... ¿Lo abro?

Y, sí.

*

—...la historia de su vida...

—¡Mierda! —dijo Sinclair en un ahogo, y cerró de un golpe la puerta (porque comprendió que no debía quedar abierta) al tiempo que se apoyaba

en ella.

Si la oscuridad hubiera sido absoluta, se habría sentido amenazado o, cuanto menos, temeroso de encontrarse con secretos que no quería conocer. Si la negrura de sus sueños le provocaba pavor, ésta que se presentaba tan real le erizaba cada vello de la piel. Temblaba y la ausencia de control de sus músculos le hacía tambalear y perder el equilibrio: la habitación 207 parecía haberse transformado en un nicho sepulcral de esos que los antiguos construían de modo subterráneo para aislarlo del mundo de sonidos y luces que pudiera mancillar el descanso de sus muertos. Se sintió sobrecogido. El recibidor apenas tendría unos dos metros de lado pero en ese momento le pareció inabarcable. Miró (o intentó ver) los baldosones pensando en cómo dar el paso que finalmente lo colocaría bajo otra puerta, la del dormitorio: tomó coraje y hasta allí fue. Vio solo una tímida y moribunda llama que bailaba oscilante, sosteniéndose apenas del pabilo de una pequeña vela blanca casi del todo consumida ya, matizando, convenientemente, el centro del espectáculo: los muebles habían sido retirados del paso y amontonados contra las paredes y, en medio de la habitación, sentado en el piso, con el torso y los pies desnudos (no, completamente desnudo) y rodeado de doce *llenkas*⁷¹ que conformaban los vértices de alguna figura misteriosa e invisible, se encontraba Pedro. Con un leve vaivén del cuerpo y, desde cierto punto imposible de determinar pero lejano a sus cuerdas vocales, canturreaba o balbucía a veces palabras ininteligibles y otras, frases en castellano o pronunciadas en algún idioma irremediablemente perdido. Sin dudas, el hijo del *lonko* estaba en trance.

Algún movimiento inesperado hubo de la llama o, tal vez, se acomodaron las pupilas a la penumbra pero, de pronto, Julián pudo ver algo más. Los detalles se fueron grabando uno a uno en sus retinas extrañadas y tuvo la sensación de sentirse un niño pequeño que ha comenzado a reconocer su mundo. No quería sentir náusea... no quería estar mareado... no quería, pero de no colocar sus manos en el marco de la puerta...

Desde los tiempos en que el tiempo no importaba, hubo hombres y mujeres que buscaron explicar lo que su ciencia o su época les tenía vedado... y eso los apartó del mundo, ya sea porque los otros les temían o porque se creyeron de origen divino: fueron magos, sacerdotes, guardianes,

chamanes, dioses...

—El gato te odia... ¿quién sos?

...y usaron vestimentas que los diferenciaban de los que ellos consideraban comunes, también amuletos, báculos, tatuajes, signos secretos, laceraciones, jergas rituales.

Estuvo a punto de caer, no tanto por el mareo que la escasa luz le estaba provocando o porque desayunar semejante locura le había hecho daño sino porque no soportaba siquiera pensar en cómo Pedro había llegado a todo aquello. Se sujetaba con la suficiente fuerza como para sentirse seguro pero no tanta como para lastimar sus manos. Podía, si quería, estirar un poco los brazos para girar el cuerpo, dar un paso tal vez dos, acomodarse para ver mejor y todo manteniéndose fuertemente aferrado, ahora, y porque su altura se lo permitía, al dintel.

⁷¹Piedras pulidas ornamentales.

Suspiró. Hizo crujir las cervicales y, en seguida, un movimiento circular con los hombros como para intentar relajarse aunque fuera por unos segundos ingenuos. Soltó de mala gana una mano para buscar dentro del bolsillo su teléfono celular y usarlo como linterna...

Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.

Pedro seguía en su mundo: menos mal. Observó con determinación las innumerables marcas que presentaba el cuerpo de su amigo devenido en *kalku* por su propia elección hacía... tal vez una eternidad. El centro de la espalda era ocupado por un enorme *kultrún*⁷² coronado por un volcán activo que expulsaba, junto con la lava, cuatro *lukutuwes*⁷³ los cuales, supuso, representaban cada uno de los pilares cuya misión era, según la cosmogonía ancestral de su pueblo, sostener el equilibrio del universo. Había otras marcas más, diseminadas alrededor de las anteriores, pero le fue imposible reconocer su estatus o su procedencia por lo que decidió moverse otro poco aunque ello significara abandonar la seguridad del pequeño mundo firme. Dio un paso o dos, todavía turbado pero ya repuesto del mareo lo suficiente como para

seguir internalizando cada detalle. Sobre los brazos descubrió una serie de runas de todos los tamaños, serpientes aladas, cruces y símbolos tribales, también lo que parecían textos enroscados y sinuosos como los antiguos caligramas que, pensó, pudieran repetir conjuros protectores. Caminó con absoluta cautela esperando que Pedro no saliera de su trance hasta observar de reojo cómo la pequeña vela se había consumido casi por completo.

*Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

⁷² Tambor araucano que representa la mitad del universo esférico, los puntos cardinales, las estaciones del año, *etc.*

⁷³ Representaciones de la figura humana.

Lentamente, se situó al frente. No porque le incomodara la situación, pero se alivió al comprobar que las sombras persistentes y las piernas cruzadas del brujo, también tatuadas, le cubrían los genitales. Le horrorizó el tetragrámaton rodeando la bendita fórmula *sator*⁷⁴ que tenía en el centro del pecho como así también la triqueta celta y otros símbolos que, reconoció, provenían de orígenes que podían enlazar, de algún modo, culturas tan diferentes y tan parecidas como la china, la hindú, la egipcia y... no, no le espeluznaron los signos, ideogramas y blasones en sí mismos, sino el hecho de que no estuvieran pintados sobre su cuerpo sino grabados a fuego: veía el relieve y el brillo de las cicatrices que parecían demasiado recientes como para suponer que el dolor había cedido del todo.

Algo más no estaba bien. Algo faltaba: ruido. Todavía no habían muerto las horas del mediodía y no era normal semejante caudal de silencio. Parecía como si el tiempo se hubiera derrumbado más allá del universo conocido y no existiera la posibilidad de recomponerlo a su estado original. Nada: total afonía del mundo o el mundo había preferido cerrar los ojos junto con todos sus sentidos para no darse por enterado de los hechos que pudieran cambiar cómo encastraban las piezas de tal marioneta del destino.

Titubeante, acercó la luz del teléfono al rostro de Pedro que permanecía sereno y con los ojos cerrados como si soñara un sueño apacible después de un muy largo tiempo de pesadillas. Pese a esto, debajo de los párpados, las

pupilas se movían con decisión dando el efecto de estar viendo más allá de las cosas o las distancias. En el piso, la llama que danzaba su último aliento le entregaba el postrero de su poder a las piedras que ahora parecían absorber las pocas luces y las muchas sombras de la habitación para, luego, exhalar proyecciones ígneas desde los símbolos que llevaban dibujadas, encendiendo la negra atmósfera con filigranas y arabescos incandescentes y etéreos que daban la sensación de ser las únicas luminarias posibles en el mundo y que, sin embargo, pronto se tornarían en formas más oscuras que la oscuridad misma.

Siempre fue seguro, más allá de todas las turbaciones y el torbellino de acontecimientos de su vida, Pedro Nampëlkan siempre estuvo seguro de sí mismo, y tal vez esa fuera la causa de que alguien como Julián Sinclair, siempre medido y metódico, le ofreciera su respeto y valorara tanto su amistad. Recordó el día en que se conocieron: un galés y un mapuche. Las historias de la llegada de los colonos galeses a la Patagonia siempre incluían el encuentro de culturas que a simple vista parecían diferentes y sin embargo no lo eran tanto. Fue el primer día de clases y Pedro era el nuevo, el que estaba obligado a «encajar»... y sí que lo hizo.

⁷⁴Fórmula mágica.

Tic...

No...

Se le fue la idea de la cabeza como si otra mucho más poderosa pugnara por desplazarla ya fuera por su poder, por su importancia o por simple diversión.

Tac...

¡No!

Acababa de descubrir que la oscuridad de la habitación era irreal: había notado con el rabillo del ojo que las persianas y las cortinas estaban abiertas y sabía que era de día... En fin, no iba a ponerse a reflexionar sobre ello en ese momento y no, no era esa la idea: sabía de dónde era la llave y cómo usarla.

Tic-tac.

—¿Qué hiciste?

Julián se acercó al rostro durmiente del brujo en el mismo instante en que un hálito cálido se llevó el último vestigio ígneo de la candela ya del todo derretida en el suelo.

Y en el silencio reinante de la oscuridad que se difuminaba, Pedro abrió los ojos.

Sus párpados, al abrirse, devoraron las tinieblas y el día tuvo permiso para colarse por la ventana con toda la fuerza que la naturaleza le permitía. Aun estando el cielo gris, la fuerza de la claridad destelló en los ojos de Sinclair con un dolor punzante, brusco y lastimero. Saltó hacia atrás impulsado por el temor súbito o la sorpresa desmedida, ahogando un grito y con tal violencia que dio de espaldas contra la pared. El golpe lo turbó por un momento y cayó al suelo sentado y con las piernas recogidas. Si estaba en lo cierto y no se había vuelto loco, hacía unos momentos había escuchado el tictac del reloj y eso le daba muy mala impresión. Pedro todavía permanecía inmóvil. Se deslizó con cuidado tratando de ponerse de pie, tambaleante, creyendo infantilmente que así oiría mejor, pero no, nada, el silencio reinaba todavía. Pedro suspiró dos o tres veces seguidas y sus músculos comenzaron a tomar vida de nuevo, uno a uno, con pequeños temblores. Jadeaba.

—Hace frío —consiguió decir en medio de una sonrisa leve y fingida al tiempo que palidecía con rapidez vertiginosa.

Ahora sudaba con el sudor frío de la fiebre mientras los espasmos comenzaban a aumentar de manera más evidente. Sin desesperarse pero intentando ayudarlo, Sinclair tomó uno de los cobertores de la cama que vio más cerca y lo colocó con cuidado sobre los hombros y la espalda de su amigo. Pronto también necesitó sostenerlo para que no cayera, pues ya comenzaba a desfallecer.

—Voy a estar bien en un rato. No te preocupes... es por el esfuerzo — dijo poco antes de caer exhausto en los brazos que lo sostenían y que lo acompañaron hasta el suelo para, luego, dedicarse a acomodarlo colocándole una almohada bajo la nuca. Julián no supo si debía preocuparse o sentarse cómodamente a esperar. Optó por algo diferente: encargó comida. Por suerte o por desgracia para él, intuyó que si el trance fue realmente lo fuerte que se viera entonces Pedro despertaría hambriento. Lo vio dormir ya con la

respiración pausada y tranquila de quien sabe que ha dado lo mejor de sí; como él mismo había dicho, la situación duró unos pocos minutos y, lentamente, comenzó a despertar. No sin esfuerzo se incorporó y comenzó, algo torpemente, a vestirse.

—¿Qué fue todo eso?

—Lo que parece...

—¿Qué hiciste?

—Necesitaba saber y ahora sé: el mundo fue alterado y tenemos que devolverlo a su cauce.

—No te entiendo... Yo recordé dónde va la llave... —Mostrame.

Julián ya había comenzado a ordenar el mobiliario procurando que el ruido fuera el menor posible (sabiendo que el trance había debilitado demasiado a Pedro, sentía que no podría mantenerse de pie por más tiempo, colocar las cosas en su lugar le correspondía a él). Se sobresaltó cuando tocaron la puerta. En poco tiempo, todo estuvo en su lugar: sobre la mesilla, el reloj; sobre la silla, el paquete de empanadas humeantes recién abierto y, sentados cada uno en su cama, juntas las cabezas y ya en control de sus sensaciones e ideas, los dos amigos buscando comprender.

—En la caja del reloj hay por lo menos dos compartimientos secretos, de esos que estaban tan de moda hace un par de siglos y que ahora son una rareza: se abren presionando alguna pieza que parece normal pero que en realidad tiene un pequeño movimiento, generalmente, de desplazamiento. Éste los tiene por acá, en estas piezas de las patas delanteras... a ver... ¡Sí! *Voilà!*

Con un *trac*, se soltaron en simultáneo sendas puertillas en la parte posterior. Julián retiró la primera de ellas con cuidado pero dentro del compartimiento no había nada; en cambio en la segunda, al hacerlo, dejó al descubierto una cerradura algo oxidada. Las manos le temblaban cuando colocó la llave en ella y le sudaban cuando la hizo girar. Este movimiento provocó que se desprendiera el cuadrante con cristal, agujas y todo, y que cayera en bloque hacia adelante... Pedro lo sostuvo a tiempo evitando una pequeña o gran catástrofe (no supo predecir las consecuencias). Sinclair se asomó por el hueco, colocó un dedo, luego, otro, y extrajo al fin un pliego de

papel enrollado, arrugado y viejo. Unieron nuevamente las cabezas como si cuatro ojos fueran capaces de entender mejor, qué significaba la imagen descolorida que había dibujada en esa suerte de nuevo mensaje cifrado pero tan íntimamente ligado a Sinclair. Pedro frunció el entrecejo mientras inconscientemente comenzaba a encastrar las piezas caídas del reloj.

—No tengo idea de qué se trata...

—No estoy muy seguro, pero se me hace muy familiar. Cuando terminemos acá, si te sentís mejor, tenemos que salir. Mientras tanto: me estás debiendo explicaciones y quiero escucharlas ahora, durante el almuerzo.

—Estaba en trance...

—Algo que no sepa.

—Puedo... ¿No te vas asustar?... Puedo... ver lo que ven algunos animales y, depende de algunas circunstancias, controlarlos como si fueran marionetas.

—¡Mierda y más mierda! ¿Cuánto hace que podés hacer eso? —No sé, como una o dos horas.

—No se te habrá ocurrido hechizar...

—...al gato de Ángeles. Sí. Y acabo de leer una carta que le dejó su padre y me bastó para asegurar algunas sospechas que tenía... Eso sí, para entender mejor de qué se trata, necesito conocer qué sabés vos sobre el significado de una palabra: decime, ¿vos tenés idea de qué es un golem? Porque si es lo que pienso, creeme: no te va a gustar lo que viene...

9 Revelaciones

*Fatti gli occhi, figuratevi la sua meraviglia quando si accorse che gli occhi si muovevano e che lo guardavano fisso fisso.*⁷⁵ Collodi, Carlo *Le avventure di Pinocchio*.

—No me gusta que juegues conmigo.

—Mirá, Sinclair, todavía no tengo fuerzas para jugar... ni siquiera con vos. La verdad: no lo sé todo y te aseguro que no tengo intenciones de volver a la *renü* a preguntar, si puedo evitarlo.

Un silencio perturbador comenzó a generarse entre ambos: uno, recordando; el otro, intentado (no) imaginar. Sin embargo, no llegó a convertirse en penoso porque, cuando la incomodidad comenzaba a hacerse notar y Sinclair iba a abrir la boca para realizar algún comentario para evitarla, sintieron una vibración y luego una musiquilla trillada y de timbre agudísimo y trituradora de tímpanos proveniente de su teléfono celular. Sin pensarlo en absoluto, metió la mano en el bolsillo, sacó el aparato, lo abrió y contempló atónito el mensaje de texto que acababa de entrar: «Tengo que hablar con vos. Es serio».

Julián Sinclair palideció, no a causa del temor remanente de los acontecimientos vividos momentos antes o por la falta de sueño que lo aquejaba desde hacía algunas semanas (pensaba, consciente de su error, que el tiempo de descanso durante el viaje a La Plata era «milagroso») ni siquiera por los nervios que le estaban provocando un «nudo» en el estómago; no, era algo mucho peor.

—¿Estás bien? ¿Quién era?

—Nain.

⁷⁵*Hechos los ojos, figuraos su maravilla cuando advirtió que esos ojos se movían y que le miraban fijamente..*

—¿Y desde cuándo te preocupa «tanto» tu abuela?

—Desde que me enteré, por casualidad, que está enferma no sé de qué. En el mensaje me pone que quiere hablar conmigo y que es serio. Quedate

ahí, ya vengo.

Golpear sus rodillas, levantarse, asir el teléfono del hotel y llamarla a su casa de Trevelin en Chubut, fue casi un mismo movimiento.

*

«La cabeza fría, necesito poner la cabeza en frío». No sé cuántas veces me lo repetí en ese momento pero pensaba que si lo hacía sin detenerme llegaría a convencerme lo suficiente como para que no me temblara la voz. Quería mostrarme firme, seguro de mí mismo para no preocuparla y sentía temor de no poder sostener la farsa y, en medio de todo, no me sacaba de encima la idea que me había metido Pedro en la cabeza: ¡un golem!, por favor...

La llamé y me atendió de inmediato. Sentí cómo mi cuerpo se estremecía pensando en cuánto estaba esperando escuchar mi voz y en el alivio que ello podría llevarle. Enferma... ni siquiera sabía de qué o si era grave: ojalá no hubiera escuchado esa conversación, ojalá ella me lo hubiera confiado.

—¿Cómo estás? —le pregunté. Sin embargo, la respuesta no fue lo que esperaba: comenzó a pronunciar una serie de sinsentidos a los que no pude darle un anclaje en tierra hasta que me afirmó y me juró por todos los santos que la única enfermedad que tenía era un leve asma. Solo entonces logré enfocarme en lo que ella estaba pensando y, entre palabras de excitación, balbuceos, suspiros y gritos entendí a qué se refería. Lógicamente, lo primero que pensé es que, finalmente, se había vuelto loca... y me vi inmerso en un mundo en el que iba a visitarla a un manicomio con gente tan chiflada como yo mismo^{76 77}. En tanto, me invadió una congoja súbita que recorrió todo mi cuerpo y ensombreció mi alma, al punto de olvidar el asunto que traía con Pedro y el maldito reloj ese.

⁷⁶¡Hasta que por fin lo admitió! (Nota de Pedro Nampëlkan)⁷⁷Me reservo la opinión... (Nota de Julián Sinclair)

Parece ser que Nain por fin cedió a los avances tecnológicos del siglo XXI (navegación por Internet incluida) y se dedicó a investigar qué fue de la vida de Leonor y William... y encontró lo que buscó, sea ello para mal o para bien.

Veamos... El Archivo General de Indias constituye el mayor centro de documentación de la historia hispanoamericana post colombina; creado en 1785 por orden de Carlos III y situado en el edificio de la Casa de Lonja en Sevilla, reúne unos cuarenta y tres mil legajos que van del siglo XV al XIX y abarca la vida social y mercantil de América (desde el sur de Estados Unidos hasta Tierra del Fuego) y Filipinas. Actualmente han digitalizado gran parte de sus fondos documentales para su consulta online... yo lo sé, lo he utilizado muchas veces mientras realizaba algún trabajo de investigación; la última vez fue en Trevelin, cuando regresaba de casa de los Nampelkan, y todavía desconfiaba de William. William... mejor me enfoco. A ver. Otra fuente bastante fidedigna suelen ser los registros eclesiásticos compilados a lo largo de la historia por la Iglesia Católica, muchos de los cuales también fueron digitalizados y están disponibles en bases de datos genealógicos; lamentablemente, otros no y no es tan simple acceder a ellos. Por lo que veo, comenzó por lo más simple y se obstinó con todo lo demás.

Parece que mi Nain, Jane Griffith Sinclair, fue más allá de todo... se documentó, preguntó, reunió material de diversos orígenes⁷⁸ y sacó conclusiones estremecedoras destinadas a cambiarlo todo... demasiado estremecedoras.

Por fin, cortó. Y yo me quedé mirando el auricular totalmente inmóvil, como si se tratara de un objeto tan incomprensible para mí como la teoría atómica para una hormiga... y yo era la hormiga. Dos o tres veces intenté atinarle a la horquilla, pero no lo conseguí y Pedro se vio en la necesidad de colocar él mismo el teléfono en su lugar. Me tomó por los hombros y me acercó a la silla que estaba a unos pocos pasos... ahora, él me ayudaba a mí. Tardé unos instantes en reaccionar y entendí que mi amigo se preocupaba por la salud de Nain y que creyó que yo había recibido alguna mala noticia... nada más lejos de la realidad, pero yo no se lo había podido explicar todavía. Como pude, lo tranquilicé al respecto pero, por mi semblante, no me creyó mucho. Por lo tanto, me obligué a contarle cada detalle de la conversación con mi abuela, pero las palabras no salían según las pensaba y solo atiné a decirle alguna que otra parte de lo que ella me había comentado: había más, bastante más.

⁷⁸Los cuales no pondré en duda ahora, pero quisiera corroborar más por

manía de investigador que por desconfianza. (Nota de Julián Sinclair)

—Nain investigó a William, y a Leonor... se metió por muchos registros, y descubrió que viajaron hacia el norte, hacia Mendoza y que tuvieron tres hijos...

Los ojos de Pedro se iluminaron con una alegría necesaria en ese momento sin embargo, yo debía desencantarlo y le largué lo que venía a boca de jarro.

—...pero también descubrió que a él lo asesinaron cuando el más chico tenía tan solo un año... También me hizo prometerle que cuando estemos de regreso la iríamos a ver para charlar en persona: dijo que tenía que hablarnos de cosas importantes.

El silencio había ganado la batalla con flechas de tristeza y pasmo. Yo no soportaba eso, no estaba dispuesto a seguir pensando en un alma torturada que no sea la mía propia. Me sentí egoísta, pero todo mi mundo se derrumbaba a cada minuto y debía decidir qué hacer con los pedazos... cómo reciclarlos para que lo mágico encajara en él.

—¿Para qué cuernos me preguntaste qué era un golem? —Porque, como dijiste, ella es hermosa...

—¿Ella?

—¿Qué, por lo que más quieras, es un golem? —Cada palabra había sido pronunciada con tal severidad en el tono de voz que se me heló la sangre.

Por enésima vez ese día hice tronar mis cervicales, cerré los ojos buscando concentración, me aclaré la voz y tomé el tono y hasta la postura de un disertante; aunque sabía que no debía utilizar todo mi armamento académico... daba igual.

—Teneme paciencia, ¿sí? A ver... Durante miles de años los hombres, los humanos, hemos querido ser algo más: hemos buscado la manera de asemejarnos a Dios, o a los dioses que cada pueblo fue elaborando, pero no hemos podido... o por lo menos eso creía yo. Viéndote, mi percepción del cosmos cambió bastante. En nombre de esa búsqueda del poder divino, han caído reinos, han muerto inocentes, ha cambiado el mundo... se han forjado religiones y filosofías, o se las ha ignorado por completo... Algunos, en la

cosmovisión judaica, creyeron, con la misma o parecida idea de Platón en el *Cratilo*⁷⁹, que si lograban dar con el verdadero nombre de Dios, el nombre oculto, el que conocen solo en el Paraíso, el Tetragrámaton, podrían obtener el poder creador capaz de encender esa pequeña chispa que convertirá la nada en vida pura. Eso es el golem: Dios modeló un muñeco de barro e, infundiéndole vida, lo convirtió en hombre, en Adán... cuentan que un rabino en Praga hizo un muñeco emulando a Dios, le grabó la palabra⁸⁰ אמת y se puso a buscar el Sagrado Nombre, y parece ser que lo consiguió: aunque con alguna variante, ya que su monigote nunca pudo aprender a hablar y era torpe y mal formado, también dicen que (Borges así lo imaginó y yo estoy de acuerdo) cuando andaba por la sinagoga espantaba al gato del... ¡Mierda!

—Entonces, yo no estaba equivocado; la carta es muy clara: Galván le confesó a su hija todo, le dijo que ella es una creación mágica, un golem... y es por eso que vos no te acordabas de ella: solo que parece que tuvo mejor éxito que tu rabino. Yo vi todo por los ojos de su gato pero no sé qué estará pensando Ángeles ahora. —Colocó su mano derecha sobre el corazón y agregó —. Me duele el pecho.

Loco. Me estaba volviendo loco. O me estaba volviendo cuerdo y el loco era el mundo. Me rasqué la cabeza como para apaciguar los nervios, igual que lo hacen los perros para desestresarse de la vida que le damos.

La verdad es que nunca había estado todo más claro: ahora sabía qué era lo que ocultaba aquel tipo, Segundo Gómez, cuando nos dio el reloj o, mejor, cuando se lo dio a Pablo y le dijo que él sabría qué hacer con él. Y, Dios, lo hizo: siempre supe que se sentía solo y el hecho de ser un ratón de biblioteca no ayudaba mucho, pero atreverse a... Dios, Dios, ¡Dios! El reloj ese contenía el secreto de la vida y Pedro y yo estábamos frente a él. Aun sin funcionar, comenzaba a aterrarme.

—Las cosas no están en su lugar y nos toca ordenar el salón después de la fiesta de otro —dije.

—¡No podemos matarla!

—En teoría, nunca estuvo viva... simplemente, dejaría de existir: nunca debió pisar el mundo... ni siquiera sabemos qué va a pasar después: a lo mejor ni nos acordamos de ella...

⁷⁹ En este momento se me viene a la memoria el poema de Borges, justamente, «El golem». (Nota de Julián Sinclair)

⁸⁰ En hebreo: verdadero. Parece ser que era una especie de sortilegio y que, de este modo, se obtenía el control sobre el golem. Destruir la primera letra, borrarla transformándola en נק, muerte, inmediatamente destruía a la vil criatura. Así se lo hice saber a Pedro, pero no recuerdo cuándo. (Nota de Julián Sinclair)

—Ni vos te lo creés. Ella...

—Ella es una cosa. No puede tener un alma... convertir su inverosímil verdad en muerte... de esto se trata.

—Prefiero pensarla como un pinocho, además su mirada... —Negro, ¿no te habrás enamorado, no? ¿o sí?

—Ella me está prohibida.

Y me contó los horrores de la salamanca, y cómo sintió en el alma el recuerdo de un futuro que no debía ser, cómo sintió la ausencia de sus caricias aunque nunca las hubiera tenido. Miró el suelo y yo cerré los ojos: nos sentíamos como hermanos gemelos compartiendo emociones, pensamiento, alma.

Sonó el teléfono de la habitación. Recuerdo que pensé: «Y, ahora, ¿qué?». Era Ángeles, y nos esperaba en el vestíbulo.

Pedro bajó con la velocidad del vendaval azotando su tierra, cómo detenerlo? ¿Cómo detener a un hijo de los vientos eternos? No pude hacer más que tomar la nueva pista de Pablo, asegurarme de cubrir bien el reloj antes de tomarlo y salir. Me sentía agitado y me temblaban las manos: había pensado, hacía tan solo unos breves instantes, en matar a alguien (me consolé obligándome a pensar que, en realidad, deseaba destruir *algo*). Nunca me percaté de la escalera, o de que movía los pies o de la mirada de desagrado de la mucama cuando casi la atropello en mi carrera... o tal vez los escalones me parecieron etéreos, tan irreales como todo lo que me rodeaba. Cuando por fin recobré la capacidad de regresar al mundo consciente, lo que vi no resultó mucho mejor: Ángeles lloraba con evidente desconcielo y, cubriéndose el rostro con las manos, se apoyaba en el pecho del hombre que había renunciado a ella aun antes de conocerla.

*

Julián Sinclair se sentó nunca supo dónde, aunque cerca pero de espaldas a donde se encontraban Pedro y la chica, y se concentró en estudiar el dibujo. Evidentemente, se trataba de un esbozo hecho en tinta negra y representaba un fragmento de algo que no alcanzaba a distinguir pues por lo que podía ver, se trataba de una serie de imágenes superpuestas y confundidas entre sí. Lo que aparecía en el papel lo estaba volviendo loco, y lo que presentía a sus espaldas, bien, no lo ayudaba en absoluto. Le dolía la cabeza «¿Qué le ocurre? ¿Tendrá un tumor en el cerebro?», «No, doctor. Tengo un Pedro Nampëlkan en el cerebro». Refunfuñando para sus adentros optó por ceder a la naturaleza que se empeñaba en atacarlo y, metiendo la mano en el bolsillo interior de su campera, sacó el estuche de unos anteojos de leer que le habían recetado hacía unos meses y que, por capricho o aires de divo, no había usado nunca, lo abrió con resignada parsimonia, los limpió minuciosamente y se los quedó mirando. En eso estaba cuando, al moverlos, notó que la luz se reflejaba en los cristales de un modo tan caprichoso que, por un momento, le distrajo el pensamiento: dibujaba sobre el papel hermosos diseños fractales, brillantes y multicolores, en permanente cambio. Sonrió pensando que, si bien siempre su imaginación había sido por lo menos prolífica, nunca habría podido anticipar que la realidad fuera a superar todas, absolutamente todas, sus locuras aunque fueran tantas como las figuras que porfiaban en no quedarse quietas. En eso estaba, entrando a un mundo hipnótico, cuando se coló un destello salvador y se reflejó en el dibujo de Galván: tal vez fuera el reflejo, o algún semitono, pero algo hizo que Sinclair tomara el papel y comenzara a observarlo desde todos los ángulos posibles. Por unos segundos no pudo ver nada... refunfuñó por lo bajo y, calzándose los anteojos, volvió a la tarea de girar de un lado a otro el dibujo hasta que lanzó una exclamación mezcla de grosería y satisfacción inusitada.

Ángeles y Pedro se acercaron a él con gesto de extrañeza pero Julián no dijo nada: solamente se levantó, se dirigió al mostrador de conserjería, tomó de un lapicero una goma de borrar pidiéndola prestada solamente con un gesto y regresó donde estaban los otros observándolo. Se lo veía entusiasmado, los ojos le brillaban y las comisuras de sus labios esbozaban una leve sonrisa triunfal.

—No es todo tinta. No es todo tinta... ¿ven? Casi todo es lápiz y se puede borrar... ¡Miren!

Repentinamente, su gesto se endureció. Apresó el papel entre sus dedos, lo plegó y lo metió en el bolsillo apresuradamente sin decir ni una sola palabra más.

—Quiero saber qué pasa acá y... ¡Quiero saberlo ahora! —Ni siquiera cuando se enojaba con sus alumnos el tono que empleaba era tan duro y marcial. La sola idea de negarse a cumplir su requerimiento parecía ir en contra de toda lógica. Hizo un ademán invitando a los otros dos a sentarse a una mesa junto con él, pidió café para los tres (sin miel y sin canela: tal vez si hubiera sabido...), se recostó en la silla como quien toma distancia del asunto que se traen entre manos, y aguardó con aspecto paciente aunque su ánimo era bien otro, cosa que Pedro supo de inmediato.

Ángeles temblaba.

—Mi papá me dejó esta carta —dijo y se la entregó a Sinclair quien, al tiempo que la tomaba de su mano, increpaba con la mirada al otro.

Largo rato pasaron uno leyendo y el otro contando la historia de su vida a una mujer hecha de barro y que, sin embargo, le hacía detener el corazón para luego lanzarlo a la carrera nuevamente. No, no podía explicar tal fenómeno excepto pensando que todo había sido provocado premeditadamente por aquel extraño habitante de la ahora lejana salamanca sureña. ¿Quería él quedarse con ella? Sí, con todo su corazón, con toda su alma, con todo su cuerpo pero no con la mente. Le habló de la renuncia, del pacto hecho de sangre y lo que suponía no honrarlo. ¿Estaría el corazón de Ángeles Galván hecho de piedra? Si lo estaba, no era evidente.

—¿Qué opinás vos de todo esto? Después de todo, se trata de tu vida.

Suspirando y más repuesta, ella comentó que se sentía vacía aunque, por alguna extraña razón, veía los últimos acontecimientos como naturales, como el cierre obvio de muchas incongruencias que la tenían como eje. De alguna manera, todo en su vida convergía en ese único momento y en esa única afirmación: ella no era más que la materialización del sueño de alguien o, mejor, la prueba irrefutable de que... no, prefería recordar a su padre con cariño.

Julián, entonces, sacó el pliego de papel y lo mostró abiertamente.

—¿Conocen esto?

El dibujo era obvio.

—Es un gato con dientes grandes... no, un tigre... ¿Cómo era? —Dientes de sable.

—Esmilodón. Supongo que todos sabemos dónde encontrar uno...

Ángeles, necesito hacerte otra pregunta: ¿tenés algún tatuaje? —La mirada de Pedro, mezcla de espanto y odio, atravesó la atmósfera como una lanza ígnea y fue a clavarse en su pecho o en sus ojos.

Ella asintió.

No tardaron en ponerse en marcha, y lo hicieron con el licenciado Sinclair liderando la pequeña expedición. En condiciones más propicias hubieran podido llegar al Paseo del Bosque en no más de veinte minutos, pero el frío comenzaba a arreciar y la noche ya se anunciaba en la ciudad de los fantasmas escondidos.

El reloj se balanceaba, mudo, al compás de los pasos de Julián, acomodado bajo uno de sus brazos y sostenido con fuerza: su portador no le temía aunque tal vez eso no era del todo sensato, no aquella noche.

La Plata es una ciudad de mitos y leyendas surgidos en la sombras, en desencuentros y en prodigios jamás pensados. Sus plazas eternas, sus monumentos, sus edificios, el bosque, todo en ella parece contar infinitas historias y cada una de ellas conlleva hermosas o terribles connotaciones mágicas. Símbolos ocultos de sociedades secretas, sonidos fantasmagóricos, árboles que susurran o se quejan, túneles tapiados, diseños mágicos, aparecidos escurridizos...

Ángeles se detuvo.

—Me siento un poco mareada —dijo y, sintiendo que perdía el equilibrio, se sostuvo de un árbol de la vereda para no caer—. Hace unos días que me siento así, débil... nunca había estado enferma, no que yo me acuerde.

—La presencia de tu padre ya no te alimenta... su ausencia te consume: vos te nutrías de su vida y el que ahora no esté...

Mientras hablaba, Pedro cometió la torpeza de mirarla a los ojos y, tomándola de la cintura la sostuvo para que no terminara de perder el equilibrio. En el momento en que sus dedos se amoldaban a la forma de su cuerpo, él sintió un dolor agudo, lacerante como un latigazo cruzándole la espalda. Sabía de qué se trataba, pero prefirió no decir nada, al menos no por el momento. Tampoco había dicho nada de otra cosa: él había visto, tal vez sin quererlo, el tatuaje que ella llevaba en la muñeca; también había pensado que con simple rasguño en el lugar adecuado el efecto sería... no, no quería pensar en ello pero tal vez... Siguieron andando, cada vez con más dificultad.

Cruzaron la Avenida 1, a la altura de la 52, y se adentraron al Bosque por la Iraola andando cada vez más lentamente entre las sombras que se proyectaban entre los eucaliptos y los caprichos de las farolas moribundas.

Tic...

10 Perverso destino

*¿Qué sentido tiene la inmortalidad si no estás a mi lado? Cibrián Campoy.
José «Drácula, El Musical», Acto II.*

*¿Es así como ocurrirá? (Duele si lo pienso).
¿Bajo este cielo sureño, estrellado y sombrío Y en esta plaza que el tiempo
ha cargado de eventos? Lástima siento por la luna que hoy no ha venido...
¿Quién irá a contarle lo que pase en nuestro encuentro? ¿Será el viento
quedo que trae aromas del río? No serán las aves, pues temprano se
durmieron. ¿Sí, acaso, el rumor de hojas que se hablan al oído O los setos,
los bancos, los caminos inciertos? ¿Por qué somos prófugos que escapan sin
tino? Prefiero pensar que somos valientes guerreros Luchando las batallas
por este amor sentido
(Nuestra historia será escrita por otros en cuentos). Siento en el alma un
fuego y el corazón partido: Quiero verte a los ojos aunque sé que no debo...
¡Si el universo quisiera trocar el destino!
Y permitirme aunque sea darte un solo beso
Sin que eso te condene al infierno del olvido.*

11 La excepción

¡Oh!... sí... un beso... solo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume.

Bécquer, Gustavo. «El beso», III.
...tac.

La noche descendió despiadada sobre las tres figuras que avanzaban desconcertadas por el camino que los conducía al acceso principal del Museo de Ciencias Naturales. El tiempo inclemente había traído la oscuridad antes de tiempo y espantado a los pocos que hubieran, tan siquiera, pensado en pasear por allí.

Estaban solos.

La niebla se precipitaba cada vez más arremolinada y certera sobre todo, y todo parecía espectral: incluso el viejo edificio neoclásico que marcaba la gloria, el esplendor y los poderosos bríos de la sociedad positivista que lo había planeado se desdibujaba hasta perder sustento cada una de sus líneas apareciendo tan solo como un burdo fantasma de sí mismo. Tanta bruma hacía que las estatuas de los magníficos tigres dientes de sable que se recortaban majestuosos custodiando la entrada del Museo, parecieran cobrar vida. Sinclair se estremeció cuando su imaginación o sus sentidos confundidos le dijeron que volvían la cabeza desde sus pedestales para observarlo mejor.

—Hay dos —dijo Pedro, mientras ayudaba a la joven a sentarse en la escalinata. ¿Cuál es?

Tic...

—El que tiene las patas cruzadas... ¡Ese! El de la izquierda — aseveró mientras dejaba el reloj en el suelo.

Víctor De Pol, escultor italiano, dotó en el siglo XIX a los «Tigres con Dientes de Sable», que se yerguen altaneros en los flancos de la entrada del Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de La Plata, de un realismo estremecedor: en posición de custodia y alerta, los esmilodontes presentan

una musculatura profusa marcada con contrastes de realces voluminosos y cavidades profundas. Hacia ellos se dirigieron los dos amigos y, juntos, comenzaron a buscar con desesperación creciente alguna nueva pieza, esperaban que la última, del rompecabezas póstumo que había dejado Pablo Galván.

—No puede haber nada acá y, si lo hubo, seguro lo encontró alguien más... no sé, alguno de los cientos de chicos que se suben en ellos para sacarse fotos o los turistas.

—No te desanimes, Sinclair: seguro tu amigo era más inteligente. Si hay algo, tiene que estar bien escondido.

Por alguna razón desconocida, Ángeles recobró algo de fuerza y se unió a ellos en la búsqueda. Incluso revisaron el pedernal en el que reposaba la figura de cemento, los escalones, el suelo.

...tac.

—¿Escucharon eso? El reloj...

Julián comenzaba a considerar que ya no podía confiar en sus propios sentidos. Se sentó desanimado y la paranoia se estaba adueñando de sus movimientos que se tornaron vacilantes.

—No, no escuché nada: debe haber sido el viento. Se está haciendo fuerte: espero que no llueva.

Y siguieron buscando: nada. El aire se enfriaba rápidamente y sentían comezón en las gargantas.

—Creo que encontré algo.

Pedro acercó su cabeza a la boca del tigre y comenzó a observarla con detenimiento; desde abajo, recortada su silueta en la bruma, daba la sensación de ser un domador de circo con la cara dentro de las fauces del león que debe someter. Llevaba en su mano una navaja.

—Tiene un diente flojo.

—Llévalo al dentista...

—No te hagás el pelotudo y vení a ayudarme.

Entre los dos, trabajando con cuidado y paciencia, lograron retirar el colmillo. Ángeles ya no temblaba sino que, habiendo tomado coraje, se sentía

más fuerte que nunca.

Tic...

—Está hueco —dijo Sinclair retirando un paquetito no más grande que un cigarrillo, envuelto con nylon a modo de protección. Con la paciencia que le caracterizaba comenzó a desatarlo. Era una nueva misiva—. Dice cómo activar el reloj: parece un hechizo. También anota cómo destruirlo de forma efectiva junto con todo lo que haya provocado: hay que quemarlo. Ahora lo recuerdo: conozco estas palabras... el viejo, el viejo las pronunciaba...

*Descend to my hands
Spirits of all times
Take all the moments of my life
And model them to your desire
Getting all the impurity out of my poor life. Give me the benefits I long for
Settle them in this pendulum,
Witness of men's greed
And peoples' discouragement.
Open, at last, the gate
Which separates the worlds
that would never ever be unified
Take these drops of my blood,
Seal the pact,
Until I cannot bear to keep the secret any more Or until you judge me
unworthy.
Then, I can rest in peace
Since I know my deepest desire has come true. (Make the wish!)
My heart is on the pendulum,
And the pendulum on my heart.
Let time pass by, just as my blood flows
When you model whatever needs to be modeled⁸¹.*

—El que habla inglés sos vos.

...tac.

⁸¹Versión inglesa de María Libertad Arrieta. (Nota de la Autora) —Dice:

Descended hasta mis manos,

*Espíritus de los tiempos,
Tomad de mi vida los momentos
Y modeladlos a vuestro antojo
Sacándoles las impurezas de mi pobre vida. Concededme el bien que deseo
Y concentradlo en este péndulo,
Testigo de la avaricia de los hombres
Y del desaliento de los pueblos.
Abrid, por fin, la puerta
que separa los mundos que no deben jamás juntarse Y, con estas gotas de mi
sangre,
Sellad, pues, el convenio
Hasta que no soporte yo guardar el silencio O hasta que vosotros digáis que
no soy digno. Y, entonces, muera yo feliz
Por saber que he satisfecho el mayor de mis anhelos. (Pedir el deseo)
Mi corazón está en el péndulo
Y el péndulo en mi corazón.
Que fluya el tiempo como mi sangre
Cuando cambiéis lo que deba ser cambiado.*

Tic...

Sinclair tomó en sus manos el reloj y subió corriendo las escalinatas.

—Tengo que buscar cómo hacer fuego...

—¡Esperá! ¿No considerarás la opinión de ella?

—Está bien, Pedro. Ahora entiendo todo y es lo único que podemos hacer. Además, yo no voy a sentir nada, ¿no? Las instrucciones de mi padre son claras: o lo hacen ustedes rápido y sin dolor, o me consumo de a poco como me dijiste hace un rato.

—Funciona, el maldito reloj funciona. No me gusta. No me gusta...

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

—Necesito estar solo para pensar: denme un rato.

Se alejó unos metros y luego, varios más. A lo lejos se escuchaba el murmullo entrecortado de los animales del zoológico cercano. Sin embargo, algunos gruñidos parecían provenir de otro lado... siguió caminando. Había sentido una presencia, la había escuchado desde los árboles añosos.

Se negaba a llevar a cabo semejante atrocidad («No, no y no» había pensado ya no sabía qué número de veces) pero sentía que el poder de decisión le estaba vedado, que se le escurría cada vez más de entre los dedos... se los miró y, al hacerlo, notó que sus manos estaban últimamente bien cuidadas aunque antes supieron estar callosas y mugrientas. Su vida había cambiado tanto... pero no, no le estaba permitido decidir sobre ciertas cuestiones.

Las sombras de la noche certera cada vez se cerraban más y, con ellas, se acrecentaba la sensación de pérdida de la propia libertad que lloraba el alma. Suspiró. La batalla fue terrible y, como ya sabía, resultó ser el perdedor. Los árboles le susurraban los designios de los espíritus y lo llevaban a recordar ciertos pasajes de su educación en la salamanca: sus conocimientos, sus poderes, su renuncia. La arboleda levantaba la voz, su pensamiento también: quería torcer el destino o posponerlo, quería una excepción aunque fuera efímera; pero, ¿cómo negociar? ¿Con qué?

La piel del hombro le escoció al contacto de una mano de mujer; con el rabillo del ojo notó la sombra del tatuaje mágico que debería eliminar. Se alejó un par de pasos, como para que ella no notara lo que le estaba ocurriendo. Las luces de las farolas titilaron primero, y se apagaron durante unos segundos, después, justo para disfrazar las violentas convulsiones que Pedro comenzaba sentir. Ángeles se acercó lánguidamente al tiempo que la luz renacía no sin cierta debilidad todavía latente entre la penumbra.

Él aún temblaba con movimientos inconscientes y esporádicos... el dolor que lo invadía parecía no querer irse pero eso era esperable: había aceptado pagar el precio necesario de la pequeña excepción pedida a sus guías y, de inmediato, el universo había comenzado a equilibrar los tantos.

Sentía como si todas las cicatrices y las marcas de su cuerpo, de a una por vez, comenzaran a abrirse desde dentro; como si fuera a estallar ensangrentado, pero el proceso era demasiado lento, demasiado agónico. La respiración se entrecortaba por el dolor creciente: inspiraba en gemidos, exhalaba con la boca abierta... Contener cada tanto el aire en los pulmones lo ayudaba a mantenerse consciente. Dolor, inmenso dolor que ya había olvidado y que alguna vez había agradecido; pero de eso tal vez hiciera demasiado tiempo... de todos modos, no se quejaba. Pronto sintió, también,

las ropas mojadas con su propia sangre y, aunque su instinto le gritaba a voz en cuello que se las quitara de inmediato, no lo hizo (Por un momento, recordó a William). Mejor así, porque las sensaciones venían de su *renü* interior: por fuera, todo parecía estar bien... menos el dolor, el inmenso dolor.

Las luces y las sombras poblaban el Paseo del Bosque, ahí, tan cerca del Museo. Se habían refugiado de las miradas de cualquier loco que pudiera deambular por allí a aquellas horas, aunque era poco probable que hubiera alguien. Julián no se atrevería a buscarlos, ensimismado como estaba por detener el avance maléfico del reloj. Todos sabían que el lugar había adquirido fama de peligroso durante las noches, pero junto a Pedro ella no temía nada. Se sentía valiente, grande, importante. Los claroscuros jugaban junto a ellos arremolinando la fantasía, mostrando monstruos perversos o ángeles salvadores... ¿Y si fuera solo el rumor de las sombras de los dientes de sable que coronaban la enorme escalinata que tenían a sus espaldas? A lo lejos se escuchaba nuevamente el rugir de los leones del zoológico que habían decidido, también, trasnochar y prestarles sus voces a las enormes criaturas de piedra.

Pedro sudaba un sudor frío e inquieto. Ella lo veía sufrir pero no se atrevía a tocarlo... sabía muy bien a qué venía todo aquello: él se lo había explicado con lujo de detalles y, pese a lo tremendamente inverosímil de las palabras que salieron de su boca, ella le creyó... No deseaba verlo así... y no entendía por qué. Es que no le había contado su temor más recóndito... el que él mismo se negaba a creer: no quería perderla.

Sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo cuando Pedro cayó de rodillas ahogando un grito en sus fauces y tomándose desesperado el pecho con ambas manos. Se sentía mareado y débil, a punto ya de desfallecer... pero no lo hizo. ¿Si lo hubiera hecho las cosas habrían sido diferentes? No le costó suponer que no. Un sudor febril le bañaba copiosamente el rostro, y decidió que debía estar agradecido, porque ello disimularía muy bien sus lágrimas: no quería que lo viera llorar.

No faltaba mucho para que siguiera cayendo, manos en tierra, pero ella se arrodilló frente a él y lo contuvo sosteniéndolo por los hombros el tiempo suficiente como para que no cesara. Ambos se sentían morir.

Inconscientemente, Pedro palpó su bolsillo buscando la navaja que no estaba dispuesto a utilizar.

Ángeles lo tomó entre sus brazos, hasta colocarle su palma extendida en medio de la espalda; y lo sujetó tomándolo suavemente por la nuca. Su mano hizo, pues, una delicada presión para acompañarlo a que colocara la cabeza sobre su hombro, con la cara escondida tocándole el cuello. Pedro lloró desconsoladamente mientras ella le acariciaba los cabellos lacios y renegridos mojados de sudor amargo. Así, pecho contra pecho y durante incontables minutos, ella contuvo el aliento cada vez que él se estremecía de dolor. El abrazo firme lo fue calmando cuando la respiración de ambos se acompasó, al igual que el ritmo cadencioso de sus corazones.

De lejos, desde donde Sinclair había conseguido hacer una apenas perceptible fogata, no eran más que siluetas empequeñecidas bajo los eucaliptos. El aire fresco que venía del río trajo un renuevo de bálsamo perfumado.

Entonces, con un leve suspiro de alivio, Pedro apreció el principio del fin del tormento que había empezado hacía tanto tiempo que ahora no acertaba recordar cuándo. Ahora las heridas le escocían pero era capaz de soportarlas, no sin cierta dificultad. Sintió cómo ella lo separaba un poco de sí, buscando encontrar sus ojos negros pero él no conseguía levantar la mirada; en realidad, no deseaba verla: temía ceder y que todo acabara en el instante en que finalmente la besara... esas habían sido las instrucciones, nada más y nada menos. Creyó enloquecer de dolor y de culpa, que no era digno del poder que le había sido concedido... pero sabía hacía mucho ya que no había vuelta atrás.

Ella, tan delicada como el cristal y fuerte como un diamante, lo tomó tiernamente por la barbilla obligándolo a enfrentarla. Al dejarla hacer, se obligó a mantener los ojos cerrados; sintió, entonces, la yema de sus dedos rozándole el rostro.

Julián se puso en pie y comenzó a desenvolver el reloj con decisión y odio crecientes. Era hermoso, era hipnótico, era... le hablaba y él quería escuchar los secretos que llevaba guardado por innumerables generaciones, pasando de pueblo en pueblo. La débil llama que había conseguido

comenzaría a apagarse... el viento se arremolinaba y la neblina se convertía en llovizna. Debía hacer lo que debía hacer, nada más y nada menos.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Pedro Nampëlcan, fuerte, sereno, oscuro, *kalku*, estaba sumido en el pesimismo más desesperante. Abrió los ojos con lentitud solo para ver frente a él a la única persona con el poder suficiente como para inmovilizarle los sentidos despojándolo de la magia que guardaba en su interior.

Por el rostro de Ángeles comenzaron a rodar lágrimas de cristal invitándolo a secarlas con sus caricias en el momento en que él finalmente se decidiera a devolverle el abrazo.

Sus frentes se tocaron.

Ya no hubo más tiempo que perder: su raciocinio se desvanecía con cada avance de las agujas. Sinclair levantó el reloj y lo arrojó con toda la furia que pudo reunir a la llama anhelante.

Sus labios se acariciaron.

El reloj se hizo añicos y pronto cada trozo comenzó a ennegrecerse al contacto con el fuego.

Hubo un resplandor en el horizonte pero ningún trueno. El beso fue inevitable.

Ardió. Por fin ardió y el mundo podía regresar a su cauce.

Las manos de Pedro quedaron ciñendo la nada: se encontraba solo en el bosque de los sueños perdidos. ¿De qué materia estarán hechas las sombras? No tenía ni idea, pero estaba seguro de que su sabor era el de la miel mezclada con una pizca de canela.

Libro III

CÓMO MEJORAR TU VIDA DESPUÉS DE MUERTO

Prólogo

Romance de la Desolada

*Atrás quedó la niñez,
Allá en tierras castellanas: Perseguida la inocencia
Ya es adulta la mirada.
Lejanas son estas tierras
Mas la búsqueda no acaba: Recuperar lo perdido
Lleva fijo en la mirada.
Ya era, de por cierto, bruja, Mas eso ahora no alcanzaba: Buscó por aquí
maese
Que nuevo hechizo enseñara; Su sangre no es de la tierra Y no quieren
ayudarla.
Caminando entre los valles, Ve cavernas y montañas, «¿En dónde estará el
secreto?» Se pregunta esperanzada. Sabedora de lo malo,
Enfrentó la salamanca;
Quedó esperando por días: Su pecado era ser blanca. Los ojos tiene bonitos
Mas sin lágrimas estaban: Habían llorado mucho
Mas consuelo no encontraban.*

*Ha desfallecido su alma; Las manos ya no levanta; ¿Inerte yace la niña
Que por su amante clamaba? La bruma espesó la noche, Detrás la luna
brillaba,
¿Qué trae escondido el viento Entre las luces del alba? Una sombra, una
silueta Se desdibuja o se aclara. Milagro o portento trae
Del esposo las pisadas:
Presto se acerca a la niña, De besos cubre su cara... Mas ella ya no
reacciona, No sabe que él la acompaña.*

*La luna llora en el cielo,
Llueven lágrimas de plata Que se funden en silencio Con las que el amante
exhala.*

*La luna llora en el cielo Y con ella la alborada,
Lloran los ángeles puros Sin consuelo ni esperanza. De tanto llanto la tierra
Clama piedad a la Parca Con la fuerza de quien tiene Invencibles
camaradas.*

*La luna llora en el cielo Sus lágrimas son espadas Que empuñaría el
amante Aunque en ello diera el alma.*

Los ojos abre la niña, Los suyos vuelve la Parca.

1 Contractus sanguinis

—Salí de mi cabeza... ¡No me banco más que jugués conmigo! —Julián Sinclair estalló apenas hubieron bajado del remís: había tenido el buen tino de controlarse durante los, para él, incontables minutos que duró el viaje de la terminal de ómnibus hasta su casa... Sí, suerte que pudo controlarse a tiempo: ¿cómo iba a explicarle al pobre hombre, el remisero, que su mente estaba siendo invadida por un telépata maníaco?

«¿Por qué estás de mal humor? Dormiste todo el viaje (otra vez), ¿no es lo que querías?»

—¡Que dejes de hacer eso! Y no, no estaba dormido: eso no es dormir... ¡Me pusiste en coma! Y podrías mover los labios, por lo menos, ¿no?

«No».

—¿No?

«No. Y no estabas en coma... ¿No dijiste que querías saber más? Bueno, hacete cargo».

—¡No así! ¿Por qué no cerrás la boca un rato?

«Porque no la estoy usando».

—Vos...

Había comenzado a decir con el dedo índice en alto, pero optó por dejar todo como estaba. Podía comprender perfectamente el nuevo estado de las cosas, pero discutir con Pedro se había vuelto un deporte que, pese a todas las apariencias, le calmaba los nervios. Los últimos acontecimientos habían significado una experiencia durísima y una herida muy profunda en el alma y el ánimo de su amigo y, simplemente, hubiera querido conversar con él al respecto pero... él lo había evitado haciendo lo que sabía hacer ahora. Para Julián, el viaje de regreso casi no había existido: si le preguntaban, y le preguntarían, ¿qué podría decir?... ¿Que cuánto tiempo se tarda entre La Plata y Bariloche? ¿Un par de minutos?

Sin dudas, La Plata era una ciudad hermosa para él, llena de emociones y bellos recuerdos universitarios, y lo seguiría siendo pese a todo, pese a haber

sido el escenario de la experiencia más desgarradora de su vida.

Entraron en silencio y arrojaron los escasos bolsos del equipaje en cualquier parte y se dejaron caer en sendos sillones como si de sus cuerpos se hubieran esfumado los huesos que los sostenían. Hacía frío, mucho frío. Afuera nevaba no sabían bien desde cuándo, pero Sinclair había dejado pasar, inesperadamente, la idea de encender la estufa de su casa hasta que sus músculos se dieron cuenta del error y lo obligaron a moverse.

—¿Te dijo tu abuela para qué quería vernos? —En un arranque de decisión impensada, Pedro logró romper el silencio pero, al hacerlo, sintió como si hubiera interrumpido algo demasiado sagrado.

—¿Hablaste de verdad? Ya era hora. —Sonrió con una leve mueca—. Dijo que estuvo investigando sobre Leonor y William, pero no sé por qué quiere vernos a los dos: no más dijo que era urgente... Así que, ni idea.

—¿Cómo estás para manejar en la nieve?

—Bastante bien. Mañana averiguamos si está abierta la ruta y si no, por más que queramos apurarnos, nos vamos a quedar varados acá hasta que se despeje un poco.

Pedro asintió con un ligero movimiento de cabeza que duró tan solo un breve instante. El mismo breve instante que duró una repentina visión de su vida anterior: se vio a sí mismo como si fuera el personaje de una película mostrándose a las cámaras. Observó sus pasos tristes al autoexiliarse del lugar de sus ancestros. Sí, la suya era una estirpe guerrera y los Nampëlkan se enorgullecían de ella contando historias que se remontaban a varias generaciones atrás: de la Araucanía libre y de la invasión de los españoles, de su alianza con el gran Leftraru... pero también de los hechos que desconocía como los que habían mancillado su linaje (tal vez algún día alguien habría de contarle la verdad). Suspiró con el corazón latiéndole a destiempo, herido como creyó que nunca pudiera sucederle a él, que había sido tan rudo tiempo atrás. ¿Cuánto? No sabría decirlo, pero ahora Centroamérica se veía tan lejana... y su corazón estaba solamente ocupado por el recuerdo de algo que, al fin y al cabo, era una ilusión.

*

—Yo os imploro, Adonai, grande, poderoso y maestro y señor de todos los espíritus. Yo os imploro, ¡Oh, Eloim! Yo os imploro, Oh, Jeovam! Os doy mi alma, mi corazón, mis entrañas, mis manos, mis pies, mi espíritu y mi ser. ¡Oh, poderosísimo Adonai! Dignaos serme favorable...

*

Pensó en Ángeles. ¿Por qué? No sabría decirlo, pero ese recuerdo repentino le causó un dolor extraordinario en el pecho, como si miles de partículas de lágrimas atravesaran su alma de improviso. Parecía como si el aire de la habitación se resistiera a acercarse a él, provocando en su pecho una sensación de ahogo que se tornaba imposible de controlar. Todavía no tenía las cosas del todo claras: ¿Realmente había estado enamorado de ella? Pensó que tal vez no, que tal vez fuera la sombra de un amor tan inexistente como ella misma, que no fue más que el mero sueño corpóreo de otro... y él había caído, conscientemente o no, en el juego macabro del soñador y su golem, aunque ninguno tuviera la culpa más que quien hubiera osado condensar (¿Quién habrá sido? ¿Cuándo?) en aquel maldito reloj la magia más oscura y desesperada, una magia que hacía que los hombres se creyeran dioses capaces de moldear el mundo a su antojo... menos mal que ya no existe. ¿Habría tenido alma? Esperaba que no. ¿Habría tenido verdadera vida? También esperaba que no. Realmente lo deseaba con toda la intensidad que su propia voluntad podía darle porque de ser lo contrario, la culpa se apoderaría de él más fuerte y más victoriosa que la tristeza de no volverla a ver o la desesperación de haberla conocido solo para saber que debía renunciar a ella. Ya no sabía si maldecir o bendecir a la *renü* que le había dado nueva vida: era un *kalku* y ya no había vuelta atrás. Era un *kalku*... un *kalku*...

Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...

Sssña sssña daaaahj...

Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.

—¿Pedro?

Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...

Sssña sssña daaaahj...

Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.

—¡Pedro! Me estás asustando... otra vez...

Pero ya no podía escucharlo: estaba lejos, muy lejos, aunque no se hubiera movido de su asiento. La oscuridad de la caverna sin tiempo comenzó a envolverlo sin que la hubiera llamado. Imágenes inconexas fueron apareciendo fantasmales y arremolinadas, rodeándolo aunque sin atreverse a acercarse demasiado. Extrañamente, no las comprendió: no fue capaz de darse cuenta de qué o quiénes eran o qué querían con él. Dentro de sus párpados, aquél mundo era suyo y no le gustaba la idea de que alguien más pudiera controlarlo, ni siquiera los espíritus que lo habían formado. Si no saber resultaba terrible, no entender era peor; y había algo allí, algo que no estaba bien. Ensoñación. Misterio. No, no. Era profundo y laceraba la tierra poniendo de cabeza la estructura misma del universo tal como lo conocía, aun con sus misterios y sus magias pujantes.

Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.

El brujo exhalaba el murmullo desde más adentro de sus entrañas o desde más afuera de la realidad tangible que lo rodeaba. No estaba en trance, pero su recogimiento era lo tan fuerte como para preocupar a su amigo. ¿Dónde estaba? En el cosmos, no en la salamanca.

Desatada la fantasía, Sinclair luchó con creciente desesperación por volverla a controlar, pero nunca había sido bueno con ello. «¿Hasta dónde?», se preguntaba una y otra vez como si hubiera una respuesta... una en la que poder creer. No solo su imaginación no tenía límites sino que la realidad que estaba destinado a vivir resultaba más escandalosamente increíble que todo el imaginario que su cabeza había sido capaz de crear durante años. Se estremeció.

—No sé si me escuchás, pero...

*

He inmolado, el tercer cuarto de luna, un cabrito virgen adornado con una guirnalda de verbena; he recitando las palabras propicias, le he quitado la piel; he mezclado su sangre con la mía (sacada del dedo corazón de la mano izquierda pinchado con un alfiler nuevo mientras recitaba el viejo

conjuro) junto con polvos de sauco, malvarrosa, lirio de Francia y azogue para darle propiedades mágicas.

—Pósanse los dones planetarios sobre esta sangre que contiene metal, aromas y espíritus para colmarla de virtudes a fin de que vosotros, Espíritus superiores, os dignéis aceptar el pacto que con ella voy a formular.

—...te traje cobijas. Acomodate en el sillón, cuando termines lo que sea que estás haciendo.

Pedro se encontraba todavía sentado, así como se había dejado caer al entrar en la casa de su amigo de siempre, con la mirada perdida y con Julián mirándolo boquiabierto.

—Vos y yo tenemos que hablar —agregó esperando una respuesta que nunca llegaría—... Mejor me voy a dormir: tengo sueño y son más de las dos.

La noche amenazaba más nevadas. ¿No era suficiente? Se tiró sobre la cama boca abajo así como estaba: vestido, calzado y con un dejo de desesperación. Se durmió, sin taparse siquiera, ansiando que el amanecer no tardara tanto en colarse por entre las hendidias de la ventana. La nieve caía como con descuido pero, horas antes, había sido un temporal que había causado destrozos y demasiados inconvenientes como para resultar poético.

Se despertó aterido y se levantó solo para querer acostarse de nuevo: eran las seis de la mañana. Enojado, se dio cuenta de que estaba demasiado despierto como para intentar dormirse de nuevo.

Refunfuñando, luchó contra la necesidad de desayunar y reflexionar sobre la posibilidad de ir a trabajar esa mañana. Decidió que no: ¿Por dos días? Si la semana entrante comenzarían las vacaciones de invierno. ¿Quién podría extrañar al profe de Historia? Tal vez algún masoquista, pero no conocía a ninguno tan enfermo... ¿Causa de la licencia? Ni idea, ya vería.

La calefacción estaba prendida pero sentía frío igual, como siempre, pero no se quejaba del todo: la humedad helada de Buenos Aires le era insoportable: lo había olvidado casi por completo... Otra vez se vio cursando en Humanidades, en los subsuelos esos completamente mohosos y

protestando por sus alergias exacerbadas sin que importara demasiado. Se había sentido solo en La Plata el día que supo que su mejor amigo estaba muerto (no, no lo estaba ni lo estuvo, pero eso él no lo sabría sino hasta muchos años después), recordaba alguna palabra de aliento de Pablo Galván y de alguna de las chicas, pero no más. Y ahora, ¿y ahora? ¿Qué hacía Pedro todavía sentado en el sillón? Suspiró. Se aseó. Desayunó. Se metió en Internet para averiguar el estado de la ruta. Nada.

*

He firmado este pergamino nuevo con mi sangre en pluma de auca implorando los favores de todos los espíritus... no temo. —¡Servidme!

*

—Si tenés cadenas para el auto, ponéselas en seguida: me ducho y salimos. ¿Te va?

—¿Si me va? ¿Estás enfermo, no? Cayó una nevada de mil putas y el Cañadón de la Mosca está cerrado desde ayer (obvio, boludo), ¿cómo querés viajar? Es un suicido.

—Eso, dejámelo a mí.

Y salieron, nomás. A Sinclair no le gustaba manejar en la nieve pero menos le gustaba la sola idea de que lo hiciera Pedro Nampëlkan: eso no iba a volver a ocurrir nunca... con una vez era más que suficiente. Aferrado al volante movía sus manos de un lado a otro mezclando precaución y nervios mientras tomaba el coraje para, con el dedo meñique de la derecha, intentar activar el limpiaparabrisas para quitar de en medio una estorbosa nevisca que había dado por aparecer por el oeste. Una fina capa de sudor le recorría la nuca cayéndole en pequeñas gotitas por la espalda. Comenzó a temblar y, para evitar un desastre, se detuvo un poco más adelante en Villa Mascardi.

—¿Por qué parás tan pronto? ¿Querés que siga yo y...? —Ni se te ocurra. Quiero tomar café: si pudiera, me haría una intravenosa de cafeína.

Si no hubiera estado enojado tal vez habría tenido algún ánimo de contemplar la majestuosidad del paisaje nevado que los rodeaba: el cielo perlado y el mundo absolutamente sin color. Parecía una película en blanco y negro en la que la nubosidad iridiscente no hacía más que acentuar la sensación de desasosiego que estaba invadiendo su espíritu nada temerario.

Sí, estaba total y (no tan) absurdamente asustado. La conclusión a la que podía llegar era simple: Pedro no tenía ni idea del peligro al que se enfrentaban solo porque Nain, su *nain*, les contara lo que había leído en algunos documentos viejos («Y andá a saber si entendió bien») que husmeó por Internet. Él sabía de montañas congeladas y sinuosos caminos con hielo, y el otro había crecido en medio de la inmensa planicie de la estepa patagónica; aunque, sí debía saber, ¿o acaso no había pasado largos años de su adolescencia como pupilo en un colegio del centro de Bariloche? ¿Entonces? Conclusión: Pedro sí sabía, pero estaba más loco de lo que era de esperar.

*

—He aquí un cayado de avellano silvestre que ninguna mano ha tocado nunca, cortado con la misma hoja con la que he sacrificado al cabrito virgen y he abierto mi carne... He aquí que he fundido el metal de mi daga para cubrir los extremos de la vara sobre la cual he invocado a los espíritus superiores (Adonay, Eloim, Ariel, Jehovam) que la han dotado de la fuerza de Sansón, la energía interminable de Emmanuel y los rayos de Zariataumit...

*

—¿Y ahora? —preguntó Julián apenas ambos se hubieron acomodado en el auto y colocado los cinturones de seguridad. —Arrancá.
—¿Te dije que el Cañadón de la Mosca está cerrado? Sí, sí te dije... los de Defensa Civil no nos van a dejar pasar.

Como respuesta obtuvo únicamente un suspiro. Sabía que no mucho más adelante el asunto estaría bravo: no menos de treinta centímetros de nieve sobre el asfalto en un camino sinuoso que su estómago no terminaba de soportar ni aun en verano. Se encogió de hombros: de todos modos iban a sacarlos de la ruta. Apretó el embrague, puso primera, aceleró... segunda y hasta ahí, bien.

Los ojos de Pedro se fueron ennegreciendo de tal modo que no iba quedando nada de otro color en ellos... se estaban convertido en la noche tan temida... al menos eso le pareció a Sinclair cuando, de tanto en tanto y mientras conducía, lo miraba de reojo como para comprobar que no estuviera

loco (Pedro, no él... no él... no él). Vio cómo unos pequeños puntos oscuros comenzaban a invadir los ojos de su compañero aunque... no, no... no podía ser posible... a medida que lo blanco de los globos oculares iba perdiéndose, también desaparecía la nieve abriendo el camino por delante de ellos y dejándolos pasar con suavidad, casi con cortesía, como ahuyentada por el hombre que podía controlarla. Después de su paso, volvía a cerrarse. En tanto, le pareció que el automóvil comenzaba a tener conciencia propia. Cuando fue capaz de entender lo que ocurría, Julián dejó de sentir miedo (¿Sintió pavor? No) y comenzó a confiar; comprendió, entonces, que no era necesario esforzarse por controlar el vehículo y, haciéndole caso, por primera vez, a su instinto, soltó el volante. Las manos de Pedro estaban ahora con las palmas vueltas hacia abajo y adelante, en dirección a la ruta por venir.

Lo que siguió, no fue más que sentarse a observar el paisaje... por algún motivo Julián no se sorprendió cuando nadie los vio pasar al atravesar el puesto de vigilancia que debía detenerlos evitando que siguieran adelante con un viaje demasiado peligroso: los noventa y tantos kilómetros por la ruta 40 sur que faltaban hasta El Bolsón, con las curvas, el cañadón tan temido, las montañas o los acantilados no existieron para él, tampoco sintió el peso de las horas o de los minutos... todo le era irreal y difuso... hasta que ciento noventa y pico de kilómetros más tarde salieron de Esquel.

—¡Pará, pará! ¡Basta! Me quiero bajar.

—Falta poco.

—Tengo náuseas.

Descendió del auto entre arcadas lo más rápido que pudo y cayó de rodillas, hundiéndose en la nieve del costado del camino intentando no vomitar: lo último que le faltaba es que Pedro lo viera así... no iba a permitirle ni una sola palabra al respecto. El aire frío que tanto odiaba terminó convirtiéndose en un bálsamo irresistible y comenzó, paulatinamente, a respirar con más normalidad; también el mareo fue retirándose y todas las cosas, incluido el paisaje, dejaron de moverse y volvieron a cobrar nitidez. Tomó algo de nieve con las manos desnudas y se enjugó la cara con ella. Infló sus pulmones con aromas de invierno y, por primera vez en muchos años, se deleitó con ello.

—¿Estás mejor? Perdoname: no quería asustarte pero... —Estoy bien,

estoy...bien.

—Ya es hora de que te acostumbres a esto que soy. Anoche sentí algo raro, otra vez... como si algo se hubiera roto, como si el mundo nos siguiera reclamando: las cosas no se arreglaron del todo cuando destruiste el reloj de péndulo. Aunque creo que esta vez es algo diferente... poderoso y, cuando intenté saber de qué se trataba, la *renū* ni siquiera se me apareció... era otra cosa muy diferente.

*

—*Todo está consumado... ¡Obedecerás!*

*

Sinclair tomó el control. *Todo* el control: el del vehículo y el de la situación. Con Pedro un tanto exasperado había llegado el tiempo de la razón y, con él, se alejaron las náuseas que odiaba tanto. Subirse al auto y llegar a casa de Nain, no le resultó tan difícil después de todo: tenía hambre y la certeza de «cosas ricas» en lo de su abuela galesa era como un aliciente extra. Habían pasado las maquinarias viales hacía poco y no había vuelto a acumularse hielo sobre la ruta en las inmediaciones de Trevelin. Suerte. Porque se sentía algo aturdido y bastante débil.

Ver el pueblo nevado le trajo nostalgias de su adolescencia (tenía que escribirle a su madre en Gales): aromas, sabores, cadencias... amores. Llegaron junto con algún copo de nieve que se atrevió a desafiar el gesto enfurecido del brujo. «Basta de nieve» había refunfuñado un rato antes, cuando el vehículo que los transportaba patinó unos metros semi-descontrolado.

—Sinclair: no te desmayes al entrar.

—¿Por qué decís eso?

—Ni idea.

Tocaron el timbre y Jane Griffith Sinclair abrió la puerta casi al instante.

—¡Chicos, por fin! Los estábamos esperando. Pasen, pasen. —Nain, ¿con quién estás?

—Sinclair, acordate lo que te dije...

Entraron con el ceño fruncido, con el corazón acelerado y el aliento

contenido. Más allá de todo, con las dudas y las extrañezas, entraron.

No más asomarse al living una voz conocida los recibió con un acento de alegría y profunda esperanza.

—¡Mis amigos! —dijo William rompiendo un silencio que, de pronto, fue menos desesperante.

2 Locus amoenus

Su alma amaneció ese día junto con el sol sureño que se había atrevido a colarse por entre las hendidias de los desvencijados postigos de la ventana. Estaba acostumbrado a levantarse de la cama apenas despuntar el alba pero ese día, sencillamente, no tenía ganas.

Bostezó.

Quería dormir aun sabiendo que sus muchas obligaciones no podían esperar.

Mantuvo los párpados cerrados casi como un capricho, sintiendo en el rostro el incipiente calor que el amanecer comenzaba a regalarle a la vez que le anunciaba que ese día sería maravilloso. Hasta se atrevió a imaginar el cielo que en pocos minutos más tendría el color de sus ojos claros: ese celeste translúcido y sin nubes que derrocha placer y contento.

Con la palma de la mano abierta hacia abajo tanteó la cama para descubrir, sin sorprenderse, que estaba solo. Suspiró mientras obligaba a su cuerpo a comprobar que cada músculo todavía permaneciera en su lugar y que fuera capaz de responderle sin demasiada dificultad.

Por primera vez en tantos años quería quedarse acostado un rato más, pero un llantito pequeño y un chistido le recordaron que no podría ser. «*I am fine. I'm coming*», pensó o consiguió balbucir mientras intentaba preguntarse (sin que la respuesta fuera un éxito) por qué lo había hecho en inglés si hacía tanto que había renunciado con absoluta decisión a su lengua natal pretendiendo que el español la remplazara. Se pasó la mano por el rostro para tomar coraje y, finalmente, sentarse sin mucha decisión: si la pequeña seguía llorando de esa manera los gemelos no tardarían en despertarse y el asunto se pondría un tanto difícil. Volvió a descubrir que esa era, pese a todo, una sensación agradable. Antes de terminar de levantarse, metió instintivamente la mano debajo de la almohada con el cuidado necesario como para no cortarse... y sí, la daga aún estaba allí cumpliendo su función primera: suavizar su eterna paranoia.

Bajó un pie desnudo hasta pisar el suelo de tierra y sintió que debía hacer

un esfuerzo enorme para reprimir una lágrima de impotencia: él, que había conocido los lujos y caprichos de la nobleza; él, que había visto como en un sueño fabuloso las maravillas de un mundo por venir; él, que... solo fue capaz de ofrecer un rancho precario lejos de pueblos y ciudades. Con el pulgar derecho dibujó en el polvo su símbolo protector preferido: alfa y omega entrelazadas y encerradas en un círculo... el mismo que llevaba en el anillo que le diera su padre antes de salir de viaje por el camino a Santiago de Compostela, el que va por el norte, y que se convirtiera en alianza eterna con la mujer que jurara proteger el día que se casaron allá en Andalucía. Sonrió. Nada más importaba: era feliz así. Se propuso remediar el asunto del piso ese ya vería cómo.

Se puso en pie y observó la ropa raída, ya casi sin color, con la que debía vestirse: estaba limpia y bien... un ruido sordo, estridente y repentino lo sobresaltó e, interrumpiendo sus cavilaciones, tomó la daga y salió corriendo, tensos los músculos, dura la mirada, con la mente ahora enfocada en deshacerse del invasor que los amenazaba, pensando que todo volvería a ocurrir. Recordó aquél bosque asturiano cercano al Eo atiborrado de robles y castaños en que conociera a Leonor. No quería que se repitiera, no quería tener que volver a matar nunca más... salió convertido en una furia pensando que su alma era poco precio a pagar si con ello su familia quedaba finalmente a salvo. Corrió, pues, los pocos pasos que lo separaban de la puerta blandiendo su arma, enloquecido, esperando encontrar a don Luis de Rodrigues y los suyos amenazando de muerte a sus hijos en venganza por haber tomado la vida de sus hermanos. Ya no importaba, desde hacía mucho, si eran culpables de atacar a Leonor o no. Ese hombre no cejaría hasta quedar satisfecho... esperaba hallar sangre, el filo de una espada en el cuello de alguno de sus preciosos niños o de la bebé o de Leonor... dio un salto y... y solamente vio a su esposa recogiendo del suelo los restos de un cuenco de agua que había caído sobre la leña haciéndose añicos.

Desorientado ahogó un grito de desesperación o de furia o de impotencia en su garganta hasta que afloró en sus ojos algo como lágrimas antiguas. Temblaba y no podía controlarlo.

—¿William? —Con delicadeza tomó el arma de la mano de su esposo y la dejó sobre la mesa—. Se despertará Jane.

*

*¿Cómo podría la luna
Vivir sin tus ojos claros? Dormir no quisiera nunca, Ni aun estando a tu
lado, Por no poder contemplar Tus pupilas mirando.
¡Ay! Lloro, oscura, la noche En la que el cielo estrellado Perderá su magia
eterna Al mostrarte enamorado.*

*

Ella sabía perfectamente lo que pasaba por la mente del hombre que había jurado protegerla. Lo abrazó acariciando sus cabellos húmedos de sudor. Lo abrazó tomándolo con fuerza para que él supiera, así, en silencio, que todo estaba bien y que así seguiría. Lo abrazó... simplemente, lo abrazó. Aislados como estaban del mundo civilizado, ocupando una casucha semidestartada que, según les habían dicho, fuera abandonada, hacía algunos años, por unos misioneros que dieron en aventurarse por aquellos parajes agrestes; protegidos por la silueta majestuosa del Tronador (al que sus vecinos llamaban *Amun-kar*) recortándose en la lejanía y amparados por el que ahora llaman Catedral, estarían bien.

Si los ojos de él eran el cielo, los de ella eran los valles en verano... destinados a encontrarse siempre en cualquier horizonte. Ella lo besó mientras tocaba con suavidad las cicatrices que conocía tan bien y que le recordaban cuan inconmensurablemente fiel era el hombre que estaba a su lado: nunca le había reprochado ni la huida ni la lucha ni la tortura, y no podía más que contenerlo y seguir amándolo sin condiciones ni retaceos. Sir William Anthony James, antiguo señor de Stonestep había renunciado a todo para ser feliz con una plebeya castellana en un paraje recóndito de las Américas. Él asintió con un gesto y le retribuyó el beso con dulzura... quería más pero, casi al instante, comenzó a reírse a carcajadas.

—¡No, no, no! —Unos deditos comenzaron a recorrerle, inquietos, la cintura buscando hacerle cosquillas, y lo consiguieron. Los gemelos no solo se habían despertado sino que estaban muy dispuestos a hacer de las suyas. Sí, estaba tan feliz que sus ojos se iluminaron con una idea y, gritando que los atraparía, les dio tiempo para que salieran corriendo, le guiñó un ojo a Leonor, la besó rápidamente, y fue tras ellos así, descalzo como estaba y sin

terminar de vestirse... si su padre lo hubiera visto se habría horrorizado de su falta de modales. Tal vez aún lo necesitaba, tal vez precisaba una palabra sensata, tal vez, o tal vez no.

—¿A dónde os habéis metido?

Amaba el aire puro y dulzón del verano en las cercanías del lago (el que sus amigos poyas y puelches llamaban Nahuelguapi,) con notas de coihues, flores de amancay y canelos. Ansiaba acercarse a la playa de pedruscos y nadar en las aguas claras y heladas (aunque no más que las del mar de su niñez) sin más preocupación en la mente que elegir un buen pez para el almuerzo... podía escuchar en su cabeza la voz de Leonor diciéndole que era un tramposo, que así no debía pescar y tal vez tuviera razón: pero zambullirse, bucear, quedarse muy quieto sintiendo el aire contenido en los pulmones y escuchando el murmullo acogedor de las criaturas que comenzarían a rodearlo, curiosas, para luego, muy luego, cazar únicamente el ejemplar más apropiado... era una sensación absolutamente sublime con la que se acercaba un poco, nada más, a los recuerdos de su tierra lejana. ¿Tramposo? Posiblemente.

—Os encontraré pronto... ya veréis —dijo llenando sus oídos con unas risitas cercanas. Sí, sabía dónde estaban: en la pequeña hondonada de junto al gran arrayán. Avanzó con tal sigilo que ni la presa más astuta se le habría escapado (recordó de pronto que debía salir de cacería: encontrar algún huemul sería maravilloso). Dio un rodeo, acechante, y los vio de espaldas: estaban agazapados tras una mata de arbustos, muy juntitos y abrazados como queriendo hacerse más chiquitos para no ser descubiertos por su padre pero, por más esfuerzo que hicieran, no podían permanecer en silencio. William corrió hacia ellos conteniendo una risotada y, tomando a cada uno con un brazo, se los llevó entre gritos y pataleos para que se lavaran la cara y las manos con agua fresca del abrevadero. Tamaña algarabía recorrió la espesura del bosque ahuyentando alguna bandada de fiofíos crestiblancos en una confusión atronadora de aleteos y ramajes deshojados.

Dentro, Leonor había dispuesto sobre la mesa algo de carne de pescado seca, pan, piñones de pehuén, queso y leche. La beba dormía plácidamente en la cuna de madera que había construido su padre.

—¿Quién eras?

—¿Perdón?

—Antes de ser el hombre que amo, allá en tu país, ¿quién eras?

—Solamente alguien en busca de redención, nadie más. —Te presentaste como *sir* William de Stonestep... ¿cómo es allá? ¿Cómo era tu vida?

¿Extrañas algo?

Él suspiró.

—¿Allá? Una isla pequeña, no tan bella como esto. ¿Mi vida? Aburrida. ¿Qué extraño? Nada —mintió con una sonrisa—. A veces el mar, un poco. No lo cambiaría por esto.

Y eso era cierto, pero que Leonor supiera qué había perdido en verdad, simplemente no tenía razón de ser.

Recordó que ese día muy posiblemente tuvieran visitas especiales, ya que esperaban a un grupo de puelches con noticias desde Chiloé, del otro lado de las montañas. Llegarían navegando en esa suerte de piraguas que llamaban *dalkas* y entrarían a la ensenada por el sur. Si todo había ido bien, traerían algunos artículos que les había encargado: un mechero de latón, cabezada y freno para la yegua que le habían regalado los poyas y que ya estaba lista para ser domada, ropa para sus hijos, un vestido nuevo para Leonor y para él, nada esta vez... ya era demasiado, las botas podrían esperar hasta el mes próximo: podía andar descalzo más tiempo en verano y así disimular el dolor de pies que le causaba un calzado con las suelas y las cañas destruidas. Pensó que de seguir viviendo en el palacete del pequeño señorío insular de su familia, allá lejos, al suroeste de Inglaterra, su viejo ayo, Arthur, le habría mantenido las botas bien lustradas, las armas relucientes y se hubiera visto obligado a vestir de seda y gamuza como las niñas y a realizar a cada rato las ampulosas reverencias cortesananas que odiaba tanto. Sí, indudablemente, prefería los harapos y los modales más simples, aunque siempre sin perder la caballerosidad, por supuesto.

Las horas pasaban a diario entre las labores en la pequeña huerta, el cuidado de los animales, el trabajo eterno para reparar o mejorar la casa, limpiar el establo. De vez en cuando, William tomaba un cuchillo de hoja delgada y bien puntiaguda y tallaba figurillas de madera para sus pequeños...

no era bueno en eso, nadie le había enseñado («Cosas de campesinos, hijo» no se cansaba de repetir su padre), pero se empeñaba con todas sus fuerzas y los niños festejaban cada nuevo logro suyo: un caballo para uno, un lobo para el otro... pero no era suficiente e iba por otro caballo, otro lobo... cada uno de los gemelos quería siempre lo que tuviera su hermano. También de vez en cuando llegaba alguna familia poya o puelche en busca de la dama española que podía curar mejor que cualquiera a muchas leguas a la redonda, o en busca del *tralkatufe huinca* (el cazador blanco) que enseñaba con inusitada paciencia sus extraños métodos. Asentados como estaban en la confluencia territorial de tres grupos de indígenas, habían convenido un estado de armonía y respeto mutuo como resultado de una junta en la que los caciques de cada parcialidad habían aceptado, luego de largos parlamentos, que vivieran allí. Inclusive se habían comprometido a asistirlos, si fuera necesario, sabiéndolos desertores de las ciudades españolas y conocedores de sus cosmogonías, costumbres y ritos más ancestrales. Todos los respetaban y algunos pocos les temían. William tenía facilidad para los idiomas y hablaba con fluidez los tres dialectos de la región: puelche, veliche y poya; Leonor se había convertido en algo más que una *meiga* o una simple curandera, de esas que tratan solamente maldeojos y culebrilla, y había dado en adentrarse en las magias más antiguas y universales (al principio, él no lo aprobaba del todo pero ahora esto le complacía) y, por su parte, los gemelos jugaban con los otros chiquillos de igual a igual, más allá de toda diferencia, pues habían entendido que así todo era más divertido

·
*

*Tus risas llenan el bosque Más allá de la espesura, Imitando con tus
labios De la rosa la dulzura;
Besando estás las fragancias Mientras cantas con ternura Hermosos versos
que el viento Esparcirá con premura.*

*

Paz.
Increíble paz.
Sublime paz.

A veces, por las tardes, cuando los chicos por fin caían rendidos y dormían una siesta, le gustaba salir a pasear por la margen del lago de la mano de Leonor; tal vez recostarse en la playa con los pies en el agua y adormecerse plácidamente en su regazo como si fuera un niño, esperando una caricia en el cabello o en el rostro y soñar... soñar... podía sentir, aun teniendo los párpados cerrados, sus ojos verdes posándose sobre él y el canturreo quedo de una melodía antigua, susurrada al compás de la respiración de ambos, amablemente entrelazada. A veces era al revés. En algunas ocasiones, cada tanto, solamente fingía estar descansando para poder sorprenderla y levantarla en sus brazos y, si hacía calor, arrojarla a las aguas límpidas del lago entre besos y risas.

¿Cómo podrían estar mejor? Si en cada verano, el sol se empecinaba en dorarles la piel estampándoles su impronta como para que el invierno se amedrentara y les llegara tan solo como una caricia.

El viento del noreste trajo el murmullo del bosque y, con él, antiguos poemas de su ya lejano país.

*Come live with me and be my Love, And we will all the pleasures prove
That hills and valleys, dale and field, And all the craggy mountains yield.*

*There will we sit upon the rocks And see the shepherds feed their flocks,
By shallow rivers, to whose falls Melodious birds sing madrigals⁸².*

—Aquí tienes *leliantü*. Debes preparar una infusión como esta que le di a beber... con una pizca, así, bastará. Dile que la tome tres veces por día durante tres días. Mejorará pronto, ya verás —decía Leonor y William se esmeraba en traducir—. *Oro te, pater, oro te, pater, sanas* —agregaba luego recordando su primer y más poderoso conjuro, al tiempo que realizaba con natural diligencia cada uno de los sigilos correspondientes sobre la cabeza del joven que no dejaba de toser, para que el sortilegio curativo fuera propicio—. Dale nuestros saludos a tu *machi* cuando vayan a verla. No lo olvides, ¿sí?

Admiraba cómo ella había aprendido a combinar el espíritu de pueblos tan distantes para crear algo mejor y más poderoso (o al menos eso creía él) con el único propósito de aliviar los sufrimientos del cuerpo y del alma de otros. Sin embargo, no quería que sus vecinos y, ahora, amigos olvidaran su propio mundo mítico-espiritual, su tradición mágica. Ambos habían llegado a

comprender que el verdadero poder del universo no podía condensarse en una sola cultura y tomaban lo mejor de lo que los rodeaba con el mayor de los respetos.

Niños con fiebre, hombres con quemaduras espantosas, mujeres con dolores imposibles, ancianos con reuma... no podía contarse la cantidad de personas del valle, de las islas y las montañas que acudía a la *hechicera blanca* olvidada por los *ngen* de la Araucanía libre, la misma mujer que tiempo atrás dieran en llamar la Desolada. Palabras suaves, carácter afable, conocimiento cósmico, encontraban todos en la familia de *huincas* que se había establecido entre ellos desafiando los *Ngen Mawida*. Si a Leonor años atrás se le había negado el conocimiento y los ensalmos, ahora había sido retribuida por su humildad y constancia para sortear todas y cada una de las pruebas que los guardianes de la tierra, de las almas y del cosmos le habían impuesto. Si William había eludido la magia más oscura que lo

⁸² Marlowe, Christopher. «The Passionate Shepherd to His Love». Ven, vive conmigo y sé mi Amor Y probaremos todos los placeres que proveen Estos prados y valles, colinas y campos.

Entonces, allí nos sentaremos en las rocas Y veremos a los pastores alimentando sus rebaños Junto a ríos superficiales en cuyas cascadas Los pájaros melodiosos cantan sus madrigales.

había desplazado en el tiempo hacia un futuro inimaginable, ahora había sido bendecido con la paz tan anhelada.

A la hora en que las nubes de la aurora parecen nublar el cielo en el verano, un murmullo proveniente del lago recorrió los claros y oscuros del siempre inquieto ramaje. Los hombres desembarcaron antes de llegar del todo a la orilla, acomodaron, luego, las piraguas y recorrieron la senda serpenteante hasta la pequeña cabaña de los *huincas*, apresurados y casi sin pronunciar palabra. Sus pies andaban ligeros como si las noticias que traían fueran a escaparse ante cualquier descuido. Los gemelos les salieron al encuentro saludándolos entre reverencias y risas: los hombres del grupo les eran conocidos y estaban al tanto de que era habitual que trajeran cosas interesantes y extrañas de sus viajes al oeste, más allá de las montañas altísimas y siempre blancas.

Leonor y William, que también sabían de viajes largos, los esperaban con comida, *chafí* y dulce de calafate para que reposaran y aliviaran la fatiga. Normalmente, los encuentros eran lo suficientemente ruidosos como para alegrarles el espíritu por varios días pero esa tarde, los hombres llegaron en un perturbador silencio. Inmediatamente, Leonor se preparó para lo que en el lugar llamaban *kurampin*, es decir, curar mediante palabras sanadoras, aunque no dejó de lado la posibilidad de que se tratara de un mal mayor y el mundo espiritual de aquella gente no bastara.

Se saludaron con afecto y los hombres, entre los que se encontraba el *lonko*, comenzaron a pronunciar largos parlamentos en cuya complejidad William se perdió más de una vez como si se tratara de un laberinto léxico alimentado por años... comenzó a palidecer cuando por fin comprendió que traían una preocupación demasiado grande como para ser directos en expresarla y necesitaran de toda su retórica para que el espíritu del mal que los acechaba no fuera a ensañarse también con ellos.

Las montañas jugaban con el eco de los truenos que comenzaban a sucederse preludiando una tormenta. William no había previsto semejante cambio de clima, ¿tanto le faltaba por aprender sobre el lugar que ahora era su hogar o simplemente no había estado tan atento? Pronto vislumbraron otra cosa: el *Amun-kar* estaba hablando.

La niña comenzó a llorar cuando el estruendo se hizo más impresionante y los gemelos se asieron fuertemente a las piernas de su padre buscando su protección y su consuelo.

Uno de los hombres, quien siempre había creído en ellos, Raiquén, dijo al fin lo que nadie quería oír.

William descolgó su espada del rincón donde había estado acumulando polvo con mano un tanto temblorosa: hacía demasiados años que no sentía en el brazo el peso del acero.

*

Kuruf, el Viento, ha bajado Por la pedregosa falda Del Amun-kar soberano Llevando cantos de nácar.

Trae noticias amargas Que quitarán el aliento: Del cóndor sintió las

alas, De las nubes el lamento.

*

Hubo un silencio que por incontables minutos nadie osó quebrantar: ni los animales del bosque ni la majestuosa floresta... hasta el chisporroteo del fuego cesó, de pronto, de anunciarse. Hubo un silencio que estremeció el alma de la tierra y conmovió a los ancestros de todos los mundos y de todas las razas del orbe. Hubo un silencio que transportó soledades, misterios y pasmos. Enfermizo, aterrador y horrible silencio.

Leonor vio con pavor el brillo tenue del arma que su esposo había desenvainado y que por tanto tiempo había permanecido en reposo, escondida pero no olvidada. Rompió, entonces, la incómoda quietud:

—¿William?

En la profundidad de la nada (pues hasta el tiempo pareció detenerse preocupado, respetuoso del momento que las almas allí reunidas no acertaban a comprender) un hombre de rostro cansado vio materializarse la infinita pesadilla de su miedo más recóndito.

—Dicen que un Comisario Inquisidor y un extranjero vienen intentando abrir el viejo paso del Vuriloche con una partida de al menos doce hombres. Buscan a la *chiñura* y al *weichafe huinca* —dijo, cumpliendo con su papel de intérprete.

3 Desplazamiento

Por primera vez en muchos, muchos años, vi a Pedro pálido. Creo que no se esperaba eso y, por cierto, yo tampoco. Hubiera esperado ver, no sé, a mi hermano o a mi abuela hablando con las paredes... pero encontrar a William, es demasiado para cualquiera. Porque más allá del cabello desalineado y la barba desprolija, aún conservaba el gesto elegante y la mirada profunda e inconfundible de un caballero inglés de finales del siglo XVII. ¡Dios! Detrás de un gesto doliente, un rostro demacrado se esforzaba por parecer alegre, feliz de vernos. Vano esfuerzo. Sus ojos claros estaban nublados de esa tristeza que tan bien conocíamos pero había algo más, como si la sensación de pérdida fuera inmensurable.

Se encontraba recostado en el viejo sofá-cama de terciopelo verde que yo tanto entrañaba: había almohadas y almohadones colocados de modo tal que lo mantuvieran en una postura reconfortable y estaba tapado casi por completo por un cobertor.

—Pasen, pasen —decía Nain mientras nos indicaba que la siguiéramos hasta el comedor—. Descansá tranquilo, hijito: yo les explico.

Sentí que todo me daba vueltas (me pareció que Pedro no estaba mejor que yo) y que algún ser invisible me sostenía para que no perdiera el equilibrio. Creo que reaccioné solamente cuando Nain sirvió el almuerzo... comí algo, no mucho, pero todavía no puedo recordar qué. Pensé (con bastante éxito, debo aclarar) que me estaba volviendo loco. Yo mismo había visto a William desvanecerse delante de nosotros y estaba seguro de que se había reunido, finalmente, con Leonor y ahora... ahora lo veía delante de mí, y *mi* abuela lo trataba como si nada... como a un nieto más, como solía hacerlo con Pedro desde hacía años.

—Nain...

—No quiere estar en el dormitorio: creo que le da vergüenza. —¡Nain!
¿Qué... qué..?

—Jane, ¿qué está pasando?

—¿No les pedí que vinieran urgente?

—Sí... ¡Pero no nos dijiste que *él* estaba acá!

—¿No? Se me habrá pasado...

Por supuesto, no le creí. Sus ojos tenían ese brillo que yo conocía tan bien y que aparecía casi exclusivamente cuando su cerebro trabajaba a mayor velocidad de la habitual... y la habitual toda la vida me causó pasmo. Siempre fue sagaz, y esa no sería una excepción: con ella, nunca lo era. Aficionada a las novelas policiales al mejor estilo Agatha Christie, siempre me dio la sensación de vivir junto a miss Marple... en fin, lo que a mí me sorprendía, a ella la deleitaba.

Guiñó un ojo. Eso fue peor.

—Si te lo decía, ibas a pensar que me había vuelto senil. —Se dignó a confesarnos.

Respiré hondo y con los ojos bien cerrados, como para intentar contener el berrinche que se empecinaba por treparse por mis entrañas, desde el estómago y buscaba fortalecerse en mi garganta. Tengo carácter fuerte, ¿cuánto más podría contenerlo?

Iba a contestarle, pero sin que me diera mucha cuenta, Nain giró sobre los talones con inusitada agilidad y salió de la cocina con rapidez con rumbo a la sala llevando algo entre las manos que no alcancé a ver. Quedamos con el ceño fruncido, los ojos entrecerrados y una mueca de incredulidad que seguramente no se iría así nomás. En menos de un minuto, Nain estaba de vuelta.

—Por fin se quedó dormido, pobre... yo que le llevaba compota...

—¡Nain! ¡Por Dios!

—Está herido. Ahora está un poquito mejor, pero estuvo muy delicado... menos mal que Mika lo atendió.

Eso y un balde cargado de nieve volcado sobre mi columna eran exactamente lo mismo.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando?

—Micaela Rivadeo... ahora es enfermera pero antes... bueno, seguro te acordás de ella y...

—¡Nain!

Trajo café, té, algunos scones salados de esos que me gustan tanto (tal vez

con la intención de sosegar me), torta y no sé qué más.

—El otro día, después que resolví tu criptograma... —Yo lo resolví solo...

—...antes que vos⁸³, me fui de mi amiga Estelita⁸⁴⁸⁵ porque habíamos quedado en tomar el té. Pero estaba anunciada una nevada muy fuerte para la tarde, así que en cuanto vi que el asunto amainaba un poco la llamé y me fui para su casa bien tempranito, antes de comer, y me quedé con ella hasta muy tarde, cuando pude moverme de nuevo sin temor a caerme de un resbalón o ser volada por el viento... Lo último que quisiera es romperme la cadera como esas señoras que quedan todas estropeadas porque no se saben cuidar lo suficiente... como la suegra de tu amigo ese... que el papá tenía una herrería...

—Nain...

*

Volví de la casa de mi amiga del alma (este año cumplimos cuarenta años de amistad... espero que ustedes lleguen así algún día)⁸⁶ con mucho frío como a las siete de la tarde, así que, por supuesto, ya era de noche. Me bajé del remís con las llaves en la mano para no estar expuesta mucho tiempo al aire helado. Caía cellisca: me acuerdo porque el viento me volaba la capucha del abrigo y sentía que se me congelaban las orejas. Abrí el portoncito de la cerca lo más rápido que pude y, cuando me acercaba al porche para hacer lo propio con la puerta de entrada, me encontré con algo en el medio del camino pero no podía darme cuenta bien de qué se trataba porque estaba tapado por la nevada casi por completo. Me di vuelta como para ver si el auto todavía estaba en la calle, pero se ve que el chofer también tenía frío porque ya se había ido sin esperar a que yo terminara de entrar: una verdadera imprudencia. Me acerqué y noté que era un hombre *eso* que estaba tirado cerca de la puerta y que estaba herido porque la nieve que lo cubría se estaba comenzando a manchar de rojo. Así que metí la mano en el bolsillo de mi tapado para sacar el telefonito y llamar a la policía, pero no llegué a hacerlo... menos mal. El hombre se movió un poquito y me llamó por mi nombre con una voz muy pero muy débil pero que, por alguna razón, me pareció extrañamente conocida. Entonces me acerqué, lo moví un poquito y

creí reconocer su rostro... por supuesto que me sorprendí... en realidad, no lo podía creer: ¡era William! Sentí que se me partía el corazón como si se tratara de alguno de ustedes dos el que estuviera en esa situación. Por suerte, no soy una persona que se desespera con facilidad y no tenía, la verdad, muchas opciones... lo ayudé con mis poquitas fuerzas a entrar a la casa (él colaboró como pudo, pobrecito) y apenas hube cerrado la puerta, cayó desmayado ahí, en ese rincón del living. Estaba lívido, con una palidez que me asustó mucho, vestido con unos pantalones andrajosos y una camisa liviana demasiado vieja, descalzo... y tan frío como un muerto. Me asusté mucho al verlo así, blanco, absolutamente blanco, con los cabellos y el cuerpo cubiertos de esa escarcha que siempre parece tener conciencia propia y no deseara irse.

⁸³Eso no es así de simple... (Nota de Julián Sinclair)

84 «Estelita» es más vieja que Nain. (Nota de Julián Sinclair)⁸⁵Más respeto, jovencito (Nota de revisión de Jane Griffith Sinclair)

⁸⁶¡Ehm! Iba a escribir un comentario pero creo que me arrepentí. (Nota de Julián Sinclair)

Me metí, corriendo casi, en mi habitación y tomé del placar un par de cobertores, lo cubrí con ellos con la intención de sacarlo del estado de *shock* en el que sin dudas se encontraba. De inmediato me di cuenta de algo: sería bastante engorroso llamar una ambulancia e intentar explicar quién era y por qué estaba de esa manera; por lo que comencé a buscar en mi cabeza algún conocido que pudiera ayudarme con él y me acordé de Mika Rivadeo... la verdad, lo que menos me puse a pensar en ese momento es si vos te ibas a enojar porque yo hablara con ella después de todo lo que pasó aquella vez... aunque hiciera ya mucho tiempo, pero sentía que William se me moría y no podía quedarme sin hacer nada porque no encontraba a nadie más en quién confiar.

Mientras Micaela llegaba (considerando las circunstancias, no tardó tanto), puse las estufas al máximo y me propuse secarlo, porque la nieve derretida ya se estaba escurriendo por todos lados y si estaba mojado sería peor. No se movía y noté que respiraba con alguna dificultad... por supuesto, la fiebre no se hizo esperar... Comenzó a temblar y yo a desesperarme. No supe qué más hacer, así que lo abracé fuerte y comencé a hablarle como si lo

acariciara con mis palabras para que se sintiera seguro y contenido: yo aprendí a quererlo mucho y no iba a dejarlo solo. Al ratito, por suerte, despertó. Ahí fue cuando le destapé con mucho cuidado la herida para ver cómo estaba y noté que Leonor había intentado curarlo pero sin éxito: estaba cubierta por un emplasto de hojas de *trapilawen*, por lo que él mismo me dijo con un hilito de voz. Evidentemente, algún esfuerzo había hecho para que se abriera de nuevo y manara bastante sangre... pero no me lo dijo. No, el asunto no estaba bien. Me sonrió con una mueca e intentó devolverme el abrazo, y eso me hizo sentir un poquito más optimista: él estaba haciendo un esfuerzo enorme por estar mejor porque ya sabía que lo acompañaríamos.

—Vas a ponerte bien, ya vas a ver —le dije y noté cómo intentaba relajarse, pero seguramente el dolor debió ser muy grande, tanto como la sensación de impotencia que seguramente sentía. Los párpados se le cerraban —. No puedo dejar que te duermas, cariño... Vamos, abrí los ojos, yo te ayudo...

Cuando Mika llegó la hice entrar directamente (yo no había cerrado las puertas) y, te aseguro, no preguntó nada, ni siquiera cuando vio sus cicatrices o cómo estaba vestido: simplemente se puso a hacer su trabajo. Le tomó los signos vitales, lo revisó a conciencia... no tardó en darse cuenta de que era una herida de bala y que el proyectil estaba dentro todavía, pero me aseguró que no corría riesgo inmediato porque el lugar en que estaba ubicada no era de causar mayores problemas... sí se preocupó por el frío al que había estado expuesto y la fiebre que ya se estaba poniendo alta. Le inyectó un antibiótico, la antitetánica y le dio algunos calmantes para que pudiera resistir mejor lo que vendría, porque no había conseguido anestesia. Entonces, lo sujeté como pude y le di a morder mi billetera de cuero para que aguantara mejor; y aun con la mucha destreza de Micaela le causó un dolor muy fuerte cuando le sacó de adentro de la herida algo que habría sido una bolita de plomo de unos diez gramos, más o menos (ésta) y, creo, algunas astillas de hueso. La verdad es que se comportó como un príncipe: ni un grito, ni un quejido, les diré... aunque sí sufrió mucho: se le notaba en el gesto. Luego lo desinfectó bien, lo vendó y le inmovilizó el brazo derecho. En seguida, lo subimos al sofá y él se durmió profundamente. Parecía tan indefenso... casi como un cachorrito perdido. Ella me dijo que tardaría como tres semanas en estar mejor y que necesitaría sacarle algunas radiografías, por las dudas.

Yo le dije, después, mientras le convidaba un poco de té, que se trataba de un amigo tuyo, un colega o algo así y que venía a hacer una investigación de campo para un proyecto conjunto de la Universidad... que yo lo estaba esperando para alojarlo ya que no podía ir a ningún hotel porque le habían robado el pasaporte en Buenos Aires (motivo por el cual no deberíamos ligarlo a ninguna investigación policial y, de ser posible, veríamos cómo evolucionaba sin pasar por el hospital), y que vos, Juliancito, vendrías en unos días para ponerse a trabajar juntos. Yo la ayudé a especular que había sido víctima de algún asalto y que, ¡pobre!, lo perseguía la mala suerte... porque eso de que lo robaran dos veces y la segunda de esta manera... Bien, creo que se convenció o que, por lo menos, supo que no debía preguntar demasiado: después de todo, tenía una pequeña deuda conmigo.

(Tengo que advertirte algo: viene esta tarde, como a las seis, cuando termine su turno en el hospital).

Ayer, como vi que William estaba más tranquilo, salí y le compré algo de ropa porque no podía verlo así de harapiento como estaba y porque, además, hace un frío terrible y estando como está necesita mantenerse abrigado. Todavía tiene un poquito de fiebre, pero está mucho mejor... incluso se lo ve con más colorcito en la cara, aunque sigue muy flaquito: nada que ver a como lo vimos la vez pasada que estaba esbelto y bien lindo... no, no... ahora está como más, no sé, descuidado... parece más un indígena que un caballero. Se ve que no lo pasaron del todo bien... Lo que no entiendo, es qué hace por acá cuando las crónicas y los registros dicen que se murió en Mendoza.

Debe sentirse desesperado: él acá y su familia allá... Y, otra cosa: para él, desde que nos vio por última vez, pasaron seis años...

*

—Nain... ¡Ay, Nain! ¿Te dijo algo? Digo... sobre cómo llegó o qué le pasó...

—No. No habló mucho... solamente lo que te conté, que Leonor no pudo curarlo... Mientras dormía cuando estuvo con la fiebre muy alta, la llamaba a ella y a ustedes... bueno, a nosotros, porque también decía mi nombre.

Creo que se me encogió el corazón... comprendí que de esto se trataba lo que Pedro había querido decirme desde hacía varias horas pero... ni él mismo llegaba a entender del todo tal asunto. Yo tenía mis sospechas, claro: el tipo

ese, el portugués, los había encontrado y los había separado, por lo que decían las crónicas, esta vez para siempre, ya que para todos en la Historia, sir William Anthony James había muerto asesinado a poco de nacer su tercer hijo.

—Necesito algo fuerte —dije. Lo poco que había comido (¿ya dije que no recuerdo qué fue?) me había caído mal y eso, junto con lo de la mañana y la impresión de hacía unos momentos, me tenía a mal traer. «Es psicológico», sentí que dijo alguien y, tal vez, solo tal vez, tuviera razón. Apostaba por algo que me levantara el ánimo y encontré una botella con un resto de vodka: no era lo mejor, pero bastaría (¿Vodka? No quise preguntar). Sin embargo con su delicadeza y su dulzura características, esas que sirven para que uno haga lo que ella quiere sin desear hacerlo, Nain me sacó todo de las manos y me sirvió un poco de esos licores de *cien hierbas*, creo... de esos digestivos que se preparan con paciencia y un arte que pasa de generación en generación. Debo admitir que al rato me sentía bastante mejor, pero el nudo en la boca del estómago no se me había ido.

—¿Y ahora?

Escuché un suspiro pero no supe de quién era.

Pedro vacilaba y yo me moría de miedo aunque, por supuesto, no dije nada. ¿Cómo podría ser de otra manera si él, que era el brujo, no tenía ni la más mínima idea de qué hacer? Nain estaba muda: «Mala señal», creí pensar pero parece que en realidad lo dije en voz alta, porque alguien comentó que lo más importante era hacer hablar a William... aunque, tuviéramos que esperar hasta el día siguiente para que su aspecto nos indicara que ya estaba lo suficientemente fuerte como para contarnos algo que resultara útil.

Nos instalamos, charlamos de bueyes perdidos, tomamos el té... todo, por orden de mi abuela, sin acercarnos a la sala.

Escuché el timbre: era Micaela.

Me enojé.

Entré al cuarto.

Me enojé más.

Permanecí en silencio.

No intenté salir.

Estaba furioso.

No preguntaron: mejor.

No diría nada.

Tampoco quiero escribir al respecto, no ahora.

No quería oírla, pero no pude evitarlo.

Lo curó.

Le dio un calmante fuerte y lo dejó dormido.

Intenté serenarme.

Sublime esfuerzo hice para borrarla de la cabeza. Cenamos...

Hasta ahí, todo lo más normal posible, y nos fuimos a descansar.

Recostado boca arriba en la cama, no hacía más que pensar y repensar el asunto: de un modo, de otro, y de vuelta... No sé a qué hora me dormí pero sí era tarde, muy tarde. Afuera el viento comenzaba a inquietarse haciendo protestar los cables del tendido eléctrico con ese silbido propio de las películas de terror. En algún instante, ya de madrugada, junto con aquella lastimera música escuché nuevamente la salmodia que me enfrascaba en mis pesadillas:

Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...

Sssña sssña daaaahj...

Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.

Me levanté de un salto e, iluminando apenas el camino con el celular, me apresuré a ir hasta la sala, donde estaba Pedro. Esa vez no fui el único testigo del prodigio oscuro: William se había despertado y se encontraba haciendo lo posible por sentarse en el lecho sin hacer ruido. Deseaba, imploraba en realidad, que Nain estuviera (y permaneciera) dormida.

Como en La Plata, el brujo estaba sentado en el suelo con las piernas entrelazadas, y totalmente desnudo. Apenas iluminado el rostro cetrino con el resplandor que se colaba de la ventana y que provenía del alumbrado público, se encontraba con los ojos cerrados en señal de recogimiento. Yo ya lo había visto en trance pero la impresión profunda que se llevó el inglés... No, la verdad no fue tan severa: tal vez los años junto a Leonor habían hecho que fuera capaz de aceptar ciertos acontecimientos con mayor naturalidad. El canturreo inmaterial se volvió más decidido, más sonoro que otras veces y

comenzó a envolver la penumbra corporizándose en una niebla grisácea que terminó por dominar el ambiente como si quisiera llenar los espacios vacíos que nos separaban a los tres. Me acerqué con el mayor sigilo del que fui capaz aunque sabía que no interrumpiría el trance de mi amigo aunque le sacudiera los tímpanos con un trombón.

La calle, de pronto, quedó a oscuras.

El feroz misticismo que subyugaba la atmósfera era dominado no solo por el canturreo primigenio sino muy especialmente por una luz difusa e incandescente que era expelida por cada una de las marcas y tatuajes grabados a fuego y tinta que pululaban por el cuerpo del *kalku*. Lentamente, tanteando los muebles, me acerqué al sofá donde descansaba William y me senté a su lado: a pedido de Nain me había mantenido alejado de él para que descansara pero ya no podía ser... no con Pedro así, se merecía alguna explicación y, bien, él tendría que hablar también. Lo veíamos de frente, de tanto en tanto iluminado por la oscilación de la llama de una pequeña vela que parecía conectarse de manera místico-iridiscente con los dibujos que llevaban las doce *llankas* que estaban dispuestas alrededor de mi amigo (la visión logró embelesarme el alma, creo que a los dos). Esporádicamente, podíamos observar los diseños de su pecho: un tetragrámaton muy estilizado circundando la fórmula *sator*⁸⁷ que conocíamos desde hace tiempo, junto con una triqueta y algunos otros símbolos multiétnicos.

El cántico y el silbo del viento se acompañaban por momentos aunque no en nuestros oídos sino en el espacio que nos unía y circundaba, aunándose con nuestros espíritus todavía algo incrédulos. Todo se condensaba en una armonía cadenciosa que comenzaba a dejarme sin palabras y sin aliento.

*Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

*...Milon... irago... Lamal... ogari... nolim... Milon irago lamal ogari
nolim.
¡MILON IRAGO LAMAL OGARI NOLIM!*

⁸⁷*SATOR AREPO TENET OPERA ROTAS*: palíndromo que conforma el

cuadrado mágico más antiguo del que se tenga registro.

*Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

Eso era totalmente nuevo para mí y tomé nota mental: Milon irago... bien, ya vería⁸⁸.

—Están a salvo, por ahora están a salvo —susurró Pedro abriendo los párpados repentinamente y mirando fijamente a Will aunque la sensación que me daba era la de estar viendo más allá de él, como atravesándolo, como si no estuviera o, en realidad, como si el que no estuviera allí fuera el mismo Pedro. Sus ojos se habían vuelto total y absolutamente negros.

Pronto el silencio se convirtió en extremo... volví a asustarme cuando no pude escuchar ni siquiera el latido de mi propio corazón. La noche se cerró más todavía y la oscuridad fue plena. No sé cuánto tiempo permanecemos así, pero a mí me pareció una eternidad absoluta y vehemente. Así, en la nada en la que estábamos, todo me parecía ser uno: las distancias, las épocas, los momentos de mi vida, los tres que allí estábamos, Nain, Leonor... hasta Micaela... entonces, entonces... sentí un grito contenido en un espasmo de dolor: era de William. De los tatuajes de Pedro se desprendieron como una serie de luces ígneas que se conectaron con el pecho del inglés... solo en ese momento reparé que llevaba colgado del cuello el medallón mágico que él adoraba tanto y que ahora estaba quemándole la piel, de nuevo: me desesperé por intentar quitárselo pero él me lo impedía en cada intento.

Era esa una joya sumamente delicada que daba la sensación de estar hecha, no sé, de algún material tan incorpóreo como la espuma del mar... era dorada, de forma oval y llevaba una piedra de malaquita pulida en óvalo y ahuecada a modo de relicario en el centro cuyas vetas parecían tener vida propia (no sé si cambiaban de forma o si daban, simplemente, la sensación de hacerlo según el ángulo de luz que recibieran), estaba orlada con una sucesión de alfas y omegas y llevaba grabada la fórmula mágica *sator arepo tenet opera rotas* (sí, la misma del pecho de Pedro)⁸⁹. Era cautivante e hipnótica... verla implicaba caer bajo su embrujo sublime o trágico. Indudablemente, se trataba de un talismán. William llevaba, todavía, la

cicatriz en el pecho que le había dejado la vez anterior, el día que conoció a Pedro... y ahora tendría otra si yo le permitía seguir adelante y él, simplemente no estaba en condiciones de ordenarme nada ni de tener una herida más, de hecho, dado su semblante que aparentaba una debilidad extrema, creo que por un momento estuvo a punto de perder el conocimiento. No tenía mucho de dónde elegir, así que tomé un lápiz de junto al teléfono y con él le separé el medallón de la piel lo más que pude mientras aún vibraba y emitía un calor demencial, a la vez que hacía lo posible por sostener a Will por la fuerza hasta que, finalmente, cedió... con mucho cuidado, desaté de su cuello la cinta de la que pendía y se lo di para que lo sostuviera de ella.

⁸⁸Frase palíndroma que aparentemente se utilizaba para obtener el conocimiento de las cosas pasadas y futuras.

Instantes después, todo volvió a la calma y Pedro despertó sin más... y así, como si nada, se levantó, se vistió, recogió sus piedras y fue a la cocina por un vaso de agua. Yo estaba atónito y, por supuesto, por dentro me estaba volviendo loco. ¿Las cosas podían ponerse peor? Por supuesto que sí. Pero Nain no se había ni asomado y así era mejor.

—Siento, no sé, como que me leyó por completo —dijo William.

—Te creo —le respondí sin saber qué más añadir: estaba atónito—. Te creo. Ahí viene.

—Necesito las llaves y los documentos del auto.

—¿Qué?

—Necesito ir a mi casa por unos días.

—Mirá pedazo de pelotudo⁹⁰ te podés ir bien a la... —¡Julián Félix Sinclair!

—¡Nain!

Juro que no la vi ni la oí llegar. Cuando quiere tiene los pasos de un gato... cuando quiere...

⁸⁹¡Tonto! Recién me doy cuenta... (Nota de Julián Sinclair)⁹⁰¡Epa! (Nota de la Autora)

—¿Félix? ¿De eso era la «F»? —una risita malévola se asomó por la comisura de la boca de mi (casi ex) amigo—. Lo tenías bien escondido.

—¡En mi casa no permito semejante vocabulario!⁹¹ —Si decís algo yo...

Esto es una cuestión muy seria para mí y que nunca mencioné: odio mi segundo nombre. Y ya, no diré ni escribiré más al respecto... Ni ahora ni nunca: no se discute⁹²⁹³.

Volviendo... le di a Pedro lo que me pidió, con la única intención de no escucharlo reírse de nuevo de mí. Mientras yo refunfuñaba por lo bajo y trataba de que mi cara totalmente enrojecida volviera a su color normal, él tomó sus cosas y se fue, sin darnos más explicaciones que:

—Vuelvo en unos días.

⁹¹Gracias, muchas gracias: se estaba descontrolando... (Nota de la Autora)

⁹² Andrea, gracias por nada. (Nota de Julián Sinclair)

⁹³Aguantate. (Nota de la Autora).

4 Mollfüñ

Pedro

Desolación. No había otra palabra para describir lo que Pedro observaba desde la ventana del comedor-cocina-sala de la casa de sus padres en la Colonia mapuche que lo había visto nacer, crecer, irse y regresar: El Perimol. ¿No resultaba morboso vivir en un lugar tan oscuro para el alma? ¿El Mal Agüero? Por lo menos los que no entendían mapudungún no tendrían prejuicios pero, ¿cuántos criollos aparecían por allí? Exagerando, ¿ocho, diez por año? Ni siquiera era considerado un lugar de tránsito. Desolación y malos presagios era lo que comenzaba a padecer y lo llevaba a preguntarse de nuevo (¿Ya iban...?) por los motivos que lo habían llevado a meterse por esos caminos perdidos y malogrados en pleno invierno y con el auto de Sinclair (Al final, eso tenía algo de gracia). Menos mal que la nieve ya no volvería a ser un problema para él. El problema era otro.

Le dolía el estómago. Algo allí, en su casa, le provocaba una sensación mezcla de tristeza y opresión, pero no podía identificar qué. Estaba en el ambiente, podía sentirlo ahogándolo y sometiéndolo a un estado de no-control sobre su mente... se había desacostumbrado a no estar en control.

—¿Pan con miel?

—¿Qué?

—Si querés pan con miel...

Su madre estaba tendiéndole un plato con esas delicias que de chico adoraba tanto, pero él solo atinó a quedárselo mirando como si no fuera capaz de reaccionar de ninguna manera. De pronto comprendió todo: no eran las cosas, ni el clima, ni nadie en particular sino que era el aroma a la miel tibia que se esparcía por el aire y le llenaba los pulmones y el pecho con el recuerdo de la mujer que había perdido desde antes de conocerla... Ángeles estaba a su alrededor y no se iría.

—Sí... Necesito que hablemos.

Hacía tres días que había llegado y no había hecho ningún comentario: se había vuelto lo suficientemente raro como para que nadie le preguntara nada, aún no sabía si por temor o por respeto. Se sintió oprimido y le costaba respirar con fluidez, por lo que decidió salir y meter un poco de aire fresco en los pulmones sin importar la nevisca que había comenzado a caer de nuevo desde hacía ya un par de horas. Miró el cielo y supo que no duraría mucho más.

*—Hace frío, ¿por qué no entrás?
¿Cómo podría explicarle?*

—Me siento encerrado. Como si estuviera encadenado a una realidad que ya no existe. Necesito saber.

*—¿Saber qué?
—Sabés qué... Nada más quiero saber si valió la pena. —Vamos adentro.*

Lo que siguió no lo esperaba: ¿una reunión de familia? ¿Los cinco? Mientras se acomodaban, su madre retiró de la mesa los platos y las tazas sucias del desayuno y, luego, el mantel para sacudirle las migajas de pan; y, al hacerlo, dejó al descubierto las marcas en la madera que mostraban los acontecimientos de los que había sido testigo a lo largo de los años: raspones, cortes, pegamento seco y una quemadura ovalada... recordaba bien eso: había sido el relicario de su amigo William diciéndoles que iban por el buen camino.

Sinclair

Los siguientes días lo pasé enojado. No podía evitarlo: había resignado unas hermosas vacaciones de invierno planeadas al detalle en el norte argentino, bien al norte... pretendía irme a las cataratas del Iguazú («pretendía»)⁹⁴ lejos del sur y de la nieve, recorriendo hermosos lugares cálidos... y no solo eso, había desperdiciado mi dinero en pasajes y reservas de hotel que ni yo ni nadie utilizaría... si hubiera podido, los hubiera regalado... pero ni ese consuelo podía tener. Odio el invierno; odio estar encerrado; odio que la situación se me salga de control y odio quedarme quieto... Ni siquiera cuando estudiaba era capaz de estar encerrado en mi cuarto de la pensión por más de dos o tres horas con la cabeza metida en los

libros o la pila de fotocopias y apuntes: necesitaba salir, tomar aire o irme, directamente, a leer a alguna plaza y, por lo general, terminaba en las escaleras de la Catedral o en las del Museo de Ciencias Naturales... que hoy veo con otros ojos (ni peor ni mejor sino de un modo absolutamente distinto), pero ese es otro cantar.

⁹⁴Nótese la ironía. (Nota de Julián Sinclair)

La cuestión es que al tercer día de encierro hui al gimnasio que solía frecuentar de adolescente para practicar un poco de *hitori waza*⁹⁵, recordando algunas viejas y ocasionales clases de aikido... Me sentía entumecido y necesitaba descargar: me había pasado cuarenta y ocho horas o más revisando las notas de Nain sobre Leonor y William y había descubierto, con cierto dejo de horror, que ella no tenía impresora ni había guardado las referencias de los sitios web que había visitado para obtener la información y el historial de búsqueda no me servía de mucho si estaba configurado para no guardarse: simplemente, tenía todo prolijamente anotado con una letra delicada y redonda en un cuaderno de esos grandes y espiralados que usan los estudiantes para tomar apuntes, eso sí... pero si yo quería cruzar los datos tendría que trabajar mucho para recuperar lo perdido.

Cuando volví, William estaba afeitado con pulcritud y llevaba el cabello más corto. Opté por no preguntar y me metí en lo mío de nuevo.

—El culo chato me va a quedar...

Puesto todo en perspectiva, bien documentado y hecho todo a conciencia, me inquietaba la maldita sensación de que todavía faltaba algo demasiado significativo. Por su parte, William hablaba poco y dormía mucho, cuando no se mostraba nervioso por el hecho de no saber nada de Pedro.

—¡Julián! Te escuché, cariño.

Bien sabemos que todo tiene un límite y ese fue el mío... comenzaba a sentirme claustrofóbico, malhumorado y estaba por reaccionar de una forma muy poco ortodoxa cuando algo me hizo cambiar de súbito el estado de ánimo: me di cuenta de que tenía hambre.

⁹⁵En aikido, práctica con un compañero invisible.

—¿Podrías darle una mano a William para que se levante? Me parece que ya podemos almorzar los tres juntos en la mesa.

Milanesas... eran milanesas. ¿Cómo no me di cuenta? Yo estaba de malhumor y ella me había leído como un libro abierto... como siempre... «Como si no te conociera»... Seguro que irían acompañadas con ese puré de papas con queso, crema y bastante manteca que...

No tuve que ayudar al inglés: se me apareció de súbito a mis espaldas, tambaleante pero decidido.

—Necesito regresar: mi familia corre peligro.

—No vas a poder hacer nada. Tenés que recuperarte primero. —Tú no entiendes...

—No. Vos no entendés, y sino entendés sos un pelotudo: así como estás no podrías hacer nada... Ni dar un golpe, ni cargar a tus hijos si tuvieras que huir... Menos levantar un arma...

Y se me vino encima, otra vez. Creo que si hubiera podido (sin dudas esa era su intención) me partía la cara de un solo golpe... pero no pudo; eventualmente lo haría si no lo dejaba en paz pero tendrían que pasar varios días hasta que se recuperara del todo... así como estaba, ni ahí. Me lo saqué de encima como si de un niño se tratara (suerte la mía, o el hecho de haberme entrenado hacía unos minutos) y no le gustó en absoluto: me bastó con un ligero movimiento circular para que se diera contra la pared en medio de insultos refunfuñados en inglés; de ahí al piso, unos segundos. Recuerdo que lo atajé como pude antes que cayera y se partiera la cabeza... y las cosas se pusieran peor... Me sentí estúpidamente culpable y así se lo hice saber. Creo que me perdonó, pero no estoy muy seguro. Terminamos los dos en el suelo y con las espaldas apoyadas contra el sofá.

—Todo va a estar bien: te lo prometo.

—No entiendes... ninguno de vosotros podría.

—Cuando vuelvas (Ella te dijo cómo, ¿no?), ¿en qué momento vas a regresar? Digo, ¿cuánto tiempo va a haber pasado para ella?

—Según Leonor, puedo volver al momento que yo quiera, pero no antes de mi partida ni después de la próxima luna negra de ustedes: si pasara ese

lapso, me quedaría varado aquí.

—Si no me equivoco, ahora estamos en cuarto creciente: tenés tiempo de sobra para recuperarte bien.

Sentimos un pequeño carraspeo y una voz que no me sorprendió por su marcada ironía.

—Si los niños terminaron de jugar a los machos, tal vez quieran pasar a la mesa para que almorcemos... como pedí, los tres juntos y en paz.

Así lo hicimos: almorzamos tranquilos y en completo silencio. —Sí podría levantar una espada —hablaba el orgullo. —No podrías blandirla. —No me iba a ganar...

—Julián, tendrías que respetarlo un poco, ¿no te parece? — Debo admitir que sonó a reproche y puede que tuviera razón. Todavía me sentía algo irritado y ninguno de ellos tenía la culpa.

—Tengo algo para vos —dijo Nain después de los postres y mientras yo hacía café.

Anexo a la cocina, saliendo de la casa hacia el exterior, hay un pequeño cuartucho donde, desde siempre, guardaba trastos viejos y los elementos de limpieza («Quedan groseros dentro de la casa» la escuché decir ¿cuántas? ¿Mil veces?), y hacia allí se dirigió con rapidez inusitada para una mujer de su edad: se⁹⁶... Bien... Regresó segundos más tarde con algo que cargaba con mucho cuidado envuelto en un par de toallones azules y lo colocó con solemnidad sobre la mesa; lentamente, lo fue desenvolviendo.

—William, cariño, cuando te encontré tenías esto con vos.

La espada relucía como llameante en contraste con la opacidad de la tela que le servía de cuna. No podía dejar de admirarla: me cautivó antes (me cautivaba ahora) la primera vez que la vi allá en casa de los padres de Pedro. Una hermosa *rapière* de empuñadura de marfil con guarnición exquisita, un rosetón en el pomo y unos gavilanes largos y delgados que daban la impronta de una serpiente enfurecida preparándose para embestir a su presa. En las manos diestras de su dueño y señor, era un arma maravillosa y absolutamente letal: con ella había ultimado a los atacantes de Leonor y a los mercenarios que habían osado amenazarlo junto con Pedro el día que se conocieron...

vaya forma de presentarse... y yo no podía ni imaginarlo. ¿Cómo sería él en una pelea de verdad? Sin nada de coreografías como en el cine ni actuaciones ampulosas ni dichos estúpidos en los combates... ¿Seguiría la línea de Carranza en su *De la Filosofía de las Armas y de su Destreza y la Aggression y Defensa Cristiana*? Después de todo, la Verdadera Destreza fue concebida para un arma como esa. Sus ojos refulgieron cuando su mano se acercó a ella para asegurarla en su palma y acomodarla como si fuera parte de su mismo brazo... pero no llegó a hacerlo: Nain lo contuvo con dulzura antes que llegara a retirarse del todo la *pashmina* que le servía de cabestrillo.

⁹⁶ Ni se te ocurra, jovencito. (Nota de Jane Griffith Sinclair)

—Tienes razón: podría empuñarla pero no blandirla. —Su voz sonó lejana con la lejanía que lo separaba de su mundo—. Tiene los ojos verdes.

—¿Qué?

—Leonor. Tiene los ojos verdes y parece que pudiera percibir tus secretos más profundos con ellos. Deberíais verla... tiene el cabello del color de las hojas mustias del otoño.

—Todo va a estar bien.

—Había algo más, cariño: sujetabas esto con tu mano, contra el pecho. Me di cuenta de que era importante para vos.

¿Qué es el misticismo? No lo sé a ciencia cierta. Pero siempre creí, más allá de las definiciones preestablecidas, que es un estado de conciencia en el que el alma se arrebató de la realidad tal y como la percibimos para sostenerse por sobre ella, pendiendo de una delicada cuerda que la mantiene en el equilibrio adecuado para no caer en la locura. Religión y filosofía se lo disputan, eso está claro. Pero yo, que me precio de racionalista, lo pienso como... no sé. Misticismo, éxtasis, revelaciones divinas... siempre me fueron ajenos y supe contener estoicamente las improntas de los que se apiadaban de mi pobre alma perdida. Nunca se lo dije a Nain, por supuesto: la hubiera destrozado. No, no sé qué es el misticismo pero, cuando ella colocó en las manos de William lo que atesoraba en las suyas, sentí un arrebató en el alma que hizo que el corazón se me detuviera en el pecho y, solo al rato, comenzara a latir de nuevo. Era una figurilla tallada en madera que representaba un ave que yo mismo pude reconocer sin demasiado esfuerzo:

un cóndor con las alas plegadas, de porte majestuoso, sí, pero toscamente esculpido. El cóndor suele representar la esencia de todo lo que es bueno: sabiduría, justicia, disciplina; es un mensajero de lo divino cuyas alas son capaces de tocar el cielo. Sin embargo, no creí que esa hubiera sido la intención de su aprendiz de artesano.

William la tomó con una mano temblorosa y bañada la palma de sudor, la abrazó contra su pecho y salió del comedor en dirección a la sala; allí, se sentó en el sofá verde y se puso a llorar como un niño pequeño que se dobla de dolor y desconsuelo. Sus gemidos ahogaron todo otro sonido que hubiera osado colarse en la perturbadora atmósfera en la que nos habíamos sumido y llegaban a nuestros oídos como si buscaran asirse a algo firme que evitara que los llevara la corriente perversa del olvido.

Nain y yo corrimos hacia él para acompañarlo, para... Yo, por mi parte, no hubiera esperado nunca una reacción como esa de un hombre como él y no entendía qué podía significar. No sabía qué hacer o qué decir: estaba totalmente desconcertado. Nain lo abrazó muy fuerte y él acomodó su cabeza en el regazo de mi abuela mientras seguía sollozando.

—Lo hice como pude para uno de los gemelos —dijo levantándose apenas.

—¿Son gemelos?

Me mostró una inicial que había grabado a fuego en la parte inferior del pedestal: era una P.

—Es de Pedro.

—¿Llamaste a tu hijo Pedro?

Me miró fijamente sin enjugarse del todo las lágrimas. —El otro se llama... Julián y la bebé, Jane.

Cerré los ojos con toda la fuerza que fui capaz de reunir para convencerme de que el llanto no sería contagioso o para que, simplemente, quedara del lado de adentro de mis párpados.

Acariciado con infinitas paciencia y ternura por mi hermosa abuela galesa, finalmente, se quedó dormido. Mientras tanto, supe a quiénes llamaba en su delirio febril.

*

Pedro Muchos querían saber qué era yo: las historias (y las definiciones) que mi pueblo guardaba en su memoria mística no daban en explicarme. Recibí la visita de algunos ancianos pero no les mostré nada de lo que soy capaz: no estoy para eso. En cambio, sí esperé no con devoción ni con respeto desmedido la llegada de la machi que me conocía desde niño, la misma que, como otros, no hizo nada en su momento para que no me fuera del pueblo avergonzado y doliente. Hoy, después de mucho penar y de vivir lo inexplicable en mi propia carne, la entiendo: debía irme para poder regresar siendo quien soy.

La machi intentó exorcizarme buscando el origen de mi mal pero el cosmos, en el que espíritu y materia son uno, no fue capaz de darle una respuesta. Lo intentó todo: rogativas, magias, trances, cantos y kultrunes. Quedamos amigos. Dijo que yo no podía ser como ella, un machi, digo, porque no sigo ni conozco las tradiciones necesarias para serlo, porque no he sentido el llamado antiguo, porque no tengo la espiritualidad ineludible ni puedo ser portador de dogmas mitológicos en los cuales no termino de creer... sin embargo, sí soy un kalku (¡Qué novedad!) y, de manera oficial, el único bueno de mi especie... una entidad que trasciende el equilibrio y la armonía previstos por los espíritus creadores y que desafía el concepto mismo de dignidad y orden que la naturaleza mágica y pujante debe encontrar en mi estirpe guerrea y pacífica a la vez.

Fue ella quien me contó el secreto que guardaba mi familia. Y vi que yo había estado muy equivocado durante todos estos años: no era mi sangre pura, no, pero había sido enriquecida con sacrificios y honores infinitos... sí, yo ahora estoy orgulloso de quien soy y sí, Carlos, el hijo del lonko de Barranco Chico, con quien me peleé por orgullo cuando dijo que mi padre no era puro, era (y sigue siendo) total y absolutamente un pelotudo.

—Quiero hacerte una pregunta: ¿Quién eras?

—William Anthony James... de Stonestep... eso tú ya lo sabes. ¿Por qué?

—Quiero la verdad... ¿Quién eras?

—Nadie que valiera la pena...

—Eras un príncipe...

—No, no era un príncipe. ¿Qué pasa, Sinclair?

—No lo eras pero casi, ¿no? ¿Este sos vos?

Y le señaló la pantalla de la *notebook*. El rostro del hombre que tenía enfrente se endureció como si todo su mundo se hubiera conmovido desde las propias entrañas del universo que ya no era capaz de comprender. Sus ojos habitualmente serenos y límpidos se volvieron airosos cuando sostuvo con profunda decisión la mirada desafiante del otro, acompañada por todas las generaciones altivas que podía rastrear el árbol genealógico de su familia. Apretó las mandíbulas hasta que le dolieron: por un momento, odió a Julián. Pero fue solo un momento... no tenía corazón para que eso fuera un sentimiento más duradero.

—Eras el sobrino nieto del duque de Cornualles... ¿Carlos II?

El monitor mostraba nítidamente la imagen ampliada de un retrato antiguo un tanto deteriorado, datado a finales del siglo XVII y que se encontraba alojado en el sitio web oficial del *National Portrait Gallery* de Londres. Se trataba de la efigie de un hombre de porte gentil que usaba un modernísimo tricornio de fieltro gris y ropas elegantes: llevaba una casaca (con grandes botones de nácar o marfil en las solapas) al tono con el sombrero, un chaleco rojo oscuro aunque opaco, chupa azul, una de esas corbatas blancas que simulaban más bien un cuello de cisne y el cabello largo recogido en una coleta. El pintor, artista desconocido según indicaba el catálogo, se había empeñado en plasmar con avidez, en óleo pintado sobre tabla (podían verse algunas de las vetas agrietadas seguramente por el paso del tiempo) enmarcado en dorado y arabescos profusos, las delicadas líneas de las facciones del joven noble y el brillante celeste clarísimo de sus ojos; se lo veía levemente sonriente, de semi perfil y con la mirada perdida en la lejanía como intentando ver más allá del horizonte lejano, hacia tierras distantes o futuros promisorios... El juego de claros y oscuros, y la iluminación vertiginosa hacían que se acentuara la idea de que el caballero del retrato era algo más que un simple noble: seguramente, de él se esperaban grandes cosas. «*Sir William Stonestep*», indicaba escuetamente la referencia, finales del siglo XVII.

—No eras un príncipe pero fuiste educado como uno, ¿verdad?... ¡Dios!

No le dijiste nada a Leonor...

—No era necesario. —Bajó la mirada.

—Perdiste más de lo que fuiste capaz de contarle... Exhaló un suspiro que Sinclair creyó resignación.

—¿Te arrepentís?

—¡Nunca! —No sentía fuerzas para pararse y darle un golpe, aunque su gesto denotaba un deseo enorme de aleccionarlo—. Pero, dime, ¿para qué hacerla sentir culpable? Cuando la conocí verdaderamente no pude apartar los ojos de ella: estaba sollozando y trémula... aterrada... la sostuve en mis brazos para que no cayera cuando la creí desfallecer... y la calidez de su cuerpo, aun con los pequeños temblores que lo recorrían, me reconfortó como nunca nada ni nadie antes. Supe de inmediato que no podría alejarme de ella ya nunca: estaba prendado de ella y ella, sin saberlo todavía, me había robado el corazón... y yo se lo había permitido gustoso.

—Y, ¿no pensaste en llevarla con vos a tu palacete? Se hubieran ahorrado muchas penurias...

—¿Y llevarla al epicentro de la Inquisición? No habríamos llegado ni a puerto...

—Pero no sabías que ella era... bueno...

—Siempre lo supe: ¡Aquel día escuché sus conjuros gritados a los cuatro vientos para defenderse! ¿No lo entiendes? De todos modos, yo no iba a decir nada ¿Cómo hubiera podido? Solamente necesitaba llegar a Santiago de Compostela... y su padre pues también: accedí a protegerlos cuando él me lo pidió a cambio de comida (faltando a la promesa que hice a mi padre de viajar solo... bueno, con Janto, mi caballo... todavía lo extraño: lo tuve desde potrillo y solo se dejaba montar por mí). Pese a todo, no pude hacer frente a los inquisidores cuando la tomaron por la fuerza ya de regreso a Asturias: me hirieron en el combate y la llevaron de regreso a Galicia. Urdí, entonces, un plan para rescatarla y pude hacerlo antes de que la torturaran y luego, bien, ya no tuve posibilidades de regresar: ¿cómo explicar a mi padre que me había convertido en un fugitivo por seguir a una *meiga* española, a una plebeya castellana? Supongo que mi familia cree que morí hace muchos años en algún lugar de Galicia o de Asturias o... sin cumplir mi propósito de supuesta redención.

—Nunca les avisaste...

—No pude, no... ¿Cuándo vuelve Pedro?

—Muchachos: tenemos que hablar.

*

Hace muchos veranos, tantos que todavía tu familia vivía donde los lagos se nutren de las montañas y las montañas son hijas del Amun-Kar...

*

—Hay parte de la investigación que hice que no te mostré, Juliancito: sabés que no puedo parar hasta llegar al fondo de cada asunto...

*

...los espíritus de la noche, del viento y las cavernas encontraron un corazón doliente clamando ayuda más allá de lo visible...

*

...y me puse a buscar tu árbol genealógico, William: no el de tus ancestros sino el de tu descendencia...

*

...pero no lo hallaron digno... debieron hacerlo luego... porque la joven dueña de tal alma...

*

...y encontré todo sobre tus hijos y los hijos de tus hijos... y me asombré de lo que vi...

*

...pasó demasiadas pruebas al fin... puelches y huincas le dieron un nombre que le quedara: la llamaron La Desolada y, también, La Peregrina...

*

...¿Te acordás de aquél antepasado nuestro, tuyo y mío, del que siempre hablamos porque era hijo de español y mapuche...

*

...vive aún en un rincón recóndito...

*

...en realidad, también llevaba sangre inglesa...

*

...de tu sangre, de tu estirpe... ella y su esposo: un guerrero inglés.

** ...era descendiente de William.*

5 Lejano y te busco

He perdido la esperanza No sé, Dios, en qué lugar. Por los cielos, las montañas, La he buscado por el mar.

He perdido la esperanza Y con ella mi heredad. Ya no escucho tu voz clara, El silencio es mi penar.

He perdido la esperanza ¿Dónde, mi Dios, estará? ¿Corazones, alboradas, Naciones o tu ciudad?

He perdido la esperanza, Ya no sé dónde buscar. Si me prestas tu mirada Mi tortura acabará.

6 Herido

Los siguientes días fueron menos traumáticos. Lo más duro ya había pasado y lo que vendría... bien, tendría su momento y no era ese. William mejoraba hora con hora y yo conseguí mitigar bastante su desesperación ayudándolo a ponerse en forma de a poco, por lo que terminamos convirtiendo el *living* de la casa de Nain en un pequeño gimnasio. Mi segunda y última semana de vacaciones se pasó entre alguna que otra investigación (necesitaba entender algunas cuestiones... las anotaré a continuación) y algo de entrenamiento (no me creí tan fuera de forma).

Lo cotidiano regresaba a su cauce y yo, bueno, debía poder conciliar los dos mundos en los que estaba inmerso.

—Nain... ¿Cómo te explico? Yo... tendría que viajar a Bariloche mañana para tomar los exámenes previos... serían dos días nada más: el martes a la noche estoy de vuelta... y Pedro no volvió y no sabemos nada de él y...

—Yo convengo a William de que no haga ninguna locura. Respiré aliviado. No quería que se volviera con Leonor sin estar allí para despedirlo...

Veamos. Algunas cosas no me cerraban del todo (y creo que todavía siguen sin cerrarme). Mendoza era una de ellas. Bien, no me tomó mucho tiempo enterarme de que por Internet no se publican registros eclesiásticos digitalizados del siglo XVII, por lo menos, no de allá; sin embargo, Nain había obtenido información igual: no sé cómo, pero había reunido una pila de faxes que contenían los datos genealógicos no solo mendocinos, sino también rionegrinos que avalaban sus dichos en cuanto a mis ancestros... la familia de William... bueno, eso. Todo correcto. ¿Pero, por qué no estaba todo registrado en Chiloé, lo que era más esperable? Después de todo, la evangelización de la zona provenía de allí... así que, ni idea... tal vez alguno de sus descendientes emigró más al norte y registró padres, abuelos... vaya uno a saber; por el momento, esto parece lo más lógico.

Otro punto que me inquietaba: el medallón. Bastantes problemas tuvimos

el año anterior con uno y ahora, si yo no estaba loco, había dos. Obviamente, le pedí a Nain que me mostrara el que ella guardaba casi con piedad religiosa, el que encontramos aquel día en las tumbas, y así lo hizo... y sí, había dos; pero ninguno de nosotros se atrevió a ponerlos juntos... por el momento. Pensándolo bien, también tendría que haber dos espadas: yo guardaba la otra en mi casa de Bariloche y tenía la absoluta intención de buscarla.

Había más, por supuesto. El hecho de que William pudiera viajar en el tiempo me volvía loco. Obviamente debió morir⁹⁷ pero, ¿cuándo y dónde? Ni idea. ¿Cómo influiría todo eso en la historia, en la línea de tiempo? ¿Cómo era posible que coexistieran dos elementos que en realidad eran uno? ¿Ocurriría lo mismo con las personas? Si se suponía que él había muerto en el ataque, ¿era inevitable su muerte inmediata al regresar o el hecho de que viviera desencadenaría una serie de acontecimientos catastróficos... digo, el hartado conocido efecto mariposa? Por más que le diera vueltas en mi cabeza, no podía dar con una solución fiable: la ciencia-ficción no era lo mío ni lo sería nunca. ¿Entonces? Para algo está la web, para saciar mi sed de investigación.

Mi vida es mía y siempre me ha gustado estar en control, pero estas idas y venidas... ¿en qué me cambiarían? ¿Sería capaz de percibir las diferencias? ¡Qué mente pequeña la del hombre común! Me sentí un insecto tratando de comprender la mecánica del universo. Ampliar la percepción de la realidad abarcando todas las posibilidades del espacio... y del tiempo se convirtió en una meta inmediata y en una obsesión perversa que intentaba ocultar.

En un universo lineal, único e unívoco los viajes en el tiempo son imposibles puesto que el propio principio de univocidad impide la cadena de alteraciones que provocaría un ínfimo cambio en los acontecimientos pasados. Esto es lo que todos creen, lo que se puede percibir sin ningún tipo de esfuerzo... pero yo había visto otras cosas. Allí es donde encontré un término extravagante: *multivocidad*, que no sería más que la aceptación de lo variado, desechando la linealidad para aceptar las bifurcaciones y un sinfín de posibilidades... al principio, no entendí mucho y como no entender no me gusta, me puse a explorar otras ideas relacionadas, como la del *multiverso*, que contiene todas los posibles universos... es decir, que es capaz de contener la totalidad de espacio y del tiempo, la totalidad de la materia, de la

energía, del movimiento, de... cada una de las contingencias resultantes de nuestras decisiones más trascendentales o más nimias y sus consecuencias... todas a la vez, pero paralelas... aunque no exactamente de esa manera.

⁹⁷Esto suena verdaderamente espantoso. (Nota de Julián Sinclair)
Me dolía la cabeza.

De tanto en tanto, levantaba levemente la vista de la computadora y observaba de reojo a William, mientras él se empeñaba en empuñar su espada aunque las fuerzas le flaquearan todavía. ¡Qué vértigo, qué honor y qué responsabilidad infinitos! Había adquirido nuevamente y sin mucho esfuerzo su porte gallardo, y aceptaba pacientemente cada pequeño progreso o cada traspie en sus movimientos marciales. La espada era ni más ni menos que la prolongación de su brazo derecho, tanto como si hubiera nacido con ella adherida al cuerpo, de tal modo que su destreza me hipnotizaba aun cuando sabía que se veía limitado por un dejo de extenuación que intentaba abandonar con creciente decisión. El descanso, le servía para afilar el acero.

La única manera de entender en qué nos estábamos metiendo era ingresar en el conocimiento de la Teoría de las Cuerdas, por la cual sabemos que hay tres dimensiones físicas y una temporal en las cuales nos movemos nosotros, y otras seis o siete que nos serían inobservables. Y acá disentí. Leonor y William, y tal vez Rodrigues, tenían la capacidad de percibir alguno que otro de esos planos superiores e, inclusive, manipularlos. ¿Cómo explicarlo mejor? Veamos, aunque no me sea sencillo...

Vivimos inmersos en un mundo de tres dimensiones que percibimos con facilidad: largo (una línea), ancho (dos líneas que se cruzan o una que se bifurca) y alto (una tercera que se eleva por el vértice que forman las anteriores). Hasta ahí, lo que te enseñan en la escuela. Pero parece ser que hay otra manera de representar esa tercera dimensión y no es con una línea sino con el pliegue de un plano. ¿Cómo? A la eterna pregunta, «¿Cuál es el camino más corto entre dos puntos?»; la respuesta ya no sería, «Una línea recta» sino «Doblá la hoja y júntalos»... como cuando en papiroflexia (un neologismo elegante para el viejo origami) seguimos las instrucciones para crear una grulla (3D) con un papel (2D): «Junte los puntos A y B doblando por la línea punteada». Como con la cinta de Moebius. Hasta acá, fácil... lo que sigue, veremos. A ese paso de A a B, algunos le llaman «agujero de

gusano»... creo que yo comenzaré a llamarlo «magia».

Parece ser que las siguientes tres dimensiones tienen que ver con el tiempo; sin embargo, su tratamiento sería similar al de las dimensiones espaciales: línea, cruce o bifurcación, pliegue. Ir de un punto A a un punto B en el tiempo sería, por ejemplo, transitar el período que va desde mi primer día de escuela hasta que me recibí: una línea. Esa es nuestra vida en la cuarta dimensión y la consideramos única. Pero, la teoría dice que hay más; como la idea de, siendo adultos, visitarnos en la niñez o viceversa (¿Interesante, no?). Solamente habría que hacer un pequeño giro, una bifurcación necesaria en la quinta dimensión para que podamos observar múltiples vidas posibles, como si pudiéramos elegir el destino de nuestras vidas observando las consecuencias de nuestros actos pasados. Sin embargo, en esa versión temporal de nosotros mismos, no sería posible tal cambio... salvo que sí tuviéramos la posibilidad de cambiar el pasado para dar origen a una nueva línea temporal. En la sexta dimensión, tal rodeo no sería necesario: simplemente podríamos viajar de A a otra versión de nosotros mismos en B, plegando el plano temporal (como de la segunda a la tercera dimensión). Tenebroso... A ver... ¿Qué hubiera pasado si, no sé, en lugar de no llevarme nunca ninguna materia en el secundario me hubiera llevado en cuarto año Biología, Matemática y Francés y no hubiera sido capaz de rendirlas ni en diciembre ni en marzo? Seguramente, todo en mi vida hubiera cambiado... elegir entre ese cambio u otro y visualizar todas las posibilidades a la vez... me marea. O, tal vez, nada de eso sea del todo real y pertenezca a una tremenda película de ciencia-ficción.

De todos modos, parece ser que los acontecimientos que todos nosotros hemos vivido y los que viviremos, seguramente, no salen de la quinta o sexta dimensión. Mejor así, no soy capaz de comprender el resto... y espero no comprenderlo nunca del todo: porque como yo lo veo, a todo eso debería sumarle, como dije, la magia y todo su bagaje de recursos... los cuales no conozco ni entiendo; digo, sus implicancias ni sus alcances.

La frontera entre la magia y la ciencia, parece, por fin ha caído: yo he sido testigo de ello... y todavía no me lo creo del todo... ¿Cuándo la magia deja de serlo para convertirse en ciencia? O bien, ¿cuándo la ciencia deja de ser funcional y, bajando los brazos, da paso a la magia? Ya no lo sé.

Necesitaba pensar, e irme hasta mi casa era una opción apropiada... la verdad, no estaba convencido de querer viajar en ese momento, pero no podía darme el lujo de perder mi trabajo... en realidad no, no iba a perderlo... pero sería una buena excusa para salir de allí un momento y poner mis ideas en algún orden. También, iría por la espada.

William no preguntó nada cuando comencé a preparar mi equipaje... creo que eso fue peor todavía: actuaba con una resignación malsana y eso me daba mala espina. Por un momento estuve a punto de quedarme, pero tuve una pequeña revelación...

—Voy por tu espada.

—Mi espada está conmigo...

—¿Te acordás de la tumba? Cuando desapareciste aquel día... así, de la nada, apareció otra más y, entre ellas, estaba el relicario junto a una espada y un collar de piedras...

—Creo que no entiendo... ¿Un collar?

—Un collar de *llankas*...

—No sé de qué hablas... pero la espada y el relicario... —Hay dos.

—No comprendo...

—Yo tampoco, y por eso viajo... para traer la espada y... no te preocupes, voy a volver antes de que tu tiempo acá ase termine. Y seguro Pedro también: confiá en él, no te abandonó... es raro, pero es mi amigo. William yo ahora necesito... necesito saber...

*

Realmente, no había muchas opciones de donde escoger: si tenían la intención de cazarnos, lo harían de una forma cruel e incansable, y no podríamos evitarlo. Vendrían con armas de fuego, con arcabuces, mosquetes y trabucos que no podríamos contener... ¿Con qué hacerlo? Llegarían abriéndose camino por tierra, en silencio, evitando que mis amigos y vecinos fueran a descubrirlos violando la sagrada paz del bosque mágico de aromas antiguos que se había convertido en nuestro hogar... o vendrían exterminándolo todo a su paso sin importarles nada, porque la sangre de mis amigos les sería nada. Tomamos nuestras cosas y, ayudados por los que hacía unos momentos nos habían traído la desgraciada noticia, huimos. Tendrían

miedo eventualmente, o ya lo tenían, de los hombres españoles que mataban sin piedad buscando un territorio que no les pertenecía, buscando exterminar a los aliados de la gente dueña de la tierra.

«*Astarath toalisa sadorir alotola rirodas asilaot harasta*», fueron las palabras propicias que pronunció Leonor para afirmar, luego, con tristeza, que estaban demasiado cerca y que debíamos irnos por el lago.

*

—Y, ¿salieron hacia el norte... hacia Mendoza?

—¿Mendoza? Nunca estuvimos allí y tampoco se me hubiera ocurrido hacerlo: el sur siempre fue mucho más seguro... en el norte había demasiados... hombres blancos.

*

¿Cómo explicarles a los niños que dejarían atrás sus rincones de jugar a las escondidas o los pequeños animales que eran cómplices de sus travesuras? ¿O que debíamos correr y no parar aunque los pies nos sangraran y que no debían romper el silencio ni para reírse un ratito?

Siempre supe que algunos nos temían pero no creí que su temor fuera tanto como para desobedecer a los altos jefes y ayudar a los invasores para que nos encontraran...

Lo cierto es que el grupo liderado por el mismísimo vicario del Comisario Inquisidor de Santiago con asiento en Chiloé y guiado por don Luis de Rodrigues estaba cerca, mucho más cerca de lo que hubiéramos esperado. Seríamos una gran victoria sin duda.

Aguardamos unas horas más con la intención de salir al amparo de la noche oscura aprovechando la ausencia de la luna y las escasas estrellas, con poco o nada de nuestras cosas, y poder navegar por el lago en las *dalkas* hacia rumbos más lejanos y propicios.

No está ni estuvo nunca en mi corazón ni en mi carácter la idea misma de huir. Pero parece que todo conspira para hacer que las cosas muden de formas y colores aunque no estemos de acuerdo con los nuevos aires que el universo nos propone. Sí, las cosas cambian y he aprendido a huir incluso con placer, os diré... aunque esta vez fue diferente: había llegado a pensar que ya

no habría necesidad de hacerlo nunca más... pero, ¿cómo iba a enfrentarlos? ¿Con flechas, boleadoras, lanzas y una espada? ¿Cuántos morirían para que nosotros pudiéramos vivir? ¿Cuán justo sería? Si ni siquiera hoy puedo saber el motivo de tanta saña encarnizada, tanta maldad desplegada por... ese hombre vil.

A veces creo que la culpa es simplemente mía y de nadie más por haber matado a esos hombres esa mañana, pero (demasiados peros) no hubiera podido dejar que lastimaran a mi Leonor en aquel bosque asturiano; así que reflexiono un poco y me consuelo diciéndome que ellos comenzaron todo: estuvimos en el lugar y el momento equivocados. Llamadlo destino o infortunio; esto es lo que nos ha tocado vivir y no puedo luchar contra ello... tal vez me resta aceptarlo y tratar de que todo mejore.

*

—Supongo que por eso estás acá... digo, el destino. —Cariño, creo que el mundo busca enderezarlo todo. —Necesito ponerme fuerte y regresar cuanto antes.

*

A poco de navegar sentí el ruido de una pequeña hueste que a nuestras espaldas preparaba sus armas. En la espesura de la noche estrellada apenas podía distinguir cuántos hombres serían nuestros atacantes, pero su proximidad puso en alerta todos mis sentidos. Pedí navegar más de prisa pero el viento se empeñaba en no dejarnos salir de la costa aunque la destreza de los navegantes no tuviera igual en estas aguas... parecía... parecía como si una magia poderosa nos estuviera maldiciendo.

Recosté a mis niños en el suelo de la pequeña embarcación y con su propio cuerpo los cubrió Leonor y les sirvió de adarga palpitante; de frente al enemigo y de espaldas a la proa tomé mi arco y algunas flechas y me preparé para defendernos. Sentía el peso de la espada en mi cintura, pero mi arma más preciada era solo un trozo de metal inútil en esas circunstancias. Escuché como nimios truenos que se repetían en el bosque ahuyentando a las aves que volaron sin rumbo, espantadas; entonces disparé, pero mis flechas no tronaron sino que silbaron en el aire ciegas de cualquier blanco. Vi caer al agua a un buen amigo y a otros intentando sacarlo. Vi, a la escasa luz que

quebraba la noche, que se echaban al agua sujetándose de las piraguas por el lado contrario, usándolas como escudos... y supe que no podría hacer lo mismo: yo era el único resguardo de mi familia y acepté ese destino con honor. Mi amigo Raiquén remaba intentando inútilmente sacarnos de allí. «¡El inglés y la bruja son míos!» gritó alguien y, de inmediato, por su acento supe quién. Lo vi en un destello. Lo vi y mis brazos sintieron la tensión en los músculos que los prepararían para un disparo certero. Y así lo hice, os lo juro, con toda mi destreza, pero mi flecha no llegó hasta él: alguna fuerza la detuvo en el aire y cayó a sus pies.

Pronto la escasa claridad se tornó negrura plena y ya no fui capaz de ver ni mis propias manos. Casi al instante, un trueno llenó el aire y sentí un golpe y un ardor insoportables en el pecho: sabía qué era... por la distancia, tal vez un arcabuz... por la precisión, tal vez un trabuco... por el tamaño, no otra cosa. Colocando un extremo de mi arco en el suelo de la piragua, me sostuve de él procurando mantener el equilibrio. Leonor murmuraba palabras que no supe entender. Me afirmé con todas mis fuerzas para no desplomarme, porque de pronto el viento se hizo nuestro aliado y nos impulsó con violencia hacia el centro del lago alejándonos del enemigo. Podía percibir la tibieza de mi propia sangre manando de la herida y escurriéndose por mi cuerpo que se debilitaba incontrolablemente, mientras el hierro candente me quemaba por dentro... todavía estaba de espaldas a Leonor. Todo estaba oscuro; todavía, todavía... no quería caer, no quería... no quería... me senté lentamente sin demostrar titubeos, vigilante, atento a no desvanecerme. No sé por cuánto tiempo navegamos, tal vez horas, tal vez solo minutos... todo se me nublaba, solo sabía que sin embarcaciones, los hombres aquellos tardarían mucho en alcanzarnos.

Por fin, caí.

* —Ella intentó curarte... —Pero no pudo.

*

Caí al agua, creo. No recuerdo nada más, salvo que desperté en tierra, bajo un enorme toldo de cueros y palos, junto a un fogón latiente... sabía que era verano, pero yo tenía frío y temblaba. La ropa me escocía, mas necesitaba estar abrigado. Los pequeños lloraban aunque se encontraran abrazados por la

esposa del cacique, Jane dormía un sueño inquieto junto a ellos, mientras Leonor se empeñaba en cuidarme. Me pareció entender que estaba amaneciendo y que eso haría nuestra situación más desesperada, porque de día los hombres podrían vernos con más facilidad. Ella limpió mi herida con corteza de canelo y agua de arrayán, y luego la cubrió con hojas tibias de *trapilawen*; me dio a beber *natre* endulzado con miel esperando que la fiebre se alejara de mí, al tiempo que conjuraba sus amadas fórmulas en latín: «*Retro Satana, toto opere asper. Oro te, pater, oro te, pater, sanas*». Escuché palabras puelches, escuché idiomas desconocidos. Vi sus manos enrojecidas con mi sangre y sentí su llanto contenido con demasiado ahínco, pero los niños... oírlos me desesperaba, pero no era capaz ni de mover mis labios para calmarlos. En mi delirio, también escuchaba disparos y yo respondía matando a unos hombres que amenazaban a Pedro en una selva lejana en el espacio y en el tiempo para que él cumpliera con una misión que yo no llegaba a entender, mientras me ardía el pecho quemado por la joya que era también mi norte.

Unos amigos intentaron levantarme para que continuáramos huyendo, pero Leonor se los impidió diciendo que si lo hacían, yo moriría. Apenas si podía mantener abiertos mis párpados. Apenas... Escuché un balbuceo y una caricia en la mejilla, un beso en mis labios reseco. «No podré», me dijo... «No podré contigo: no puedo curarte». Y me abrazó llorando con amargura, reclinándose sobre mí y enjugando mi rostro con sus largos cabellos destrenzados. Sin embargo, de sus ojos verdes no cayeron lágrimas aunque podía escuchar el sollozo de su corazón en cada latido. Yo creía que mi alma se me escaparía si no conseguía sujetarla con la plegaria entrecortada que a duras penas lograba balbucir aunque no creyera del todo en ella.

Susurró, entonces, en mi oído que me amaba y que durante estos años me había guardado un secreto: por atroz que resultara, había aprendido los arcanos del tiempo y podría dominarlos. Me dijo que sabía cómo enviarme acá, con ustedes y que hacía un par de años había anotado las palabras y conjuros propicios en un pequeño pliego de papel y lo había colocado dentro del relicario en un descuido mío. Me dijo que no me preocupara, que sabía cómo hacerlo sin pronunciar la maldición tan temida... que había otra manera. Yo no terminaba de entender: no podía o no me permitía hacerlo.

¡Dios! Pensé que la fiebre al fin me consumía y, creyéndome morir, le pedí mi espada para despedirme de este mundo de forma honorable... Me pidió que hiciera un último esfuerzo y que pensara en ustedes con el resto de fuerzas que me quedaban; me dijo que tendría todo lo necesario para volver a ella. Los gemelos me dieron su juguete y me dijeron que el cóndor velaría por mí... «Papito, papito», repetían, pero yo...

*

—William...

—Al final, ella pronunció el hechizo y realizó los sigilos... lo demás, vosotros lo sabéis mejor que yo.

—Pequeño...

El aire enmudeció en mis pulmones y perdí por un instante la capacidad de percibir el mundo, como si el mundo ya no fuera real o como si se tratara de un sueño del que si quería despertar. No sé si algún día lograré acostumbrarme a que todo se diluya a mi alrededor, a que nada tenga ya visos de perenne. Lo cierto es que sentía dolor, mucho dolor, un dolor capaz de conmover lo más profundo de mi cuerpo y de mi alma, como si se transmitiera acrecentándose a lo largo de no sé cuántas generaciones, como si se heredara al viejo estilo de la *hybris* griega: sin la violencia o la furia, pero con toda la desmesura y la irracionalidad... tal vez también con la ceguera y, también, imposible de borrar salvo con... la caída del último de la estirpe. No. No podía permitir eso. El hombre que tenía adelante ya había dejado de ser un loco para mí, o un violento o un episodio confuso en mi vida; ahora era... mi ancestro, mi tátara-no-sé-cuánto-abuelo. Fruncí el ceño como si ese solo gesto me ayudara a comprender las cosas pero, como era lógico, no funcionó. Instintivamente, lo abracé fuerte y le di un par de palmadas en la espalda.

—Mirá, abuelito, más vale que te recuperes pronto: ya no te soporto más por acá.

Y reímos los tres de buena gana: nos hacía mucha, pero mucha falta. Sin embargo, por dentro temblaba de pena y estupor.

7 Doppelgänger

La tarde aquella ya no se sentía tan fría cuando el automóvil azul se detuvo violentamente en el 224 de la calle Roggero. No tendría demasiado apuro, empero, su conductor, pues se tomó bastante tiempo en sacar del interior un par de bolsos y llamar en el domicilio de Jane Griffith Sinclair golpeando las manos. Sin embargo, se impacientó bastante cuando se dio cuenta de que no había nadie en la casa. Observó, reja mediante, el jardín de aspecto moribundo (demasiado daño habían causado las violentas nevadas de las semanas anteriores) y el bonito *porche* atiborrado de macetas con plantas bien vivas y de un verde extraordinario. «Siempre se toma el tiempo», murmuró por lo bajo, pensando que la dueña de casa no debía estar demasiado lejos.

Se metió en el auto y aguardó. Llevaba la profunda determinación de no dormir porque soñar le producía sensaciones oximorónicas: últimamente, una tristeza bulliciosa que podría confundir con felicidad. No más de quince minutos después, tuvo una visión increíble: por la vereda, del lado contrario al río Percy y, seguramente, llegando desde el centro, aparecieron caminando William y la abuela de Julián. Pedro frunció el entrecejo como si el sol lo encandilara pero no, era sorpresa: los dos venían conversando animosamente y cargaban algunas bolsas... como si hubieran salido de compras y eso fuera lo más normal del mundo. Pudo sentir algunas palabras en un inglés lento y de sonoridad elegante.

—¡Pedro, cariño! Por alguna razón, presentí que vendrías hoy. Juliancito también está viajando para acá, llega hoy a la noche: ¿podrías ir a buscarlo a la terminal, con el auto?

—¿No está?

William lo saludó con una leve reverencia y una mirada menos dura de la que esperaba.

—Tenía que trabajar... mesas de examen, dijo.

—Esta noche tenemos una cena especial: pata de cordero rellena, con salsa de calafate. ¡Pero!... ¡Me debo estar poniendo vieja: me olvidé el pan! William,

querido, ¿podrías traer un poco de la panadería de acá a la vuelta? —Ni bien él se hubo retirado con el dinero en la mano, ella le guiñó un ojo a Pedro y, cambiando por completo la entonación agregó —Tenemos que hablar.

*

Cada tarde, en realidad, cada mañana y cada noche también, que pasaba en la escuela le parecían interminables. La rutina se le había encarnado en la piel colándose en su sangre y contaminándola de hastío. Julián F. Sinclair ya no quería estar allí...ni en esa secundaria ni en ninguna otra. «¿Y ahora?» era una pregunta que se repetiría hasta el cansancio aquella tarde fría de un invierno que parecía no querer cejar en su empeño de estorbarlo: su único anhelo en ese momento era no quedar varado en Bariloche. Levantó la cabeza para mirar a su alrededor: nada interesante, solo alumnos intentado rendir un examen y dos profesores charlando junto a él. Al rato notó que alguien le estaba hablando de alguna reunión de personal o de capacitación o de alguna estupidez más y no supo qué decir: él *era* el jefe de área y no sabía qué decir... balbuceó una de esas respuestas ambiguas que siempre resultan irrefutables y anunció que iría a consultar con el director Castro. Eso no era nada ilógico, pensó. Lo cierto es que fue a encerrarse al baño.

Le dolía el estómago y se sentía afiebrado pero sabía muy bien que no era fiebre ni hambre (aunque no hubiera almorzado), sino su eterno modo de exteriorizar el estrés, como en la Facultad antes de un examen, como siempre antes de tomar una decisión extrema. Lógicamente, de esto último se trataba ahora. Se sentía enfermo, con náusea... maldita sensación... si hubiera tenido un cigarrillo se lo fumaba allí mismo aunque hiciera años que no se ponía un pucho en la boca. Sin proponérselo, había arribado a una pequeña conclusión: no podía dejar que William volviera. Más allá de las alteraciones o no de la línea de tiempo en la que vivía, o si eso abriera o no alguna ramificación impredecible, apenas regresara... simplemente iban a matarlo. No importaba si había o no recuperado sus fuerzas (él creía firmemente que no), no podría hacer frente a lo que le esperaba: un pequeño ejército destinado a acabar con él... ah, y con Leonor: sería imposible retenerlo, sería tremendo dejarlo ir... ¿Y si pudiera acompañarlo? ¿Lo haría? ¿Y si no pudiera regresar? ¿Y si él también acabara muerto?

Con un dejo de sorpresa y, por qué no, de indignación comprobó que

estaba temblando y que no podía controlarlo. ¿Miedo, nervios? No. Desesperación por una decisión tan difícil, tan... ¡Dios! Decidió que era tiempo de regresar al aula antes de que fueran por él y tuviera que inventar alguna excusa que, con la muy poca imaginación que le quedaba, seguramente no resultaría demasiado creíble aunque, pensándolo bien, ¿quién iría a preguntarle por los detalles? La cabeza le daba vueltas perdida entre mil y un pensamientos amargos. Todo allí le parecía tan trivial... la vida real lo era... la vida real... ¿Qué era la vida real? ¿Lo que sus sentidos podían percibir o lo que se había negado a creer durante tanto tiempo? Ya había entendido que había demasiadas cosas ocultas que se empeñaban en no ser controladas por una pobre mente mediocre y vacía de anhelos. Sentía un latido punzante en las sienes y, por un leve instante, se puso hipocondríaco: ¿si fuera un A.C.V.? «No, estúpido: es mi mente expandiéndose». Se lavó la cara y salió.

Caminó por el pasillo como si fuera interminable, como si se tratara del corredor de la muerte o, peor, como si no pensara ese ámbito como propio, como el que frecuentó durante ¿cuánto? Veinte y tantos años. Se miró las manos y no reconoció ninguna de sus huellas, como si fueran de otro o como si recién en ese momento hubiera abierto los ojos a las diferentes posibilidades de interpretar el mundo.

—¡Mierda! —dijo, procurando no ser escuchado, conteniendo las ganas de gritar con todas sus fuerzas aunque eso le desgarrara las cuerdas vocales. Puso en su cara la mejor sonrisa que fue capaz de elaborar y entró al aula donde un puñado de alumnos se concentraba o no en aprobar el bendito examen previo de Historia. Posó la vista sobre el montón y, luego, observó detenidamente a cada uno buscando un leve indicio que le revelara quién sería especial pero, se odió por no encontrarlo... tampoco en sus colegas: no, ninguno sería capaz de comprender lo nuevo y extraordinario que el mundo les propondría. Y él, que sí había sido bendecido con ese don, estaba aterrado. Concentró su mayor esfuerzo en su trabajo pero la obstinación no compensaba la desesperación creciente en que se sumía.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando ya no quedaba nadie por rendir el oral (pese a su natural pesimismo, había aprobado un porcentaje bastante impresionante) llegó la hora de la burocracia: a las actas habituales,

ahora se les había dado por sumar las actas de desaprobados, justificando por qué tal o cual, justamente, no aprobó... contenido por contenido... desesperante. Quería decirles «¡Hagan una investigación a conciencia sobre por qué muchos adolescentes se resisten a estudiar y después vemos si hace falta el papeleo!», pero no estaba acostumbrado a hacer cosas que resultaran inútiles. Por más que intentara distraerse, no dejaba de pensar en las infinitas variables de lo que ocurriría si realmente William conseguía regresar y se exasperaba con la sola idea de que no encontraba ni una sola de ellas en que las cosas salieran bien: siempre alguien moría. Tenía unas ganas monstruosas de irse, de salirse del mundo y echarse a dormir... Tomó, por fin, conciencia de que estaba demasiado asustado.

Puso una firma temblorosa en la primera de las actas: la lapicera estaba decidida a no permanecer serena en su mano. —Profesor Sinclair, una persona dejó esto para vos.

Lily, la portera de la tarde, la que lo conocía de siempre, le alcanzó un sobre cerrado en el que estaba escrito su nombre y nada más... ni remitente, ni direcciones, ni nada.

—No me interesa leer un anónimo.

—Esa mujer no tenía ese tipo de aspecto —y le guiñó un ojo mientras lo obligaba a tomarlo. Se quedó muy cerca como para intentar saber algo más, pero fue inútil porque la llamaron para solucionar algún problema en la cocina.

Julián Sinclair frunció el entrecejo: había demasiados sobres cerrados últimamente. Lo miró y, sin detenerse a pensarlo, lo abrió.
«No renuncies, Sinclair, por favor... no todavía. La respuesta que estás buscando es doppelgänger.

*Éxitos: los tres son guerreros.
No me busques.
Andrea»*

Se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta con el gesto descompuesto y una agitación creciente.

—Lily, ¡Lily! —Llamó a los gritos, desesperado.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo era... esa mujer? ¿Cómo era?

—No sé... treinta y pico... cuarenta... pelo castaño... —¿Te dijo algo más?
¿Por dónde se fue?

—Dijo que vos entenderías... y se subió a un auto y se fue para allá, para el norte...

Colocó la mano en el picaporte de la puerta, pero contuvo el deseo de salir a la calle como loco a perseguir a quien le había dejado semejante recado que, en sí mismo, constituía o toda una osadía o la más voraz de las locuras.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía optimista. También, por primera vez, se convirtió en creyente. En su fuero íntimo, sabía bien de quién se trataba. ¿Cómo se lo diría a los demás?

Miró la hora: le quedaba poco tiempo. Regresó a la secretaría, terminó las actas casi con entusiasmo y se retiró saludando a los que se le cruzaban por el camino y a nadie más: no quería encontrarse con el director Castro. Le restaba pasar por su casa, tomar la vieja espada ropera, algunos elementos que consideraba imprescindibles y salir de inmediato rumbo a la Terminal de Ómnibus: no veía la hora de regresar a Trevelin.

*

Por lo que sabía, la ruta estaba perfectamente transitable de modo que, seguramente, estaría viajando de cuatro a cinco horas hasta Esquel y luego, algo más hasta Trevelin: había querido un viaje directo, pero no tuvo posibilidades de conseguir pasaje alguno dentro del rango de horarios que buscaba. Estas circunstancias me daban el tiempo que necesitaba para elaborar un buen plan... después de haberme interiorizado todo lo posible de las implicancias del término ese en alemán: *doppelgänger*.

Había tomado la precaución de archivar decenas de páginas web que se referían directa o indirectamente al asunto en cuestión y estaba dispuesto a quemarme las pestañas leyéndolas desde la pantalla de la *notebook*... eso sí, nunca imaginé que me llevaría una decepción tal: nada de lo que tenía, servía de algo. No había manera de que esa nota se refiriera al «doble maligno», a la «sombra de uno mismo», al «gemelo malvado», a la «materialización del

lado oscuro» ni a una «alucinación esquizofrénica». No, no y no. ¿Entonces? Estaba aturdido... las referencias eran confusas y, a veces, opuestas o excluyentes... ¿en quién creer? ¿Cuál era la idea exactamente? ¿Bilocación? ¿Proyección astral? ¿Etiäinen? Estaba un poco confundido, no voy a negarlo, y me pesaban los párpados pero no lo suficiente como para dormirme: estaba decidido a disfrutar del paisaje... ya discutiríamos todo después, los cuatro, con cuidado pero sin perder tiempo... no teníamos más que unas cuantas horas; después de eso, William estaría varado para siempre con nosotros. Pensándolo bien, si no fuera por Leonor y los chicos, sería lo mejor para él.

Mirando por la ventanilla alcancé a contemplar el lago Mascaradi y vi cómo ya no se desfiguraban los cerros perdidos entre la nieve y el mal clima como durante el viaje en auto: ahora, el cielo estaba despejado y, de no ser porque sabía que la temperatura estaba por debajo de cero, hubiera dicho que se trataba de un día bonito de esos bien próximos a la primavera. Aun con lo rápido que parecía cambiar todo a mi alrededor, me dediqué con inmenso beneplácito a observar el paisaje que me parecía eterno. Desde la zona del cerro Tronador, vi que algo se acercaba con altivez y gallardía: era un cóndor andino inmenso que planeaba con las alas desplegadas como invitándome a ir con él. Su porte elegante y altanero me hizo recordar a William el día que lo conocí en casa de los Nampëlkan... Debo admitirlo: estaba embelesado. Me cautivaba no su tamaño sino otra cosa... algo que mi entendimiento no podía explicar, y sin embargo la piel me lo marcaba con mucha precisión: indubitablemente se trataba de su historia o, mejor, de las historias que se tejían en torno a su majestad. Por alguna razón, me daba la sensación de estar siguiendo la ruta, o siguiéndome a mí... podía ver cada movimiento imperceptible de las puntas de las alas, esas plumas largas negras y blancas que parecen dedos tocando las nubes o estar retándolas a correr una carrera que nunca soñaron ganar... Me lo imaginé o lo vi cercano, desafiante, domador de vientos, señor de las alturas, capaz de batirse solamente con un igual; un igual que apareció de improviso copiando cada uno de sus movimientos, primero como una sombra y, luego, como burlándose de cada pequeño cambio en su ánimo o en su dirección. El primero de ellos, no pareció sorprenderse con este acontecimiento, sino que juzgaba esto como un halago. ¿Cómo lo supe? No lo sé pero, sin darme cuenta de qué manera, yo era algo así como un intérprete o un vocero de aquellos cóndores que gritaban

con mínimos aleteos el tamaño de su libertad. Mis músculos se tensaron cuando mi alma se asió a los hombros del que estaba más próximo a las montañas y se hizo uno con sus ojos hechiceros... entonces, el plumaje de sus alas los hizo descender en picada hacia el valle para, luego, elevarme con ellos surcando el firmamento que cubría el Nahuel Huapi. Pude ver los techos de todas las casas de Bariloche, incluyendo la mía, la península San Pedro, las islas Huemul y de las Gallinas, y el bosque de cipreses y coihues del otro lado del lago, el que está entre los puertos Venado y Huemul en la península del mismo nombre, del lado de Neuquén. Podía sentir el aire frío atravesándome la barrera del plumaje y esparcirse por mi piel como si fuera una caricia mágica trayéndome el renuevo de mi propia vida. Cerré los ojos para llenarme de los aromas hipnóticos del paisaje. El otro volaba a mi lado, tal vez repitiendo mis movimientos o, tal vez, repitiendo yo los que él me indicaba. Una *mélange* de sensaciones se esparció por mis venas y se transformó en sangre bombeada con fuerza y optimismo. El otro me enfrentó y me vi reflejado en sus ojos, que eran también los míos... y por primera vez no tuve miedo. Casi al instante volvieron nuestros movimientos a acompañarse, a reflejarse... no, no... funcionábamos como uno siendo dos.

Cuando abrí los ojos, el chofer del micro me estaba sacudiendo con el ceño fruncido.

—¡Eh! ¡Despierte! —decía, riéndose bajito—. ¡Qué manera de dormirse! Después de eso: hasta Trevelin, un trámite.

*

La noche había llegado temprano, muy temprano, como era de esperar a esa altura del año y estando tan al sur; trayendo con ella un cielo lleno de constelaciones y un rocío frío de nieves ausentes. De los dos hombres que iban en el auto azul, solo el acompañante se tomaba el tiempo de observar cada cosa que se presentaba afuera, pero no lo que estaba allí mismo, sino lo que el universo colgaba del cielo para él como si de guirnaldas de navidad se tratara pendiendo de algún árbol en cuyas ramas se encontraban todas las razas y todos los pueblos de todos los continentes y de todos los tiempos. ¿Por qué Sinclair no conducía? Imposible saberlo. ¿Por qué había confiado en Pedro? El mayor misterio del cosmos.

—Tendríamos que hablar. Digo, vos y yo antes de volver. —¿Mm? Sí.

Da la vuelta ahí y vamos para el lado de la plaza.

También tengo algo que decirte: tiene que ver con William. —Yo también tengo que hablarte de él.

—Estuve averiguando cosas, ampliando lo que Nain tenía y... ¿cómo te explico? Resulta que él es... bueno, algo así como mi tática tática no-sé-cuánto abuelo y... ¡Mierda! ¡Pedro! ¿Estás loco?

Sin previo aviso, las ruedas chirriaron, con ese sonido agudo y molesto que suele lastimar los dientes, cuando el *kalku* pisó el pedal del freno con todas sus fuerzas, con la idea de que así podía darle eficiencia a la idea de detener el vehículo más rápidamente.

Pedro bajó del coche como si de ello dependiera su vida ante la mirada atónita de Sinclair.

—¿Qué...?

Estaban a una cuadra de la plaza Coronel Fontana, hacía mucho frío y la noche aún no dejaba asomar la luna menguante en su última aparición, al alba, antes de la luna negra. En pocas horas, todo debería estar definido y, sin embargo, cada vez surgían más y más dudas... y para empeorarlo todo, «esto»; que era algo que Sinclair no hubiera podido anticipar nunca. Se subió el cierre de la campera, se calzó el gorro de tela polar de modo que le cubriera también las orejas, tomó coraje y salió. El viento extremadamente helado le recordó que estaban en invierno y que no le gustaba el frío en absoluto.

—¿Pedro? —Se colocó los guantes que llevaba en los bolsillos mientras miraba a su alrededor buscando a su amigo—. Pedro...

Estaba sentado en el cordón de la vereda, con la cara escondida entre las rodillas y las manos entrelazadas en la nuca. Permaneció en silencio durante algunos minutos, observándolo con atención e intentando decodificar las señales que pudieran exteriorizar lo que estaba sucediéndole en aquel momento. Como no se sintiera capaz de leerle la mente... Comenzaba a sentirse incómodo. Se sentó junto a él y le oyó la respiración entrecortada y profunda serenarse al punto de algún murmullo difuso.

—¿Estás en trance? Decime que no...

—No.

—¿Qué pasó recién?

—¿Cómo supiste lo de William y vos?

—Fuentes históricas: registros eclesiales, qué sé yo... ¿Eso te molestó?

—No.

—¿Entonces?

—Cuando llegué a casa de mis padres, noté que algo había cambiado, no sé muy bien qué o cómo, pero se sentía en el ambiente. Supe que debía quedarme y menos mal que lo hice, porque a los pocos días vino a verme una *machi*... y de algún modo me puso a prueba.

Sinclair observó cómo un cristalito blanco se posaba delicadamente sobre su mano enguantada en cuero negro y no le importó que anunciara, por lo menos, una nevisca. Esbozó una leve sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te dijo?

—Que... Vos sabés por qué me fui aquella vez...

—Sí. Casi te mato cuando nos volvimos a ver, pero sí: diferencias políticas con tu papá, la pelea con aquel pibe por lo de tu sangre...

—Mi sangre impura... en realidad, el hecho de que me lo ocultara; también que no hiciera nada para mejorar la situación de la colonia. Pero... esa cuestión de la sangre... yo...

—¡Pedro, cortala! ¿Qué pasó?

—Que parece ser, de algún modo irracional, que vos y yo somos algo así como primos muy, muy lejanos.

Cuando vivía en La Plata y se sentía anímicamente mal, Julián se metía en la Catedral de soberbias formas neogóticas y se sentaba en algún banco de por ahí intentando encontrar un poco de silencio... solo un poco le era suficiente en el medio de todo el trajín de las cursadas en la Facultad y de alguno que otro trabajo que ocasionalmente buscaba. Ahora, bastantes años después, fue capaz de darse cuenta de que no hacía falta estar allá para encontrar la misma sensación de paz interior. En ese momento, mientras Pedro le hablaba, se dio cuenta de que tenía una imaginación lo suficientemente poderosa como para creer que estaba en un sitio diferente al

que se encontraba y que eso le hiciera bien. No le interesaban las imágenes santas ni los altares, pero se quedaba embelesado mirando hacia arriba la nave central... no sabía bien, tal vez la altura de las bóvedas de ojiva o la imponencia de la de crucería, sostenidas por hermosas columnas cilíndricas sobre su cabeza, le resultaban tan hipnóticas que le hacían vivir en un mundo sin preocupaciones. Se sentía chiquito y grande a la vez, y ese sentimiento encontrado y contrapuesto terminaba por reconfortarlo: era nada, pero era parte de un todo que era capaz de elevarlo a las alturas más impresionantes del conocimiento y de la posibilidad de desarrollarlo a la mágica luminiscencia que penetraba por los vitrales multicolor. Luego salía y se encontraba con que el mundo no había cambiado... pero él sí. En el momento en que estaba viviendo, el firmamento era el techo de un inmenso y cósmico templo... y se sintió mejor, con más ánimo.

—¿Por qué te molesta?

—No me molesta: me siento halagado de que así sea. Estoy molesto conmigo mismo, porque acabo de darme cuenta de que fui más estúpido y egoísta de lo que pensé que llegaría a ser. No... «eso» no me molesta. Estoy molesto porque... porque... William triunfará y yo perdí tanto... Sé que es egoísmo puro, pero no puedo evitarlo y eso hace que me enoje más todavía.

El fantasma de Ángeles perfumó la atmósfera de miel y canela, aunque Sinclair no fue capaz de percibirlo.

—Todavía no entiendo bien lo que pasó en La Plata. Ya me habías hablado de la salamanca... pero...

—Yo tampoco lo entiendo demasiado. Solo te puedo asegurar que la congoja por lo que pasó con ella me está volviendo loco. ¿Vos creés que por eso se dice que los brujos tienen... tenemos... el alma negra?

—No. Yo no creo... y entendeme bien... *yo no creo* que tengas el alma negra ni creo que la vayas a tener nunca.

—Yo maté, Julián; y no te estoy hablando de aquel puma de cuando era chico... yo...

—No sos un asesino despiadado... esto te lo aseguro yo, que te conozco casi como a mí mismo. En cambio William... yo...

—Tampoco lo es: en sus tiempos las cosas eran... bueno... —Diferentes.

Se dieron unas palmadas en la espalda y, sin mediar palabra alguna, se fueron de allí.

8 Profecías que no creo

*Mis ojos fueron cerrados,
Sin mi corazón quererlo,
Por un soplo de amargura
Que ha traído el viento eterno
De los labios de un profeta
Que callaba en el desierto.
Las magias y eternidades
Lloran aquí sin consuelo,
En mi corazón herido
Por la ausencia que no quiero:
Necesito tu mirada
Junto a estos mis labios tiernos
Que se abrirán solitarios
Imaginando tu beso.
Ninguna lágrima cae
Por este rostro de ensueño
Intangible a las palabras,
Profecías que no creo.
Acaso el alba me traiga
Tu voz cálida de nuevo
O después la vieja noche
Me diga que estás volviendo.
No me importan los pesares
Ni las contras de este ensueño,
Mi esperanza no se muere
Pues tu espíritu guerrero
Luchará contra dragones,
Fuegos, brujos y hasta el tiempo
Por encontrar la manera
De estar conmigo de nuevo.*

9 Coraje

Ahogó un grito en la garganta. Hubiera querido que fuera un alarido ensordecedor, de esos que funden desesperación, tristeza y... ¿Por qué no puede el sol quedarse escondido un rato más por hoy, únicamente por hoy? Necesitaba gritar, de verdad, pero los delataría a todos y despertaría a los niños cuando tanto le había costado que se durmieran. No es que le hubiera llevado demasiado tiempo, sino que explicarles lo ocurrido y transmitirles un optimismo que ella misma no tenía del todo le había resultado agotador. Todavía eran chiquitos y necesitarían de la presencia de su papá para que les enseñe a... tanto. Se obligó a reprimir una lágrima. No hacía mucho que él no estaba: ¿cuánto? ¿Dos horas? No más de cuatro, tal vez. Sin embargo, pensar en estar separados de nuevo le provocaba una sensación de ahogo que no podía controlar. Jane se movió sobre las mantas y pieles que le servían de cuna, luego, lógicamente, comenzó a sollozar de hambre.

No había otros sonidos en el ambiente pero Leonor sabía que había decenas de hombres allí: muchos la cuidaban pero, muchos otros tenían como único objetivo acabar con ella y con su familia. Percibió en la piel una presencia que la hacía estremecer y se obligó a permanecer firme y serena: acomodó los hombros para verse erguida, recogió graciosamente sus cabellos e intentó suavizar sus facciones para que sus amigos recobraran el valor al verla y los enemigos le temieran. ¿Amamantar a Jane haría que se viera débil? No, eso le daba coraje para seguir adelante. Alzó a la bebé y la acomodó en su regazo para que el contacto cuerpo a cuerpo, piel con piel, la serenara y le proporcionara la capacidad de pensar con calma y, en medio de tanta incertidumbre, agradeció al Cielo por ser ella misma fuente de vida para sus hijos... y de esperanza para su esposo.

La sensación de inquietud se acrecentó en sus entrañas como una infección purulenta, hasta hacerse insoportable: era algo malo, demasiado malo y sobrenatural y aberrante y ponzoñoso y... Se sintió sola, pero la esperanza estaba latente... el rostro de su hija era la imagen viviente de ese anhelo de paz que buscaba... tal vez tenerla en sus brazos evitó que rompiera en llanto.

*

*¡Oh, grande y poderoso Lucifer, Excelso emperador del mundo infernal!
Postrándome ante ti, señor y soberano, te rindo pleitesía
si me das el don de las artes ocultas, de las ciencias misteriosas,
del conocimiento de lo sobrenatural que tú, mi amo, posees.
¡Oh, grande y poderoso
Lucifer, Luzbel y Satanás!*

*

La estancia se veía sola sin embargo, la mesa estaba dispuesta como en los días de grandes fiestas: con el mantel blanco bordado con hilos de seda azules, verdes y rojos como la bandera galesa, los cubiertos de plata, la vajilla de porcelana pintada a mano y las copas de cristal labrado. La luz eléctrica había sido remplazada por innumerables velas situadas aquí y allá y no solo en los candelabros de cinco brazos que normalmente decoraban la pared, sin más. Alguna ópera apenas perceptible colmaba suavemente la atmósfera con sus acordes triunfales: tal vez fuera *Turandot*, pero Sinclair no estaba seguro. La fragancia de los panes especiados recién sacados del horno llenó sus pulmones con el ímpetu de un bálsamo o como un mal agüero. Recobrando la capacidad para moverse luego de la súbita sorpresa, Sinclair y Pedro dejaron sus cosas en un rincón que consideraron apropiado para no romper con la armonía del ambiente.

—¿Nain? ¿William?

Una voz parecía llegar desde un mundo lejano... algo les dijo que pertenecía a William...

*Que dites-vous, que faites-vous, mignonne?
Que songez-vous? Pensez-vous point en moi?
Avez-vous point souci de mon émoi, Comme de vous le souci m'époinçonne?*

*De votre amour tout le coeur me bouillonne; Devant mes yeux sans cesse
je vous voy, Je vous entends absente, je vous oy; Et mon penser d'autre
amour ne résonne.*

*J'ai vos beautés, vos grâces et vos yeux Gravés en moi, les places et les
lieux Où je vous vis danser, parler et rire.*

*Je vous tiens mienne, et si ne suis pas mien; Vous êtes seule en qui mon coeur respire Mon oeil, mon sang, mon malheur et mon bien*⁹⁸.

Cada palabra, cada sílaba, cada fonema, en fin, fueron pronunciados con una sonoridad cantarina de tal modo que contagiaban un ímpetu melancólico con la capacidad de colmar los corazones con lágrimas embrujadas de silencios y cadencias sin tiempo

⁹⁸Pierre de Ronsard, «Soneto».

¿Qué decís, qué hacéis, hermosa?
¿Qué soñáis? ¿Pensáis al punto en mí? ¿No os preocupa lo que siento,
Así como el desvelo por vos me envenena?

Por vuestro amor todo el corazón me bulle Ante mis ojos sin cesar os veo,
Os escucho ausente, os oigo;
Y mi pensamiento en otro amor no resuena.

Tengo vuestras bellezas, vuestras gracias y vuestros ojos Grabados en mí,
los sitios y los lugares
Donde os vi danzar, hablar y reír.

Os tengo mía, y si no soy mío;
Sois la única en quien mi corazón respira, Mi ojo, mi sangre, mi desgracia y
mi bien.

(Versión de la Autora).

y que, pese a todo, solo necesitaban comunicar una cosa y nada más: «Ya falta poco».

Cuando todo quedó en silencio, Nain los invitó a sentarse. Los aromas se entremezclaban cuando se encendieron las luces y se sirvió la cena preparada con mano amorosa: pierna de cordero rellena con *croûte* de romero fresco y tomates confitados, salsa de calafate preparada exquisitamente con vino tinto y chocolate, papas asadas y puré de manzanas. A un gesto, Pedro descorchó un delicioso malbec que fue servido en las copas de cristal que habían pertenecido a los abuelos de Jane Griffith.

—Coman bien, chicos... y cambien esas caras: ¡hoy es fiesta! —Creo que no conozco cuáles son las fórmulas aquí, pero quisiera... ¿cómo se dice:

propose a toast?

—Proponer un brindis.

William se había puesto de pie con solemnidad y realizado, luego, una ampulosa reverencia. Llevaba en su rostro el gesto altivo de un príncipe de los hombres.

—La primera vez que vine, encontré aquí, en este lugar para mí lejano, amigos muy queridos que me trataron mejor que mi propia familia, y ahora... bien, resulta que realmente sois familia y a cada uno de vosotros os siento como mis amigos. El solo hecho de vuestra existencia me renueva las esperanzas de un buen final. ¡Levantad conmigo las copas! Porque nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí... el cielo y la vida no me serán suficientes para agradecerlos. ¡Por vosotros!

Los cristales tintinearón al son de las voces en canon que repetían «¡Salud!» una y otra vez.

—Yo... —había comenzado a decir Sinclair, pero fue interrumpido por Nain.

—Después de comer, cariño.

—Iba a decir que, como están las cosas, podríamos reclamar el trono de Inglaterra, ¿no? Después de todo, somos parientes...

*

Elígeme como posesión tuya y satisface mis aspiraciones de riqueza, y de destrucción y daño de mis enemigos. Seré, entonces, tu esclavo: dispón de mi cuerpo y de mi alma. Desde hoy mismo, soy tuyo si aceptas este pacto que he escrito con tinta misteriosa y he firmado con mi sangre.

*

Para algunos, la noche es el enemigo que trae pesadillas tempestuosas y presagios funestos; es la sangre vertida en las sombras y el desánimo convertido en agobio; es la prueba del espíritu o la condena eterna. Para otros, en cambio, es el triunfo del pensamiento puro, el momento de la redención, la seguridad de la almohada y las cobijas cálidas. Para uno, era la manifestación del poder, la realización plena del pacto anhelado.

—Ya amanece. Dormid y reparad fuerzas: ¡venceremos al anochecer!

El hombre al que todos temían se sintió fuerte, poderoso, complacido. Hacía muchos años que dominaba las artes oscuras y no tendría reparos en utilizarlas nuevamente. Nunca había tenido reparos, en realidad.

¿Se nace malo o se nace bueno del mismo modo que se nace rubio o cetrino? Siglos de debate y miles de culturas no han sido suficientes y, tal vez, nunca lo serán para dilucidar esta cuestión. Sin embargo, el hambre y la necesidad de supervivencia, también el deshonor y los golpes forjan el carácter o lo exacerban al extremo de la santidad o el infierno. En el caso de Luis de Rodrigues había sido algo tan simple como la avaricia lo que produjo en él la motivación suficientemente necesaria como para buscar esos horizontes que los hombres comunes no serían capaces de imaginar ni en sus mejores sueños ni en sus peores pesadillas. Sin embargo, siempre había sido cuidadoso con lo que se atrevía a mostrar a otros, hasta que la venganza se apoderó de lo poco de blanco que le quedaba en el alma. Le proporcionaba un placer morboso la idea obsesiva de la destrucción del otro: ¿acaso sus hermanos valían menos que esa plebeya puta? Todavía no podía darse cuenta de si se trataba de una *meiga* o una *bruxa* pero, de algún modo, supo cómo traer al inglés de vuelta. No, no hizo falta que alguien le contara: siempre sabía... como sabía que él ya no estaba (¡qué delicia su muerte!) y solamente quedaba la mujer junto con un puñado de nativos torpes.

*

Yo te conjuro, Lucifer, Luzbel y Satanás: ¡Aparece ante mí en forma humana!
Juro seguir tu ley en adelante,
Renegar del Dios que aborrezco,
del agua del bautismo
que he recibido sin mi consentimiento y ser fiel solo a aquello que sea de tu agrado. Con este pacto, si aceptas, te entrego mi alma.

*

La esperada y necesaria algarabía, la seguidilla de frases sarcásticas y bromas ligeras de los postres duraron tan solo eso: vacíos los platos, perdidos los aromas de los manjares y retirado de la mesa todo lo que pudiera entorpecer lo que vendría, las cosas se pusieron serias nuevamente.

—Es hora de regresar —declaró William así, de la nada, mientras sacaba de entre sus ropas el viejo medallón y lo acariciaba como si de Leonor se tratara—. Ya no me daña —agregó con una mueca que no fue sonrisa. Su voz sonaba mustia y cansina como si hubiera estado soportando sobre sus hombros no el peso del mundo como un Atlas ácrono y doliente sino como quien ha sostenido siglos de agonía. Su familia, la vida y la muerte de cada uno, dependía de él y él lo sabía. Bajó la cabeza pero nunca supieron si era para observar lo que estaba haciendo (enhebrar cuidadosamente el tahalí en su cinturón, desenfundar la espada, ajustar, finalmente, la vaina al talabarte) o para esconder algún gesto que considerara impropio. En silencio, comenzó a afilar la hoja de acero que era la única posesión que lo unía a su vida pasada, anterior a Leonor...anterior a todo.

—No puedo dejar que te vayas... No te podés ir así como así, digo, solo.

—¿Qué dices, Sinclair?

—Yo opino lo mismo.

A sus espaldas mientras preparaba las tazas de porcelana para el té y sin que se dieran cuenta, Nain se estremeció.

—¿Estáis desvariando los dos?

—No. Después de todo, hay dos medallones y dos espadas, ¿no?

Y colocó, Julián, la *rapière* sobre la mesa.

—No cargaré con vuestras... muertes en mi conciencia... porque eso es lo que ocurrirá cuando... si... llegáis.

Jane Griffith se retiró.

—Julián debería quedarse: yo vine preparado para algo así — Pedro abrió uno de los bolsos que había traído consigo y de dentro, con cuidado pero con suma destreza, sacó una escopeta semiautomática—. Con esta, maté un puma cuando era chico; sabés que sé usarla... es bastante efectiva, práctica, ligera... Pero es la única que tengo: hace mucho que no tengo contacto con armas de guerra... o cualquier otra.

—Que quede claro: yo no me quedo. ¿Qué más tenés ahí?

Un pequeño arsenal de puñales, navajas y manoplas o puños de acero cayó desordenadamente sobre la mesa junto con un par de cajas de cartuchos del 12.

—¿No tienes flechas allí? Me vendrían bien...

—No, Will, no tengo.

—Lo que no tienen es tiempo, chicos. Me parece que necesitan esto para viajar —la mano abierta de Nain les ofrecía el relicario que guardaba amorosamente.

—Somos dos, Sinclair, para un solo medallón... pero creo que puedo hacer algo.

—Son las dos de la mañana: de verdad hay poco tiempo. Tomad lo que podáis y ya. No quiero pensarlo más.

—Yo sí. Julián: no tengo idea de si vamos a poder volver. —*Doppelgänger*

—Sinclair pronunció cada sílaba con el acento necesario como para captar la atención de los demás.

*

*Por el poder que tú, gran Lucífugo, me has conferido,
yo os compelo, espíritus infernales, ¡Mostradme si de verdad está muerto o
se ha escondido
mi enemigo más odiado,
el que mató a mis hermanos,
y ayudadme a exterminarlo
junto con los suyos
y que su alma se pudra
en la eternidad de la Gehena! ¡Yo os mando! ¡No demoréis!*

*

¿Qué ocurriría si la distancia entre el Cielo y el Infierno no fuera más que unos cuantos centímetros? ¿Qué harías? ¿Darías el paso? Y si de ese paso dependiera la vida o la muerte de alguien que amas, ¿lo harías? Y si no lo amaras pero sintieras que es tu deber, ¿entonces? Y si no fuera tuya la decisión y te vieras forzado a ver cómo la persona que te es más preciada se debate en esa delgada línea...

—Juliancito: no te puedo persuadir, ¿verdad?

—Nain...

Y la abrazó como hacía años que no era capaz. Por unos instantes, se imaginó niño luego, adolescente, y notó cómo siempre ella estaba para él. Le

dio un beso en la mejilla largo y suspirado, y le susurró un pequeño secreto al oído que finalizó con un «Te quiero mucho». Se secaron las lágrimas mutuamente y se sonrieron con abierta picardía.

— *Doppelgänger* es la teoría del doble —pensó, por un solo segundo, en decirles de dónde había sacado la idea, pero creyó que era mejor ni mencionarlo: no sería nada creíble—, si Pedro pudiera con eso y le agregáramos tu fórmula, Will, la que te dio Leonor, junto con el medallón... bueno, podría funcionar, ¿no?

—Mi pueblo tiene ideas peculiares en lo que respecta al doble, los gemelos y eso...

—¿Los gemelos? ¿Qué piensa tu gente de ellos?

—Se les teme como predestinados a la magia, en especial, la más oscura. Dicen que nacen más aptos para las salamancas que otros. Son como un castigo de Dios. ¿Por qué?

—Mis niños son gemelos idénticos...

—¡Con razón! —exclamó Sinclair— No les temían a vos o a Leonor sino a tus hijos. Juliancito y Pedrito son, no sé, tal vez el centro de todo... de los que quieren protegerlos y de los que los quieren lejos.

—¿Quiénes?

—Los niños se llaman como nosotros y, la bebé, como Nain: Jane.

—William... en la mitología de mi pueblo, se cuenta que, para que no traigan desgracia, hay que matar a uno de ellos pero, si son mapuches puros, las cosas cambian en cuanto entran a la *renü*: allí se los trata con especial cuidado y reciben enseñanzas especiales porque son de temer incluso para los espíritus, cualquiera sea su naturaleza.

—¿Matarlos? Yo...

—Calmate, por favor: guardá eso para quién vos sabés... Ya nos estamos yendo.

Pedro se sentó en el piso y, con total decisión, se quitó la ropa hasta quedar con el torso desnudo. Sobre sus piernas cruzadas, colocó la escopeta que había traído, los cartuchos y una serie de armas que consideró necesarias. Estaba absolutamente resuelto a tomar la iniciativa.

Nain y William estuvieron muy a punto de realizar algún tipo de comentario referido a las cicatrices y tatuajes del hijo del *lonko*, pero se abstuvieron a una señal de Julián: no era tiempo de explicaciones sino de hechos. Pronto despuntaría el alba y sería demasiado tarde.

—Agarre cada uno lo que va a llevar: yo ya tengo lo mío. Después, siéntense a mi lado.

El inglés tomó sus únicas posesiones: su *rapière*, el relicario y el juguete de madera que su hijo le había dado, sin saberlo, como amuleto para volverse a encontrar. Sinclair, por su parte, tomó la otra espada, el otro medallón, una navaja y un GPS.

—¿Para qué mierda querés un GPS?

—Para saber dónde estamos, boludo.

—Y, ¿cómo lo vas a hacer funcionar?

—Tiene la batería cargada como para unos días y... —¿Con qué satélite, pedazo de pelotudo?

Reírse o putearlo. Eterno dilema de todos los que, por alguna u otra razón, quedan expuestos a su propia torpeza. Julián optó por una tercera opción: cerrar la boca, apartar de sí el objeto en cuestión y, simplemente, cambiar de tema antes de que se pusiera en duda su inteligencia.

—Estaba pensando...

—¡Bravo! ¿Cómo recién?

—Niños... ¡niños!⁹⁹¹⁰⁰ Toda la vida igual...

—No creo que el mundo se banque a dos más de nosotros y, aparte de eso, tendríamos que viajar al mismo tiempo.

—Lo del doble dejámelo a mí. Necesito que te encargues del conjuro de Leonor: debería funcionar con ambos medallones. Jane: Julián y yo necesitamos estar tomados de las manos y no soltarnos.

—Yo me encargo de atarlos.

—¿Atarnos?

—Sí, y con las manos enlazadas... el medallón debería estar entre ambos y no deberíamos soltarlo —Nain tomó la mano izquierda de Sinclair y en su

palma colocó la pequeña joya, luego, lo cubrió con la diestra de Pedro para, finalmente, enlazarlos con una chalina de seda.

William estaba nervioso y comenzaba a impacientarse. —¡Suficiente! —gritó—. Ya no puedo esperar más. ⁹⁹ Gracias, Jane. (Nota de la Autora)
¹⁰⁰ De nada, querida. (Nota de Jane Griffith Sinclair)

Abrió el relicario y extrajo de él un papelito plegado. Lo desdobló con sumo cuidado y vio cómo una letra pequeña y delicada aparecía a sus ojos. —Lo copiaré para ti —le dijo a Sinclair— podremos recitar el conjuro a la vez. Pedro...

Pero el *kalku* ya no los escuchaba. Ahora la atmósfera se llenaba de aquellas palabras ininteligibles que ya habían escuchado salmodiadas desde algún lugar inexistente.

*Mmmm... rmn b ooo oób... Dúmbdma aaah rha oñ...
Sssña sssña daaaahj...
Mmraaj oóñ dumbdma áan doj.*

—William, pequeño...

—Gracias por todo —dijo él tomándole las manos y besándoselas con contemplación casi religiosa— nunca podré olvidarte.

—Te merecés ser inmensamente feliz —y viendo a su *wyr*—. Juliancito... ¿te espero con café?

—¿Y unos escones con manteca salada?

— *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*—William se persignaba con movimientos titubeantes y la voz entrecortada: buscaba consuelo en el rito que había aprendido de chico y que alguna vez sintiera lejano. Prosiguió (con los párpados ocultando las lágrimas que hubieran cubierto sus enormes ojos claros tornando su celeste en sombras vagas), procurando regalarse a sí mismo la fuerza que necesitaba con cada sílaba lícita de la religión de sus ancestros—. *Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et ne nos inducas in tentationem: sed libera*

nos a malo. Amen.

—¡William, esperá! ¿A dónde vamos?

—No estoy seguro. Desperté en un refugio y ahí quiero llegar. —Ok.
¿Cuánto tiempo después?

—Inmediatamente después, por supuesto: no voy a dejarlos sin protección.

—No, claro que no... pero vas a matarla de un susto. Tendrías que darte, no sé, un par de horas, ¿no te parece?

Al tiempo, y con la mano que le quedaba libre, Pedro dispuso a su alrededor las piedras místicas que lo acompañaban de modo tal que los símbolos que ostentaban quedaran hacia arriba. Sinclair empezó a sentir en la palma un ardor que comenzaba a inquietarlo. Una luminiscencia traslúcida de colores ígneos envolvió la atmósfera y a cada uno de los presentes lo colmó de una paz en el alma que necesitaban desesperadamente para poder seguir. La salmodia se profundizaba cuando Pedro señaló que había llegado el momento de comenzar con los conjuros. William tomó a Sinclair por el hombro y le indicó que deberían ir al unísono. Los medallones se emparejaron oscilando unánimes, creando y perfeccionando su arte vibratorio.

MILON

Mmmm... rmn b ooo oób... küñe-anay

IRAGO

Dúmbdma aaah rha oñ... alepue

LAMAL

Sssña sssña daaaahj... küñe-anay

OGARI

Mmraaj oóñ dumbdma áan doj. ¡Ngenen!

¡NOLIM!

Inmediatamente, todo quedó en silencio.

10 Ágora

Esta es la hora en la mañana En que te pienso en sueños: Trémula mi piel se eriza Y se estremecen los cerros; Tu boca acalla rumores, Suspira un trueno a lo lejos.

*

Los tres amigos se encontraban sumidos en un extraño silencio, mientras permanecían sentados en el piso con las piernas entrelazadas dando, así, final al extraño ritual en el que se habían embarcado; debido a esto, ya no se escuchaban las eternas salmodias ni brillaba la atmósfera con arabescos fulgurantes. Tampoco hacía frío. Se sentían adormecidos, como si alguna fuerza jamás pensada los volviera incapaces de abrir los párpados y ver el mundo que los envolvía. Había en el ambiente circundante una callada quietud en lo inmediato, y algunos sonidos que, lejanos, perturbaban, inocentes, la calma reinante.

*

Quiero acariciar tu rostro Antes que muera el lucero: Mi mano en tu piel desnuda Traerá fragancias y vientos; Sabrán de mieles los valles Como yo cuando te beso.

*

Lentamente, como quien se despierta por la mañana con la obligación de ir a trabajar después de una noche en vela, les dijeron a sus músculos que era necesario despertar. Sintieron un dolor punzante en los ojos cuando, al abrirlos, el sol los golpeó anunciándoles que estaba allí, fuerte, prepotente, joven. Les costó bastante trabajo enfocar las figuras difusas que los rodeaban hasta poder darles el rango de «objetos reales».

El primero en reaccionar fue William, tal vez por haberse acostumbrado a esas sensaciones. Tomó la camisa negra que reposaba en las piernas entrelazadas de Pedro y la colocó sobre sus hombros, cubriendo, así, los tatuajes que pudieran resultar más perturbadores. Luego, les desató las manos.

—¿Papito? ¡Papito! —dijeron al unísono unas vocecitas gritonas corriendo hacia él.

*

Eternamente enlazados Cual dos amantes de fuego: Cuando sonrías me abrasas Y se renuevan mis sueños; Pero me apago en los lagos Si no veo tu reflejo.

*

No le habían dado tiempo a levantarse: ni bien lo hubieron visto, se lanzaron sobre él logrando que cayera de espaldas cuan alto era, buscando hacerle cosquillas como siempre y, como siempre, lo consiguieron. Querían saber si estaba bien y, cuando él se los confirmó estallaron en risas y una algarabía creciente: lloraban, reían y bailaban todo a un mismo tiempo.

—¿William? ¡Deus Pater Omnipotens!

Él apartó a los gemelos con delicadeza para ponerse de pie, todavía tambaleante. Leonor se había persignado momentos antes de extender sus manos con la intención de tocarle el rostro para comprobar, así, que quien estaba frente a ella no era una sombra ni un juego de los espíritus infernales. Él respondió de la misma manera: acercándose, hizo que sus dedos se posaran levemente en sus mejillas sonrosadas, acariciándole también los ojos y la boca con tal calma y lentitud que parecía estar reconociéndola después de siglos o como si el hecho de tocarla fuera a resquebrajar una delicada imagen de porcelana. Se miraron fijamente a los ojos, el cielo y el valle, leyendo cada uno el corazón del otro en un intento desesperado por darse ánimo, para saberse eternos. Ellos eran la fuente por la que el universo entraba en un éxtasis tan sublime que tremolaban los lagos y las cascadas canturreaban églogas y madrigales.

Luego, retirando suavemente el cabello que enmarcaba las facciones de su señora amada, William de Stonestep, colocó sus labios sobre los de ella haciendo que los rozaran apenas, en un beso lento como el vaivén acompasado de las llamas en una noche sin viento o como el oleaje del mar lejano haciéndole el amor a las playas de su antiguo señorío insular. Los cabellos renegridos de él se entrelazaron con los amarronados casi cobrizos de ella y tejieron, sin nadie saberlo, el nuevo entramado del destino. Cerraron

los ojos y, al hacerlo, el mundo entero les perteneció, y la totalidad del firmamento les rindió pleitesía.

Todavía con otros labios en los suyos, Leonor comenzó a tantear con su mano el pecho de su esposo, apartando de él las extrañas ropas que vestía, buscando la herida que ella no había podido sanar y, con sorpresa, encontró solamente una cicatriz.

—¿Cómo puede ser? Fueron solamente unas pocas horas — dijo ella en un susurro, sin dejar de besarlo—. Llevas el pelo corto... —Para mí fueron tres larguísimas semanas sin veros y...

Sin mediar más palabras, William cayó de rodillas y, abrazando con desesperación las piernas de Leonor, lloró desesperadamente repitiendo, entre cada sollozo, que no quería vivir lejos de ella y de sus niños. Sintió en la cabeza unas caricias que necesitaban ser apacibles, que querían decirle que eso nunca más volvería a ocurrir pero, cada movimiento titubeante le indicaba lo que ya sabía: ninguno estaba seguro de que así fuera. Se puso, pues, resueltamente en pie decidido a terminar con todo aquello de una vez. —Pedro: creo que necesito una ducha fría.

—¡Sinclair!

—De verdad... yo no sabía que dos personas pudieran besarse así.

—Yo sí. A veces, basta un solo beso...

Julián sintió un sacudón que le conmovió el pecho desde adentro. Sí, Pedro sabía... y si las cosas hubieran sido diferentes con Mika, tal vez y solo tal vez, él también sabría. Se paró con sumo cuidado: temía golpearse la cabeza con el techo del toldo puelche en el que se encontraban. Era esa una construcción, más grande de lo habitual, compuesta por unos cincuenta, sesenta o más cueros de guanaco dispuestos sobre unos caballetes de palos clavados en la tierra, lo que le daba el carácter de ser una tienda por completo desmontable que podía transportarse con cierta facilidad. Normalmente, en verano se dejaba una gran abertura a modo de entrada permanente pero, en esa ocasión, la habían cerrado seguramente con la intención de darle privacidad a la *Chiñura* y al *Weichafe Huinca*; menos mal: ¿cómo hubieran reaccionado los demás ante los prodigios que se sucedían allí dentro?

Se sonrieron, lloraron, volvieron a sonreír, suspiraron.

—Leonor: estos son Pedro Nampëlkan y Julián Sinclair —dijo William al tiempo que con un movimiento grácil se acercaba a la pequeña Jane y la tomaba en brazos para mimarla y le pedía a los niños guardar silencio.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo has podido traerlos?

—Ellos me pidieron venir: quieren ayudarnos.

—No está bien...

—Tampoco estuvo bien que me mandaras allá aunque fuera lo mejor para mí... Sin embargo, la naturaleza lo ha permitido pues, sabiendo que el poder que nos acecha proviene de la maldad pura, nos da una esperanza de salir victoriosos. —Apartando la vista de ella agregó—. Sinclair: no se te ocurra salir.

—¿Por qué no?

—¿Vestido como estás? No sé cómo les explicaré las ropas que llevo puestas... Además, eres demasiado rubio.

*

Tenía razón: no iba a encajar si él no hacía las presentaciones pertinentes. Tal vez, ni siquiera Pedro (que permanecía inmóvil, todavía debilitado por el esfuerzo que había realizado, pero atento a todo), hubiera podido pasar desapercibido. Lo cierto es que William salió no antes de descalzarse, desalinearse la ropa lo más que pudo y despeinarse lo suficiente como para no parecer tan acicalado: en eso radicaría el contraste.

Leonor nos miraba con un dejo de recelo aunque no hubiéramos sido capaces de darle motivos para ello. Era en verdad una joven hermosa, de una belleza casi salvaje, grácil e hipnótica de mirada perturbadora aunque no por eso menos cautivante. No nos costó trabajo entender el apuro de William por regresar con ella. Los niños nos miraban desde lejos imitando la precaución de su madre pero con unas ansias incontenibles de acercarse y hablarnos.

—¿Por qué tenéis los mismos nombres que nosotros? —Porque tu padre y nosotros... —¿Cómo explicarle?—... somos amigos desde hace mucho tiempo.

—¡Ah! ¿Viste? —dijo el otro.

De pronto algo se me vino a la mente y, lenta, muy lentamente, metí una mano en el bolsillo del chaleco que llevaba puesto (solo entonces me di

cuenta de que el calor era bastante intenso y que me estaba cocinando) y saqué un puñado de caramelos masticables (Pedro me hizo una seña de aprobación) que convidé con un guiño amistoso.

—Son dulces —dije, y procedí a sacarles el envoltorio uno a uno con sumo cuidado—. ¿Querés?

Ofrecí el primero a Leonor junto con mi mejor cara de buenos amigos. Después de probarlo y, para mostrar que le había complacido, accedió con un leve movimiento de cabeza a que los gemelos tomaran uno cada uno.

He visto muchos niños en mi vida, jugando, riendo, llorando, diciendo mentirillas, pero nunca hubiera podido imaginar que fueran capaces de mostrar tales caras de felicidad, de deleite, de placer... sorpresa... no sé qué más, porque no tuve palabras en mi vocabulario para expresar o decirme a mí mismo lo que nuestros tocayitos sintieron al probar su primera golosina. El gesto tremendamente pícaro mezclado con inusitada complicidad me causó mucha gracia: los ojitos les brillaban (tenían un color extraño: depende de dónde recibieran la luz se veían verdosos o azulados), los pómulos se elevaron con una mueca y, al unísono, se rascaron la cabeza enmarañándose aún más el pelito castaño que les caía en las sienes en pequeños rizos. Eran gemelos idénticos y se notaba mucho: no fui capaz de determinar quién era quién.

—¿Qué edad tienen? —preguntó Pedro a Leonor.

—Cuatro años... y Jane, dos meses. No quería desconfiar de vosotros: os pido disculpas.

—William no quería que viniéramos pero... él te ama de una manera extraordinaria y verlo lejos de vos... no nos dejó opciones y... ¡mierda!

Algo había hecho que se parara de golpe, literalmente de golpe: porque, al hacerlo de forma tan violenta se dio contra uno de los parantes de palo que sostenían el toldo haciéndolo tambalear y asustando a los pequeños que fueron a esconderse detrás de su madre.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Perdón. Perdón... Sinclair, me faltan los cartuchos: tenía un montón y ya no están...

—Yo tengo todo, creo... se te habrán caído cuando hicimos el conjuro.

—¡Mierda! Tenía... nada más me queda este puñado. William entró con la cara iluminada de felicidad.

—Les expliqué quiénes sois vosotros como pude, claro. Nos esperan para parlamentar —dijo con un brillo en la mirada que únicamente pude comparar con el que mostraba Nain cuando leía sus novelas policiales... o cuando me sonsacaba cualquier verdad que yo deseara encarecidamente mantener oculta. Me estremecí al darme cuenta de que tenía actitudes demasiado familiares para mí—. Podéis salir, pero conmigo —agregó.

Y era lógico: uno demasiado rubio, el otro vestido completamente de negro... sería esa una imagen, por lo menos, grotesca. Traté de sonreír y Pedro ensayó su mejor cara de buenos amigos, tomamos coraje y salimos.

—*Mari ma...*

—¡No, Pedro! No hables mapudungún.

—¿Por qué no? Facilitaría...

—No. En esta época, los mapuches todavía no llegaron al Nahuel Huapí y, cuando lleguen...

—...no van a ser amistosos. Tenés razón.

William los miró con gesto de intriga y desagrado: no tenía intenciones de explicarle qué era la araucanización.

—No preguntes. Ya sabés más de lo que deberías... —Vamos. Quiero hacer esto rápido... atacarán en cualquier momento.

Lo que vi me decepcionó bastante: era un grupo de treinta o cuarenta hombres fuertes (tres o cuatro de ellos eran caciques), alguna que otra mujer y algunos jovencitos y... no, nada más. Nos sentamos en silencio en el lugar que nos indicaron con ademanes en un claro del bosque, procurando no levantar el rostro ni mirarlos fijamente a los ojos en señal de respeto. Saludamos con leves movimientos de cabeza y William tradujo palabras amables.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Me dicen que en una isleta muy chiquita en frente de donde vivimos. Eso que ves allá —añadió señalando con el índice hacia el noroeste—, es una lengua de tierra que se mete en el lago, y allá está... mi casa... yo...

Sin duda alguna, estábamos en la isla Huemul y lo que nos mostró William era la península San Pedro. Hacia la derecha, bien hacia el norte, en las inmediaciones de lo que hoy se conocen como puertos Huemul y Venado, exactamente el lugar que soñé con los cóndores, podía verse una humareda que comenzaba a ser impresionante: el bosque se estaba incendiando y, con él, el hogar de Leonor, William y los pequeños. No lloraron, hubiera sido lo esperado, pero no lo hicieron; aunque el abrazo en el que se fundieron amalgamó cansancio, hastío y sinsabores buscando consuelo, no fortaleza porque esa era la esencia de sus espíritus y de todo lo que los unía. El beso que se dieron fue el comienzo del fin.

—Somos los buenos: es tiempo de actuar. Me hubiera gustado que el bosque no se perdiera. —La voz de Leonor estaba cargada con una melancolía sempiterna.

Con evidente enfado, Pedro comenzó a quitarse la camisa violentamente: yo no podía permitirlo... no sin aclarar las cosas antes con nuestros anfitriones.

—Te necesitamos fuerte para la noche: si apagás el fuego, vas a desmayarte después... ya lo pasé una vez, ¿te acordás? —Me miró y sus ojos destilaban el enfado de todas las generaciones que nos separaban de ese día.

—¿A la noche?

—Sí. Si hace magia negra, la noche es su amiga.

La junta dio comienzo entre largos monólogos y presentaciones formales. Su lentitud me exasperaba y no podía hacer nada al respecto. William y algunos de sus amigos más cercanos oficiaban de traductores y, entre ellos, se destacaba Raiquén, que significa, en araucano, ave nocturna. El sol en lo alto me quemaba la cara en su paso raudo hacia el poniente mientras se discutía qué hacer o qué no, quién se encargaría de tal cosa o quien de tal otra. Yo escuchaba en silencio porque algo me hacía ruido: nadie dijo lo más importante.

—¿Cuántos son?

—¿Quiénes?

—William: si no sabemos contra cuántos hombres vamos a pelear toda estrategia es inútil.

—Nunca podrán llegar a esta isla...

—¡No podemos quedarnos eternamente en esta isla! ¿Y si llegan? ¿Qué te pasa? No estás pensando con claridad... no te entiendo.

Estaba nervioso, lo admito. ¿Es que nadie se daba cuenta de la situación? ¿O, simplemente, no querían admitir la inminencia del desastre? Al final, me respondí algo peor: creían que Pedro y yo traíamos la solución definitiva en nuestros bolsillos. Un temblor comenzó a buscar independencia de mi voluntad: partiendo de mis manos, quería apropiarse del resto de mi cuerpo por el camino de mis brazos. Control... necesitaba entrar en control.

—Quedan sesenta y tres españoles, y treinta y ocho nativos... están vigilantes: no podríamos escapar...

Los ojos de Pedro parecían una noche sin luna, aunque nadie más los vio: mejor así, no me hubiese gustado en absoluto que surgiera un brote de miradas de desconfianza.

—...no tienen piraguas pero las tendrán. Llegarán con la primera estrella, por la costa del noroeste... algunos, por el sur... quieren sangre.

Esto, naturalmente, aceleró el proceso resolutivo de la junta y acortó los parlamentos: en poco tiempo, la estrategia a seguir estaba completamente organizada y puesta en marcha con celeridad.

La esposa de uno de los caciques y sus dos hijas cuidarían a los niños y estarían armadas con lanzas y hachas de piedra. Pedro y William cubrirían el frente llevando la escopeta de escasas municiones, una de las espadas y una buena cantidad de flechas; serían asistidos por diez arqueros también avezados en el uso de boleadoras. Raiquén y yo cubriríamos el lado de la península con la otra espada, arco y flechas, asistidos por siete hombres que también portaban boleadoras. En la retaguardia, viendo a la isla de las Gallinas en el noreste, el grupo de jovencitos con el cacique más anciano. Los hombres que quedaban, acudirían libremente donde fuera necesario. Y Leonor... bien, ella haría lo suyo.

Sola una cosa me mantenía optimista: la puntería de Pedro que, si todo salía bien, nivelaría el tanteador... porque, como yo veía las cosas, la estrategia era una porquería, aunque también era la única posible.

En las horas que quedaban entrenamos, preparamos las armas, afilamos espadas y cuchillos y esperamos sentados la llegada del ángel de la muerte... todos, excepto Leonor y Pedro que se apartaron para, supongo, conversar sobre cosas que nadie más entendería.

Raiquén me enseñó cómo hacer la guerra en sus términos: el uso de las armas, la postura corporal, la lucha cuerpo a cuerpo, la espiritualidad del guerrero. Por mi parte, le mostré algunas técnicas de defensa personal que lograron sorprenderlo debido a su sencillez y eficacia. Ya que mi vida dependería de él, necesitaba que nos lleváramos bien. Su español sonaba un tanto gutural y cantarino: me habló de su contacto con el blanco y cómo creía él que los acuerdos de paz serían siempre violados sistemáticamente debido al afán de riqueza y poder que ostentaban, de cómo habían (¿habíamos?) perdido el respeto por la madre tierra distanciándose de la verdadera esencia del cosmos y dejando de comprender la relación del hombre con su propio espíritu. Me contó cuán diferentes eran la *chiñura* y el *weichafe huinca* y cómo esperaba que los mellizos no fueran todo lo diabólicos que, se decía, podrían llegar a ser, simplemente porque confiaba en que sus padres evitarían cualquier maleficio que pudiera ceñirse sobre ellos. No era un *lonko*, no era un *machi* y, aun así, Raiquén estaba dotado de una sabiduría rica en conceptos filosóficos tendientes a congeniar las ideas más distantes y universales.

Conversar con él me distrajo de mi preocupación más inmediata: ¿cómo había resultado, después de todo, el asunto del *doppelgänger*? ¿Cómo saberlo? ¿Y, si después de las muchas precauciones, hubiera resultado todo en un desastre y viajamos de verdad, sin el respaldo de nuestros cuerpos originales allá, en nuestra época y en Trevelin? ¡Qué vértigo surrealista! ¡Qué maraña inconmensurable de leyes físicas quebradas, retorcidas o, finalmente, decodificadas!

Para evitar marearme, me dediqué a mirar a los Andes soberbios y protectores de esta gente: pronto recibirían al sol y dejarían escapar la primera estrella. Las nubes australes comenzaron a traer la aurora cuando una suave ventisca se asomó desde el este trayendo nuevos aromas aterrñados y verdes.

*

*Que el horizonte no te parezca lejano Cuando sentado lo busques
O, de pie, lo persigas temerario.*

*Que el viento suave refresque tu rostro O, si fuerte, sople a tus espaldas Y
aligere tus pasos prestos.*

*Que la lluvia enjuague tus lágrimas Si el hastío te vence,
O si las heridas te abrumen.*

*Que tus músculos se tensen siempre Cuando empuñes la Verdad
O decidas que ya es tiempo.
Que el silencio no te abrume, Que la paz no se te escurra, Que el coraje te
nutra...*

*Que, finalmente, venzas tus temores Cuando ya nada quede
Entre ti y el comienzo de la batalla.*

Pronto, sentí cargar un arma de fuego.

—Ya vienen —dijo Pedro y, en mi bolsillo, el medallón se inquietó.

11 Reyerta

Había rodado por la cerámica beige-verdosa-amarronada de la sala una gran cantidad de cartuchos de escopeta de calibre doce, luego de haberse roto las cajas que los contenían. En medio del espacio que dejaron los muebles luego de ser movidos contra las paredes, yacían dos cuerpos atados entre sí palma con palma, caídos uno sobre el otro en posturas incómodas. La calma reinante contrastaba con la agitación de hacía unos pocos minutos nada más. Jane Griffith se acercó a su nieto y a Pedro para constatar que estuvieran solamente inconscientes: les tanteó el pulso con destreza y, luego, asintió aliviada. Fue hasta la cocina y puso a calentar agua en la pava y preparó la tetera. Sus ojos brillaron con un fulgor verdoso cuando se dirigió al dormitorio por más cojines y almohadas que pudiera necesitar para que los muchachos estuvieran lo más a gusto que fuera posible. ¿Estarían atados lo suficientemente fuerte como para no separarse ni un milímetro? Sí, no tenía dudas al respecto, pero no costaría nada un pequeño refuerzo: cualquier error, podría terminar en un desastre. Con delicadeza, los acomodó lo mejor que pudo y, cuando estuvo satisfecha, se sentó a tomar el té sin perderlos de vista.

*

Finalmente, apareció la primera estrella de la tarde-noche luego, la segunda, la tercera y todas las que fueron necesarias para poblar el firmamento de las luminarias que pedían a gritos enmudecidos no ser salpicadas con los despojos de la furia humana... pálido pedido, sordo e inútil pedido.

Poco a poco, el viento llegó arremolinado trayendo consigo aire fresco y abundantes nubes que opacaron todo rastro de fulgor estelar. La negrura se hizo plena.

—¡Apaguen el fuego! —gritó Sinclair a voz en cuello y William tradujo. Todos tomaron sus armas y repasaron sus órdenes en el más pleno de los silencios.

Tan solo el tenue balbuceo de Leonor se presentía, sin ser oído, en la isla.

— *Pater Noster, Alfa, Omega. Pater Noster, Alfa, Omega.* Un pez saltó en el agua y un hombre contuvo el aliento.

Todavía William no había terminado de contar la cantidad de *dalkas* que se aproximaban desde el sur con ánimos de muerte y guerra cuando se escuchó tronar la escopeta de Pedro hablando de furias y de hastío. Todavía no era tiempo de saetas. Españoles y nativos comenzaron a caer tiñendo el lago de un rojo carmesí de fuego y sangre.

—¡Dios! ¡Detente! Son señuelos.

La voz del inglés se convirtió en la de un gran capitán.

—Has desperdiciado munición: te pedí esperar... esos eran cautivos.

—Lo sé: eran, mayormente, los de uniforme... tuve cuidado al apuntar.

—¿Qué dices?

—Demasiado trigueños y el pelo demasiado largo...

—Bien. Pero, de todos modos, nos has descubierto antes de tiempo...

¿No te has fijado? No respondieron el fuego... ¡Preparad los arcos y esperad mi orden!

El viento ensañado con las copas de los árboles era el único con cierto permiso para producir sonidos. Sin embargo, pronto dejó de mostrarse juguetón y trajo consigo la furia de otro que sabía de magias oscuras y, precisamente, de oscuridad plena fue teñido el cielo... una sensación lóbrega se apoderó de las almas... parecía como si las estrellas estuvieran muriendo una a una, dejando de fulgurar, dejando de existir.

—Pedro, ¿cómo has podido notar ese detalle? ¿Cómo has podido verlos?

—No los vi... pero supe. Quédete tranquilo: no maté a ningún aliado... Eso sí, ahora saben que no estás solo. Esos que quedaron vivos, nos van a ayudar.

—Yo...

—No te dije porque no sabía que podía hacerlo.

Ambos se sentaron juntos cerca de la orilla escarpada intentando ver, intentando escuchar más allá. Pero la penumbra había ganado y, pronto, la única opción sería prender fuegos delatores o usar las linternas que habían

traído consigo.

—Está todo demasiado oscuro.

—Pedro, esto no me gusta... ¿hay algo que puedas hacer?

—Yo no creo que semejante oscuridad sea natural... casi no puedo verme ni las manos.

Le entregó la escopeta reprimiendo una protesta del otro. Luego, no sin cierta prudencia, se quitó la camisa y colocó a su alrededor, ceremoniosamente, unas cuantas piedras que había pintado por la tarde.

*

Había pasado ya mucho tiempo. Las largas horas de espera atenta estaban comenzando a producirle sueño y dolor de espaldas... el momento de la primera inquietud se estaba desvaneciendo. En un par de ocasiones estuvo tentada con la idea de recoger las municiones que coloreaban la sala o reacomodar las piedras de símbolos extraños que todavía permanecían alrededor de Pedro un tanto desordenadas ya, pero no lo hizo: pensó, en ambas oportunidades, en las posibles consecuencias.

Se calzó un abrigo, guantes y un gorro de lana, abrió la puerta del jardín y salió sin cerrar: no quería separarse del todo de los muchachos.

—¡Qué descuido! —se dijo al tiempo que comenzaba a entrar, de a una en vez, las macetas que poblaban el *porche*. Cuando hubo terminado su tarea cotidiana, miró el reloj por enésima vez para comprobar lo que ya sabía: habían pasado dieciocho horas y media, y todo seguía en calma.

Se metió, finalmente, a la casa, comprobó que la calefacción estuviera en condiciones y comenzó a prepararse la cena mientras se preguntaba si los chicos tendrían hambre y se lamentó por no saber la respuesta. Tenía antojo de... pasta con salsa verde. Bien, era simple y rápido. Peló, cortó y picó cebolla y ajo, lavó bien a conciencia un atadito de brócoli y cuando estaba por procesarlo sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral como si una carrera mortífera se empecinara por llevarla a pensar lo que había estado evitando todo el día: qué estaba pasando. Cerró los ojos pero no pudo evitar una sensación de ahogo: «Ya está ocurriendo», se dijo y salió apresuradamente a revisar a «mis niños».

*

Sinclair se estremeció al escuchar el primer escopetazo y pensó que era una suerte que nadie pudiera verlo temblar. También repasó mentalmente una y otra vez cuáles eran las razones para estar allí, en medio de semejante locura y, si bien su cerebro no pudo procesar una respuesta coherente, todo su ser le dijo que eso era lo que debía hacer... extraño, porque se dio cuenta de que su cabeza no estaba demasiado de acuerdo con lo que el resto de él mismo estaba haciendo. Se obligó a calmarse, porque a su lado, Raiquén estaba más asustado que él. Pronto, los estruendos cesaron y el resto de los sonidos con ellos. Entendió entonces que *eso* había sido un aviso.

El viento incipiente le trajo una letanía cargada de siglos y esperanzas.

Mmmm... rmn b ooo oób... küñe-anay Dúmbdma aaah rha oñ... alepue Sssña sssña daaaahj... küñe-anay Mmraaj oñ dumbdma áan doj. ¡Ngenen!

Entendió que algo no estaba bien.

Optó por quedarse en su puesto. Oyó o creyó oír un pez saltando del agua y la imaginación lo mostró pescando apaciblemente en un río cálido como el de las vacaciones que no había tenido: primero, por el asunto de Ángeles y, segundo, por William. Suspiró saboreando un dorado frito con mucho limón... Su estupidez lo hizo sonreír, ¿un dorado en el Nahuel Huapi? No: el hambre no lo dejaba pensar. De nuevo otro chapoteo: eso no era un pez. Hizo señas a Raiquén para que diera la voz de alarma. No podía ver nada, pero la ceguera momentánea le había exacerbado los otros sentidos: también percibía en la piel que algo se acercaba por el agua desde la península.

Los hombres que lo acompañaban tensaron sus arcos y el sonido de las flechas sobre el aparejo le pareció el de las cuerdas de una guitarra al ser afinada. De pronto, silencio. La mano de Julián Sinclair se posó sobre la empuñadura de su espada como si se desplazara con conciencia propia y se cerró apretando los dedos con espasmos violentos. La fuerza ejercida en ese único acto disipó todo vestigio de temor que pudo haber contaminado su espíritu. Raiquén leyó en él lo mismo y sintió cómo el corazón le latía con ritmo violento, con sensaciones ni siquiera previstas: nunca antes había tenido la necesidad de luchar por su vida o por la de alguien más. No eran los únicos en estar así, en la incertidumbre del futuro inmediato, en el vaivén del

ánimo entre el temor y la valentía, en la aceptación de las decisiones tomadas. «¡Vamos, vamos!» se decían, cada uno a sí mismo y con miradas silenciosas a quienes estuvieran a su lado.

*

*Retro Satana, toto opere asper... Oro te, pater, oro te, pater, sanas...
Retro Satana, toto opere asper... Oro te, pater, oro te, pater, sanas... Retro
Satana, toto opere asper... Oro te, pater, oro te, pater, sanas...*

*

Un fulgor inesperado iluminó el cielo desde el cenit y hacia el horizonte, como un relámpago sin trueno irradiando luz y esperanza en las laderas de las montañas, los bosques y las islas. Esos pocos segundos fueron suficientes para que la situación reinante fuera definitivamente perceptible: decenas de hombres armados salían del lago y otros muchos llegaban en piraguas, decididos todos a exterminar a los infieles que se parapetaban en la isla. ¿Qué magia habrá sido necesaria para vencer las heladas aguas?

Pedro, despertando súbitamente del trance, tomó y recargó el arma. Pronto rugieron las otras con fuego prepotente y, cada una de ellas, delató la posición de su portador. Los arcabuces y trabucos eran lentos y desgarrados: nunca supieron ver que no tendrían oportunidad contra el alma nueva y despiadada de la escopeta de Pedro. Pese a todo, esta pronto enmudeció, vacía ya de los improperios ardientes que había exhalado gustosa.

Fue entonces el tiempo de silbidos: cuerdas y vientos aunaron sonos para que las saetas cruzaran la noche como lluvia mortífera en fatal prefacio a la percusión silenciosa y también sibilante de las boleadoras que buscaban el cuello invasor. Batería latiente en los corazones en espera. Sonaron, pues, en esa sinfonía lóbrega y lastimera, los últimos acordes del primer movimiento antes que los cuerpos se enredaran en infinitas danzas macabras, emparejados ya en número, amigos y enemigos.

No llegaron por la anchura del lago ni por la isla pequeña, pero los otros dos frentes fueron atacados por mercenarios que esperaban como paga los metales preciosos de la ciudad de los Césares que Don Luis de Rodrigues y el vicario del Comisario Inquisidor, muerto sospechosamente en el primer ataque, les habían prometido como recompensa por exterminar a los fugitivos

de la Santa Inquisición y a los nativos que los protegieran. Los que llegaron en las *dalkas* llevaban calzada la parte superior de la armadura pero no así los que salieron del agua o los poyas que se oponían al asentamiento de blancos en esas tierras después de haber nadado los 900 metros que los separaban de la orilla de pedruscos y rocas que parecían estar puestas allí por alguna suerte de gigante legendario: ni unos ni otros eran muchos pero, tal vez debido a la formación militar o a la codicia desmedida, su número parecía multiplicarse exponencialmente, tal como las cabezas de la hidra mitológica tan temida, tan espeluznante, tan invencible... hasta la llegada de un único héroe.

Sinclair cerró los ojos durante una fracción de segundo, se persignó y, finalmente, desenvainó la espada...

*

*Satan oro te, pro arte la te spero... Retro Satana, toto opere asper...
Satan, oro te, reparato opes... Oro te, pater, oro te, pater, sanas... Satan oro
te, pro arte la te spero... Retro Satana, toto opere asper... Satan, oro te,
reparato opes... Oro te, pater, oro te, pater, sanas... Satan oro te, pro arte la
te spero... Retro Satana, toto opere asper... Satan, oro te, reparato opes...
Oro te, pater, oro te, pater, sanas...*

*

Los gritos se reduplicaron en la noche indecisa de claridades y penumbras, acompañados por los estruendos sordos de hachas y mazas o por el tintineo brutal de espadas, dagas y puñales. Solo a lo lejos, resguardada en el centro de la isla, dentro del toldo, una vocecita casi imperceptible clamaba por alimento a la par de otras dos que, diligentemente, buscaban acallarla aun cuando el llanto les amanecía en la garganta. No había otro lugar en el mundo en el que Leonor quisiera estar pero, aunque el corazón se le quebrara como una vasija de arcilla, no podía: si Pedro luchaba, la obligación de la luz recaía en ella.

Resultaba, cuanto menos, increíble la convergencia de rezos y conjuros, la concatenación de culturas, razas e intenciones que, habiendo convivido en paz, ahora se daban a la guerra arengados por la perversidad de un solo hombre.

—¡Sin piedad! —gritó William y arremetió el primero yendo hasta la

orilla a la carrera y metiéndose en el agua buscando el cuello y demás partes descubiertas del enemigo. Pedro, Sinclair y los otros les siguieron.

Por fin, el acero le ganó a la piel y la carne fue traspasada.

*

No le gustó lo que vio. No le gustó nada lo que vio. Regresó apresuradamente, casi corriendo a la cocina y recogió cuanto pudo en sus manos: hielo, agua en un bol... luego, del botiquín del baño, gasas, vendas, antisépticos, jabón... del costurero, hilo, aguja...

Por su cabeza y su corazón pasaron mil ideas envueltas en un torbellino devastador, y otras mil como un terremoto imprevisible vinieron a completar el panorama desolador: no había previsto tal catástrofe... debió hacerlo, pero los mecanismos inconscientes de negación habían sido demasiado poderosos. Ahora, no había tiempo que perder.

Colocó hielo en el rostro golpeado de Pedro... la contusión sangrante de la boca no era demasiado seria: la curaría después. Ahora era más importante atender a Julián: tenía un corte bastante serio en el brazo izquierdo y algunos más en el pecho, aunque eran menores. Pensar en qué estarían viviendo no tenía ya ningún sentido. Debía ser diligente. Debía actuar de prisa. Debía... Desvistió con delicadeza el torso de su nieto, lo enjugó y atendió cada una de las heridas menores. La respiración le fallaba cuando colocó su mano desnuda en el corte del brazo de Sinclair y se enrojeció con su sangre mientras intentaba coserla: cada puntada, se reflejaba como en un espejo amargo en su endeble estado de ánimo que se esforzaba por permanecer optimista. Finalmente, la volvió a limpiar y a desinfectar, la vendó y rezó, rezó en silencio y en voz alta hasta que se quedó sin saliva y las cuerdas vocales se le secaron. A duras penas, logró que tragara algún calmante fuerte. —Seguro que te duele mucho, Wÿr...

Curó la boca de Pedro, colocó hielo en sus sienes. Y los acarició a ambos esperando que, como fuera, sintieran en el alma un poco de paz y dulzura.

Fue por mantas y los abrigó. Fue, también, por almohadones y un edredón para ella: pasaría la noche allí, esperando que Dios, o el destino, no la obligara a curar algo peor o a tener que llamar de nuevo a Mika.

*

Yo, galés testarudo, no tardé en sentir el mareo que me causaba, seguramente, la pérdida de sangre y necesité apoyar la espada en la tierra y sujetarme de ella para no caerme. Alrededor de donde me encontraba, yacían muertos o heridos amigos y enemigos por igual. Tristemente, había podido comprobar que la efectividad con la *rapière* no era en mí mérito de años de clases de esgrima sino de la adrenalina en la batalla, de los hados y del susto de los otros... supongo, debido a mis extrañas ropas y a la linterna a baterías que llevaba en la izquierda para iluminar tanto el bosque como a mis oponentes... Viéndolo bien, tal vez por eso buscaban herirme de ese lado... ¿Qué si maté? Supongo que sí y hoy no me siento bien por ello... sé que herí, no sé si murieron... no me quedé a ver: hubiera sido una locura. Algo más descubrí: solamente los de origen noble y los mercenarios sabían bien lo que hacían allí; el resto, a duras penas intentaba sobrevivir en la noche. Tuve suerte, porque ningún fino caballero quiso mojarse los pies ni convivir con nativos. Pese a todo, no fue nada fácil... nada en absoluto. Apenas noté el dolor cortante en mi brazo, porque si pensaba en ello, me mataban... simplemente me mataban. Empuñé la espada solo por atrevido y casi me quedo manco por no saber defenderme a tiempo y adecuadamente. Metiéndome en la espesura del bosque, aislado por pocos segundos, me arranqué la camisa y, haciéndola trizas, la preparé para usarla a modo de un torniquete improvisado y vendas bastante poco esterilizadas. Me desmayaba... Pedro me vio y corrió hacia mí para socorrerme y fue una verdadera suerte porque yo ya no... sentía asco: lo que veía me provocaba náusea y mi estómago se conmovía con cada arcada contenida. No dijo nada, simplemente me hizo sentar y, arrodillándose junto a mí procedió a contener la hemorragia.

—El corte es feo... dame eso: vamos a vendarte. —El dolor era más fuerte que cualquier otro que hubiera experimentado antes pero, sin dudas, mi amigo el brujo no la estaba pasando mucho mejor: los golpes en la cara y la boca bastante rota no eran cosas que se vieran todos los días... nada, en realidad, era de verse a diario... no en mi vida, por lo menos—. ¿Qué es esto?

—¿Qué cosa?

—¿No lo sentís?
—Siento que me duele menos.
—Tu brazo... tiene una sutura...
—No me jodas... ¿Qué hiciste?
—Yo nada, te juro que nada...
—Tu boca...
—¿Qué? Me la hicieron mierda...
—No, bobo: está más deshinchada...

A lo lejos, vi a William colocándose en guardia española esperando a su oponente.

No estaba soñando ni se trataba de presenciar una exhibición de esgrima escénica: esa era la realidad más pura cueste a quien le cueste creerlo... yo lo viví y no hay nadie en este mundo capaz de superar mi escepticismo de toda la vida... hasta que sucedieron aquellos acontecimientos que dieron origen a todo, cuando conocí a William aquel día en casa de los Nampëlkan.

El cuerpo erguido, el brazo derecho con la ropera en la mano extendido en perfecta escuadra, la cabeza en alto y la mirada serena que intentaba suprimir toda emoción, proclamaron a gritos que sir William de Stonestep había sido educado bajo la estricta tutela de un maestro español. En un primer momento no pude ver con quién estaba aunque supuse, y Pedro me lo hizo notar también, que por fin había logrado enfrentarse cara a cara con don Luis de Rodrigues.

*

*In nomine Patris et Filii et Spiritus Santi. De parte de Dios tres veces santo,
En tu nombre, San Cipriano,
Y por la potestad de los espíritus superiores Adonai, Eloim y Jehovan y Mitraton...*

*

Sin duda alguna, ese era un hombre sombrío.

Después de la increíble sorpresa de encontrarnos curados, nos acercamos a los duelistas para verlos mejor. En tanto, perduraba aquí o allá alguna que otra escaramuza y surcaban el aire, desafiantes, una o dos flechas cada tanto.

No más... ya no más...

Me espeluznó su gesto decidido a todo, a quebrantar no importaba cuáles leyes naturales o de los hombres.

—Mataste a mis hermanos. Una sucia plebeya fue más importante para ti.

—Y te quedaste escondido, observando. ¡Cobarde! Al igual que todos ellos contra una débil doncella. —Diciendo esto, William le indicó al destino que su valor y gallardía iba más allá de cualquier maleficio, que de una u otra manera, todo ese asunto debía acabarse allí y en ese momento.

—Sufrirás, y es más que una promesa —gruñó el portugués mientras se cuadraba en guardia francesa...

*

*...yo, Leonor de Vargas y Calderón,
Te absuelvo, Luis de Rodrigues,
Para que seas liberado en cuerpo y alma
De los malos hechizos, encantos, sortilegios o pactos
Que hombres, mujeres
o espíritus hayan producido en ti...*

*

...y su embestida fue despiadada, acompañado por la música lóbrega de gritos y golpes furiosos o dolientes de los que todavía intentaban sobrevivir al ataque en una isla que guardaría para siempre el secreto en sus entrañas. Fue despiadada, sí, pero inútil: William repelía cada ataque con maestría, con coraje, como si nada en el mundo lo afectara o como si todo en el mundo dependiera de si era capaz o no de plantear una línea en cruz o recordar los principios filosóficos de la Verdadera Destreza en medio del furor inimaginable que le producía la sola presencia de su oponente. La maestría y el porte airoso del caballero inglés lo hacían un espadachín incontenible en desmedro del otro, desgarrado y de tretas sucias y vulgares... sin embargo, tal vez por sus artes ocultas, era capaz de rebatir cualquier embestida que William esbozara. El sonido del acero chocando, chirriando y estallando llenaba el bosque y el lago se estremecía en oleadas de dolor. Un golpe sordo, un quejido y un silencio impensado. El portugués desenfundó una daga y, luego, hizo una floritura con la espada que, en el contexto en el que estaban, no tenía absolutamente ninguna razón de ser; tanto, que William dio un paso

atrás y, por un breve instante, bajó la guardia y aprovechó para que su diestra sin guante que la protegiera, herida y agotada, se diera un respiro. Pedro entendió otra cosa... y yo también: eso había sido un sigilo.

—Pedro: andá a cuidar a los chicos.

Y salió corriendo. Raiquén, que había permanecido expectante, se unió a él con paso atrevido. Yo me sentí estúpido e inoperante: no tenía magia, no sabía pelear... de modo que intenté pensar rápido. Miré en torno a mí y únicamente encontré devastación. De entre las ropas de un español inconsciente retiré un estilete y se lo arrojé a William; me alejé unos metros y tomando mi espada, adopté la posición de guardia que le había visto hacer.

—Gracias —dijo—, pero mantente lo más alejado que puedas de aquí.

*

...Alábote, Dios mío, glorioso y ensalzado seas, Dígnate disponer que todos los sortilegios Queden deshechos, destruidos, desligados Y reducidos a nada, para que este hombre Quede libre de todos los males Que padece o que causa...

*

Percibí en el aire fresco de la noche el llanto de los niños acallados por algunas palabras susurrantes de Pedro y, sobre ellos, la voz dulce y firme de Leonor que, con sus rezos, intentaba rebatir la negrura de la maldad acechante: con cada frase suya, el cielo se estremecía con destellos irracionales.

Los ojos de don Luis de Rodrigues se colorearon con llamas infernales cuando pronunció la maldición que nadie quería escuchar y que el temor me impide repetir sabiendo ahora lo que sé: sus consecuencias más oscuras. De los cuerpos esparcidos, de la tierra y de los árboles se desprendieron incontables saetas que habían sido lanzadas en el fragor de la reyerta y se agruparon como gotas malditas en una nube de odio envejecido con furia y hiel. En seguida, hubo un trueno y cayeron en lluvia encendida sobre nosotros y el toldo que servía de refugio a los inocentes. No sé de dónde saqué el ímpetu necesario para salvarme, para lograr levantar un cadáver y refugiarme bajo él utilizándolo de escudo. Cuando todo terminó y el estruendo de las espadas regresó para quedarse, conseguí incorporarme ileso.

—Yo me encargo —grité, ya en plena la carrera.

*

¡Yo te conjuro y mando desaparecer!

Sin que jamás podáis regresar a habitar este cuerpo Al momento que lo bendiga

Con el agua que exorcizaré ahora,

cuando marque mis manos

Con la cruz de San Bartolomé,

utilizando como instrumento e

sta daga de mango blanco...

¡In nomine Patris et Filii et Spiritus Santi!

*

William detuvo un tajo blandido por Rodrigues sujetando la hoja con los gabilanes de su ropera para poder controlar el movimiento de su oponente y, encomendando la espada por el estilete, contraatacó con un mandoble que buscaba herirle el rostro antes de que la daga de mano izquierda del otro llegara a clavarse en su flanco derecho... en ese el mismo momento, el suelo se estremeció en un lamento y un suspiro de alivio. Ambos trastabillaron pero fue el inglés quien perdió el equilibrio y cayó de espaldas, soltando sus armas. Algo había ocurrido y ese algo hizo rechinar los dientes del portugués: de sus ojos se habían retirado los fulgores ígneos... ahora, parecía un hombre normal sostenido en pie solo por el odio que hacía latir su corazón de piedra. Aprovechó la situación en que lo colocaba la providencia pensando que no todo estaba perdido y colocó la punta de la espada en el cuello del caído. Al ver esto, yo frené en seco mi carrera, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer?

—¡Eh! ¡Hijo de puta! —le grité. La verdad, hice bien: me descargué con él y lo distraje lo suficiente como para darle tiempo a William de reaccionar. Y lo hizo con movimientos que mi vista casi no pudo percibir: retiró la hoja de su garganta y, girando sobre sí mismo, alcanzó la *rapière* y mató al portugués de una sola estocada en el pecho.

—Gracias —dijo. Y yo volví a correr seguido ahora por él que no se quedó ni a mirar lo que había sido del otro, no sentía las piernas... necesitaba llegar... necesitaba creer que podía tener esperanzas... pero lo que vi...

¡Dios! Lo que vi...

Epílogo

Mil veces lo había considerado y mil veces había rechazado la idea, por lo que no supo bien por qué ahora estaba dispuesta a seguir su primer instinto: colocar cada una de las piedras místicas de Pedro en la posición en que estaban cuando comenzara todo.

*

Un grupo de llamas danzantes se encontraba encadenada al toldo que había servido de refugio a los gemelos y a la bebé y no podía separarse de él: aunque tirara hacia arriba con toda su voluntad, el poder ígneo que lo retenía no se resquebrajaba y comenzaba a consumirlo todo.

Julián y William llegaron prácticamente juntos después de haber recorrido los casi seiscientos metros que separaban la costa sur de la isla con el sitio elegido para el campamento y, lo que encontraron, fue desolador. Pedro ayudaba a Leonor, ya aturdida y semi-asfixiada por la humareda y con dificultad para apartarse de allí, a la vez que llevaba en un brazo a Juliancito y en el otro a Jane. Faltaban Raiquén y el segundo gemelo.

A unos metros de allí, los cueros secos ardían y los caballetes de madera estaban a punto de ceder.

Leonor no tardaría en perder el control: la noche en vela, el escaso alimento, los niños, la desesperación por su esposo, la sangre esparcida, el exorcismo, el fuego... ¿cómo podía su espíritu tan joven resistir sin resquebrajarse, partirse y desmoronarse?

—¡Mi hijo! —gritó.

Los dos hombres la escucharon de lejos, confundida su voz con el crepitar de las flamas y el crujido de la madera astillándose. El toldo, que fuera erigido extraordinariamente para albergar a quince o más personas, estaba a punto de caer. Ganándole a la humareda, encontraron al puelche tendido en el suelo, inconsciente, atravesado su cuerpo por tres flechas. Pronto, de debajo suyo, sintieron un quejido, luego otro...

*

Jane Griffith Sinclair había sido criada en el seno de una bastante estricta familia católica aunque sus ancestros hubieran sido anglicanos, y sentía que no podía darse el lujo de creer en las mismas cosas que Pedro y, definitivamente, no aceptaba el empedernido gnosticismo de su nieto, aunque los respetaba lo suficiente como para no querer cambiarlos: los amaba demasiado.

—Dios te salve, María —comenzó a decir mientras acariciaba los cabellos renegridos y lacios del kalku que había comenzado a gemir, húmedo de sudor frío—, llena eres de gracia, el Señor está contigo...

*

—Pedro... ¡Pedro!

Julián había intentado mover a Raiquén para sacarlo de allí y liberar a Pedrito que lloraba casi en silencio, sin fuerzas, pero algo lo había impedido: una de las flechas había traspasado el cuerpo de su reciente amigo hiriendo también al pequeño, y no podía separarlos.

—Escuchen bien... Vamos a hacerlo entre los tres. —No sabía bien cómo, pero Sinclair conservaba un dejo de sangre fría.

¿Cuándo se había convertido en agnóstico? Realmente, no podía precisar; pero había ocurrido en algún momento mientras estudiaba, cuando adquirió la capacidad de ver más allá de su entorno, de deleitarse en el exótico sabor de las culturas más distantes, incluso de aquellas que divergían demasiado de su propia manera de ver el mundo, y de encontrar en ellas más valor y razones que las que le habían inculcado durante toda su niñez y su adolescencia. Tal vez su concepción ecléctica de la vida había acelerado ese lógico proceso. Y sin embargo, en ese momento tenía una necesidad imperiosa de arrodillarse y rezar.

—Pedro, necesito que cortes el astil justo entre los dos, yo voy a mover a Raiquén; William, en cuanto él los libere, quiero que saques a tu hijo de acá.

Si la noche pudiera hablar, habría murmurado en el oído del bosque una arenga prodigiosa y queda. Pero no podía... Pese a que pronto comenzaron a acercarse al lugar los sobrevivientes, los tres amigos se sintieron

desamparados: el pequeño se había desvanecido en los brazos de su padre, Leonor lloraba en silencio abrazando a sus otros dos hijos y Raiquén no sobreviviría de seguro.

En esa madrugada, con el sol insipiente naciendo por detrás de las araucarias y los alerces ancianos y sabios, el rocío comenzó a llorar teñidas sus lágrimas de rojo, ahogado su grito impotente entre el crujir del bosque que se había contagiado de fuego.

Pronto, sabiéndose escudo fiel de un tesoro invaluable, Raiquén espiró asido de la mano de Julián Sinclair y mecido por una antigua plegaria que el antiguo señor de Stonestep había comenzado a salmodiar en un latín triste, lejano. Y ese sería el único responso posible para él: no había tiempo para rituales fúnebres... sus amigos y parientes se encargarían de él después, cuando la paz resurgiera de entre sus propias cenizas.

William cayó de rodillas tomándose el pecho con ambas manos, hasta casi desfallecer. Pedro, que había permanecido en silencio, salió a socorrerlo.

—Quítalo... ¡Quítalo! Me quemo...

Aquella sensación... aquella misma sensación en ese otro instante significaba algo tan distinto...

—Mi hijo se muere...

Allí donde el celeste del día se transparenta vencedor de las violetas crepusculares, en ese mismo punto inmaterial e intangible, se encontraba el color de los ojos del *weichafe huinca*, acostumbrados a besar las laderas frondosas del estío que representaba Leonor en su vida. Los gemelos tenían sus ojos; la bebé, los de ella. Nada debía cerrarlos.

—Es una locura —dijo Julián, y bastó para que el otro medallón se quejara en su bolsillo.

El *kalku*, sin detenerse a pensar, se quitó la camisa descubriendo las dolorosas marcas de su aprendizaje en la *renü* ancestral ante las expresiones de pasmo, horror o curiosidad de quienes lo rodeaban. Lentamente dispuso, entre murmullos, cada una de las *llankas* en su orden correcto, rodeándolo.

—Pedro...

«¿No le tendrás miedo a esas estupideces teóricas sobre el tiempo, el

continuo y todo eso, ¿no? Además, en algunos años vendrán más españoles... los de la misión de Felipe de La Laguna y los otros... ¿qué pensás que harán con ellos?». Las palabras fluían con severidad en la mente de Julián sin que su amigo las pronunciara.

—Yo... supongo que no perdemos tanto —dijo Sinclair.

Y, luego, observando la desesperación de Leonor que lloraba intentando contener la herida del pequeño mientras una de las mujeres canturreaba sobre una piedra tallada con símbolos protectores que le servía de amuleto, agregó, dirigiéndose a su amigo:

—Will... nos vamos todos.

Él habló, entonces, para los demás que los rodeaban entre atónitos y recelosos.

—Habéis visto acontecimientos mágicos y maravillas inexplicables, veréis todavía otra más... todas las cuales, os suplico, guardéis en vuestros corazones mas no en vuestros anales... los españoles no deberán saber de esto nunca. Creedme cuando os digo que mi alma se duele por haberos causado tamaña desolación y esta pena tan grande por vuestros hermanos muertos, los mismos a los que he considerado mis amigos...

Luego, antes de continuar, con un gemido sordo y conteniendo las abundantes lágrimas que le nublaban la mirada, levantó a su pequeño en brazos con amoroso cuidado.

—Pero mi hijo se muere... morirá sin no nos vamos y, aun así, no debéis decir nada.

En seguida, Leonor, Pedro y Sinclair comenzaron sus rezos...

Póslogo: «Ad astra per aspera»101

Ok. Las cosas están así: no me desvanecí (no, Pedro tampoco) ni en el éter de los poetas ni en los laberintos interdimensionales de los físicos teóricos (me di cuenta de que, de algunas cosas, no tienen ni idea)... todo lo contrario... estoy muy bien, y me encuentro de viaje.

Hace algunas pocas horas terminé de tomar el último examen del año que, extrañamente, resultó cien por ciento positivo: tres se llevaron la materia, Historia, por supuesto, los tres se presentaron y los tres aprobaron... sí, muy raro todo. Aunque debo admitir algo: yo cambié. Los acontecimientos vividos en el invierno, tanto en La Plata como aquí, en la Patagonia, me proporcionaron otra visión de la vida misma, una en la que veo todo con otros ojos más atentos, en la que no tengo fobias y en la que mis eternas alergias han dejado de torturarme. Parece, no, estoy seguro, que los demás también notaron que parezco un tipo diferente... «¿Se siente bien, Profe?», «¿Todo bien, Sinclair?». Sí, todo es distinto para mí.

Amaneció Bariloche, en pleno verano, con una temperatura de nueve décimas sobre cero, y no me importó; trabajé y no me importó; y, definitivamente, no me voy de vacaciones a un lugar más cálido a la orilla del mar... y tampoco me importa.

¿Dónde estoy ahora? En un alto en el camino, en El Bolsón, mirando el Piltriquitrón manchado de nieve, mientras me tomo un cortado y devoro unas medias lunas. No me queda mucho por delante: el Puelo está acá no más y el lugar donde construimos la cabaña donde vivirá mi más reciente «primo» (así dicen los nuevos papeles de William) y su esposa, algo más allá, bastante cerca, según su noción de «cerca», de donde el lonko Colocolo los ayudó a reencontrarse aquella vez. Sé que llego tarde, pero me tomo igualmente unos minutos para desintoxicarme de la ciudad y, de paso, darme una vuelta por la feria para comprarles algunos juguetes de madera, únicos permitidos por su padre, por ahora, a mis sobrinitos («¡Tío, tío!», aprendieron, los gemelos, a llamarme cuando me ven). De contrabando, les llevo, también, algunos peluches.

¹⁰¹Locución latina: «A las estrellas por (el camino) áspero».

No fue tan difícil como creí convencer a los médicos de la Guardia del Hospital que los hermanitos son demasiado traviosos y que lo único que querían, cuando encontraron un pequeño yacimiento de tallas microlíticas cerca de su casa, era jugar a los indios... Al fin de cuentas, «son chicos y no fue tan grave», dijo el doctor... no según nuestros parámetros pero para los de finales del siglo XVII...

Voy a tener que ponerme en marcha... Nain, que los albergó en su casa todo este tiempo, y Pedro ya están allá desde hace unas semanas, ayudando a construir la cabaña que los hombres de las comunidades mapuches que hay por allí diseñaron para ellos con rocas redondas del río y madera de ciprés del bosque en el que unos padres amorosos criarán hijos ejemplares. El lugar es idílico: cerca de una cascada donde los turistas no llegan y en medio de un bosque rico en fruta silvestre: murra, frambuesas, maqui y sauco... Me dicen que Jane comenzó a gatear, que los gemelos intentarán ir al jardín de infantes¹⁰² que Leonor ya estuvo haciendo de las suyas y William, bien... ellos saben cómo sobrevivir.

Se me hace tarde.

Debo ponerme en marcha.

Julián Sinclair. ¹⁰²¡Dios ampare a su maestra! (Nota de Julián Sinclair)

Vocabulario

De origen mapuche Alepue

Anay

Chafí

Chiñura Dalkas

Foyentun Huinca

Kalku

Kultrun

Küñe

Kuruf

Lladkünkeni Llankas

Lonko Machi

Machitun

Lugar lejano.

Amigo.

Bebida resultante de la molienda de los piñones

Dama española.

Especie de piraguas utilizada por puelches lacustres.

Fe.

Del mapudungún, personas no mapuche.

Brujo.

Especie de tambor ritual usado por las machis para invocar a los dioses.

Gemelos.

Viento.

Triste.

Piedras muy pulidas y perforadas para hacer colgantes que también servían como moneda de cambio.

Jefe de una comunidad o lof.

Médico hechicero, autoridad religiosa y consejero que funda su poder en

su relación con los espíritus. Cargo mayormente femenino.

Ritual de sanación mapuche realizado por la machi.

Mapudungún

Mari mari pu peñi Mawida

Mollfüñ

Ngen

Ngenen

Ngnechen Nguillatun Pillán

Renü

Tafutufe

Tayül

weichafe huinca Weküfe

La lengua mapuche (el hablar de la tierra).

Saludo entre hombres.

Espíritus de los bosques nativos.

Sangre, también mapuche puro (sin mezcla de otra raza).

Los espíritus de la naturaleza en la mitología mapuche.

Dominar, mandar, gobernar, disponer, cuidar.

Deidad. Rey o dueño de los hombres. Ceremonia de rogativa.

Espíritu que vive en los volcanes. Salamanca.

Hechicero.

Canto sagrado o rogativa de antigua data de las ancianas o machis.

Guerrero blanco.

Seres de las tinieblas.

De origen galés Nain

Ŵyr

Del galés, abuela. Del galés: nieto